



UN MUERTO

EN EL ESCAPARATE

K. O. Dahl

Lectulandia

Un fatídico viernes 13, el anticuario Reidar Folke Jespersen decide hacer diferentes cosas para poner orden en su vida: se niega a vender el negocio familiar por una elevada suma de dinero, contradiciendo así la opinión de sus hermanos; telefonea a casa del amante de su mujer, en el momento en que sabe que están juntos, y le lanza un ultimátum; y, además, recibe la inesperada visita de una amiga especial a la que hacía tiempo que no veía...

Al día siguiente, el comisario Gunnarstranda y su ayudante Frølich se dirigen a una tienda de antigüedades en cuyo escaparate se ha encontrado el cadáver desnudo de Jespersen, con letras marcadas sobre su piel y sentado en una silla. Muchas de las personas que lo conocían parecían tener un motivo para matar al huraño y testarudo anciano, lo que hará que la pareja de policías no lo tenga nada fácil y deben bucear en el inquietante pasado de la víctima, remontándose hasta la 2.^a Guerra Mundial para completar el intrincado rompecabezas.

Lectulandia

Kjell Ola Dahl

Un muerto en el escaparate

Gunnarstranda y Frølich 03

ePub r1.0

diegoan 17.03.14

Título original: *Mannen in vinduet*
Kjell Ola Dahl, 2001
Traducción: María Dolores Ábalos

Editor digital: diegoan
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

¿Es un puñal lo que veo ante mí, con el mango hacia mi mano? Ven, te empuñaré; no te tengo, y sin embargo te sigo viendo. Fatal visión, ¿no eres sensible al tacto como a la vista? ¿O eres sólo un puñal de la mente, una creación falsa, procedente del cerebro oprimido por el calor?

William Shakespeare, *Macbeth*,
acto segundo, escena I
(traducción de José María Valverde)

Primera parte (Viernes 13)



Una dama bajo la lluvia

Reidar Folke Jespersen, de setenta años, empezó ese viernes, 13 de enero, tal y como había empezado todos los días de los últimos cincuenta años: tomando un plato de avena en la cocina. A solas en la invernal penumbra de la mañana, con los tirantes del pantalón colgando a la espalda y únicamente acompañado del suave tintineo de la cuchara en el fondo del plato. Unas ojeras acusadas contrastaban con el brillo de sus ojos azules. Llevaba una perilla blanca primorosamente recortada. En sus manos grandes y llenas de arrugas destacaban unas venas que trepaban por los antebrazos hasta llegar a las mangas de su camisa arremangada. Sus fuertes brazos podrían haber pertenecido a un herrero o a un leñador.

No tenía apetito; nunca lo tenía por las mañanas, pero era una persona instruida y sabía que a su estómago había que darle trabajo. De ahí que comenzara todos los días con un plato de avena mondada que él mismo preparaba. Si alguien le hubiera preguntado en qué pensaba durante esos minutos, no habría encontrado respuesta. Porque, mientras comía, se concentraba exclusivamente en contar las cucharadas: veintitrés, clin, adentro; veinticuatro, clin, adentro... Una vida entera alimentándose de sopa le había enseñado que un plato de avena mondada contenía entre treinta y ocho y cuarenta cucharadas. Y si durante esos minutos marcados por la rutina había en su conciencia siquiera un atisbo de curiosidad, era sólo porque se preguntaba cuántas cucharadas necesitaría para vaciar ese plato en particular.

Mientras su marido desayunaba, Ingrid Jespersen aún seguía acostada. Siempre se quedaba más tiempo en la cama que él. Ese día se levantó a las ocho y media, se puso una bata blanca de rizo y se metió rápidamente en el cuarto de baño. La calefacción de suelo estaba al máximo, y daba tanto calor que a duras penas se podía andar descalzo por la casa. Ingrid recorrió de puntillas el suelo ardiente y se metió en la cabina redonda del baño para darse una buena ducha de agua hirviendo. En realidad, la calefacción central se encargaba de que la casa estuviera siempre agradablemente caldeada, pero como su marido no soportaba dormir con calor, apagaba siempre el radiador del dormitorio antes de acostarse. Luego, ya entrada la noche, el frío del invierno se colaba en la habitación. Y aunque Ingrid Jespersen dormía todas las noches bien arropada bajo un grueso edredón de plumas, por la mañana se permitía el lujo de darse una ducha de agua hirviendo para desentumecer los músculos, activar la circulación y hacer bullir la sangre. Ingrid cumpliría en febrero cincuenta y cuatro años. De vez en cuando la apesadumbraba la edad, pero su apariencia física le daba pocas preocupaciones. Era suave y elástica, cualidades que atribuía a su pasado de bailarina y a sus esfuerzos por mantenerse en forma. Seguía teniendo una cinturita delgada y unas piernas musculosas, y aunque últimamente tenía los pechos algo caídos y las caderas ya no presentaban el aspecto firme y juvenil de antaño, aún

continuaba cosechando miradas de admiración por la calle. Todavía conservaba su pelo oscuro natural con destellos rojizos. La dentadura, en cambio, le daba bastantes disgustos. Como la mayor parte de las personas de su generación, no había disfrutado en la infancia de una buena higiene dental. Dos empastes chapuceros de medio siglo de antigüedad habían tenido que ser reemplazados por coronas.

La principal causa de tanta vanidad era que Ingrid tenía un amante más joven que ella. Eyolf Strømsted había sido alumno suyo de ballet, y ella no quería que se notara demasiado la diferencia de edad que había entre ambos. Cerró el grifo del agua, abrió la puerta de la ducha y se miró en el espejo cubierto de vapor. Aún hoy seguía produciéndole cierta inquietud y desazón recordar la reacción de su amante al ver su sonrisa. Se examinó los dientes haciendo muecas delante del espejo. Luego contempló la silueta de su cuerpo a través de la fina película de vaho. Con la mano derecha, se apretó la tripa y giró para ponerse de medio lado y calibrar la curvatura de la espalda, los muslos y el trasero.

Ese día, sin embargo, se detuvo en mitad del giro y se quedó paralizada ante el espejo al oír que se cerraba la puerta de la casa. El hecho de que su marido se hubiera marchado a trabajar sin una sola palabra de despedida la hizo perder por unos segundos la noción del tiempo y del espacio. Aquel breve portazo la desconcertó hasta tal punto que se quedó con la mirada perdida ante su imagen reflejada en el espejo. Finalmente, se apartó de él para no tener que seguir viendo su propia desnudez. Y cuando unos minutos más tarde se pasó mecánicamente la maquinilla de afeitar por la pantorrilla derecha, aún seguía ausente. La sensación de bienestar y la lascivia que momentos antes le había provocado el recuerdo de su amante habían desaparecido por completo.

Después de terminar el plato de avena, su marido se había puesto el abrigo y, con paso torpe, había salido de casa sin despedirse siquiera. Pero antes de marcharse había dudado unos minutos. Había estirado el cuello para escuchar el ruido de la ducha e imaginar a su mujer con los ojos cerrados, las pestañas perladas de gotitas y respirando con la boca abierta bajo el chorro de agua hirviendo que se deslizaba por su cara. Desde hacía diez años, Reidar Folke Jespersen practicaba la abstinencia sexual. Su esposa y él ya no se tocaban jamás. No tenían el menor contacto físico íntimo. A la gente, sin embargo, le parecía que entre ambos había un amor especialmente tierno y una entrega recíproca. De hecho, esta fachada exterior no estaba tan alejada de la realidad, pues así como su vida sexual se había reducido a la nada, su relación todavía seguía basándose en una especie de acuerdo tácito. Era un pacto psicológico que abarcaba todos los elementos del respeto mutuo, así como la voluntad de aceptar los defectos y las particularidades del otro. Por ejemplo, los ronquidos. Un acuerdo que también incluía los esfuerzos que conlleva consigo el trato cotidiano con una persona a la que se atribuyen buenas intenciones.

Hasta hacía tres años, Ingrid Jespersen había considerado el celibato autoimpuesto de su marido como un capricho del destino que ella debía soportar para poder apreciar en su justa medida la época en la que había vivido en consonancia con sus instintos. Pero hacía unos tres años, cuando por primera vez había mantenido relaciones sexuales con su antiguo alumno de ballet, y ese hombre delgado y musculoso, sin el menor autocontrol y fuertemente excitado, había derramado su semen sobre sus pechos y su vientre, Ingrid Jespersen se sintió colmada de paz y satisfacción. Era la misma armonía que sentía tras una relajante sesión de peluquería. La misma que le provocaba ver los cristales limpios de su enorme piso tras haber terminado las tareas del hogar mucho antes de lo previsto. Gracias a su amante, su vida cotidiana había adquirido una nueva dimensión. Al fin se había disipado la oculta carencia que sentía hasta entonces. Había atraído cariñosamente hacia sí a Eyolf. Lo había mecido en sus brazos. Le había pasado los dedos por su fuerte espalda y por los muslos. Había explorado su cuerpo con los ojos cerrados, sintiendo la profunda satisfacción de que al fin se arreglaba la vida. Y de nuevo notó el pene de su ex alumno de ballet hinchándose entre sus manos, mientras el sol bajo del invierno, tras reflejarse en la casa de enfrente, se filtraba entre dos tablillas de la persiana. El rayo de luz incidía en la estantería, en un pequeño pingüino de cristal que quebraba la luz del sol formando un arco iris que iluminaba los cuerpos desnudos en la cama, añadiendo al placer físico una belleza estética. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Ingrid Jespersen estaba viviendo un instante que sabía que tendría una importancia decisiva en el desarrollo sucesivo de su vida.

Durante la siguiente semana, reanudaron sus citas con la mayor naturalidad. Ahora, tres años después, ya no les hacía falta citarse por escrito, sino que se encontraban siempre a la misma hora en casa de él: todos los viernes por la mañana, a las once y media. Aparte de esa visita semanal, que se mantenía gracias a un vehemente deseo del cuerpo y de las caricias del otro, no tenían el menor contacto. Ingrid se alegraba de esos encuentros en casa de Eyolf del mismo modo que se alegraba de sus citas con el podólogo o el psicólogo. Únicamente se encontraba con él para hacer algo por su bienestar y su salud mental, y no se le ocurría pensar que él pudiera ver aquello de otra manera. Pasaron las semanas y los meses, y un encuentro siguió a otro —horas y minutos llenos de placer—, hasta que, para su alegría no compartida, se acostumbraron el uno al otro tanto física como psíquicamente. De todas maneras, Ingrid contaba con que todos los días y todas las noches que él pasaba en otra parte con otras personas experimentaría alegrías similares.

Esa mañana, después de ducharse, lavarse el pelo, afeitarse las pantorrillas, ponerse crema por todo el cuerpo, darse esmalte de uñas en los pies y maquillarse las mejillas, los labios, los párpados y, en especial, las ojeras arrugadas y levemente hinchadas, Ingrid Jespersen se anudó el albornoz en la cintura y comenzó a recorrer la

casa. Se detuvo unos segundos en la cocina a contemplar el plato que había sobre la mesa con un dibujo rústico típico de la fábrica de porcelana de Porsgrund. Un resto de avena mondada mezclada con leche desnatada cubría el fondo del plato. Automáticamente, lo cogió y lo fregó. La cuchara ya la había metido Reidar en el lavaplatos, y había vuelto a colocar el cartón de leche en la puerta del frigorífico. Sobre la encimera se hallaba cuidadosamente doblada la edición de la mañana del *Aftenposten*. Reidar no lo había tocado. Ingrid Jespersen vertió el café de la cafetera en un termo. Eran las nueve y media, y todavía faltaban dos horas para su encuentro con Eyolf. Dentro de media hora, Karsten Jespersen, hijo del primer matrimonio de Reidar, abriría la tienda de antigüedades que su padre tenía en la planta baja. Ingrid quería llevarse el café a la tienda, charlar un rato con el hijo de su marido e invitarlos a él y a su familia a cenar esa noche. Para amenizar la espera, puso la radio y se sentó en el cuarto de estar con el periódico de la mañana.

Papel de seda

Ese día, Reidar Folke Jespersen no se dirigió directamente al silencioso almacén de Vei in Ensjø, en la calle Bertrand Narvesens, como hacía habitualmente los días de entre semana. En lugar de girar a la izquierda para sacar del garaje su Opel Omega del año 87, tomó la dirección contraria. Dobló hacia Bygdøy Allé y, en medio del frío invernal, bajó hacia el quiosco situado en el cruce con Thomas Heftyes Gate.

En la parada de taxis que había detrás del quiosco vio tres coches libres en fila. Reidar Folke Jespersen se dirigió en primer lugar al quiosco y compró los periódicos *Dagbladet*, *VG*, *Dagsavisen* y *Dagens Næringsliv*. Se entretuvo un rato largo contemplando la portada del *Aftenposten*, y sus pensamientos vagaron hacia su mujer, que pronto estaría leyendo ese mismo periódico. Sin embargo, dejó el *Aftenposten*, pagó los otros cuatro periódicos y se metió en la parte de atrás del primero de los taxis, un Citroën Xantia Combi.

El conductor era uno de esos taxistas a los que algunos políticos han aprendido a escuchar. Pero aunque ese día estaba en plena forma y no dejaba de decir cosas interesantes sobre política y de contar chismes sobre la casa real —y pese a que él tenía una curiosa afinidad con el parlamento de la calle y con la verdad expresada por borrachos y peluqueros—, Reidar respondió a todos los intentos del conductor por entablar una conversación con el silencio.

Simplemente se limitó a pedirle que lo llevara a Jacob Aalls Gate.

Una vez allí, entró en un pequeño café en el que reinaba un sopor matinal.

Quedaban muchas mesas libres y sólo había otros dos clientes: dos mujeres jóvenes sentadas a la única mesa de la ventana tomaban *latte macchiato* en unos vasos grandes.

Un hombre joven vestido de blanco, con pústulas inflamadas en la cara y el pelo muy corto con un pequeño tupé, saludó al nuevo cliente, a quien conocía de anteriores visitas.

Desde detrás de la barra, le preguntó a Reidar si quería sentarse, pero este negó con la cabeza: quería sentarse junto a la ventana, por lo que esperaba a que se marcharan las dos jóvenes, explicó al ver la cara de perplejidad del camarero.

El joven asintió exageradamente, dando así a entender que no consideraba que ese hombre estuviera muy en sus cabales; luego desapareció de nuevo tras la barra y siguió cortando pepinos y lechuga.

Reidar permaneció de pie frente al mostrador, mirando fijamente a las dos mujeres, que en seguida comenzaron a sentirse incómodas.

A los pocos minutos, su conversación empezó a languidecer, se terminaron el café y pidieron la cuenta. Cuando abrieron la puerta para salir a la calle, en el local entró una bocanada de aire gélido.

Reidar Folke Jespersen se sentó en una de las sillas todavía calientes, se quitó cuidadosamente los guantes y dejó su maletín marrón de ejecutivo en la otra silla.

Lo abrió, sacó los cuatro periódicos que había comprado y los dejó apilados encima de la mesa. Acto seguido, hizo una seña al camarero, y este le llevó una enorme y humeante taza de café solo.

Reidar encendió un cigarrillo —Tidemanns Teddy sin filtro— y miró el reloj: eran las nueve menos diez.

Dio una calada, dejó el cigarrillo en el cenicero y miró por la ventana. Su mirada recayó en el portal de enfrente, medio oculto por dos coches que había aparcados.

Ingrid, su mujer, abriría esa puerta dentro de dos horas con el fin de pasar la tarde en la cama de su amante.

Sus pensamientos regresaron a ella, de la que suponía que en ese momento estaría envuelta en su bata blanca de rizo leyendo el *Aftenposten*. Sumido en estos pensamientos, terminó de fumar el cigarrillo mientras intentaba imaginarla en la cama con su amante.

Luego recordó las diferentes etapas que había atravesado su relación. Pensó en la criatura dulce y vulnerable que era Ingrid cuando la conoció, e intentó comparar el recuerdo de esa criatura con la mujer algo robusta y muy consciente de sí misma que ahora dormía todas las noches a su lado.

«Una parte de ella la ha envuelto en papel de seda y la ha escondido», pensó; un paquetito de papel de seda que imaginó que desenvolvería en casa del hombre que vivía al otro lado de la calle. Lo que Reidar se preguntaba en su fuero interno era si la parte de su alma a la que había intentado acercarse en otro tiempo estaba incluida en el paquetito, o si esa parte se había desvanecido ya por completo, al igual que su anterior vulnerabilidad e inseguridad.

Se preguntó si la mujer con la que compartía la casa y, todas las noches, el dormitorio era la misma mujer a la que, en otro tiempo, había esperado poder amar. Sus pensamientos se ciñeron en torno a la misteriosa naturaleza del ser humano, en torno a la madurez y al desarrollo de la personalidad.

«Si se es escultor —pensó—, probablemente se pueda afirmar que el resultado final estaba desde un principio latente en la piedra o en el motivo, pero una persona está marcada tanto por sus genes como por su entorno, su historia, sus experiencias vitales y sus relaciones con los demás. La personalidad de un ser humano no es inherente a él desde el nacimiento». Reidar estaba profundamente convencido de que su curiosidad con respecto al amante de Ingrid se limitaba a saber si con él desenvolvería su trocito de alma envuelto en papel de seda.

Al reconocerlo, Reidar percibía una sensación que recordaba a los celos, pero esa clase de celos no iba dirigida contra el amante como persona. Era una forma de envidia que nada tenía que ver con la rivalidad que habría sentido hacia cualquier

hombre al que Ingrid deseara.

Era más bien un extraño y doloroso sentimiento de pesar, algo indefinidamente efímero, similar en su imaginación a lo que sentían las personas a las que se les cortaba un brazo o una pierna y, sin embargo, seguían notando dolor en el miembro amputado.

Con cierta melancolía, Reidar pensó que se sentía demasiado viejo para indagar en esa clase de celos. Y con la misma melancolía se calificó a sí mismo de ridículo.

Intentó hallar una explicación a su conducta: ¿por qué le había entrado la manía de observar con sus propios ojos cómo Ingrid lo engañaba rutinariamente todos los viernes con Eyolf Strømsted? Pero sólo permitió que ese pensamiento lo atormentara unos pocos segundos; luego lo apartó a un lado y se dispuso a disfrutar de su cigarrillo de la mañana.

Cuando terminó de fumarlo, lo aplastó en el cenicero y desplegó el primer periódico.

Ingrid tardó más de dos horas en llegar. Bien enfundada en un abrigo gris largo con forro de piel, recorrió tiritando, a pasitos cortos y rápidos, la acera de enfrente. Cuando entró en el portal sin dedicar una sola mirada al café ni a los alrededores, Reidar hacía ya rato que había terminado de leer los periódicos. Había fumado unos cuantos cigarrillos de más; había tomado dos tazas de café y una botella de agua mineral.

Cuando la puerta del portal se abatió tras su mujer, observó conmovido cómo se cerraba, y casi se sobresaltó al oír que el camarero le preguntaba si deseaba algo más. Miró la hora. Y justo cuando su mirada recaía en la esfera redonda, se sorprendió preguntándose por qué demonios tenía que mirar el reloj cada vez que le hacían una pregunta.

Se rio de sí mismo, meneó la cabeza y le pidió la cuenta al joven. Al pagar, le dio veinte coronas para compensar la descortesía de hacia dos horas. Dejó las monedas encima de la mesa, salió al frío invernal con la torpeza de un hombre mayor y, con las piernas rígidas, se dirigió a Uranienborg, donde estaba citado con sus dos hermanos.

Hombres cansados

Lo primero que le llamó la atención a Reidar cuando entró en casa de su hermano Arvid fue la pantalla blanca que había en un rincón de la habitación, delante del armario en el que Arvid guardaba su viejo televisor Radionette. Todos los demás ya habían llegado: el hombre de negocios con su mujer y Emmanuel, el otro hermano de Reidar. La mujer del hombre desconocido se levantó de un sillón situado junto a la ventana, sonrió forzosamente y se frotó las manos con nerviosismo. Tenía una edad indeterminada entre los treinta y los cuarenta años, y el pelo largo, oscuro y rizado. Llevaba un traje azul marino que le confería un aspecto formal, pese a que la falda le hacía resaltar claramente las piernas. Reidar la saludó galantemente. Ella le tendió indecisa una mano delgada y luego se echó hacia atrás su larga melena oscura, propagando a su alrededor el aroma de su perfume. Reidar se volvió hacia los tres caballeros y estrechó la mano del desconocido, que en lugar de mencionar su nombre, la presentó a ella:

—Iselin Varås —dijo.

Reidar se volvió y observó cómo la mujer se sentaba de nuevo en el sillón.

—Mi mujer y colaboradora —añadió el hombre.

Debía de tener unos cincuenta años. En su pelo corto y rizado se apreciaban canas en las sienes. Sus maneras respondían a las de un corredor de Bolsa o un periodista deportivo: hacía gala de un entusiasmo y un desparpajo que se veían subrayados por una barba de dos días. Un aro pequeño adornaba su oreja. Vestía pantalones vaqueros y una chaqueta roja. Tenía un labio superior estrecho que dejaba al descubierto los dientes de arriba, sin que se pudiera averiguar si se trataba de un tic nervioso o de una sonrisa forzada.

—Ten cuidado con ella, Reidar —susurró Arvid maliciosamente—. Es de armas tomar.

Arvid recordaba a veces a August Strindberg en sus momentos menos coléricos: un hombre mayor digno y respetable con una barba de chivo, la cara llena de cicatrices, el cabello gris y abundante y la cadena del reloj asomando por el chaleco.

Reidar se sentó junto a Emmanuel, el único de los allí presentes que no se había levantado. Emmanuel prefería estar sentado: siempre había tenido sobrepeso, y una larga vida de fumador le había deparado un ronco enfisema que limitaba considerablemente su capacidad pulmonar. A Emmanuel, estar de pie le costaba un trabajo ímprobo.

—Hermann Kirkenær está en plena forma —le susurró Emmanuel a su hermano, señalando al hombre de atuendo deportivo.

Reidar no respondió.

—¿Conoces a Kirkenær? —preguntó nervioso Arvid.

Reidar pasó por alto la pregunta.

—No exageres —replicó, enojado.

Arvid y Emmanuel se dirigieron una mirada elocuente. Arvid hizo un gesto de impaciencia para poner de una vez en marcha la reunión. Emmanuel tomó la palabra y declaró, como si se tratara de un acto oficial:

—Ahora que estamos todos reunidos, deberíamos abordar directamente el asunto.

Acto seguido, se sucedió un silencio que desconcertó a Emmanuel. Levantó perplejo la cabeza, miró a su alrededor y balbuceó:

—Por eso le cedo la palabra a usted, Kirkenær.

Kirkenær avanzó un paso y cruzó las manos.

—Gracias, caballeros —respondió; regresó a su silla, agarró el respaldo con las dos manos y luego se dirigió a su mujer—: Iselin.

La mujer se levantó y le entregó una carpeta marrón con una cinta de goma alrededor. Luego, moviendo las caderas con elegancia, se dirigió al rincón opuesto de la habitación y se inclinó sobre un proyector que estaba en el suelo. Arvid carraspeó elocuentemente cuando la falda le ciñó el trasero.

Ella lo miró pestañeando y sonrió con benevolencia maternal al incorporarse y colocar el proyector sobre la mesa que tenían delante.

Cuando lo encendió, Arvid y Emmanuel se acercaron arrastrando las sillas para ver mejor.

—Siempre es algo muy especial hablar ante tan poca gente —empezó Kirkenær—. Por eso quiero subrayar desde un principio lo feliz que me siento por estar aquí.

Reidar le dirigió a Emmanuel una mirada de insatisfacción, pero como él ya esperaba esa reacción de su hermano, se limitó a seguir mirando a Kirkenær.

—También quiero aprovechar esta oportunidad para darle las gracias a usted, Arvid, por lo agradable que ha sido hasta ahora nuestra colaboración, pero, además, por haber puesto hoy su casa a nuestra disposición.

Arvid asintió, complacido.

Para entonces ya era evidente que Reidar no estaba en la misma onda que sus dos hermanos. Parecía irritado y descontento, y había comprendido a la perfección qué papel le correspondía en ese juego. Había algo en aquella situación que le disgustaba, y el hecho de que Kirkenær llamara a su hermano por su nombre no hacía sino aumentar ese disgusto.

—Usted representa al mismo tiempo la experiencia de muchos años y la sabiduría... —continuó Kirkenær.

Reidar se volvió bruscamente hacia Arvid, pero su hermano parecía completamente atrapado por las palabras del joven y dinámico orador, que continuó diciendo:

—Y pueden estar seguros de que no voy a intentar engañarlos. —Kirkenær miró

directamente a Reidar y dibujó una amplia sonrisa—. Ya he tenido la oportunidad de informar a estos dos señores acerca de mis reflexiones, pero permítanme que antes les exponga el objetivo de esta pequeña reunión de hoy: mi nombre, caballeros, significa «libertad». Libertad y seguridad. Represento la libertad y la seguridad porque estoy respaldado por mucho dinero. Pero el dinero no debería ser el protagonista de nuestras conversaciones. Lo que más me importa es granjearme su confianza, de manera que todos entiendan que la obra de su vida, la que ustedes han creado, no está en peligro.

Cerró los ojos, como si pensara en la formulación de la siguiente genialidad.

—La experiencia es el capital que tenemos en común. Contemplo con respeto y humildad lo que ustedes han construido. En este sentido, a Iselin y a mí sólo nos queda... —dirigió una mirada acaparadora a su mujer, quien, completamente embelesada, sonrió a los tres ancianos— ...la tarea de administrar bien la inversión. Caballeros, hemos sondeado minuciosamente el terreno, hemos consultado a los grandes capitalistas, y todos estamos de acuerdo en que lo correcto es pagarles a ustedes generosamente para continuar con su negocio a nuestro nombre.

El hombre de la chaqueta roja volvió a cerrar los ojos, como si disfrutara de la sensación de haber soltado al fin prenda. Luego miró en silencio a cada uno de los tres hermanos. Por último, se dio rápidamente la vuelta para mostrar la primera diapositiva con los cálculos que había hecho.

Reidar Folke Jespersen se olió una conspiración. Tanto él como sus dos hermanos escucharon con atención el acalorado discurso de Kirkenær. Al cabo de veinte minutos de introducción, cuando Kirkenær expuso al fin una oferta concreta sobre sus planes de futuro, ninguno de los tres hizo al principio el menor comentario.

De inmediato, la joven les obsequió coquetamente con un surtido de bebidas. Arvid tomó oportó y Emmanuel cerveza; Reidar, en cambio, hizo un gesto cortés de rechazo. Pero la mujer no se dio por vencida: metió la mano en una cartera y sacó como por arte de magia dos botellas diminutas de Hennessy y Chivas Regal.

Reidar se percató de cómo Arvid le guiñaba un ojo a la mujer y le hacía una seña para que no acosara a Reidar. Esa familiaridad entre sus dos hermanos y el matrimonio —familiaridad que allí, en casa de Arvid, tenía un objetivo muy concreto— le hizo ver en seguida a Reidar que Kirkenær ya había ganado: tanto Emmanuel como Arvid habían mordido el anzuelo. Pero no era sólo eso lo que lo exasperaba; era otra cosa de la que no podía hablar con sus hermanos. Por lo que fuera, tenía la sensación de estar atrapado, y eso lo hacía sentirse impaciente y agresivo. Sin embargo, tras su arrebató inicial, se abstuvo de hacer más comentarios ni a sus hermanos ni a los supuestos compradores. Optó por disimular, y no dijo ni una palabra más hasta que Kirkenær e Iselin se despidieron.

Arvid acompañó a Kirkenær y a su mujer a la puerta, y Reidar oyó cómo sacaban

unas pesadas chaquetas del armario del pasillo e intercambiaban algunas palabras. Él aún permanecía callado cuando Arvid despidió a los dos invitados. El silencio entre Emmanuel y él casi podía palpase. Ambos miraban fijamente la pared y, sumidos en sus pensamientos, oían cómo Arvid flirteaba con Iselin Varas a la antigua usanza, hasta que finalmente el matrimonio se marchó y él cerró la puerta de entrada.

Reidar comprendió que la verdadera razón por la que Kirkenærr se había marchado tan pronto y de una forma tan poco dramática era que daba la batalla por ganada. Mientras reflexionaba sobre la situación, sintió un nuevo acceso de ira y, al mismo tiempo, notó que se apoderaba de él una resignación que le resultaba muy familiar. Por encima de todo, odiaba la sensación de que esa apatía tan profundamente arraigada se abriera paso en su conciencia como la niebla en el bosque, que de repente oscurece y se hace impenetrable. Era una apatía que pretendía hacer creer al cuerpo que no poseía ni el impulso ni la energía suficientes para acometer la lucha, y eso lo asfixiaba. No obstante, tenía claro que aquella reunión pasaría a ser uno de los acontecimientos más importantes de su vida. Reidar rumiaba esto mientras le llegaban las risotadas de Arvid, y Emmanuel miraba la pared con gesto sombrío. Probablemente, esa fuera su manera de reaccionar ante la actitud negativa de Reidar. Durante unos segundos, Reidar Folke Jespersen pergeñó una estrategia con objetivos a corto plazo: primero tenía que impedir la venta del negocio que, al fin y al cabo, pertenecía a los tres hermanos; el siguiente objetivo era ganar tiempo para reflexionar sobre la nueva situación. Para librar la primera batalla sólo faltaban unos instantes.

Cuando se abrió la puerta del pasillo y Arvid se apoyó en el marco con un gesto de conspirador, fue el ex combatiente Reidar el que giró en su silla.

—¿Dónde está el animal? —preguntó con cautela.

De pronto se oyó un suave gruñido procedente del pasillo. Por la rendija de la puerta asomó un pequeño hocico blanco que empujó la puerta los centímetros necesarios, y al momento se coló por ella un pequeño pinscher gordo. La perra comenzó a trotar meneando la cola y jadeando como un lechoncillo acatarrado.

Reidar se agachó y señaló con el dedo el hocico del animal, que se sobresaltó. La perra echó la cabeza hacia atrás y lanzó una serie de aullidos, lo que hizo que Arvid se agachara a su vez para protegerla.

—Tranquila, *Sølvi* —murmuró—, tranquila.

Luego cogió a *Sølvi* en brazos y le susurró algo en el lenguaje que se utiliza para hablar a un bebé, mientras restregaba su cara por el hocico babeante de la perra.

—Nota que no la quieres —le reprochó, enojado, a su hermano.

Reidar lo miró con cara de asco, como si Arvid estuviera zampándose un trozo de carne podrida o un insecto de formas grotescas.

—Ya podéis olvidaros del asunto —dijo Reidar escuetamente.

Los otros dos se miraron.

—No se hable más —dijo Reidar decidido, y se levantó.

—Llevamos meses preparando esta venta —replicó Emmanuel en un susurro—. No puedes torpedearla así como así.

—Claro que puedo —contestó Reidar.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Arvid con agresividad.

Reidar ni siquiera se dignó mirarlo, sino que fue a coger su abrigo.

—He hecho lo que me habéis pedido —dijo con gesto ausente—. He escuchado a ese hombre, lo he soportado más de media hora. Me pedisteis que me dejara convencer. Pues bien, no me ha convencido. Ese hombre es una nulidad.

—Karsten está en el ajo.

Reidar se sobresaltó y taladró con la mirada a Arvid, que repitió:

—Karsten es de nuestra opinión.

El hecho de que su hijo Karsten estuviera al tanto de la situación enfureció aún más a Reidar. Todo hacía suponer que la conspiración que se había oído era mayor de lo que esperaba. Arvid y Emmanuel no sólo se habían confabulado contra él, sino que además habían metido en el asunto a Karsten, su propio hijo.

—Por lo que respecta a Karsten, sus intereses en este caso son completamente irrelevantes —dijo Reidar sin dejarse impresionar—. Ya podéis olvidaros del asunto —repitió.

A Arvid le temblaron los hombros. Lanzó otra mirada a Emmanuel, como para coger fuerzas, y continuó:

—Emmanuel y yo hablamos muy en serio. Y precisamente porque te conocemos y esperábamos este resultado cuando te pedimos tu opinión, me temo que esta vez vas a perder.

Reidar observó a su hermano inexpresivamente.

—Date por vencido, Reidar. Somos tres, y dos contra uno es mayoría absoluta.

El anciano guardó silencio.

Arvid miró de reojo a su hermano para buscar apoyo.

—La mayoría decide, independientemente de lo que tú digas.

—¿Mayoría?

Reidar rodeó la mesa con gesto amenazador y se dirigió hacia Arvid, que retrocedió dos pasos, asustado. Ante una señal del tercero, ambos se detuvieron. Emmanuel estaba a punto de levantarse. O al menos colocó su grueso cuerpo en una posición medio erguida y apoyó la barriga en el canto de la mesa. Todos los que conocían a Emmanuel sabían el esfuerzo que se ocultaba tras una acción semejante, y los dos hermanos comprendieron que, para acometer semejante proeza, debía de estar personalmente muy afectado. Eso revistió a Emmanuel de una autoridad que, en situaciones semejantes, le había servido más de una vez para superar su complejo de

hermano menor. Ahora quiso aprovechar esa ventaja. Moviendo las manos sosegadamente, intentó aplacar los ánimos de los dos hermanos, que estaban el uno frente al otro como dos boxeadores en el ring.

—Mantengamos la calma; todavía no ha pasado nada. Kirkenær mantiene en pie su oferta, así que debemos permanecer unidos...

Reidar se estremeció cuando su hermano mencionó el nombre de Kirkenær.

—Que ese hombre mantenga en pie su oferta o no es indiferente. ¡Quitáoslo de la cabeza!

La voz de Reidar sonó como el tableteo de una ametralladora, y aun reforzó la salva de disparos dando un puñetazo en la mesa con la mano derecha.

Arvid dejó a la perra encima de una silla.

—¡No volverá a presentársenos nunca una oportunidad así! —exclamó.

—¡Exactamente! —dijo Reidar con voz destemplada—. Exactamente —repitió acercándose a su hermano pequeño—. Y ¿no te has parado a pensar que eso quizá sea significativo?

—¿Significativo?

Arvid buscó la ayuda de Emmanuel, que lentamente volvió a hundirse en su sillón. Después del esfuerzo, le costaba trabajo respirar. Tenía la frente perlada de gotitas de sudor. Sin embargo, la mirada que le lanzó a su hermano mayor no era ni mucho menos de impotencia.

—Ese es el problema, Reidar —dijo en voz baja—. Te vas haciendo viejo. Ya no impones tanto como antes. Esta vez no nos daremos por vencidos. Vas a perder.

—¿Qué dentellada?

—Sí —ladró Arvid—. Ya no eres el que eras. Tú, yo y Emmanuel somos... —jadeó, como si no se atreviera a decir inmediatamente la palabra, pero luego cerró los ojos e hizo acopio de valor—: ...somos viejos. Tú, Reidar, tú también eres viejo. El más viejo de todos. Y además, ¡maldita sea!, no eres inmortal.

Reidar se sobrecogió. En la silla, *Sølvi* empezó a ladrar con fuerza.

—¡*Sølvi*! —gritó Arvid, nervioso—. No tengas miedo, pequeña.

Reidar miró fijamente a Arvid en primer lugar y luego a Emmanuel.

—Somos dos; estás solo. Esta vez, Emmanuel y yo llevaremos a cabo el asunto. Vamos a vender el negocio, y no se hable más.

Reidar había palidecido. Se apoyó en el borde de la mesa. A la dificultosa respiración de los tres se sobrepusieron los ladridos y los aullidos del perro.

—Me voy —se limitó a decir Reidar—. No pienso firmar nada.

Los otros dos se miraron. Arvid, nervioso, miró de soslayo la puerta y, de repente, el perrito faldero saltó de la silla. Con paso torpe, ladrando y resollando sin cesar, se fue corriendo hacia Reidar y empezó a mordisquearle el empeine de los pies. Reidar se quedó unos segundos con la mirada clavada en el perro antes de sentir un

escalofrío. Luego le propinó una fuerte patada al animal. Lanzando un sonido cavernoso, el perro se levantó del suelo, salió volando por la habitación y fue a caer en el rincón de la chimenea. El cuerpo rechoncho del animal emitió un ronco resuello y luego se quedó inmóvil.

—¡Eres un demonio! —gritó Arvid y corrió a arrodillarse junto al animal sin vida—. *Sølvi* —dijo con un hilo de voz—. *Sølvi*.

Emmanuel puso los ojos en blanco. Se encogió de hombros e intentó encenderse un purito que le temblaba en la mano. La llama del encendedor se avivaba con cada calada. Cuando por fin se contentó con el ascua, se dirigió a Arvid:

—Ha sido una tontería por tu parte dejarla entrar, Arvid, y tú lo sabes. Reidar y la perra nunca se han tragado.

—Ahora voy a cruzar esa puerta —lo interrumpió Reidar con voz atronadora, y señaló con su largo y huesudo dedo la puerta de la calle—. Y tal y como está la situación, las probabilidades de que vuelva son escasas.

—¡Has matado a *Sølvi*! —se lamentó Arvid desde la chimenea.

—¡Deja ya de quejarte! —replicó Reidar, irritado—. Tu maldito chucho no está muerto.

Emmanuel carraspeó, se atragantó con el humo y le falló la voz.

—Para nosotros... —dijo medio asfixiado—... para Arvid y para mí, sólo se trata de un negocio, Reidar, de dinero. Tú actúas de un modo muy poco profesional, haciendo de todo esto un asunto personal. —Tosió y se quedó sin aire. Cuando tomó de nuevo la palabra, su voz tenía el mismo tono susurrante que la de un mafioso moribundo de *El Padrino*—. Sencillamente tienes que ceder. Lo mejor es que te des por vencido. Esta vez, Arvid y yo no nos doblegaremos, así que ya puedes ir firmando.

—No firmaré jamás —replicó Reidar.

—No se mueve —dijo Arvid levantando a la perra sin vida.

—¡Se trata de mi maldita jubilación! —continuó Emmanuel, impertérrito, pero ahora en un tono más amable—. Karsten también... opina que es lo mejor. Arvid, Karsten y yo, los tres lo pensamos. No puedes poner en juego nuestro futuro con tu puñetera cabezonería.

Reidar permaneció unos segundos mirando al suelo; luego alzó la vista y miró a Arvid, que sostenía a la perrilla en brazos. Tenía las dos patas delanteras estiradas. De pronto, una pata dio un respingo y cayó inerte; luego, el cuello del animal se torció, y de las fauces abiertas asomó la punta de una lengua rojiza.

—Ahora ya está muerta —dijo Reidar con una sonrisa maliciosa en los labios—. Acabas de matarla. Na deberías haberla cogido.

Acto seguido, dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—Reidar —dijo Emmanuel—, la guerra terminó hace más de cincuenta años. No

conseguirás nada replegándote. Reconoce de una vez la derrota.

Reidar abrió la puerta, lanzó una última mirada por encima del hombro y repitió:

—No voy a firmar. Ni hablar. No habrá firma ni contrato.

—No tiene ningún sentido oponer resistencia, Reidar —insistió Emmanuel—.

Mañana mismo, el dinero estará sobre la mesa.

Se oyó un portazo.

—Has perdido —repitió Emmanuel mirando a Arvid, que levantó la cabeza y miró furioso hacia la puerta.

Emmanuel dio una calada a su purito.

—El veterinario curará a tu perra —le aseguró a su hermano—. Lo de Reidar es más grave. Tenemos que conseguir que su nombre figure en el contrato. De lo contrario, tendremos problemas.

In media res

Después de abandonar a sus hermanos, cuando acababa de encerrar su sensibilidad entumecida en un viejo cajón del cerebro y todavía estaba bajando la escalera, Reidar empezó a planear lo que debía hacer a partir de entonces.

En la acera de Uranienborgveien se detuvo un momento y se estremeció con el gélido viento invernal. Tenía el cerebro ocupado en averiguar qué camino debía coger para encontrar un taxi y una cabina telefónica. «Esto es quizá lo más irritante de la edad —pensó—. Con los años, romper con la rutina vuelve los días difíciles e insuperables». Recorrió Parkveien; a tan sólo cincuenta metros, en una esquina del Uranienborg Park, encontró una cabina telefónica. Descolgó el auricular y comprobó que se trataba de un teléfono de tarjeta. Volvió a colgar y reflexionó durante unos segundos si debería ir a la oficina, en Bertrand Narvesens Vei, en Ensjø, y llamar desde allí. Hacía frío y se sentía entumecido y agotado. Por otra parte, quería utilizar un teléfono anónimo. Lamentó no haber llamado a un taxi antes de marcharse. Con un coche como base, el ataque y las acciones habrían resultado más fáciles, y además habría tenido un sitio caliente desde el que poder operar. Escenas tan impetuosas como la que acababa de representar eran innecesarias, por más que la temperatura subrayara la gravedad de la situación y provocara inquietud en las filas del enemigo.

Con los dedos rígidos, pescó una tarjeta telefónica de la cartera que llevaba en el bolsillo interior del abrigo, y un papel en el que había anotado el número de teléfono del amante de Ingrid. Tardaron mucho en contestar.

—¿Sí? —dijo por fin una voz.

Reidar dudó, pero sólo un segundo.

—Soy Reidar Folke Jespersen —dijo—. Tengo que hablar con mi mujer.

Se hizo un largo silencio en la línea.

—No haga un drama de esto; tengo poco tiempo —continuó con voz pausada aunque levemente impaciente—. Es de suma importancia que hable ahora mismo con Ingrid.

—Un momento —dijo la voz de hombre.

Hubo un rato de silencio. Reidar tenía frío. Miró a su alrededor y maldijo el nerviosismo de Ingrid y su incapacidad para comprender lo mucho que le molestaba la espera. Mientras seguía allí de pie, tiritando, vio un Mercedes blanco con un letrero de taxi en el techo que recorría Josefines Gate. El coche se detuvo unos pocos minutos en el semáforo. Reidar vio que su ocupante estaba pagando y se imaginó perfectamente a sí mismo subiendo al coche blanco. Como respuesta a sus propios pensamientos, oyó al otro lado de la línea la voz baja de su mujer.

—¿Reidar?

—Sí —dijo él en un tono neutro—. Hoy llegaré tarde a casa, seguramente no

antes de las siete.

Al otro lado se hizo el silencio. La parte trasera del Mercedes blanco se abrió y su ocupante bajó del coche.

—¿Aún sigues ahí? —preguntó él.

—Sí —dijo Ingrid con una voz apenas audible.

—Parto de la base de que esta será la última vez que te encuentro en casa de otro hombre —dijo Reidar—. Aunque la decisión es cosa tuya. Si quieres que nuestro matrimonio continúe adelante, espero encontrarte a las siete en casa. De lo contrario, más vale que no vayas.

El semáforo se puso en verde y el taxi atravesó el cruce. Reidar levantó el brazo e hizo una seña para que se acercara el coche, que en seguida se detuvo junto al bordillo.

—Si vas, daré por olvidado este episodio y no hablaremos más del tema —dijo para terminar, y luego colgó.

A continuación, sacó la tarjeta del teléfono y se echó el aliento en las manos. Encogido de frío, cruzó la acera hacia la puerta del coche, que el taxista le sostenía abierta desde dentro. Subió al vehículo y cerró con un portazo.

—¿Adónde vamos? —preguntó el taxista, un pakistaní regordete que estaba atento al tráfico mirando por el espejo retrovisor.

—A Ensjø —dijo Reidar respirando profundamente—. Tengo frío. ¿Le importaría subir un poco la calefacción?

El sosia

Aquella inquietud, que Reidar llevaba muchos años sin sentir, no desaparecía. Se notaba desasosegado, lo cual, a su vez, lo hacía sentirse tan joven como hacía tiempo que no se sentía. De ahí que la inquietud le resultara agradable al tiempo que desagradable. Pero como no estaba seguro de lo que iba a pasar, se encontraba descontento consigo mismo. La mayor parte del tiempo la pasó sentado en su despacho, atendiendo las llamadas telefónicas más urgentes y esperando a que dieran las cinco.

Cuando se iba acercando el momento y el frío día de enero se había vuelto oscuro como la noche, bajó la escalera de la oficina y entró en el almacén. La enorme estancia estaba abarrotada de muebles antiguos y objetos que se hallaban a la espera de ser vendidos en la tienda de Thomas Heftyes Gate. Se detuvo unos segundos a contemplar el caos formado por las piezas de artesanía y los objetos de uso corriente, y durante esos instantes logró soñar un poco, como cada vez que observaba aquellas cosas. Sin embargo, ese día no consiguió aferrarse a esa sensación. Por eso se obligó a seguir bajando la escalera. Sacó una llave del bolsillo del pantalón, fue hasta la puerta del almacén y la abrió. Fuera seguía haciendo un frío glacial.

Levantó la tapa del buzón verde que colgaba de la pared junto a la puerta y metió la llave, que cayó con un ruido sordo apenas perceptible. Volvió al calor y procuró que la cerradura de la puerta quedara bien encajada. Se abrió paso a través de los muebles antiguos hasta que llegó al fondo del todo, donde se detuvo ante un armario de madera noble con molduras talladas y rosas pintadas en las puertas. Abrió las dos puertas. Dentro colgaba un esmoquin negro poco usado y pasado de moda. Se quitó los pantalones grises y la camisa de franela de cuadros azules que llevaba y se puso el esmoquin con una camisa blanca y unos relucientes zapatos negros.

De vuelta en su despacho, se sentó junto al escritorio y fumó mientras contemplaba la imagen de su cuerpo reflejada en el cristal oscuro de la ventana: vio a un hombre mayor de pelo blanco con una barba blanca pulcramente recortada que le cubría la barbilla. Deslizó la mirada por la chaqueta del esmoquin, el negro contraste con la pechera blanca, la pajarita negra en el cuello. Entristecido, tuvo que reconocer que no era capaz de atrapar su mirada en el cristal. «Parezco mi propio espíritu, como en una obra de teatro inglesa», pensó, y se levantó inquieto.

Se dirigió hacia la ventana y bajó la persiana blanca; luego volvió a sentarse a la mesa. El sólido escritorio estaba cubierto con un paño blanco y liso que reflejaba ligeramente la luz del techo. Sobre la mesa había dos copas de vino. Reidar miró el ascua de su cigarrillo, acercó la mano al cenicero, que estaba entre las copas y, antes de echar la ceniza en él, observó su mano temblorosa. Luego aplastó la colilla en el cenicero y giró la muñeca para mirar el reloj. La impaciencia lo hizo levantarse de

nuevo y ponerse delante del espejo, junto a la puerta. Se enderezó la pajarita, se sacudió las solapas de la chaqueta del esmoquin y luego la caspa de los hombros. Miró sus zapatos, descubrió una mancha y se agachó para limpiarla con el dedo pulgar.

Entre el espejo y la puerta había un reloj de pie. Abrió la caja del péndulo y comparó la hora con la de su reloj de muñeca. De repente, ladeó la cabeza y aguzó el oído: había oído un portazo en alguna parte.

Apagó la luz del techo y encendió la lámpara del escritorio. Luego se agachó y sacó una botella oscura de debajo de la mesa, pero se detuvo bruscamente y se quedó escuchando de nuevo. Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo, e instantes después saludó con la mano a la mujer que apareció en la puerta.

Tenía alrededor de veinticinco años, era alta y delgada, y llevaba un vestido largo de color rojo. Se quedó apoyada en el marco de la puerta, en la penumbra, sin respirar.

—No tienes por qué avergonzarte —dijo él para tranquilizarla.

Nada más decir la última palabra, la mujer levantó la barbilla y lo miró fijamente a los ojos. A él le gustaba que cambiara de actitud con tanta facilidad. Le gustaba la seguridad en sí misma con la que se presentaba. Pero quizá lo que más le gustó fue verla entrar a la luz de la lámpara del escritorio.

—Aquí estoy otra vez —dijo ella casi en un susurro.

—Hacía mucho que no venías —respondió él, y notó que la autocompasión le oprimía la garganta. Miró al techo, tragó saliva y repitió como en sueños—: Mucho tiempo.

Una vez recuperado el aplomo, rodeó la mesa, se sentó en la silla giratoria y la examinó.

Ambos se miraron en silencio.

Finalmente, ella carraspeó y dijo:

—Venir aquí es como volver a un lugar secreto.

Reidar permaneció en silencio.

—La llevo conmigo a todas partes, a todas horas.

—¿El qué?

Ella reflexionó unos instantes y finalmente contestó:

—La nostalgia.

—Sólo cuando estás aquí me olvido de lo que significa esperar —respondió él, y señaló la botella—. ¿Un jerez?

—Sí, por favor.

Cuando ya se disponía a coger la botella, dudó un momento y miró a la joven.

—¿O prefieres servirlo tú?

La joven cruzó la habitación a grandes zancadas, cogió la botella y sirvió jerez para los dos. A continuación, cogió la copa, meneó un poco el licor, aspiró su aroma y buscó con una mirada ensoñadora algún punto en la lejanía. Acto seguido, dio un sorbito al jerez y dejó la copa sobre la mesa. Lentamente, empezó a quitarse uno de los guantes, que le llegaban por encima de los codos.

—Ha sido el conductor —dijo—. No me dejaba marcharme.

Subrayaba las palabras pronunciándolas despacio, como si estuviera pendiente del efecto que causarían en el anciano. Reidar tenía los ojos cerrados; parecía meditar. Por fin, ladeó la cabeza, abrió los ojos y preguntó pausadamente:

—Vaya, ¿y por qué no? —Su mirada denotaba curiosidad, pero también preocupación.

—Me deseaba —dijo ella, dejando caer el guante al suelo. Tenía unos dedos largos y llevaba las uñas pintadas de un rojo intenso. A continuación se quitó también el otro guante, despacio, un dedo tras otro, hasta que liberó el antebrazo de la ajustada tela—. Era brutal.

—¿Era un desconocido o lo conocías?

Ella bajó la mirada y reflexionó. Finalmente, alzó la vista y dijo:

—Eso pregúntamelo más adelante.

Reidar aprobó la ingeniosa respuesta con una sonrisa, se llevó rápidamente el jerez a los labios, dio un trago y volvió a dejar la copa. Con un gesto de satisfacción, comprobó que ya no le temblaba la mano.

—Hay algo de lo que tengo que hablar contigo —dijo en un tono ligero—. Algo importante.

Ella dio unos pasos hacia la izquierda, dejó atrás el reloj de pie y se miró al espejo.

—La idea de hacerte esperar me atormentaba —señaló la mujer, volviéndose de nuevo hacia él—. Pero, por otra parte, también me gusta que un hombre joven muestre abiertamente interés por mí.

Él alargó la mano para coger el cenicero del escritorio y lo depositó sobre la repisa de la ventana, al lado de un pequeño radiocasete que, a continuación, encendió. Del altavoz salieron unos suaves sonidos metálicos de violín.

Ella permaneció escuchando con los ojos cerrados.

—¿Schubert?

Reidar asintió, mientras la mujer se abría la cremallera de la cintura del vestido. Después empezó a desabrocharse una fila de botoncitos blancos que le bajaba por el pecho. Cuando por fin terminó, se descubrió los hombros. El vestido cayó al suelo y se quedó enroscado en sus tobillos. Ella miró hacia abajo, hacia sus anticuados zapatos marrones de tacón alto. Aparte del collar de perlas artificiales que siempre se ponía, no llevaba nada más.

Reidar la observaba con los ojos entornados. Cuando por fin se movió, la silla crujió. Como si hubiera estado esperando esa señal, la mujer avanzó hacia él, acariciándose los pechos con una mano. Tenía la carne de gallina.

—¿De qué querías hablar? —preguntó, y atravesó la habitación con paso decidido.

—Del perdón —contestó él en voz baja.

Como si esa palabra se hubiera interpuesto en su camino, la joven permaneció unos segundos observando la mesa con la mirada ausente; por último, se subió encima de ella y se tendió sobre el paño blanco. Apoyada sobre un codo, le quitó a Reidar la copa de la mano y dio un sorbito.

—De eso ya hemos hablado —respondió al fin.

Él asintió.

El silencio duró hasta que ella le devolvió la copa y dijo:

—Tú y yo deberíamos haber ido juntos al concierto de Schubert.

—¿Dónde? —preguntó él.

La mujer dudó mientras él la miraba inexpresivamente.

—¿Viena? —preguntó alzando los ojos.

Él negó con la cabeza.

—¿Salzburgo?

Reidar negó con los ojos cerrados.

Una sonrisa afloró a los labios de ella.

—¿Londres?

Él asintió.

La mujer permaneció allí tumbada escuchando la música con los ojos cerrados, hasta que se colocó boca arriba, mirando al techo.

—El perdón no se consigue fácilmente —dijo, pensativa.

Él carraspeó.

—Es una contraprestación —añadió ella.

Reidar no contestó.

Ambos permanecieron callados escuchando la música. Al cabo de un rato, ella se puso de rodillas. La cálida luz de la lámpara del techo confería a su piel un resplandor oscuro, casi rojizo. Él retrocedió un poco con la silla para ver la imagen de la mujer reflejada en el espejo.

—¿Puedes verme? —preguntó entonces ella.

—Casi.

Ella se colocó mejor.

—Perfecto.

La contempló en el espejo sin moverse, en silencio. Al cabo de un rato largo, ella abrió los ojos. Entonces Reidar se levantó y le susurró al oído:

—¿En qué piensas?

—En la música —respondió ella con otro susurro.

—¿En qué música?

—En Schubert.

Reidar le cogió la cara con las dos manos. Cuando la besó tiernamente en la frente, ella bajó los párpados pintados de azul. En ese mismo momento se mordió con fuerza el labio inferior. Su respiración acelerada se superponía a los suaves sonidos de violín del radiocasete. Durante unos segundos, clavó la vista en el techo. Más tarde, cuando enterró la cara en la pechera blanca de Reidar, este posó delicadamente la cabeza en su suave hombro y dejó caer una lágrima solitaria.

El búho

Ante el edificio del almacén en el que tenía lugar esa escena estaba Richard Ekholt, apoyado en una valla de tela metálica, pensando en que la ventana de la fachada se asemejaba a un ojo medio cerrado. La persiana era el párpado, bajo el cual había una franja de luz. Aunque le dolían los ojos de tanto mirar, no podía apartar la vista.

Pese a que hacía muchísimo frío, Richard Ekholt no lo sentía. Tan sólo llevaba puesto el uniforme de taxista. En la manga izquierda de la camisa llevaba cosido el logotipo de «Oslo Taxi». El uniforme estaba arrugado, el pantalón no tenía raya y las solapas de la chaqueta presentaban unas oscuras manchas de café y de ketchup. Sus zapatos marrones no estaban precisamente hechos para ese frío. Cuando reconoció la silueta de la mujer a través de la persiana blanca, cerró los ojos durante dos breves segundos. Sin embargo, el dolor que lo invadió al ver confirmadas sus sospechas era distinto de los celos que había sentido hasta entonces. Se vio como arrastrado por una corriente paralizante que no se aplacaba ni siquiera al apartar la vista o al sentarse. Por un momento, le pareció que el suelo se acercaba peligrosamente a su cara, antes de que sus manos encontraran la valla y se aferraran a ella.

De todos los rectángulos oscuros de la fachada, sólo había una ventana iluminada. El cuerpo de la mujer, que pronto adquirió la forma de una silueta nítidamente recortada contra la persiana blanca, se convirtió luego en una sombra difuminada y, por último, en una nube desdibujada, en una absurda y muda pantomima. Su perfil de nariz afilada, la forma de su labio superior y la peluca destacaban con claridad cuando se dio la vuelta lentamente y empezó a desabotonarse el vestido. La silueta seguía igual de nítida cuando se descubrió un hombro y dejó caer el vestido. Pero cuando se volvió de espaldas, la sombra se desvaneció.

En ese momento fue cuando a él le fallaron las piernas: al ver su sombra, su torso de hombros rectos y pechos claramente perfilados desapareciendo finalmente en una niebla gris, como si en alguna parte hubiera un director de cine que quisiera ahorrarle al público las escenas demasiado fuertes. No sentía el frío en el cuerpo ni el aire gélido que le entraba por la nariz. Lo que sentía era la piel de ella bajo sus dedos, segundos antes de que se deshiciera de su abrazo y bajara del coche.

Fue dando traspies hacia la puerta tras la que había desaparecido ella. Sin perder de vista el extraño juego de sombras de detrás de la persiana blanca, patinó por el asfalto, las placas de hielo y la nieve pisoteada, y embistió contra la puerta de hierro, aun a sabiendas de que estaba cerrada. No obstante, intentó abrirla a la fuerza y se abalanzó sobre ella. No se oía nada. Retrocedió un paso. «¿Cómo habrá entrado ella?», se preguntó. Buscó algún timbre, pero no se veía ninguno. «Conoce bien el camino. No es la primera vez que viene», pensó. Como en trance, regresó al taxi

dando tumbos. El único ruido que se oía era el crujido de la nieve bajo sus suelas. Se sentó en el coche y miró el reloj del salpicadero. De la central le enviaban avisos, pero él los ignoraba; no podía dejar de mirar el minuterero del reloj. Al cabo de un rato, fue capaz de ver su propio aliento helado. Un poco más tarde, una capa de vaho congelado cubría la parte interior del parabrisas. Tenía los dedos entumecidos por el frío, pero sólo pensaba en la sombra de ella tras la persiana blanca.

El minuterero avanzaba con una lentitud infinita, y a Richard Ekholm le parecía que el tiempo no pasaba. Para entonces resultaba casi imposible ver a través de la capa de hielo que cubría el parabrisas. Los dientes le castañeteaban; intentó entrar en calor echándose el aliento en las manos. Sólo entonces puso en marcha el motor, aceleró y encendió al máximo la calefacción y el ventilador. Colocó las manos junto a la rejilla del ventilador, que pronto llenó el interior del coche de un aire tibio. Tenía los nudillos de las manos enrojecidos y los dedos blancos, sin sangre. Poco a poco, el hielo del cristal se fue derritiendo, y se formaron unos pequeños óvalos a través de los cuales podía verse con claridad. Empezaron a picarle los dedos, pero sus pensamientos todavía giraban en torno a la misteriosa cita. ¿Quién era el hombre para el que ella se había puesto tan guapa? Seguro que pensaba en él cuando se pintó los labios y se miró al espejo para darse sombra en los párpados. Su mano concentrada en el pincel... y él en la misma habitación. Ella pensando en otra cosa, en otro hombre. Sin duda, el vestido lo había elegido para otro hombre. Desde el momento en que se miró al espejo, ya lo estaba engañando. No tenía intención de ir a hacer un recado, ni a una clase, ni al baile. Se había arreglado para su amante. Apretó los puños y miró hacia afuera. La ventana aún seguía iluminada.

Poco a poco, el calor se propagó por el coche y se derritió el hielo de la ventana. Cuando lo llamaron de la central avisándolo de un servicio que sin duda había solicitado ella, por un momento pensó si debería tener la osadía de aceptarlo él. Pero pasó por alto la llamada y permaneció inmóvil. Al poco rato, otro taxi se detuvo a escasos metros de él. El coche dio marcha atrás y se detuvo con el motor en marcha, mientras los gases del tubo de escape formaban una especie de tapón de algodón gris que ascendía hacia el aire frío como tirado por una cuerda. Como todavía seguía prestándole atención a la ventana, en un principio no los vio llegar.

Cuando finalmente los descubrió, lo primero que hizo fue agarrar la manija de la puerta, pero de inmediato se contuvo. Se acercaban muy abrazados. No: venían apoyados el uno en el otro. Ella con unos tacones altos, y él... De repente se dio cuenta de que el hombre era un anciano. Más claro aún lo tuvo cuando ella le abrió la puerta del taxi. Luego se quedó mirando cómo ella rodeaba el taxi sobre sus tacones tambaleantes y subía al vehículo por el otro lado. Cuando arrancaron, él también puso en marcha su coche. Se internaron en la iluminada Ringveien, que a esa hora de la noche todavía estaba medio vacía. Él los veía a través de la luneta trasera del taxi que

tenía delante. Ella no se volvió a mirar; no sospechaba que había sido descubierta. Mientras los seguía en dirección a Carl Berners Plass, los ojos le ardían. Se acercaron a un semáforo en rojo y él se reclinó en su asiento para no ser descubierto. Miró el pelo blanco de la nuca del hombre e intentó imaginar qué aspecto debía de tener. «¿Y tú quién eres?», se preguntó.

Frenó y entonces se percató de que habían llegado a la casa de ella, en Hegermanns Gate. Se acercó al bordillo y encendió el letrero de taxi del techo: un taxi anónimo en una calle cualquiera de la ciudad. Recostó la barbilla sobre el pecho e hizo como si estuviera anotando algo. Levantó ligeramente la vista y vio que ella se inclinaba sobre el viejo y le daba un beso, antes de que se abriera la puerta y ella pusiera un pie en la calle para apearse. El anciano siguió mirando hacia adelante. ¡Ni siquiera se tomaba la molestia de verla marchar! Cuando el taxi arrancó, el viejo continuaba mirando al frente.

Richard Ekholt volvió a apagar el letrero de taxi de su vehículo y aceleró. La mujer había cruzado la calle y ahora estaba buscando las llaves delante de la puerta de su casa. Cuando él pasó por su lado, ella se volvió. Sus miradas se encontraron. Ella se estremeció e hizo un movimiento indeciso con los brazos al reconocerlo. Pero él siguió conduciendo mientras ella lo veía alejarse. La miró por el espejo retrovisor. Su figura parecía encogida en el espejito lleno de manchas de grasa y de huellas de dedos, que desfiguraban sus rasgos hasta convertirla en una sombra imprecisa, una sombra que le dirigía una mirada perdida. Pero ya se ocuparía de ella más adelante. Primero, el viejo. Puso el intermitente de la derecha y siguió al taxi por Ringveien.

El guante

Aunque Jonny Stokmo era pequeño de estatura, daba la impresión de ser fuerte; tenía las manos grandes y robustas, y unos andares suaves y elásticos que daban testimonio de unos músculos duros. El poco pelo que tenía lo llevaba peinado más o menos hacia atrás, y cuando hacía tanto frío como ahora se cubría la cabeza con la capucha del anorak. Fumaba. Como siempre, el cigarrillo le colgaba de la comisura de los labios: una colilla marrón rojizo manchada por su propia saliva mezclada con nicotina. Llevaba un bigote fino que, por el lado derecho, estaba chamuscado de tanto encender cigarrillos.

Ahora esperaba a Reidar Folke Jespersen. Para no coger frío, recorría la acera de Thomas Heftyes Gate arriba y abajo. Hacía aproximadamente media hora que había hablado con Ingrid Jespersen, que le había comunicado que Reidar se presentaría de un momento a otro. Sus pensamientos giraban en torno al inminente encuentro. No estaba muy seguro de cómo debía expresarse. Además, pensaba en la postura que iba a adoptar; debía procurar colocarse de tal manera que Reidar, bastante más alto que él, le viera los ojos. ¿Debía utilizar un tono agresivo o amable? ¿O tal vez uno intermedio? Probablemente tenía que mostrarse frío, como solía hacer Reidar. «Ambos somos adultos», ensayó en silencio, pero no le gustó la formulación. La última vez que Jonny Stokmo había hablado de ser adultos en ese tono había sido con su ex mujer Berit; por teléfono.

«Reidar, he reflexionado acerca de esas historias»: eso le daría a entender que Jonny se había arrepentido, que estaba dispuesto a considerar todo el asunto, incluido a sí mismo y a Reidar, desde una perspectiva exterior. «Reidar, he reflexionado acerca de esas historias, y tienes que reconocer que sólo hay una solución...».

Le pareció una frase acertada. «Sólo hay una solución...». No había, por así decirlo, ninguna otra salida, y a Reidar le picaría la curiosidad por saber a qué solución se refería. Aunque Reidar, en lo más profundo de su ser, tenía que saber cuál era esa solución. Porque Reidar conocía a Jonny.

Ingrid le había ofrecido esperar dentro, pero Jonny no quería poner los pies en el umbral de la casa de Reidar. Aunque, evidentemente, eso no se lo había dicho a Ingrid, que había parloteado como una niña pequeña. Ingrid Jespersen era una mujer intrigante; le gustaba flirtear con camioneros y fontaneros, se ponía cachonda con los hombres que tenían mugre debajo de las uñas y, sin embargo, luego nunca se salía del redil, sino que seguía encadenada a su marchito matrimonio, como era su obligación. Jonny estaba seguro de que, en cualquier caso, Ingrid, independientemente de que supiera algo o no, era mejor persona que su marido, a quien le habría gustado decírselo con claridad.

Tenía frío porque debajo de los vaqueros no llevaba calzoncillos ni leotardos.

Ahora que el termómetro había bajado a veinte grados bajo cero, vio que había cometido un error.

Cuando el taxi se detuvo en el borde de la calzada, Jonny Stokmo observó cómo Folke Jespersen pagaba y se bajaba con dificultad del coche. Esperó a que el taxi se marchara y luego, con las manos metidas en los bolsillos del anorak, se dirigió hacia el anciano, que se había quedado parado en la acera con la espalda encorvada. Reidar se ciñó el abrigo, emprendió la marcha con sus andares de viejo y enfiló la entrada de la casa, situada un poco más adelante.

—Ah, eres tú —dijo el anciano, deteniéndose—. ¿Qué quieres ahora?

Jonny Stokmo se percató en seguida de cómo acabaría la cosa. El tono de voz de Reidar, la breve ojeada, el gesto ausente...

—¡Vaya una manera de saludar! —dijo Stokmo.

Reidar lo miró por encima del hombro y se dispuso a pasar de largo.

—Quiero decirte algo —dijo Jonny brevemente.

—La respuesta es no.

«Sabe de qué va la cosa —pensó Jonny—. O sea, que ha reflexionado sobre el asunto, le ha preocupado».

Reidar apartó a Jonny a un lado para pasar.

—Sólo hay una solución —dijo Stokmo con firmeza, y se interpuso en su camino.

—Quítate de en medio —le ordenó el viejo.

—Me he decidido —dijo Stokmo—. Y...

—Y ya estoy harto de tu verborrea —lo interrumpió Folke Jespersen—. Yo no te debo nada, ni a ti ni a tu difunto padre.

El viejo intentó abrirse paso, pero Stokmo lo agarró por las solapas.

—¡Tú no vas a ninguna parte, viejo!

—¿Cómo dices?

Jonny Stokmo no había contado con eso: con que fuera a coger al viejo gruñón por las solapas. Al mismo tiempo que notaba cómo el cuerpo huesudo del anciano cedía a su fuerza muscular, la situación le paralizaba. Reidar no era uno cualquiera. Era *Folke Jespersen*. Como Jonny se quedó súbitamente paralizado, el anciano pudo zafarse con facilidad.

—¿Tú qué te has creído?

—¡Tienes que ponerle remedio! —Jonny seguía furioso, pero la orden no le salió con la fuerza necesaria. Sorprendido por su propio estallido de violencia, de repente se sentía débil.

—¡Vuelve a la apetosa pocilga de la que has salido! —le espetó Reidar con un ligero temblor en la mandíbula, mientras terminaba de soltarse del todo.

Stokmo permaneció quieto y sin saber qué hacer mientras Folke Jespersen lo rodeaba a grandes zancadas. De pronto, el viejo se detuvo como si hubiera cambiado

de opinión. Rebuscó los guantes en el bolsillo. Luego, con una mirada colérica, abofeteó con ellos a Stokmo. Primero una vez; luego otra.

—¡Estúpido petimetre! —exclamó, y se dirigió hacia la entrada de la casa, situada a veinticinco metros de distancia.

Una vez que el anciano hubo pasado de largo, Jonny pareció despertar de nuevo a la vida.

—¡Eres un maldito ladrón! —chilló, y echó a correr con agilidad tras el viejo—. ¡Y no creas que te vas a librar de esta tan fácilmente, maldita sea!

Reidar lo ignoró por completo. Cuando llegaron a la puerta de la casa, el anciano llamó al timbre de su piso y miró a través de Jonny Stokmo como si este no existiera.

—¡De esta no te vas a librar! —lo amenazó Stokmo—. Volveré. Y entonces no serás tú el que me dé una bofetada, maldito fascista.

Se oyó un zumbido en la puerta y Reidar la empujó hasta abrirla.

—¡Haz lo que te salga de los cojones! —murmuró, y entró en la casa sin dignarse mirar a Stokmo.

Luego, la puerta se cerró de golpe ante las narices de Jonny.

—¡Miserable! —lo maldijo este—. ¡Miserable!

Retrocedió unos pasos y amenazó con el puño mirando hacia las ventanas del piso de arriba.

Nocturno

Ingrid Jespersen se acostó sola esa noche por primera vez desde hacía muchos años. Empezó a hacer memoria y recordó cómo el sol bajo, frío y blanco de enero había entrado también ese día por la ventana del dormitorio de su amante. Se acordó de los rayos que incidían en el pingüino de cristal, desde el que se desplegaban, como un abanico, manchas luminosas que llegaban hasta la cama, la espalda de su amante y los muslos de ella. Recordó que mientras estaba tumbada boca arriba con las manos apoyadas en las caderas de Eyolf había sonado el teléfono de la mesilla.

Ese sencillo teléfono blanco que temblaba al compás de los rítmicos movimientos de Eyolf dentro de ella; un teléfono que no quería dejar de sonar. Y por alguna extraña razón —mientras yacía debajo de Eyolf y su cabeza golpeaba rítmicamente contra la cabecera de la cama—, ella sabía que era Reidar quien llamaba. Pensó en las horas siguientes, en el nauseabundo y humillante sentimiento de culpabilidad que le había hecho insoportable cada minuto del día hasta la cena. Karsten, su mujer y los dos niños también habían ido a cenar. Recordó el cambio que se produjo cuando Reidar llegó a casa y todos se reunieron en torno a la mesa; cómo ella había conseguido durante toda la cena armarse de valor y tragarse la sensación de vergüenza y el nerviosismo, sin dirigirle a su marido miradas inseguras y sin que le temblaran las manos. Repasó en la memoria el tiempo que había pasado con Reidar: veinticinco años de su vida casada con un hombre al que apenas conocía.

Él ya había estado casado una vez, era viudo cuando se conocieron, y tenía un hijo algo más joven que ella. Aquella llamada telefónica, el monólogo de Reidar, había sido una orden de sumisión. Y el hecho de que esa noche ella hubiera desempeñado su papel sometiéndose obedientemente le provocó un pensamiento aterrador. Aunque no era la primera ocasión que se le pasaba por la cabeza la idea de que tal vez había sido un error aceptar la proposición de Reidar veinticinco años atrás, sin embargo, por vez primera barajó la posibilidad de que quizá hubiera desperdiciado todos esos años.

La idea de haber elegido una vida echada a perder era tan espantosa que apartó de inmediato ese pensamiento de su mente. Pero aunque en cierto modo logró desecharlo, este dejó en ella una estela de inquietud mientras esperaba conciliar el sueño: de pronto reconoció con toda claridad lo poco que se conocía a sí misma.

Mientras prestaba atención a los ruidos de la casa, pendiente de oír los pasos de Reidar junto al dormitorio, o sus lejanos susurros al teléfono, de pronto la invadió el pánico. Le brotó un sudor frío que le hizo dar vueltas en la cama y morder desesperada la almohada. Estaba tan nerviosa que tuvo que levantarse. Entró en el baño y se tomó un somnífero.

Pese al desasosiego que aún torturaba su cuerpo, en algún momento se quedó

dormida. No sintió nada más hasta que, de repente, en mitad de la noche, se despertó sin saber por qué, pero con la sensación de que era por algo.

El aturdimiento causado por el somnífero le pesaba en los párpados, y tenía el cuerpo completamente tenso por el sobresalto. Notó un agobiante malestar. Allí tumbada, inmóvil, se sentía aterrada por lo que la había despertado. Ni siquiera se atrevía a girar la cabeza, pues tenía la sensación de que había alguien en la habitación. Alguien que la oía respirar. Alguien que oía el crujido del edredón cuando ella se movía.

«Si no hiciera tanto frío», pensó, y se agarrotó más todavía. El aire que aspiraba era gélido, inusualmente frío. Con una lentitud infinita, para no hacer el menor ruido, volvió la cabeza y percibió dos cosas: que la puerta del dormitorio estaba abierta y que Reidar no estaba en la cama. La lámpara encendida de la habitación de al lado iluminaba la puerta abierta y dibujaba un ancho trapecio en el suelo, encima de la cama y en la almohada de su marido, arrojando su ominosa y sombría luz hasta el fondo del dormitorio. Ingrid se percató de que el edredón en el lado de Reidar estaba tan intacto como hacía unas horas.

Reidar no se había acostado en toda la noche. Nunca había sucedido una cosa así. Si hasta el momento Ingrid había estado paralizada por el susto, a partir de entonces entró en un estado de *shock* aún más profundo. De nuevo le brotó un sudor frío; sentía los dedos como si fueran cuerpos extraños. Mientras sus ojos recorrían febrilmente la habitación, se vio a sí misma desde arriba: allí tumbada, tesa como un palo y con la mirada enloquecida. Una parte de ella observó cómo su cuerpo se sentaba poco a poco en la cama.

«¿Qué haces ahí? —preguntaba esa parte—. ¿Estás loca?». Pero su cuerpo no escuchaba. Se movía con una lentitud pasmosa, aterrorizada por hacer ruido y por que alguien la oyera. Parpadeó con dificultad, ya que una parte de su cerebro todavía estaba entumecida por el somnífero. Al cabo de dos o tres segundos, todo aquello seguía pareciéndole una pesadilla. De no ser porque el corazón le palpitaba salvajemente, se habría dado media vuelta y habría seguido durmiendo, extenuada como estaba. Sin embargo, se sentó en la cama con las piernas colgando por el borde.

Pese a su aturdimiento, notó que el aire frío le rozaba el camisón, se colaba a través de la fibra de la tela y le provocaba una leve tiritona. En el mismo momento en que sus pies rozaron la tarima, se llevó otro susto más. Su pie descalzo había pisado algo frío y desagradable: el suelo estaba mojado.

Y como si alguien la accionara a través de un mando a distancia, contempló cómo su dedo índice se estiraba hacia el interruptor de la lámpara de la mesilla. La lámpara se encendió haciendo un ruido seco y arrojó una cálida luz amarilla hacia la mesilla marrón de caoba y hacia la cama. En el suelo había un montoncito de nieve en medio de un charco. Eso ya lo había visto más de cien veces. Esa mancha aparecía cuando

alguien entraba de la calle con nieve en las suelas. La nieve se desprendía de los zapatos y, al cabo de un rato, empezaba a derretirse. Ahora intuía lo que la había despertado. Alguien había entrado, se había inclinado sobre la cama y la había observado mientras dormía. Forzosamente tenía que ser Reidar. Pero ¿dónde estaba ahora?

Ingrid se levantó y salió del dormitorio dando tumbos. Clavó la vista en la puerta de la calle, que estaba abierta de par en par. El frío de la escalera entraba y enfriaba la casa. Empujó la puerta. Cuando se cerró, Ingrid Jespersen cayó de repente en la cuenta de que tal vez no estuviera.

Miró hacia la casa a oscuras. La idea de seguir avanzando con aquella oscuridad le resultaba insoportable.

Todavía rígida, se acercó al teléfono, que estaba sobre una mesita baja, y por un segundo atrapó su propia imagen reflejada en el espejo. Una cara pálida de ojos muertos. Se sentó en la banqueta situada junto al espejo y marcó un número que se sabía de memoria. Tardaron mucho en contestar. Por fin lo hizo Susanne.

—¿Puedes pedirle a Karsten que venga? —susurró Ingrid al teléfono—. Reidar está fuera y creo que alguien ha entrado en la casa.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Susanne con voz somnolienta.

—Que ha entrado alguien y Reidar no está en casa.

—¿Hay alguien en vuestra casa?

—Ni idea, pero la puerta estaba abierta y por eso me he despertado. Tienes que decirle a Karsten que venga.

—Karsten no está en casa.

—¿Que no está?

—No.

Se hizo el silencio en la línea. Ingrid no sabía qué decir. En realidad, la que tenía que decir algo era Susanne; debía explicarle por qué Karsten no estaba en la cama, a su lado. Pero Susanne permaneció en silencio, e Ingrid no se atrevía a preguntar. Estaba hecha un lío, y tan cansada que le costaba muchísimo esfuerzo pensar.

—Entonces, ¿puedes venir tú, Susanne? Tengo tanto miedo...

—Los niños están dormidos.

El silencio que se instaló tras esa respuesta hizo que Ingrid se sintiera más abatida todavía. Alzó la cabeza y escudriñó el piso a oscuras, donde acechaban los peligros. Carraspeó y murmuró:

—¿No los puedes despertar y venir para acá?

—Ingrid —ahora Susanne tenía la voz más despejada—, ¿qué disparates estás diciendo? ¿Qué es eso del robo? ¿No habrás tenido una pesadilla?

—No —susurró Ingrid, mirando aterrada por encima del hombro. La fastidiaba esa conversación y, además, quizá la estuviera oyendo alguien. Alguien...—. No he

tenido ninguna pesadilla. ¿Quieres hacer el favor de despertar a Karsten y decirle que tengo que hablar con él?

—Ya te he dicho que Karsten no está aquí.

—Mientes.

Inmediatamente, Ingrid se arrepintió de lo que había dicho. Pero ya era tarde. Susanne contestó con un tono de voz glacial:

—No, vieja histérica. No miento. Karsten no está en casa. Y yo no soy tu asistente. Tengo dos hijos que necesitan dormir todo lo que puedan. Si tienes miedo, vístete, enciende la radio, hazte una taza de café y...

—Susanne, ¿dónde está Karsten?

—... y...

—¡Susanne, no cuelgues!

—... y tómatela hasta que llegue Reidar. *Ciao*.

Ingrid se quedó con la espalda recostada contra la pared y el teléfono en la mano. Del auricular salía insistentemente la señal de comunicando. Parpadeó y avanzó un paso para no perder el equilibrio.

En ese momento oyó un fuerte ruido.

Era un portazo, en la planta baja.

Tenía que ser Reidar. Era abajo, en la tienda. Aguzó el oído: pasos. Tenía que ser Reidar. De pronto, los pasos se oyeron en la escalera. Alguien con el paso lento y cargado. Se concentró. ¿Tenía Reidar el paso tan cargado? «Dios mío —pensó—, haz que sea Reidar». Alguien subió por la escalera. Se acercó y se detuvo delante de la puerta.

Segunda parte
(Un hombre en un escaparate)

Figuras en medio de la helada

—Soy yo.

La voz del comisario de la brigada de investigación criminal Gunnarstranda sonó clara y precisa al teléfono, en medio del gélido aire de aquella mañana invernal. Su voz tenía ese tono ligeramente crispado que, con el tiempo, Frank Frølich había aprendido a aceptar.

—Ajá —respondió este, se pegó el móvil al oído y, cuando volvió a sentir el viento frío que soplaba por el puente, se ciñó la bufanda—. Frognerpark —explicó. Tenía los dedos helados. Agarró el móvil con mucha fuerza y lo enterró en la bufanda junto con su mano—. Nada más pasar el puente del lago —añadió, mientras recorría la última avenida hacia el gran pórtico de hierro forjado de Kirkeveien.

Entornó los ojos. A la luz del bajo sol de la mañana, los contrastes eran tan marcados que deslumbraban como el foco de un dentista. En el interior del parque, adonde nunca llegaban las esparcidoras de sal del ayuntamiento, la nieve seguía estando blanca, en lugar de gris y endurecida como en el resto de la ciudad.

—Naturalmente, a pie —continuó Frølich lacónicamente.

Sabía que su jefe estaría ahora dando vueltas, nervioso, con el cigarrillo en la mano, ya que Gunnarstranda no sabía de qué otro modo encauzar la energía que le recorría el cuerpo. Frølich sabía que a Gunnarstranda no le interesaría lo más mínimo que hubiera pasado la noche en casa de Eva-Britt —porque el día anterior había sido viernes y porque, después de una discusión acalorada, se había sentido obligado a dormir con ella—, ni que hubiera hecho una apuesta con Julie, la hija de Eva-Britt, para ver quién de los dos adelgazaba cinco kilos antes de las vacaciones de invierno, apuesta que ganaría él, por la sencilla razón de que estaba harto de las burlas de la cría. Por eso había decidido ir todos los días andando al trabajo, y cuanto más frío hiciera, mejor, pues estaba convencido de que el consumo de calorías aumentaba si se caminaba bajo un frío glacial. Tampoco le interesaría a su jefe la experiencia personal de Frølich en el parque de esculturas al sol de la mañana: le gustaba contemplar esas figuras rígidas que parecían haberse congelado en pleno movimiento de lanzar algo o de pelearse con alguien. Le daba la impresión de que estaba rodeado de un paisaje surrealista. En días fríos como ese, la metáfora del hielo adquiriría un significado más amplio.

—Tenemos un cadáver —dijo Gunnarstranda.

—¿Dónde?

—Ve por el pórtico a la derecha y dirígete a Thomas Heftyes Gate. Allí nos verás.

Se interrumpió la comunicación. Hacía tanto frío que se le pegaban las aletas nasales. Frank Frølich se cubrió la mitad de la cara con su gruesa bufanda de lana. El aliento se le condensaba, formando pequeñas perlas heladas en la lana. Se sentía

como el tronco de un árbol ambulante con su gordo jersey de lana, la chaqueta igualmente gorda y ropa interior de esquiar debajo de los pantalones. Llevaba unas botas de militar que chirriaban a cada paso que daba en la nieve pisoteada.

Cuando diez minutos después dobló hacia Thomas Heftyes Gate, no había una alma en la calle. Ni siquiera había curiosos. Eso podía deberse a varias razones: al frío, a lo tarde que salía el sol en enero o a que a los vecinos de la mejor parte oeste de la ciudad no les interesara demasiado que se hubieran reunido allí varios coches de policía a primera hora de la mañana de un sábado.

Frølich pasó al lado del nuevo Skoda Octavia de Gunnarstranda y se abrió camino a través del cordón policial, pero cuando vio el cadáver en el escaparate, se detuvo instintivamente. Era una tienda de antigüedades. El muerto estaba desnudo —un cuerpo blanco—, y sentado en un sillón entre un viejo mapamundi de madera y una caja de color azul claro con restos de rosas pintadas. Una mujer vestida con un mono blanco estaba pegando papel gris en el escaparate. A través de una franja en el cristal mate, Frølich reconoció el rostro del comisario Gunnarstranda, cuyas gafas lanzaron un destello al sol de la mañana cuando se saludaron.

La entrada a la tienda aún permanecía cerrada. Un letrero de fieltro azul con letras amarillentas de plástico indicaba el horario de apertura. Cerrado los sábados.

Frølich siguió a los técnicos de la brigada de investigación criminal por la escalera, donde estaba abierta una puerta trasera que daba a la tienda. El local ya no conservaba el calor. De tanto entrar y salir, el frío se había colado en el interior y todos los allí presentes echaban vaho por la boca. Unos policías uniformados y unos técnicos con trajes de nailon que imitaba la franela rastreaban el local. Gunnarstranda se puso en cuclillas en el estrecho escaparate para examinar el cadáver de la silla.

—La silla llevaba mucho tiempo donde está —le informó una mujer—. Género invendible. Alguien ha arrastrado al hombre desde allí —dijo señalando la parte trasera del local— y ha colocado aquí el cadáver.

—¿Uno o varios?

—Imposible saberlo.

—Pero ¿puede haberlo llevado a cabo una sola persona?

Sin pararse a pensar, la mujer se encogió de hombros.

—Ni idea.

Ella y Frølich se miraron. Hacía tres semanas que se habían visto por última vez. Entonces ella había pasado la noche en casa de Frank.

Ambos bajaron la vista al mismo tiempo.

—Pero debes de tener alguna idea —gruñó Gunnarstranda, furioso.

Ella se quedó mirando al frente con gesto de duda.

—Hola, Gøril —dijo Frølich.

Ella alzó la vista y de nuevo sus miradas se encontraron; Gunnarstranda se dio

cuenta en seguida y meneó la cabeza, contrariado.

—Bueno —dijo Gøril, y añadió—: Tal vez fuera uno solo, tal vez varios; en realidad, es imposible pronunciarse tan pronto al respecto.

Gunnarstranda se puso de pie.

Un rizo temerario del abundante cabello de Gøril le asomaba por la capucha blanca y le daba un aire temperamental de lo más meridional.

Frølich apartó la mirada de ella y se concentró en el cadáver, el escaparate, la sangre coagulada en la pata de la silla y la mancha oscura de la moqueta. Intentó imaginar el susto que se habría llevado si hubiera pasado por allí al amanecer. De no ser por la sangre, el muerto podría haber sido perfectamente una figura de papel maché. Tenía la piel blanca, y algo que recordaba a la escarcha se había depositado en los pliegues y las arrugas de su cuerpo.

—Es un hombre muy mayor —murmuró Frølich al tiempo que señalaba la cara del muerto, que parecía una máscara.

—Setenta y nueve años, según su documento nacional de identidad —dijo Gøril, esta vez empleando un tono completamente formal.

—¿Un corte? —preguntó Frølich señalando una estría roja en el cuello del cadáver.

—Yo también lo he pensado al principio —dijo Gunnarstranda—. Pero es un hilo.

Frank lo reconoció al instante: un trozo de hilo de coser muy tirante rodeaba el cuello del muerto.

—¿Y los *grafitti* de la frente? —preguntó Frølich.

—Cruces —dijo Gøril—. Y están dibujadas con tinta. —Se dio la vuelta y señaló un pequeño cilindro que había en el suelo—. Probablemente hechas con esto, un rotulador.

Gunnarstranda asintió con la cabeza, se volvió de nuevo hacia el muerto y señaló su pecho ensangrentado. Alguien había dibujado con tinta azul números y letras entre las dos tetillas velludas.

—Eso más vale que lo examinemos durante la autopsia —constató Gunnarstranda.

La mirada de Frølich recayó en el mapamundi, donde África aparecía desfigurada. Grandes partes del continente africano no estaban registradas.

Gunnarstranda se adentró en el local abriéndose paso entre las mesas y las sillas, y Frølich lo siguió.

—Antigüedades —murmuró; luego señaló una silla tapizada de rojo y le dijo a Gøril—: ¿Puedo tocarla?

Ella alzó la vista.

—Lo pasé bien contigo —musitó, y se metió por una puerta que daba a un pequeño despacho.

Frølich se quedó sin saber qué decir.

Gunnarstranda bostezó sonoramente.

—Todavía tengo sueño —murmuró—. Yttergjerde —llamó a un policía uniformado que estaba apoyado en el marco de una puerta, más al fondo. Yttergjerde fue arrastrando los pies hacia ellos—. Cuéntale a Frølich lo que pensamos del asunto robo con fractura.

Yttergjerde meneó la cabeza.

—No ha saltado ninguna alarma, no hay cristales rotos ni tampoco el menor desperfecto en la madera de las puertas. Aparte de eso, parece que no han robado nada. —Señaló con la cabeza el mostrador que había junto a la puerta que daba a la calle—. La cartera está en el bolsillo de la chaqueta, y la caja, intacta.

Frank Frølich se acercó a la caja. Era un modelo antiguo con dibujos a los lados y un montón de botones y pulsadores en la parte frontal.

Yttergjerde, un hombre de brazos larguísimos y manos gigantescas, estiró su grueso y largo dedo índice y continuó:

—Dos puertas. La de entrada, al lado del escaparate, allí al fondo, es a prueba de bombas; estaba cerrada con una verja corrediza de hierro. —Yttergjerde señaló la otra puerta—. Esa da a la escalera. Cuando hemos llegado, estaba abierta.

Gunnarstranda sacó del bolsillo del abrigo un cigarrillo liado por él mismo. Frølich se dio cuenta de que el pitillo ya había sido usado otra vez y estaba a punto de terminarse.

Yttergjerde se acercó a ellos.

—Se me olvidaba una cosa —murmuró—. Una mujer que reparte periódicos es la que ha descubierto el cadáver. Pregunta si puede marcharse.

Yttergjerde señaló a una mujer con la cara triste y el pelo revuelto. El flequillo le colgaba por encima de los cristales redondos de las gafas. Llevaba las manos enterradas en los bolsillos del anorak.

—Tómale el nombre y las señas —dijo Gunnarstranda escuetamente.

—El viejo... el muerto..., Reidar Folke Jespersen, era el propietario de la tienda —susurró Yttergjerde—. Él y su mujer —señaló al techo— viven en el piso de arriba.

Gunnarstranda asintió, pensativo.

—¿Y el cura?

—Ha venido hace media hora y aún sigue arriba —dijo Yttergjerde—. La mujer... —continuó— estaba blanca del susto. Ha tenido que tumbarse; pero eso ha sido antes de que viniera el sacerdote.

Yttergjerde se ocupó de la mujer que había encontrado al muerto.

Frølich bostezó y emprendió la búsqueda de Gøril. Finalmente, la vio salir del pequeño despacho que había al fondo de la tienda.

—¿Sí? —dijo ella.

—Yo también lo pasé bien —dijo Frølich, sintiéndose un poco tonto.

Ella lo miró de reojo.

—¿Estás interesado en la escena del crimen? —le preguntó con una sonrisilla.

—Sí, claro.

—Pues aguza el oído —le indicó ella, todavía sonriente.

Luego hizo una mueca al oír la voz furiosa de Gunnarstranda procedente del pequeño despacho:

—¡Frølich!

—¿Sí?

—Mira esto —murmuró el comisario, enojado, y señaló hacia el suelo, delante del escritorio.

La alfombra había absorbido gran cantidad de sangre. Junto a la mancha, había una bayoneta con restos rojos en la hoja.

Frølich intercambió una mirada con Gøril y luego examinó la bayoneta. Poco después fue interrumpido por un policía rigurosamente uniformado que hacía guardia junto a la puerta y que le hizo una seña a Gunnarstranda.

—Un tal Karsten Jespersen —murmuró el policía—. Insiste en entrar.

El hombre con el que se cruzaron en la escalera de fuera estaba pálido y tenía un temblor en la barbilla; un tic que ponía en evidencia una enfermedad nerviosa. Parecía como si intentara espantar pequeños mosquitos con el mentón.

Gunnarstranda se presentó con la cabeza echada hacia atrás, como calibrando al hombre que tenía enfrente.

—Comisario de la policía de investigación criminal. Brigada de homicidios.

Karsten Jespersen llevaba un traje de pana debajo del abrigo de invierno. Era alto y flaco, tenía el pelo ralo y una boca pequeña y estrecha. Su barbilla huidiza casi desaparecía entre el acordeón de arrugas, cada vez que el cuerpo cedía a las periódicas convulsiones de la barbilla.

—Bueno —dijo finalmente el comisario, mirando a su alrededor en la estrecha escalera—. ¿Podemos sentarnos en alguna parte? —preguntó.

Jespersen, algo restablecido, le indicó la puerta del despacho de la tienda.

—Ahí dentro tenemos un despacho.

El comisario Gunnarstranda meneó la cabeza con gesto triste.

—Por desgracia, de momento está prohibido el paso... al lugar del crimen.

Jespersen se quedó mirándolo sin saber qué hacer.

—¿He entendido bien? ¿Su padre vivía en esta casa?

Karsten Jespersen miró meditabundo la escalera.

—Pueden acompañarme —dijo finalmente, y se adelantó.

Las fuertes pisadas de los tres hombres al subir la escalera retumbaban en las paredes. Una vez arriba, Jespersen se detuvo delante de la puerta del piso y hurgó en

los bolsillos en busca de las llaves.

—Un momento —murmuró—. Es que... —Por fin encontró el manojito de llaves, lo sacó y buscó la de la vivienda—. Ingrid, la mujer de mi padre... he hablado hace poco con ella por teléfono y...

Frølich asintió haciéndose cargo de la situación, y Karsten Jespersen desapareció en el piso tras cerrar la puerta con cuidado. El rellano de la escalera medía aproximadamente tres metros de ancho. Al parecer, antes había habido allí otra vivienda, pero la segunda puerta ya no se utilizaba. No tenía picaporte y estaba pintada del mismo color que las paredes. En la hornacina de delante había una planta que no debía de sentirse especialmente bien en su tiesto de terracota de color teja.

—Todo el piso para ellos solos —murmuró Frølich.

—La viuda debe de estar destrozada —dijo Gunnarstranda en voz baja.

Al poco, Karsten Jespersen volvió a aparecer en la puerta.

—Pasen ustedes —susurró, como si tuviera miedo de ser oído—. Hay una mujer del centro médico. Y sí, también está el sacerdote. Pero podemos hablar sin que nadie nos moleste en mi antigua habitación. —Les sostuvo la puerta para que pasaran y carraspeó con timidez—. Si no les importa quitarse los zapatos...

Gunnarstranda bajó las cremalleras de sus viejos chanclos y se los quitó. Debajo llevaba unos zapatos de piel impecables. Miró cómo Frølich se arrodillaba respirando con dificultad por la cantidad de ropa que llevaba encima. Mientras se desataba los cordones de sus gastadas botas militares, varios mechones de pelo le caían por la frente. Se los quitó haciendo un gran esfuerzo y debajo aparecieron dos calcetines de lana de distinto color. Jespersen abrió la puerta; al fondo del piso se oía a alguien que hablaba en voz baja.

Gunnarstranda miró a su alrededor. Presidía el pasillo un espejo de marco dorado que iba desde el suelo hasta el techo. El cristal tenía algunas manchas, y la pintura estaba desconchada. En el espejo podían verse las tres fotos enmarcadas que adornaban la pared de enfrente. Gunnarstranda se dio la vuelta y las miró con detenimiento. Eran las fotos de unos hombres jóvenes y vigorosos con pantalones de ante; llevaban unos descarados rizos en la frente y una ametralladora airoosamente colgada del hombro.

—El Slottplassen... la liberación —le dijo Gunnarstranda al hombre que estaba en la puerta—. ¿Sale alguien de su familia?

Karsten Jespersen asintió.

—Mi padre —dijo señalando a uno de los jóvenes atletas en postura de «no os mováis», con el palacio al fondo.

Gunnarstranda observó la foto con más detenimiento.

—Sí, claro —dijo quitándose las gafas para distinguir mejor las caras—. Ahora lo veo yo también.

—Si me hacen el favor... —Karsten les abrió la puerta.

Pasaron por un cuarto de estar decorado con sólidos muebles de madera hasta llegar a una puerta corredera que Jespersen les abrió. Luego entraron en otra habitación en cuyo centro destacaba una enorme mesa para comer. De la pared colgaba un gran cuadro con motivos románticos nacionales: un fiordo, la luz del sol cayendo sobre las montañas y sobre un patio, en el que unas muchachas ataviadas con trajes regionales llevaban unos cubos colgados de unas varas que sostenían con los hombros.

El hombre del traje de pana los condujo hacia la siguiente puerta corredera, que abrió, dubitativo. Se volvió hacia ellos y dijo tras un carraspeo:

—Bueno, aquí es donde me crie.

Gunnarstranda siguió a Jespersen hacia la habitación. Medía como máximo dos por tres metros y recordaba a una mezcla de habitación juvenil y piso de soltero. Debajo de la ventana, en una de las paredes cortas, había un escritorio. El segundo mueble era un sofá cama sobre el que colgaban unas cuantas fotos familiares. Karsten Jespersen tomó asiento en la silla giratoria del escritorio.

—Siéntense, por favor —dijo señalando el bajo sofá.

Al seguirlos, Frølich tuvo que agacharse para no darse con la cabeza en el marco de la puerta. La chaqueta de Frølich, probablemente de la talla XXL, le sentaba como un traje de primera comunión a un tonel de vino. Su rostro, oculto tras una barba desaliñada, irradiaba, como siempre, una inexpresiva tranquilidad. Debajo de la chaqueta llevaba un jersey de rayas. Se dejó caer en el sofá, y al cruzar las piernas, dio con los pies en la pared de enfrente.

Gunnarstranda desvió la mirada de Frølich a Karsten Jespersen.

—Pregúnteme lo que quiera —dijo Jespersen en voz baja, casi en un susurro.

El comisario dio media vuelta, saltó con gesto ostensible por encima de las piernas de Frølich y retrocedió hacia el comedor.

—¿Cuánto tiempo hace que su familia vive aquí? —preguntó desde allí.

—Desde que tengo memoria —respondió Jespersen, que se levantó diligentemente y fue hacia la puerta—. Desde los años cincuenta. —Miró nervioso al comisario—. ¿No quiere venir aquí? —dijo.

—No —contestó brevemente Gunnarstranda, y se quedó de pie mirando pensativo el enorme cuadro. El marco era imponente: dorado y con entalladuras. Sacó una de las sillas de debajo de la mesa de comer—. Me sentaré aquí. Puede responderme desde allí, si lo desea.

Jespersen se quedó junto a la puerta abierta. Su rostro había adquirido una expresión triste; la barbilla le temblaba.

—¿Cuál es su profesión? —preguntó el comisario.

—Llevo la tienda de aquí abajo.

—¿Y su padre?

—Él se ocupa... se ocupaba de la parte administrativa.

—¿Y eso qué significa?

—La contabilidad, los presupuestos... Tenemos un almacén...

—Continúe —pidió Gunnarstranda pacientemente, al ver que el otro balbuceaba.

—Pues tenemos la tienda aquí, y en Ensjø... el almacén y la oficina.

—Me gustaría echar un vistazo al almacén.

—Por supuesto. Está en Bertrand Narvesens Vei.

Gunnarstranda asintió despacio.

—Me haría falta la llave... —pensó en voz alta.

Karsten Jespersen se sobresaltó.

—¿Ahora?

—¿Tiene alguna objeción al respecto de que examinemos el almacén?

—Desde luego que no.

Karsten Jespersen abandonó el marco de la puerta y atravesó la habitación con los hombros encogidos. Se sentó en una de las sillas del comedor enfrente del comisario, de espaldas al cuadro. Después de rebuscar en los bolsillos, sacó un manojito de llaves y extrajo una llave de seguridad.

—No tiene más que abrir la puerta...

Gunnarstranda cogió la llave y se la guardó en el bolsillo.

—Así que vende antigüedades, artículos de segunda mano, ¿no?

Jespersen suspiró profundamente, se masajeó las sienes con las dos manos y permaneció cabizbajo mirando fijamente el tablero de la mesa.

—Es tan horrible... —se lamentó finalmente—. Tengo la sensación de estar como flotando. Debería haber comprobado si han robado algo ahí abajo.

—Eso podrá hacerlo cuando hayamos terminado.

Jespersen lo miró, desconcertado. Le temblaba la cabeza cuando bajó la vista e intentó quitar con el dedo una mancha que había descubierto en el tablero de la mesa.

—Lo único que sé es que está muerto —murmuró.

—Ha sido asesinado —precisó Gunnarstranda—. Nuestro trabajo consiste en reconstruir los hechos —añadió, circunspecto, y carraspeó—. Naturalmente, usted y su familia recibirán toda clase de información. —Estiró la espalda y se cruzó de piernas.

Haciendo una serie de maniobras, Frølich había conseguido levantarse al fin y acercarse a los otros dos. Se sentó con cuidado junto al escritorio, se desprendió de su enorme chaquetón y puso su cuaderno de notas encima de la mesa.

Gunnarstranda meneó la cabeza.

—Sé lo penoso que es para los allegados que a la noticia del fallecimiento se añadan las pesquisas policiales —declaró—. Pero confío en que usted y su familia

comprendan el papel que desempeñamos en todo el asunto.

Karsten asintió con gesto ausente.

Gunnarstranda carraspeó de nuevo.

—¿Cómo les va el negocio?

—¿A qué se refiere?

—¿Qué clase de antigüedades venden?

—Sobre todo cosas exclusivas.

—¿Y eso qué significa?

—No tienen por qué ser forzosamente cosas que pertenezcan a un estilo o diseño determinado; lo importante es el objeto en sí mismo, que esté en buen estado y que sea curioso. Lo mismo da una máquina de escribir Remington de los años veinte que una mesita de té bien conservada de la época victoriana. Lo que nos interesa es el objeto en sí...

Gunnarstranda asintió.

—¿Y libros?

—No.

—Al pasar por una estantería, he visto libros de Thackeray.

Karsten Jespersen se permitió gesticular.

—¿Los ha visto? Qué observador —dijo asintiendo—. Los libros de la casa pertenecen a Ingrid, que es muy aficionada a la lectura. Pero nosotros, en general, no trabajamos con libros... no merece la pena. Esto no es una librería de viejo.

—¿De dónde sacan sus artículos?

—De compras al por mayor, de subastas... importaciones... en fin... Nos movemos dentro de una gama de precios alta.

—¿Qué entra dentro de esos precios?

—En realidad, de todo. Ofrecemos tanto artículos de Inglaterra y Alemania como de Gudbrandsdalen.

—¿Y qué hay de las exportaciones?

—No hacemos.

—¿Qué edad tenía su padre?

—Setenta y nueve años. Iba a cumplir ochenta en marzo.

—¿Estaba en buena forma?

—Trabajaba todos los días, como si tuviera cincuenta años.

—En plena forma, el tío.

Karsten Jespersen compuso una mueca sardónica.

—Ya lo creo.

—¿Tenía pensado retirarse?

—No.

La respuesta fue tajante; Jespersen no hizo ninguna aclaración. Los dos policías

intercambiaron una mirada.

—¿Un negocio familiar?

—Se lo puede llamar así, sí.

—¿Supone una pérdida para el negocio que haya muerto su padre?

—Naturalmente.

—¿Quién elegía la mercancía para la tienda?, ¿usted o él?

—Yo.

—¿Usted solo?

Jespersen asintió y añadió:

—Él también participaba, claro, pero dejaba la decisión en mis manos. Por lo general, tengo buena relación con los clientes. Así teníamos repartido el trabajo.

—¿Qué clase de hombre era su padre?

Karsten Jespersen levantó las cejas con gesto interrogativo.

—¿Era un hombre simpático? —añadió Gunnarstranda, gesticulando—. ¿Era un hombre resuelto? ¿Tenía enemigos?

—Desde luego que no.

—¿No tenía enemigos?

—Así, de golpe y porrazo, no se me ocurre ninguno.

—¿Alguien que tuviera un problema con su padre?

—Muchos. Hasta yo tenía un problema con mi padre... en cierto sentido.

—¿Qué problema?

—Por culpa de su carácter. Era una especie de patriarca, ¿sabe?, de los que siempre quieren tener la última palabra.

—¿También en privado?

—En la vida privada y en la profesional.

—¿Qué posición asumirá usted ahora? ¿Se convertirá en el jefe?

—Supongo. Aunque la tienda es una sociedad anónima, desde el punto de vista administrativo, el reparto de la herencia no desempeña ningún papel. —Carraspeó—. Además, yo soy el único que entiende de las cosas de la tienda... el único que entiende —repitió con un murmullo, y se sumió en sus pensamientos.

—¿Qué le parecía a usted que su padre no quisiera jubilarse?

—¿Se está preguntando si no tenía la suficiente confianza en mí? —Jespersen torció el gesto.

Gunnarstranda no respondió.

—Quizá tenga razón —continuó el otro, y añadió—: En parte, seguro que tiene que ver con mi persona. No sólo estoy vinculado al negocio, sino que además tengo un pequeño trabajo complementario del que ocuparme... —Carraspeó, avergonzado—. De vez en cuando, intento escribir un poco, como *freelance*, y eso requiere tiempo.

—¿Freelance?

—Escribo pequeños artículos para semanarios... A veces trato de escribir también algún cuento. Eso requiere tiempo y concentración.

—¿Escribe usted utilizando su propio nombre?

—Sí.

—De modo que estaba contento de que su padre siguiera en forma y no se retirara.

Karsten Jespersen suspiró.

—¿Cómo lo diría? Sin duda prestaba un servicio valioso, pero también podría haberse dedicado a otra cosa. —Dudó un instante—. Las personas mayores deberían descansar, disfrutar de la vida. Pero mi padre no. Creo que él se sentía feliz de seguir en plena forma, como usted lo ha llamado.

Gunnarstranda asintió lentamente con la cabeza.

—A nadie se le habría ocurrido pedirle que se retirara. El trabajo le sentaba bien.

—¿Puede mencionar nombres de personas que tuvieran dificultades con su padre?

—Sería más fácil decirle quién no tenía dificultades con él. Mi padre era muy arrogante y... testarudo —concluyó Jespersen después de buscar la palabra adecuada.

—De modo que su padre era una persona difícil. ¿Pendenciero, tal vez?

—Digamos que era muy resuelto. Fuerte. Perdone, pero se me hace raro hablar así de él.

—¿Vivía en esta casa en compañía de su madre?

Karsten Jespersen asintió y luego hizo una mueca de desagrado.

—Ella no es mi madre; es la mujer de mi padre.

—¿Y su madre? ¿Vive todavía?

—No. Murió cuando yo era pequeño —dijo, y cuando los policías guardaron silencio añadió—: Mi padre se casó con Ingrid hace más de veinte años, y ella sólo tiene siete más que yo. Como comprenderá, me resulta extraño que hable de Ingrid como si fuera mi madre.

—¿Tiene hermanos?

Jespersen negó con la cabeza.

—De manera que es usted el único heredero.

—Naturalmente, Ingrid también heredará una parte, y quizá aparezca alguien más en el testamento.

—Pero ¿usted no sabe nada?

—¿De qué?

—De si su padre hizo testamento.

—No lo creo; al menos yo no he oído nada acerca de ello. Pero le puedo dar el número de teléfono de su abogada, que estará al tanto.

—¿Su padre era un hombre rico?

—¿A qué se refiere con eso de rico?

—A si tenía mucho dinero.

A Karsten Jespersen le tembló ligeramente la cabeza.

—Supongo que no. Cobraba una pensión que no era demasiado alta. Su porcentaje de las ventas lo repartía con mis dos tíos Arvid y Emmanuel. Los tres hermanos eran los propietarios... y luego seguro que tiene algún dinero en la cuenta corriente; además está la casa...

—¿Hay en la casa muchos objetos de valor?

—Pues sí. —Jespersen esbozó una sonrisa torcida, propia de un comerciante de trueque—. Hay alguna que otra joya...

—De modo que la fortuna o la herencia consiste en diversas menudencias procedentes del piso y de la tienda, ¿no es así?

—La verdad es que no he pensado nunca en eso...

—Pero tendrá una idea aproximada de la fortuna de su padre, ¿no?

—Sí... supongo que el valor principal reside en la casa y en las menudencias, como usted las llama; un poco de arte y... varias cuentas bancarias.

El funcionario de la brigada de investigación criminal cambió de tema.

—Hemos oído que Ingrid Jespersen, nada más confirmar la identidad del asesinado, lo llamó a usted.

—Sí, he venido tan pronto como he podido.

Gunnarstranda hizo un lento gesto de asentimiento.

—También nos ha llamado esta noche. —Jespersen sonrió como disculpándose—. En realidad, Ingrid quería hablar conmigo. Se había despertado al ver que papá no estaba en la cama. Entonces ha sentido miedo por si habían robado en la tienda. Pero Susanne, mi mujer, la ha tranquilizado y ha vuelto a acostarse.

Gunnarstranda lo observó y repitió lo que el hombre acababa de decir:

—Ingrid Jespersen se ha despertado esta noche sola, lo ha llamado a usted, pero ha cogido el teléfono su mujer, que la ha mandado para la cama. ¿Qué hora debía de ser cuando llamó?

—Las dos y media.

—Ya hablaremos luego con la señora Jespersen, pero ¿por qué los llamó en mitad de la noche?

—Últimamente ha habido muchos robos en el barrio. En cierto modo... —Jespersen suspiró—... en cierto modo, incluso nos esperábamos algo así.

Gunnarstranda se aclaró la voz.

—¿Algo como qué?

—Un robo.

Los dos funcionarios de la brigada de investigación criminal se miraron.

Karsten Jespersen carraspeó, inseguro.

Gunnarstranda esperó un rato antes de preguntar:

—¿Han tomado en la tienda las precauciones necesarias para evitar un robo?

—Teníamos la verja corrediza obligatoria en las ventanas que dan a la calle y, naturalmente, también una alarma. Además, últimamente, papá hacía de vez en cuando una inspección.

—Esta noche no ha saltado ninguna alarma.

—Ajá —dijo Karsten Jespersen con tono inseguro.

—¿Dónde cree usted que estaba su padre cuando su mujer se despertó por la noche?

—Está clarísimo, ¿no? Ahí abajo. —Jespersen tamborileó con el dedo índice sobre la mesa—. Ahí abajo, en la tienda.

—¿En mitad de la noche?

—Evidentemente.

—Pero ¿no es extraño que estuviera trasteando ahí abajo en plena noche? Al fin y al cabo, su padre tenía casi ochenta años.

—Mi padre era una persona fuera de lo común.

Gunnarstranda asintió y se quedó pensativo. Finalmente, miró hacia Karsten Jespersen, que inspeccionaba la habitación con gesto ausente.

—¿Dónde estaba usted? —preguntó el comisario, como quien no quiere la cosa.

—¿Mmm?

—¿Dónde estaba usted cuando llamó Ingrid por la noche?

Jespersen no cambió de expresión.

—Todo esto se me hace un tanto extraño —dijo en voz baja—. Mi padre está muerto en la habitación de abajo. No resulta fácil deslindar unos sentimientos de otros: la tristeza, la pérdida... —Guardó silencio y respiró profundamente; luego suspiró con fuerza y continuó—: Ingrid, la mujer de mi padre, está ahora con un sacerdote. Yo estoy aquí sentado con la policía, en la misma mesa en la que anoche cenamos tan a gusto, y ahora debo intentar no sólo recuperar la imagen de mi padre en mi fuero interno, sino también transmitírsela a ustedes. —Cruzó las manos sobre la mesa—. Y noto en el ambiente una sensación... en fin, quizá no sea precisamente de hostilidad, pero sí de corrección burocrática. Poco a poco me voy percatando de que, durante todo el rato que he estado intentando saber qué siento realmente, y dentro del caos que noto en mi interior, me espantaba la idea de que me hiciera esa pregunta: «¿Dónde estaba usted?». ¿Que dónde estaba? De pronto, la respuesta a esta pregunta ha adquirido una importancia, un contenido cuyo alcance nunca he podido llegar a imaginar.

Guardó silencio. Los dos policías intercambiaron una mirada. Jespersen se mordió pensativo el labio inferior, sin hacer amago de continuar.

Fue Gunnarstranda el que rompió el silencio. Carraspeó y alzó la vista hacia los

demás.

—¿Dónde estaba usted? —repitió mirando a Jespersen directamente a los ojos.

—Estaba en casa. No era la primera vez que recibíamos una llamada semejante. Susanne sabía que Ingrid iba a seguir insistiendo para sacarme de la cama. Es bastante miedosa y, aparte de eso, estaba enfermizamente preocupada por mi padre.

—¿Oyó el teléfono?

—No. Estaba dormido.

—Entonces, ¿no hablaron a continuación de la llamada de Ingrid?

—No; bueno, hemos hablado de eso esta mañana.

—Pero su mujer... ¿no estaba preocupada por el miedo de Ingrid la noche pasada? ¿Le pareció una simple exageración?

—No, claro que no, pero Ingrid... Ingrid es... a veces es un poco histérica.

Gunnarstranda asintió.

—¿Sabe usted si su padre había recibido últimamente amenazas de alguien en concreto?

—No, es decir...

—¿Sí?

Jespersen puso las dos manos sobre la mesa.

—Hay un asunto que es un poco delicado —comenzó. Gunnarstranda asintió cortésmente—. Teníamos a un hombre en Ensjø que se encargaba del almacén. Un hombre que llevaba con nosotros desde donde alcanza mi memoria. Jonny.

—Jonny... ¿qué más?

—Se llama Jonny Stokmo. Hace pocas semanas ocurrió algo; no sé exactamente qué. En cualquier caso, eso dio lugar a que mi padre lo despidiera inmediatamente.

—¿Lo pusieron de patitas en la calle?

—Jonny tuvo que irse precipitadamente, después de haber trabajado para nosotros durante años.

—Pues ahí tenemos un problema bastante reciente.

—No sé qué decirle. Ninguno de los dos ha hablado de eso. Pero supongo que tuvo que ser algo muy serio y muy privado; de lo contrario, me habría enterado de lo que había pasado.

—¿Le ha hecho Stokmo algún comentario al respecto?

—No. —Jespersen tardó un momento en continuar—. Precisamente por eso supuse que la pelea era un asunto personal entre ambos.

—¿Sabe usted si Stokmo amenazó a su padre?

—No. Sólo sé que Jonny estuvo ayer aquí, junto al portal.

—¿Cuándo?

—Aproximadamente media hora antes de que mi padre llegara a las siete a casa.

Gunnarstranda asintió lentamente con la cabeza.

—¿A las diecinueve horas? —preguntó Frank Frølich con el lápiz levantado.

—Algo más tarde; más o menos a las siete y cuarto.

—¿De qué vive Stokmo ahora? —quiso saber Gunnarstranda.

—No lo sé... Tiene un hijo que regenta una especie de taller en Torshov; a lo mejor trabaja allí.

De nuevo guardaron silencio. Frølich se aclaró la voz y hojeó en su cuaderno de notas.

—Dice usted... —murmuró— dice usted que ayer hubo invitados aquí. ¿Quiénes eran?

—No fue ninguna fiesta. Simplemente nos habían invitado a cenar a mi mujer, a los niños y a mí.

—¿Cuánto tiempo estuvieron aquí?

—Pues no empezamos hasta después de las siete. Mi padre llegó tarde, no antes de las siete y cuarto. Hacia las once nos marchamos a casa.

—¿Dónde había estado su padre hasta las siete?

—En Ensjø, en la oficina.

—¿Está seguro? —Sí, rara vez estaba en otra parte.

—¿Trabajaba con frecuencia hasta tan tarde?

—Siempre estaba trabajando.

—¿De manera que no era raro que trabajara hasta tan tarde? —preguntó otra vez Gunnarstranda.

—No era ni raro ni normal. A veces llegaba tarde. Pero de esas cosas seguro que Ingrid sabe más que yo.

Gunnarstranda permaneció un rato en silencio y finalmente preguntó:

—¿Venden en su negocio muchas armas?

—Algunas. Y ese es el principal motivo para que tengamos la verja corredera. Las armas antiguas son objetos de coleccionista muy demandados.

—¿Qué clase de armas tienen?

—Un mosquete, una alabarda, un fusil de avancarga, diversas armas blancas...

—¿Una bayoneta?

—Dos, ¿porqué?

Fueron interrumpidos por un portazo seguido de un trotecito: un niño pequeño llegó corriendo. Debía de tener tres o cuatro años y llevaba un pantalón con peto azul. Su jersey tenía manchas en el pecho. Cuando vio a los hombres sentados a la mesa, se quedó repentinamente parado, pero al cabo de unos segundos de vacilación se dirigió hacia Karsten Jespersen y se lo quedó mirando con perplejidad. El niño tenía el pelo rubio y rizado, una cara redonda e ingenua y la nariz respingona. Se metió dos dedos de la mano izquierda en la boca y se pegó avergonzado a la rodilla de su padre.

—El abuelo se ha muerto —le dijo a Gunnarstranda.

—Me da la impresión de que Susanne también ha venido —dijo Jespersen disculpándose, y se dirigió al chico—: ¿Dónde está mamá?

El niño no le hizo ni caso. Levantó el puño derecho y dijo mirando a Gunnarstranda:

—Yo... Erich.

—¡Erich! —dijo Jespersen, y le guiñó un ojo al comisario.

—Erich —repitió el niño, señalando de nuevo con el puño hacia Gunnarstranda.

—Enséñame eso —dijo el padre—. ¿Tienes dinero dentro? —La sonrisa de Karsten Jespersen era forzada cuando le tendió al niño su mano abierta—. ¿Se lo das a papá?

—El abuelo está muerto —repitió el muchacho mirando a su padre con unos ojos grandes y redondos—. Muerto del todo.

—Sí —asintió Jespersen, y les guiñó un ojo a los dos policías—. ¿Le das el dinero a papá?

El chico negó con la cabeza.

—¿Le dejas a papá que vea lo que tienes?

—No —dijo el niño.

—Creo que ya hemos terminado por hoy —dijo Gunnarstranda dirigiéndose a Frølich.

—¿Le das el dinero a papá?

—¡No! —gritó el niño con una voz que cortó el aire como una sierra circular.

Karsten Jespersen estaba empezando a cabrearse peligrosamente.

—¿Le das el dinero a papá? —dijo cogiendo la mano del muchacho.

—¡No! —chilló el niño—. ¡Papá es tonto!

—¡El dinero! —repitió el padre con brusquedad.

Sujetó la mano del niño y fue separándole a la fuerza un dedo tras otro. El chico oponía resistencia. Tenía los dedos blancos y estaba llorando. Algo se le escapó de la mano: una especie de broche o un alfiler de sombrero cayó al suelo.

—¡Vaya! —dijo Jespersen, que de nuevo era la sonrisa personificada—. ¡No era dinero! ¡No era dinero!

Karsten Jespersen recogió el broche y se lo puso a Erich delante de la cara. Era de color oscuro y tenía un motivo adornado con arabescos. El niño había dejado de llorar y ahora se frotaba los ojos.

Los dos policías de la brigada de investigación criminal intercambiaron una mirada.

—Mío —dijo el chico alargando la mano hacia la joya.

El padre retiró la mano a la velocidad del rayo y soltó una carcajada, mientras la barbilla le daba respingos nerviosos.

El niño volvió a soltar un grito estridente.

—Bueno, toma —gruñó el padre enfadado, y le tendió el broche.

El niño sollozó un poco y se lo guardó.

—¿Nos vamos? —preguntó Jespersen levantándose de un salto.

De camino hacia la calle, Gunnarstranda se detuvo frente a un armario grande con vitrinas. Tras el cristal se alineaban los lomos azules de unos libros encuadernados en piel. Karsten Jespersen lo esperó cortésmente. El niño salió corriendo por la siguiente puerta.

Frølich, en cambio, se detuvo a contemplar unas figuritas blancas que había en una vitrina de cristal. Primero pensó que eran unos bibelots normales, pero cuando reconoció lo que representaban las figuritas, se estremeció. Era pornografía dura china: hombres y mujeres detalladamente esculpidos mientras practicaban sexo duro. Pero eso no era todo; una mujer copulaba tan a gusto con una cebra, mientras otra era penetrada por una tortuga. Una de las figuras representaba a dos hombres de amplia sonrisa, abrazados y masturbándose el uno al otro. Las figuras no dejaban lugar a la fantasía, sino que estaban trabajadas con tanto detalle como Frølich no había visto jamás.

—Mucho ojo —murmuró.

Karsten Jespersen lo observó despectivamente.

—Objetos chinos de coleccionista —suspiró, y añadió—: Marfil; bueno, esa es de rinoceronte.

—¿Son antiguas?

—Naturalmente. —Jespersen se acercó a la vitrina y señaló a la mujer con la tortuga—. Esta tiene mil años de antigüedad.

Frank Frølich se lo quedó mirando. Jespersen tenía los brazos cruzados a la altura del pecho y una expresión de impaciencia en su espasmódico rostro.

—¿Qué simbolizan estas cosas? —preguntó el funcionario de la brigada de investigación criminal.

—¿Cómo dice?

—¿Cuál es el simbolismo? —repitió Frølich.

Jespersen alzó los brazos.

—Es arte. No significa nada.

—Pero estos motivos —insistió Frølich, señalando a la mujer con la tortuga— tienen que simbolizar algo.

—No significan nada —dijo el otro de mal humor—. O te gustan o no te gustan.

Frølich examinó otra vez las figuritas. No había ninguna duda: le gustaban. La sexualidad aparecía reproducida de manera humorística; además, resaltaba la estética del cuerpo humano, independientemente de la fantasía con la que se había representado el coito. La figura de la que Karsten Jespersen había dicho que era de rinoceronte mostraba un atlético sexo en grupo. Una serie de personas, a cada cual

más feliz, aparecían entrelazadas en un juego sexual que, desde el punto de vista fisiológico, parecía irrealizable. «Esto significa —pensó Frølich— que sé muy poco acerca de China».

—¿Son tuyas? —le preguntó a Jespersen.

—No. Pertenecen a la casa.

—¿Son valiosas?

—Naturalmente.

—¿Cuánto?

Frølich se irguió cuando de repente se abrió una puerta y entró una mujer de edad mediana.

—Al fin te encuentro —le dijo a Jespersen—. Tienes que ocuparte de los niños; yo no puedo...

Se interrumpió al notar la presencia de los dos policías.

Gunnarstranda le tendió la mano.

—Comisario de investigación criminal. Brigada de homicidios.

La mujer le estrechó la mano. No resultaba difícil darse cuenta de que en otro tiempo había sido muy guapa. A Frølich le pareció que aún seguía siéndolo, pese a los pliegues y las arruguitas apenas visibles de su cara. Era delgada, y Frølich se preguntó durante unos segundos qué era lo que la hacía tan atractiva: si el rostro de perfil delicado, enmarcado por un peinado gracioso, o su tipazo y sus piernas de fábula. Decidió que era esto último: su figura, la espalda grácil como la de una escolar, y el vestido ajustado por donde tenía que serlo.

Jespersen iba a decir algo, pero Gunnarstranda se le adelantó:

—¿Ingrid Folke Jespersen?

Ella asintió.

—Mi más sincero pésame.

Ella volvió a asentir y se quedó mirando tranquilamente a los ojos de aquel hombre de su misma edad. Frølich notó que él no le soltaba la mano. Luego se acercó a ella y le tendió asimismo la mano.

—Frank Frølich —se presentó.

—Ya nos íbamos —dijo Gunnarstranda para tranquilizarla.

Pero Ingrid no lo oyó. Los dos policías siguieron la mirada de ella, que con los ojos empañados clavó la vista en Karsten Jespersen.

—Karsten —susurró a media voz con una expresión de tristeza y desesperación.

Se quedó mirando fijamente al hijo de su marido, que le devolvía inmóvil la mirada, pugnando por dominar sus sentimientos. Ella, en cambio, dio rienda suelta a los suyos. Karsten Jespersen pasó a ocupar el centro de la atención; tanto la mujer como los dos policías parecían esperar a que dijera algunas palabras de consuelo.

—Envidia tus libros de Thackeray —balbuceó, señalando a Gunnarstranda.

Tres cabezas se volvieron hacia el comisario, que observó un rato largo a la viuda y a su hijastro y, finalmente, se encargó de romper el silencio:

—Pues sí —dijo Gunnarstranda—. Pero no he encontrado *Barry Lyndon*.

—Siempre me ha parecido que la película era mejor que el libro —respondió la mujer de manera automática.

De nuevo se hizo un violento silencio en la habitación. Nadie decía nada. Todos estaban pendientes de ella.

—En efecto, tiene razón —dijo por fin ella—. Falta *Barry Lyndon*. A Reidar le daba mucha rabia. Era un perfeccionista, ¿sabe usted?, y no podía entender que yo tuviera unas obras completas que en realidad estaban incompletas.

—¿Dispone de unos minutos? —le preguntó el comisario.

—No era muy aficionado a la lectura —añadió ella, pensativa.

Ahora ya no pesaba el silencio ni se percibía la tensión que había entre ella y el hijastro por las cosas no dichas.

—No tengo ganas de hablar —susurró Ingrid Jespersen—. Estoy agotada. Esta noche apenas he dormido.

—Podemos volver mañana —respondió Gunnarstranda—. Pero antes le haré sólo un par de preguntas: ¿llegó a acostarse anoche su marido?

Ella negó con la cabeza.

—Me desperté porque no estaba... creo. Es que había tomado una pastilla para dormir.

—¿Cuándo se acostó usted?

—Entre las once y las once y media.

—Y llamó por teléfono a...

Gunnarstranda señaló a Jespersen.

—Sí —dijo ella—. Anoche, cuando me desperté. Pero Karsten no estaba en casa.

Ingrid y Karsten Jespersen se quedaron mirándose.

—Estaba dormido —explicó Karsten.

—Lo sabía —dijo ella con los ojos húmedos y los labios temblorosos; quiso añadir algo, pero se contuvo.

De nuevo fue Gunnarstranda el que rompió el silencio:

—¿Por qué lo llamó?

—Porque sentía pánico. Reidar no estaba en casa.

El funcionario de la brigada de homicidios clavó la vista en ella.

—¿Oyó usted ruidos procedentes de la tienda?

—No lo sé.

Gunnarstranda dejó su respuesta en el aire. Cruzó las manos a la espalda, pero no la ayudó. Ella permaneció profundamente sumida en sus pensamientos.

—¿No creyó haber oído algo? —preguntó finalmente el comisario.

—No lo sé —repitió ella, y empezó a limpiarse las uñas con gesto ausente. Tenía unas manos estrechas; en dos de los dedos llevaba unos gruesos anillos. El esmalte de las uñas era del color del hierro oxidado, con algunas manchas—. Tenía pánico —repitió con voz ausente—. No tengo ni idea de lo que me pasaba.

—¿Por qué tenía pánico?

—Porque no encontraba a Reidar por ninguna parte.

De repente empezaron a temblarle otra vez los labios, y unas lágrimas afloraron en sus oscuros ojos. Rápidamente, se las enjugó.

Karsten Jespersen se adelantó un paso y carraspeó con decisión. Pero Gunnarstranda lo contuvo levantando la mano.

—Después de llamar a Karsten Jespersen, ¿se metió otra vez en la cama?

—No —dijo ella en seguida.

Algo le pasaba. Era como si la pregunta del comisario por su difunto marido la hubiera sacado de sus casillas. La fachada aparentemente tranquila que presentaba su rostro al entrar en la habitación se había vuelto transparente, como la superficie lisa de un lago en calma. Ahora se apreciaba la vulnerabilidad que se ocultaba tras ella.

—Me quedé tumbada despierta, hasta que empezó a oírse tráfico en la calle —explicó—. Anoche... pronto, muy pronto, cuando todavía estaba oscuro...

Se interrumpió. Entre ella y su hijastro, la tensión parecía cortar el aire. Frølich no sabía cómo debía interpretar esas señales.

—¿Y luego? —indagó Gunnarstranda.

Ingrid Jespersen se volvió hacia él.

—Entonces decidí que todo había sido una pesadilla y que los ruidos sólo habían sido imaginaciones mías, y luego...

Cerró los ojos.

—¿Sí?

Ella señaló al suelo.

—Me acababa de dormir de nuevo cuando la policía llamó al timbre.

—Fue descubierto por una transeúnte —dijo Gunnarstranda—. He oído que ha estado en la tienda con nuestro compañero Yttergjerde y que ha identificado a su marido.

—Sí.

Todas las miradas estaban ahora pendientes de ella, que seguía limpiándose las uñas con gesto ausente.

—La puerta que da a la tienda no estaba cerrada con llave —dijo Gunnarstranda.

Ella asintió.

—¿Quién tenía llaves de la tienda?

—Mi padre y yo —intervino Karsten Jespersen.

—Yo también tenía llaves —dijo ella con voz de cansancio.

Gunnarstranda se volvió hacia el hijo.

—¿Quién más?

El hombre reflexionó.

—Tal vez Arvid y Emmanuel —intervino Ingrid Jespersen.

Karsten se quedó pensando.

—Es posible —dijo finalmente—. Sí, seguro que los dos tenían llaves.

—¿Y quiénes son? —preguntó Gunnarstranda.

—Los hermanos de Reidar —respondió ella.

—¿Solía su marido dejar la puerta abierta cuando se quedaba por la noche en la tienda?

—Ni idea.

—Cuando llegó la policía, la tienda estaba a oscuras —dijo Gunnarstranda—. ¿Dejaba su marido la luz apagada cuando iba a la tienda después de la hora de cierre?

—Si encendía alguna luz, sólo era la del despacho —señaló Karsten Jespersen.

Ingrid Jespersen se sentó en un sillón que había junto a la librería y se estiró enérgicamente el borde de la falda, que se le había subido hasta por encima de las rodillas.

—Lo curioso es que inmediatamente supe lo que había pasado. Cuando llama la policía...

Frølich no le quitaba ojo a Jespersen, que miraba con gesto agarrotado a Ingrid.

—Sé que soy infantil —continuó ella—, pero ha sido tan horrible...

Se limpió rápidamente las lágrimas de los ojos con la mano y sollozó.

Karsten Jespersen tenía la cara colorada... de ira, como constató Frølich cuando el hombre, con la barbilla temblorosa, le preguntó a Gunnarstranda en tono impertinente:

—¿Ha terminado ya?

—Casi —contestó escuetamente el bajito funcionario de la brigada de investigación criminal.

—He visto que estaba muerto —dijo ella—. No sé lo que me ha pasado por la cabeza; sólo quería irme.

Gunnarstranda le dirigió una mirada afectuosa.

—Gracias —dijo brevemente—. Tengo que rogarle que guarde silencio acerca de lo que ha visto en la tienda —concluyó en tono pausado—. El deber de guardar silencio también le afecta a usted —dijo, dirigiéndose a Jespersen—. Lo siento, pero esas son las reglas —añadió con aire profesional—. Por desgracia, tenemos que... —Dudó un instante—. Haremos lo que podamos para no resultar molestos —dijo finalmente—. A cambio, confiamos en que ustedes sean tolerantes con nosotros.

Grafitti

En la sala de autopsias, Frank Frølich estaba, como siempre, a punto de desmayarse por la escasa ventilación. Mientras respiraba por la boca, buscó desesperadamente una silla. Luego se dio por vencido y se unió a los demás, que examinaban el cadáver de Reidar Folke Jespersen. El cuerpo blanco yacía tumbado sobre una mesa, bajo la lámpara del quirófano. Frølich se esforzó por no desviar la mirada del forense Schwenke y el comisario Gunnarstranda.

—¿Y el cordel de alrededor del cuello? —preguntó Gunnarstranda.

—Hilo de coser —dijo Schwenke—. Algodón. Al menos, eso parece. —Cortó el hilo, lo puso con unas tijeras bajo la luz y añadió—: Variedad roja, con nudos dobles.

Con las manos cruzadas detrás de la espalda, Gunnarstranda miraba el cadáver tan hipnotizado como si hubiera recibido una carta del juez especializado en divorcios. El asistente del laboratorio cogió un escalpelo y desvió la vista del muerto hacia el doctor Schwenke, que estaba poniéndose unos guantes de goma. Schwenke le guiñó un ojo a Frølich.

—Rembrandt, ¿a que sí? Unos hombres vestidos de negro congregados en torno a un cadáver. Pues esperad, que ahora voy a sacar unos cables rojos de sus brazos. — Schwenke diseccionó la piel arrugada del vientre del cadáver y luego introdujo los dedos en el corte, relativamente limpio, hasta por debajo de la tetilla derecha—. Una única herida de arma blanca —murmuró en voz baja, y pasó los dedos por las otras zonas dañadas—. El resto son arañazos superficiales.

La herida estaba abierta. En medio del pecho del hombre había unas letras y unos números escritos con rotulador azul. La sangre y los arañazos volvían la letra ilegible.

El forense raspó con cuidado la sangre que tapaba la escritura.

—Parece un número —dijo—. ¿Verdad que parecen cifras? —añadió, pasando los dedos por una de las inscripciones—. Este gancho es un uno. Pero lo primero es una letra, J, como Jorgen.

—J 195 —leyó Frølich.

—Exactamente —le dio la razón Schwenke.

—¿Un código? —preguntó Gunnarstranda, resignado, y repitió—: J 195. — Luego se volvió hacia Schwenke—: ¿Qué hay de las cruces en la frente?

—Tres cruces. Y el color es el mismo; tiene que ser la misma tinta que la del pecho.

Frølich se inclinó sobre la cabeza del muerto.

Schwenke se incorporó.

—El corte también ha rasgado la ropa, que está llena de sangre. Así que estaba vestido cuando fue asesinado —concluyó con una sonrisa irónica, y grabó una serie de datos en su dictáfono. Luego se dirigió a los policías en voz baja—: Los *grafitti*

han sido trazados con posterioridad.

Frølich le hizo sitio a la mujer que fotografiaba al muerto sobre la mesa. Schwenke siguió hablándole a su dictáfono.

Gunnarstranda se detuvo junto a la mesa de autopsias y observó el pecho del muerto.

—Un código —murmuró, pensativo—. El autor del crimen se toma la molestia de desnudar al cadáver, escribir un código en el cuerpo y colocarlo en el escaparate.

Le hicieron sitio al asistente, que comenzó a lavar el cadáver.

—Satánicos —apuntó Schwenke desde la derecha, mientras sonreía de buen humor.

—Menuda tontería —replicó Gunnarstranda, irritado.

—Sólo era un chiste. —Schwenke volvió a guiñarle el ojo a Frølich—. Pero recuerda a algo ritual, ¿no? Y los rituales ya casi sólo los practican los satánicos y los masones. —Soltó una risita, como un cacareo—. Un hilo de coser, tres cruces en la frente... Lo raro es que no le asome un pez por la boca. —Schwenke rio con más ganas—. Quizá todavía encontremos uno —concluyó, y fue hasta la mesa, en la que el asistente ya había terminado su trabajo.

Cogió el escalpelo e hizo el clásico corte desde el esternón, bajando por el vientre; al llegar al ombligo, se desvió hacia la izquierda y continuó a lo largo del pubis.

Se apartó a un lado y dejó que su asistente cortara las costillas del muerto. Sonaba como si alguien estuviera partiendo unas gruesas raíces que asomaran por la tierra húmeda. Como siempre, Frølich tuvo que apoyarse en la pared.

—¿Te mareas, Frølich? —preguntó jovialmente Schwenke.

Ante una señal de su ayudante, se volvió, apartó las vísceras y agarró la caja torácica para levantarla.

Schwenke sacó los órganos internos y lo colocó todo en la fregadera. El asistente del laboratorio era muy minucioso con el lavado. Frølich se alejó del chorro de agua y, como el olor que impregnaba la habitación le daba náuseas, prefirió volver a respirar por la boca.

—Mira —murmuró Schwenke—. Mira.

Gunnarstranda se despertó.

—¿Qué?

—Me pregunto cuánto tiempo habría durado.

—¿Porqué?

Schwenke señaló las vísceras del hombre.

—Mira esto.

—¿Y eso qué es?

—Un riñón invadido por el cáncer.

—Yo no veo ningún cáncer.

—¿Y esto de aquí? —Schwenke sacó una cosa que recordaba remotamente a una naranja sanguina masticada y escupida—. ¿Acaso esto no tiene aspecto de cáncer?

—Vale; pero eso tuvo que haberlo notado, ¿no?

—No lo sé. Esta forma de cáncer es difícil de diagnosticar, y, si no me equivoco, también hay metástasis en el pulmón.

—¿Estaba mortalmente enfermo?

—Eso parece.

—¿Es posible que no lo supiera?

—Eso es difícil saberlo. No conozco el historial médico del hombre. Preguntad a su médico o, tal vez, en los hospitales de alrededor. Yo sólo puedo decir que no es raro encontrarse con este tipo de cáncer al hacer una autopsia.

Gunnarstranda asintió, pensativo.

—¿Y la herida? —preguntó al cabo de un rato—. ¿El ángulo?

Schwenke examinó el canal de la puñalada, que se adentraba en los órganos internos del muerto.

—Da la impresión de que la herida va recta hacia arriba, con un ángulo de incidencia escaso. También está afectado un lóbulo del pulmón. Y hay importantes vasos sanguíneos dañados.

—Pero ¿es una sola puñalada?

—Una sola —confirmó Schwenke, y siguió trabajando con los órganos abdominales del muerto.

Frølich apartó la vista y observó la cara de Gunnarstranda, que miraba cómo trabajaban las manos de Schwenke.

—¿De manera que en este momento no puedes decirme nada más? —preguntó impaciente el comisario.

Schwenke alzó la vista.

—¿Como por ejemplo?

—Olvídalo. —Gunnarstranda hurgó en los bolsillos.

—Aquí dentro está prohibido fumar —advirtió Schwenke.

—¿Acaso estoy fumando? —preguntó enfadado el funcionario de la policía, enseñándole las manos vacías.

Schwenke se incorporó y sonrió como disculpándose.

—Lo siento... La sangre ha tenido que salpicar a base de bien. El cuchillo ha seccionado los vasos con una presión relativamente fuerte —murmuró, y añadió—: Sin embargo, me has dicho que el lugar del crimen estaba sorprendentemente limpio. Lo más probable es que el muerto cayera directamente al suelo. No obstante —continuó—, tal y como tiene la ropa de ensangrentada, el asesino también habrá acabado embadurnado de sangre.

—¿La causa de la muerte?

—Hay un noventa por ciento de probabilidades de que sea la herida de arma blanca.

—¿La hora?

Schwenke se dio media vuelta.

—La muerte es un proceso, Gunnarstranda. La vida no es un mecanismo digital que de repente deja de funcionar.

—Pero podrás decirme cuándo...

—Aunque el cerebro esté muerto, el intestino y los glóbulos blancos pueden seguir activos —lo interrumpió Schwenke.

—... cuándo le entró el cuchillo en el pecho y cuándo cayó al suelo —terminó su frase el comisario.

—Veremos qué temperatura tenía su cuerpo cuando hemos llegado y la compararemos con la temperatura medida en el escaparate. Luego nos ocuparemos del contenido del estómago para averiguar cuándo y qué comió por última vez. El problema es que la temperatura del lugar en el que estaba sentado era de bajo cero. Cuando la temperatura del cerebro es la misma que la del entorno, el termómetro no nos sirve para nada. Aparte de eso, el rigor mortis todavía no ha cesado. Me han dicho que tus técnicos tuvieron que pelear bastante con sus articulaciones para poder transportarlo hasta aquí. ¿Sabes qué fue lo último que comió?

—Un filete de reno —dijo Gunnarstranda—. En algún momento situado entre las diecinueve treinta y las veintidós horas.

Schwenke alzó la vista del estómago del muerto.

—Acompañado de una salsa de setas —añadió—. Y regado con vino tinto... yo diría que español. ¡Probablemente, rioja!

Schwenke esbozó una sonrisita al ver la cara que ponía Frank Frølich.

—Es broma, hombre. —Luego asintió con seriedad y reflexionó—: Lo que todavía no está claro es cuánto frío hacía en la habitación. Eso puede comportarnos problemas.

Helter Skelter

Después de la autopsia regresaron en silencio a Gronland, a la Jefatura Superior de Policía, y entraron en el despacho. Frølich se sentó frente al ordenador y redactó su informe. Gunnarstranda había anotado en un papel el misterioso mensaje que el muerto llevaba en el pecho. Se sirvió la última dosis de café que quedaba en la cafetera. Estaba frío. Gunnarstranda hizo una mueca, fue al lavabo que había junto a la puerta y vació la taza. Repitió la mueca ante el espejo.

—A veces me irritan estos dientes —dijo—. Se ve a la legua que son coronas. Y cuanto mayor se va haciendo uno, más se nota. Cuando tenga setenta años, seguramente parecerá una dentadura a la que alguien ha pegado un cuerpo.

Frølich se irguió en la silla.

—Déjame ver —dijo.

Gunnarstranda se volvió hacia él y se estiró las comisuras de los labios de tal manera que el otro se asustó.

—Pareces una dentadura con un cuerpo pegado a ella —constató Frølich, riendo—. Era un chiste —intentó explicarle a su compañero, mayor que él.

Gunnarstranda se apartó de él, regresó a su silla y leyó la nota con el código del *grafitti*.

—Podría ser el número de una calle —sugirió Frølich.

—¿Un número de una calle con la letra J delante?

—No tiene por qué ser una J. Quizá sea una U; en Inglaterra, por ejemplo, llaman a las autopistas A1, A2...

—Pero una A no es una U.

—No, pero seguro que hay calles que empiezan por U, del mismo modo que otras empiezan por A o por E: calle Europa, por ejemplo.

—Esto es una J —replicó Gunnarstranda—. Una J. No es una A ni una E. Aquí pone J 195. Si crees que es una calle, averigua si en el mundo existen calles que empiecen por J o por U. La única pega es que en Oslo no hay ninguna calle que empiece por esa letra, ni tampoco en toda Noruega, y, además, fuera de los límites de Oslo no tenemos poder policial.

—Podría ser un perfume —siguió intentándolo Frølich—. Hay un perfume llamado «4711».

Gunnarstranda alzó la nota y señaló los números con el dedo índice.

—¿Qué dice aquí? —preguntó con un tono de voz peligrosamente amable.

—Vale —admitió Frølich, resignado—. Pero tenemos que barajar unas cuantas ideas si queremos averiguar lo que significan esos números. A eso se le llama *brainstorming*: consiste en proponer cualquier cosa, y luego lo uno te lleva a lo otro.

—¿Ah, sí?

—Ese código puede significar cualquier cosa, ¿no? Puede ser una marca de fábrica, una abreviatura, un código...

—Exactamente.

—Pero semejante garabato puede ser también una pista falsa —opinó Frølich—. Un código para crear confusión.

Gunnarstranda meneó la cabeza, dubitativo.

—¿Qué clase de tipo apuñala a un anciano, lo deja desangrarse en el suelo y, luego, tiene la suficiente sangre fría como para quedarse en la habitación, ante el escaparate de la calle, desnudar completamente al cadáver, escribir mensajes en el cuerpo con el fin de crearnos confusión y colocar después al muerto en el escaparate? No —dijo Gunnarstranda—. Eso debe de haber sido planeado. —Observó a su colega unos segundos antes de continuar—: ¡Y el riesgo que eso conlleva! Si lo que quería era confundirnos, habría escogido otros métodos más sencillos.

—¿Como por ejemplo?

—Bueno, acuérdate de Charles Manson, que escribió con sangre en las paredes *Helter Skelter*, en la habitación de... de... de...

Frølich permaneció unos segundos fascinado por el seco castañeteo de los dedos de Gunnarstranda. Luego le echó un cable:

—Sharon Tate, la mujer de Roman Polanski.

—Eso es; pues algo parecido. —Gunnarstranda se levantó y recorrió la habitación arriba y abajo—. El criminal podría haber dibujado una calavera en uno de los antiguos escudos de armas de la tienda, o haberse meado en el cadáver, yo qué sé.

—La mujer —dijo Frølich en voz baja.

—¿Mmm?

—La mujer vive en la misma casa; podría haber subido tranquilamente la escalera, haberse duchado y haber lavado lo que llevara puesto. Y a nosotros nos ha montado el numerito de que no podía dormir...

—Es casi treinta años más joven que el viejo —dijo Gunnarstranda—. Apostaría a que tiene un amante.

—¿Un amante?

—Y luego está ese disparate de llamar a Karsten Jespersen en mitad de la noche. Si mató a su marido, entonces lo llamó por dos razones: para respaldar la historia del robo y para procurarse una coartada.

—¿Es esa la pista principal? —preguntó Frølich.

—Al menos, es una pista. Me gustaría saber quién debe de ser su amante.

—Si es que existe ese amante —objetó Frølich.

—Existe; puedes poner la mano en el fuego.

—¿Por qué estás tan seguro de ello?

—Eso se nota.

—¿Que se nota? ¡Tiene más de cincuenta años!

—¿Significa eso que crees que la gente mayor de cincuenta años no tiene vida sexual?

Frølich se sintió en terreno resbaladizo:

—Tampoco quería decir eso...

—No, claro —replicó Gunnarstranda en tono desabrido.

—Quería decir que esas cosas...

Frølich se interrumpió y miró de reojo a su jefe, que le replicó con una mirada inexpresiva:

—¿Qué cosas?

—¡Santo cielo! —exclamó Frølich, nervioso—. ¡Eso es algo que tiene que ver con las hormonas! La infidelidad y las horas extras en camas ajenas son cosas de treintañeros, ¿o no?

—¿Horas extras en camas ajenas? —preguntó Gunnarstranda con el ceño fruncido—. ¿Debo deducir que esa es la razón por la que no cambias de estado civil?

—Olvídalo.

—No; la cuestión es que yo, nada más ver a esa mujer, he pensado que tenía un amante, y sin embargo tú no lo has pensado. ¿Porqué?

—Ni idea... —Frølich se paró a pensar—. Parecía un poco... no sé... parecía culta.

—¿Culta?

—Sí —asintió Frølich—. Culta y simpática.

—Ahora en serio, Frølich, ¿crees que un hombre de ochenta años...?

—¿Significa eso que crees que la gente mayor de setenta años no tiene vida sexual? —preguntó Frølich, cabreado.

—Apuesto cien coronas —dijo Gunnarstranda como respuesta al arrogante comentario de su interlocutor—. No —continuó—. No vamos a apostar. Yo personalmente te daré cien coronas si no descubrimos a algún amigo del alma de esa señora antes de que se cierre el caso.

—Un amigo del alma no es lo mismo que un amante.

—Un amante. Cien coronas. No se hable más.

Más tarde, cuando Frølich se hubo marchado, Gunnarstranda se quedó sentado junto a su escritorio, mirando el teléfono. La última vez que había visto a Tove Granaas, lo había invitado a cenar ella. El comisario de la brigada de investigación criminal no quería reconocer cuántos años habían pasado desde la última ocasión que había salido a cenar con una mujer. Pero eran muchos.

Tove lo había llevado a un restaurante japonés situado en Lapsetorvet. Gunnarstranda nunca había comido sushi, y así se lo confesó a ella de inmediato. Aunque tampoco quería dar la impresión de ser un tío tosco, ignorante o lleno de

prejuicios. De ahí que la dejara a ella que pidiera para los dos. La comida había transcurrido, en cierto modo, sin percances. Él se había echado demasiada salsa de soja en el arroz y había tenido dificultades para hincarle el diente a alguno de los trozos de pescado crudo. Pero en cuanto al sentido del gusto, había sido una experiencia casi religiosa. El aguardiente templado de arroz sabía como un orujo dulce destilado por ellos mismos, y se subía en seguida a la cabeza. Comieron al lado de un grupo de japoneses que pidieron el menú más llamativo de la carta. Preparados en la misma mesa, les habían ido sirviendo los platos más variados, unos a la plancha y otros flambeados. De repente, había aparecido el cocinero, se había acercado a los japoneses y se había puesto a partir como loco los ingredientes con unos cuchillos. Pero con el tiempo, también los japoneses se habían emborrachado con el aguardiente de arroz. Uno de ellos incluso le había dado a Gunnarstranda un pequeño cursillo de cómo comer con palillos. Más tarde, Gunnarstranda pensó que, después de todo, la velada podía calificarse de agradable. Pese a que había salido del restaurante haciendo eses y pese a que no recordaba de qué había hablado; ni siquiera se acordaba de dónde ni de cómo se había despedido de Tove. Sin embargo, extrañamente, había conseguido organizar una repetición de la cita.

Pero ahora, agobiado por las pesquisas del caso de asesinato, cayó en la cuenta de que la noche planeada con Tove se había ido al garete.

Miró el reloj. Tove Granaas era enfermera de la UCI. A esa hora, la última de la tarde, supuso que ya estaría en casa. Sólo de pensar en llamarla ya se puso nervioso. Le temblaba la mano cuando descolgó el auricular.

—Dígame —contestó ella amablemente.

—Hola —dijo él sonriéndose a sí mismo, nervioso, en el cristal de la ventana—. ¿Sabes quién soy?

—Claro que sí. ¿Qué tal estás?

—Bien, gracias, ¿y tú?

—Bien, muy bien —dijo ella.

—Han asesinado a un hombre —se apresuró a decir él.

—Entonces, las anchoas tendrán que esperar un poco, ¿no?

—¿Anchoas?

—Esas fueron tus palabras. Dijiste que el sushi era como las anchoas, y el aguardiente de arroz como un latigazo.

—¿Eso dije?

—Fue muy divertido. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

Gunnarstranda carraspeó.

—Pues todavía no lo he pensado bien —admitió él.

Tove dijo entonces en un tono por el que se adivinaba una sonrisa maliciosa:

—Un café. Para tomar una taza de café, seguro que sacas tiempo.

Al este del Edén

Arvid Folke Jespersen vivía en Uranienborg, en una de las casas antiguas de aspecto suntuoso situadas en el centro. Allí solían vivir personas mayores que habían nacido en el barrio... siempre y cuando sus herederos no hubieran conseguido vender la mansión a una agencia de publicidad.

Era ya la última hora de la tarde cuando Frank Frølich observaba el portal desde el coche. Encendió el móvil, llamó a Eva-Britt y anuló la cita para esa noche, sin que en realidad fuera necesario. Aunque ella se puso hecha una fiera, en el fondo era como una liberación rehuir la sesión televisiva y las otras tristes costumbres que habían adquirido juntos para matar el tiempo. Frølich se quedó unos segundos sentado en el coche haciendo memoria. Hacía pocos días había visto *La huida*, de Sam Peckinpah, con Steve McQueen y Ali MacGraw; lo curioso era que la mujer de Doc se parecía a Gøril. Tenía el pelo negro, los ojos castaños y las extremidades largas y delgadas. Gøril tenía un poco más rellenas las costillas que Ali, pero el resto era muy similar.

A Frølich no se le quitaba de la cabeza la idea de si el reencuentro de ese día con Gøril había sido una casualidad. Se le hacía tan raro, que el haber visto precisamente esa película le parecía parte de un plan. «En primer lugar —se dijo—, no tienes ningún motivo para llamarla y, aparte de eso, todavía debes seguir cultivando la relación con Eva-Britt». Con un suspiro de pesar, salió del vehículo y subió la escalera para ver al anciano, que lo esperaba.

—Por supuesto, intentaré colaborar en lo que pueda —dijo Arvid Folke Jespersen, invitando a Frølich a entrar en el piso, que olía a polvo y a libros viejos.

«Parece una librería de viejo», pensó Frølich, quitándose con cierto esfuerzo las botas de invierno. Detrás de una cortina se oyó un leve gruñido. Arvid la recorrió. Entre un montón de zapatos había un cesto lleno de mantas viejas; en él se acurrucaba un perrito tembloroso que llevaba una venda alrededor de la tripa.

—Vaya, ¿estás herido, chiquitín? —le preguntó Frølich al perro, que tiritaba con las orejas gachas.

—*Sølvi* tiene dos costillas rotas —dijo su anfitrión, abriendo la puerta del cuarto de estar—. Tiene que hacer mucho reposo, la pobre.

Frølich siguió a Folke Jespersen hasta un cuarto de estar de techo alto y muebles distinguidos. El polvo se acumulaba en montoncitos a lo largo de las paredes. Unas gruesas cortinas ocupaban gran parte de las ventanas, por lo que entraba muy poca luz en la habitación. Ambos se sentaron junto a una mesa en la que había una bandeja con tazas de café, una cafetera, un azucarero, copas y botellas.

—Aunque Reidar era el mayor, yo siempre he creído que me sobreviviría —dijo el anfitrión, desconsolado. Llevaba un traje de rayas anchas con la cadena del reloj

asomándole por el chaleco. Alrededor del cuello se había anudado un pañuelo de seda de color granate—. Reidar ha sobrevivido a todo. En el 44 incluso le dispararon en Alemania, pero él salió de aquella sin un rasguño. En cierto modo, Reidar sólo envejeció por fuera. Yo pensaba que era inmortal. ¿Quiere una copa de oporto con el café?

Frølich rechazó la invitación negando con la cabeza.

—Hace usted muy bien —suspiró Jespersen, acercándose la copa a los ojos para examinarla. Encontró una mancha y la limpió con un pañuelo antes de servirse—. Yo ahora tomo siempre oporto en lugar de coñac; es más suave.

Frølich se inclinó hacia adelante y cogió la jarra de un panzudo termo amarillo. Nada más tocar la tapadera, brotaron unas burbujas. Se sirvió café.

—Pero ¿qué me dice de que haya sido asesinado? Una cosa es sorprenderse de que muera un hermano, pero que muera asesinado...

Arvid Folke Jespersen negó con la cabeza.

—No —murmuró—. Eso es inconcebible.

—Si hubiera sorprendido a un ladrón, ¿qué cree usted que habría hecho su hermano?

El anciano volvió a colocar la botella de oporto sobre la mesa y permaneció pensativo.

—En realidad, no lo sé; hoy en día hay tantos drogadictos desesperados y tanta gente de la que se puede esperar cualquier cosa... De eso seguro que sabe usted mucho más que yo, pero Reidar también lo sabía. Al fin y al cabo, leía los periódicos y veía la televisión como todo el mundo.

—Dígame exactamente cómo cree usted que habría reaccionado. ¿Se habría retirado? ¿Habría hablado con el sujeto en cuestión o...?

—Creo que se habría retirado o... quizá no... Reidar era un hombre muy decidido; cuando se le metía algo en la cabeza, no había manera de quitárselo. En eso, yo soy distinto; soy más bien pusilánime, y no me gustan las emociones fuertes. Sé que habría procurado esconderme o quedarme muy quieto. Soy bastante miedoso; en cambio, Reidar nunca tenía miedo... bueno, seguro que lo tenía, pero siempre intentaba ofrecer una imagen de valiente de sí mismo. Desde luego, es posible que mi hermano le exigiera al ladrón que se largara, o que lo amenazara de alguna otra manera. —Arvid dio un sorbito a su copa—. Qué historia tan terrible —murmuró—. Una historia horrible...

Frølich dio un sorbo al café, que era muy suave y de color marrón claro. Dos granos de café flotaban en la taza, y uno le entró en la boca. Después de sacarlo con la lengua, se le quedó pegado a la yema del dedo índice.

—¿Hacía mucho que no veía a su hermano? —preguntó, dejando discretamente el grano de café en el platillo de la taza.

El hombre que tenía enfrente se sobresaltó, como si lo hubieran sacado de profundas reflexiones.

—No, no; ayer mismo estuvo aquí, y Emmanuel también. Ahora caigo en la cuenta de que le he prometido a Emmanuel que lo llamaría. ¿Le importaría recordármelo antes de marcharse?

—¿Cuándo estuvo aquí?

—Aproximadamente, a las doce, quizá algo más tarde.

—¿Aproximadamente?

—Sí, tal vez unos minutos después; creo que estuvimos esperándolo un rato.

—¿Y cuándo se marchó?

—Estuvo aquí algo menos de una hora.

—¿Qué impresión le causó?

Arvid se acarició la barbilla.

—No era él mismo, parecía un tanto desequilibrado.

Frølich levantó las dos cejas con gesto interrogativo.

—Ya ha visto cómo está *Sølvi*, mi pobre perrita. ¡Intentó matarla! Gracias a Dios que se ha salvado.

—¿Intentó matar a su perra?

El viejo asintió con la cabeza.

—Sé que suena disparatado, pero Reidar le dio varias patadas, como consecuencia de lo cual tuvo una hemorragia interna y ahora tiene dos costillas rotas. Fue un milagro que sobreviviera.

—¿Tan fuerte le pegó? ¿Le había mordido la perra?

—No, es sólo que Reidar no parecía él mismo. Estaba fuera de sí. Creo que nunca lo había visto así. Cuando pienso en lo que le hizo a la perra, no puedo ni imaginarme lo que podría haberle hecho a un ladrón. ¿Ha averiguado Karsten lo que han robado?

Frølich consultó su cuaderno de notas antes de contestar.

—¿Por qué estaba fuera de sí? ¿Habían discutido?

—No, por Dios. Bueno, discutimos acerca del negocio. Compréndalo, somos tres: Emmanuel, Reidar y yo. Las acciones eran de los tres; todos participábamos en el negocio, también Emmanuel y yo. Pero nosotros dos hemos reconocido que ya somos viejos, de hecho, estamos jubilados, mientras que Reidar no quería dejar de trabajar.

—Pues ahora ya no le queda otra opción —dijo Frølich secamente. En seguida se dio cuenta de lo inapropiado de su comentario y se apresuró a añadir—: ¿Hubo algún motivo especial para que... se reunieran?

—Reunión es la palabra adecuada. La tienda está en venta, y hemos encontrado unos compradores, un matrimonio. Ellos también estuvieron aquí, el señor Kirkenær y su mujer, Iselin. Bueno, creo que están casados, porque los dos llevaban alianza. Ese hombre entiende algo de antigüedades, y ella también.

—¿Y después tuvieron un altercado?

Arvid negó con la cabeza.

—No, un altercado no; «desavenencias» es la palabra más adecuada.

—Desavenencias, ¿acerca de qué?

—Acerca del contrato. Emmanuel y yo estábamos muy satisfechos con la oferta, pero...

—¿Pero Reidar no?

—Yo creo que en el fondo quería venderla. Reidar nunca ha dicho que no al dinero, pero jamás ha soportado que nosotros también tengamos opinión. En eso Reidar era un tanto peculiar, ¿comprende? Al ser el mayor, siempre quería llevar la voz cantante. En realidad, Emmanuel y yo ya nos esperábamos que montara algún numerito, pero no sospechábamos que fuera a cabrearse de esa manera. El plan era que comentaríamos la oferta. Pero no pudo ser.

Arvid se sumió en sus pensamientos al tiempo que hacía girar la copa de oporto entre los dedos.

—Esa fue la última vez que lo vi.

—¿Estaba sano?

Arvid levantó las dos cejas.

—¿Estaba su hermano enfermo? —precisó Frølich.

Arvid sonrió en silencio.

—Reidar nunca ha estado enfermo. ¿No estará insinuando que ha muerto de enfermedad?

Frølich negó con la cabeza y se sirvió más café.

—¿Y ahora Emmanuel y usted son los únicos propietarios?

—Bueno, Ingrid puede pagarle a Karsten y hacerse cargo ella de la parte de su marido. Es una mujer estupenda, Ingrid.

—Es mucho más joven que él.

—Efectivamente; sin duda, Reidar era un viejo cabrón.

—¿Está seguro de que ella se hará cargo de la parte de su marido?

—Supongo...

Frølich esperó.

—Ese es el gran problema de Karsten: Reidar e Ingrid no tenían separación de bienes.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Mmm?

—... el gran problema de Karsten...

Folke Jespersen sonrió de mala gana.

—Karsten hubiera preferido llevar las cosas él solo, creo yo...

—¿Quiere decir que a Karsten le habría gustado ser el único heredero?

—No es nada improbable, ¿no le parece?

—No lo sé —dijo Frølich escuetamente—. ¿Insinúa que hay un litigio hereditario?

Arvid se lo quedó mirando largo rato antes de replicar:

—¿A qué se refiere?

Frølich lo observó. A lo mejor, el viejo no hablaba en serio al mencionar las posibles diferencias entre la viuda y el hijo del muerto. Parecía como si el hombre acabara de darse cuenta de que estaba hablando con un funcionario de la brigada de investigación criminal y de que, por tanto, debía medir bien las palabras. Frølich conocía ese efecto. Así que repitió:

—¿Existe un litigio por la herencia de su hermano?

—No lo sé.

—Entonces, ¿he interpretado mal lo que ha dicho acerca del gran problema de Karsten Jespersen?

Arvid guardó silencio. Parecía confundido.

—¿A qué se refería? —repitió Frølich.

—Quería decir que... estoy perdiendo un poco el hilo; no quiero poner a nadie en apuros. Karsten e Ingrid se llevan muy bien. «Cara de beato, y uñas de gato», podríamos decir. Ya sabe cómo corren los rumores en las familias; pero probablemente la que peor se tome que Karsten no sea heredero único sea Susanne, su mujer. Pero eso pasa en todas las familias. ¿Sabe usted...?

—De acuerdo —dijo Frølich—. Pero la situación patrimonial con respecto al negocio, ¿está clara tras la muerte de su hermano?

—Eso creo. Si no aparece un testamento, seguro que Ingrid ocupa el lugar de Reidar.

—¿Intentará usted que ella colabore con...?

—Kirkenær, como suena: K-I-R...

—Gracias, ya lo tengo —dijo Frølich, haciendo una seña con el lápiz para que el otro continuara.

—¿Qué acaba de preguntarme?

—Si ella se mostrará de acuerdo con lo que su hermano quería evitar: la venta del negocio.

—Naturalmente.

—¿Y el hijo de él?

—¿Qué le pasa?

—En fin, él trabaja en la tienda.

—Todo eso ya lo hemos aclarado previamente con Karsten, y a él le parece muy bien.

—Pero perdería su empleo, ¿no?

—Depende de lo que realmente le importe ese trabajo. Tiene otras ambiciones, ¿sabe usted? Hace trabajillos periodísticos. Cuando no hay clientes en la tienda, se mete en la trastienda y no para de aporrear la máquina de escribir. Cuando hemos hablado con él de esta venta, no ha puesto ninguna objeción.

—¿Cree usted que su hermano se oponía a la venta porque quería proteger los intereses de su hijo... su puesto en el negocio?

—Si Reidar se hubiera opuesto por Karsten, lo habría dicho con toda franqueza. Él nunca ocultaba sus opiniones.

—Pero entonces, ¿por qué cree usted que no quería vender el negocio?

—Porque quería jugarnos una mala pasada, posiblemente. Y porque no podía soportar la idea de no seguir trabajando. Reidar nunca ha querido reconocer que estaba haciéndose viejo; era un hombre que renegaba de la muerte.

Frølich anotó esta última frase y estuvo unos segundos pensando la siguiente pregunta.

—Jonny Stokmo... He oído que estaba íntimamente vinculado al negocio.

—Ya no lo está.

—Su hermano lo echó. ¿Por qué?

—Más bien fue al revés. —Folke Jespersen rio por lo bajo—. Me atrevería a suponerlo. Ni idea, pero creo que fue Jonny el que causó problemas. Jonny es otro hueso duro de roer, ¿sabe? Fue un asunto privado entre Jonny y Reidar. Los dos dan mucha importancia al honor.

—Pero ¿por qué se pelearon?

—Eso sólo lo saben los dioses; yo, desde luego, no.

—¿Tenía su hermano muchos enemigos?

Una sonrisa cruzó el rostro del anciano.

—Si se refiere a lo que pasó con Jonny, se trata simplemente de una historia pueril. Reidar debió de decir o hacer algo mal; nosotros ya contábamos con que tarde o temprano Jonny volvería a aparecer.

—¿Por qué antigüedades? —preguntó Frølich cortésmente.

—¿Más café?

—No, gracias.

El policía observó al hombre mientras se servía más oporto. Por la punta de la nariz, de un color entre azul y lila, le asomaban dos pelos blancos rizados. Frølich repitió la pregunta.

—Ah, esa es una larga historia. Todo empezó con el papel. —Jespersen cruzó las manos sobre la barriga.

—¿El papel?

—Sí, ninguno de nosotros tenía estudios por aquel entonces. Emmanuel aprendió el oficio de albañil; por cierto, él fue quien construyó la casa de al lado, por la que ha

pasado usted al venir. Él solo no, claro; fue uno de tantos. Y yo empecé trabajando en el banco privado Den Norske, que hace tiempo que ya no existe. Reidar era el más listo de nosotros, pero el que menos formación tenía. Trabajaba como recadero en el *Aftenposten*. De joven, Reidar tenía tendencias idealistas. Durante mucho tiempo fue uno de los pocos tontos que creían poder hacerse ricos honradamente.

Frølich alzó la vista y se encontró con la sonrisa benevolente de su interlocutor.

—Un idealista en todos los sentidos, ¿sabe? Por ejemplo, siempre se enfadaba cuando la gente tiraba cosas. Y en algún momento averiguó que los periódicos tiraban los rollos de papel, es decir, que la prensa tenía que cambiar de bobina, y luego quedaban varios metros de papel en cada bobina, una cantidad considerable, teniendo en cuenta que el papel de periódico es finísimo. —Folke Jespersen ilustró sus palabras con los dedos—. Así de papel, quizá —explicó—. El resto era materia bruta de calidad que simplemente se tiraba.

Frølich asintió con la cabeza.

Arvid se inclinó muy entusiasmado hacia adelante.

—Y de los restos no se ocupaba nadie. A Reidar se los daban gratis; él se encargaba de recogerlos, y a la gente del periódico hasta le venía bien. Y por aquel entonces... no sé si lo sabrá, pero el papel era un bien escaso en muchos lugares del mundo.

—¿Se puso a vender el papel?

Folke Jespersen asintió con la cabeza.

—Aquello se convirtió en un negocio. Ganaba dinero con los desechos. Y luego vinieron las antigüedades.

—¿Quién compraba el papel?

—Los que no tenían papel. Las redacciones de periódicos de Sudamérica, de los países africanos...

Frølich hizo un gesto de asentimiento.

—Así que luego llegaron las antigüedades.

—Exactamente.

—¿Porqué?

—Bueno... —Arvid Folke Jespersen volvió a reclinarsse en el asiento—. Fueron varias las causas, pero las más importantes eran de tipo económico. Los rollos de papel había que montarlos de nuevo, es decir, que todos los restos necesitaban una bobina nueva, de tal manera que el papel pudiera ser utilizado para la producción de periódicos. Mientras Reidar recibía el papel gratis, los costes de producción y de transporte eran soportables, pero un buen día se acabó lo del papel gratuito. Y además surgieron competidores. Esto era antes de que se esquilmara el bosque tropical. Hoy en día, hay eucaliptus traídos de la selva y madera rusa barata que se transforma en papel... El caso es que aquello se acabó.

—¿Y por qué precisamente antigüedades? —preguntó Frølich—. ¿Por qué no cualquier otra cosa?

El viejo se encogió de hombros.

—Quién sabe.

Frølich lo observó en silencio. Jespersen dio un sorbito a su oportito y sonrió detrás de la copa.

—En primer lugar, creo que tuvo algo que ver con la debilidad de Reidar por las cosas bonitas —explicó—. Y luego estaba Margarethe, la madre de Karsten, que murió hace tiempo. Era increíblemente esnob. Le encantaba rodearse de objetos bellos y caros. Además, Reidar estaba obsesionado con la idea de hacer dinero a partir de los desechos, es decir, de cosas que otros tiraban. Fue un adelantado a su época, el bueno de Reidar; hoy en día existe el reciclaje, la recuperación y qué sé yo. Pero tiene usted razón, aquello tuvo que empezar con algo concreto. Yo ya no me acuerdo. Reidar se hizo de repente un hueco en la compraventa de curiosidades, y pronto vimos que los tres podíamos hacer un buen negocio con eso. Pero no recuerdo cómo empezó realmente aquello; sencillamente no me acuerdo.

«¿Por qué antigüedades? —anotó Frølich en su cuaderno—. Arvid F. J. no contesta». Luego mordió el lápiz y reflexionó un momento antes de preguntar:

—¿Volvió a tener contacto ese día, más tarde, con su hermano?

—¿Con qué hermano?

—Con Reidar. ¿Lo llamó usted a lo largo de ese día?

Arvid negó despacio con la cabeza.

Frølich sonrió titubeante, sin saber muy bien cómo expresarse.

—Pero eso es un poco extraño —afirmó en voz baja.

—¿El qué?

—Pues que impidiera la conclusión del contrato, que hiriera a su perra y...

—Yo no lo llamé.

—¿Y su hermano Emmanuel?

—Eso tendrá que preguntárselo a él.

El policía examinó al hombre que tenía enfrente, que de repente parecía haber adoptado una actitud arisca y negativa.

—El susodicho día, ¿usted y su hermano no planearon algún avance concreto con respecto a Reidar?

—¿A qué se refiere con eso de «avance»?

—Quiero decir que, si yo me hubiera encontrado con esa resistencia por parte de mi hermana (porque yo no tengo hermanos), creo que habría intentado hablar con ella; me parece lo más natural.

—Claro que lo planeamos.

—Pero ¿lo llevaron a cabo?

—No.

—¿De manera que no volvió a llamar a Reidar?

—No.

Frølich cogió de nuevo el bloc.

—Esto es un poco delicado —dijo con precaución—. Pero forma parte de mi trabajo preguntarle dónde estaba usted la noche del viernes al sábado.

—Estuve aquí.

—¿En este piso? ¿Usted solo?

—Con mi perrita *Sølvi*.

—¿Hay alguien que pueda confirmarlo?

—¿Cree usted que yo sería capaz de asesinar a mi propio hermano?

Frølich puso cara de sentirse culpable.

—Lo siento, pero tengo que hacerle esa pregunta.

—No, no creo que nadie pueda confirmarlo.

—¿No llamó nadie por teléfono?

Jespersen negó con la cabeza.

—¿Salió a pasear con la perra? ¿Lo vio alguien?

—*Sølvi* hace sus necesidades en la caja que tengo en el mirador...

—¿Cuánto tiempo estuvo en la consulta del veterinario?

—Ya estaba oscuro. Hacia las cinco o cinco y media estaba de vuelta en casa.

—Vale —murmuró Frølich alzando la vista—. Tengo que hacerle otra pregunta más: ¿le dice algo el número ciento noventa y cinco?

—Ciento noventa y cinco... —Arvid negó con la cabeza—. No, creo que no.

—¿Podría ese número significar algo especial para su hermano?

—Ni idea —dijo Jespersen encogiéndose de hombros—. ¿Por qué me lo pregunta?

Frølich no respondió.

El anciano se sumió en profundas reflexiones.

—Ciento noventa y cinco —susurró—. No, la verdad es que no me dice nada. Lo siento.

Una fotografía antigua

Esa misma tarde, el comisario de la brigada de investigación criminal Gunnarstranda fue directamente al almacén de Reidar Folke Jespersen de Bertrand Narvesens Vei, en Ensjø. La llave que le había pedido a su hijo encajaba a la perfección en la cerradura. El policía cruzó el alto umbral de la puerta, y un muelle se encargó de que esta volviera a cerrarse con un portazo cuyo eco resonó por todo el local. Gunnarstranda echó un vistazo a su alrededor. Por todas partes se apilaban mesas, sillas, mecedoras, cajas, maletas, armarios y relojes de cajas primorosamente adornadas. Se detuvo y paseó la mirada a su alrededor, hasta que en lo alto de la pared descubrió una ventana, iluminada. El comisario recorrió el pasillo abarrotado de objetos. Una escalera llevaba hacia una puerta; subió por ella y se quedó mirando los objetos antiguos desde arriba. Entre dos armarios con las bisagras oxidadas distinguió una estufa de carbón de hierro fundido y, al lado, una sucia estatuilla tallada en madera de un muchacho negro. Gunnarstranda se preguntó qué valor podrían tener aquellos objetos. Quizá mucho, pensó, pero en su opinión... más bien ninguno.

Abrió la puerta y entró en una habitación que podría hacer las veces de cocina y, al mismo tiempo, de lugar de descanso. Otra puerta daba a un despacho. Gunnarstranda examinó el escritorio: era grande y pesado, de estilo inglés, y de una madera oscura, casi roja. El tablero de la mesa estaba pulimentado y vacío, salvo por una carpetita de plástico y una lámpara pasada de moda. Más al fondo de la habitación, se vio a sí mismo reflejado en un espejo de marco imponente. Se detuvo a contemplarse y se atusó su escaso pelo. Luego dio media vuelta y desvió la mirada desde el escritorio hacia el alféizar de la ventana, donde había un teléfono, y desde allí hacia el archivador. Encima del mueble había un batiburrillo de cosas: un busto del escritor Bjørnstjerne Bjørnson asomaba entre un montón de chismes. Alguien le había puesto a Bjørnson un sombrero vaquero; le sentaba bien. Aparte de eso, vio una radio portátil, un radiocasete que parecía de los años setenta, un perforador, una grapadora, un rollo de cinta adhesiva, una caja llena de clips y un montón de papeles. Gunnarstranda apartó la vista del archivador y la dirigió de nuevo hacia el escritorio. ¿Por qué el perforador y la grapadora estaban encima del archivador y no encima del escritorio?

Se acercó al reloj de pie que había junto al espejo: marcaba las diez y cuarto; estaba parado. Los péndulos recordaban a piñas de abeto. Regresó al escritorio y se sentó en la silla de oficina, un mueble caro de madera tapizada en piel. Era muy cómoda. El comisario giró a un lado y a otro, mirando alternativamente al escritorio y al archivador. Luego abrió el primer cajón de la mesa. Estaba atestado de bolígrafos, lápices, gomas de borrar, *tippex* y papel, reglas y un montón de matasellos viejos.

Sacó uno, le dio la vuelta, miró por debajo de las gafas y leyó el texto, invertido como en un espejo:

«Reidar Folke Jespersen Oslo»

En otro matasellos leyó:

«Confidencial»

Volvió a cerrar el cajón y abrió el siguiente: destornilladores, llaves inglesas y alicates de todas las formas y tamaños. En un rincón había una vieja lata de té sin tapadera en la que se leía «Ridgeway's». Dentro de la lata había tornillos, clavos usados, tuercas y ganchos.

Gunnarstranda abrió el siguiente cajón, que contenía un mantel blanco doblado y una botella medio llena. Cogió la botella y observó la etiqueta: «Bristol Cream». Acercó la nariz al gollete. Olía muy fuerte. Se quedó pensativo. Jerez, se dijo, y trató de recordar si alguna vez había comprado jerez. Una o dos veces, posiblemente. En realidad, no le gustaba. Luego volvió a colocar la botella en su sitio.

Hacía calor en la oficina. Con su grueso abrigo de invierno, estaba achicharrado. Se incorporó, fue hacia la ventana y tocó el radiador, que estaba ardiendo.

Entretanto, fuera había oscurecido. Entre dos edificios, detrás de una valla de tela metálica, distinguió vagamente un camino. Dos figuras con abrigo se dirigieron hacia un coche y se montaron en él. Se encendieron los faros del vehículo; luego arrancó y desapareció. Al poco rato, el coche volvió a aparecer entre los dos edificios. Las luces traseras arrojaban un resplandor rojo sobre la nieve acumulada al borde de la calzada. Gunnarstranda se acercó a la puerta que daba al cuarto contiguo y la abrió. Vio un mueble de cocina empotrado y una mesa de comedor de madera clara en medio de la habitación. Abedul, pensó, pasando la mano por el tablero de la mesa. Una cafetera solitaria presidía la encimera. En el fregadero había dos copas de tallo largo en cuyo fondo se había secado el último trago. Se agachó, olió los vasos y aún pudo percibir vagamente el olor a alcohol fuerte. Tenía que ser el jerez. Volvió despacio al despacho y de nuevo se sentó en la magnífica silla de oficina. Luego abrió el cajón de más abajo.

«La mesa ha sido recogida», pensó mirando los utensilios de escritorio apilados en la repisa de la ventana y encima del archivador.

«Alguien desdobra un mantel y pone dos copas sobre la mesa —pensó—. Alguien bebe jerez. Reidar Folke Jespersen y otra persona toman jerez. Otra persona. Una mujer. Debe de haber sido una mujer. El mantel, el jerez...». Sacó el móvil del bolsillo del abrigo y marcó un número. La silla crujía al compás de la señal del teléfono. Una mujer descolgó, Gunnarstranda le hizo un resumen de la situación y le dio la dirección. Una vez guardado el teléfono, pescó de su bolsillo un bolígrafo con el que volvió a cerrar el cajón que contenía la botella y el mantel. Luego levantó cuidadosamente la carpeta con el bolígrafo y la apartó a un lado. Debajo apareció un

sobre empalidecido y, debajo de él, una fotografía. Gunnarstranda examinó minuciosamente la imagen. Era una fotografía antigua en blanco y negro que ya amarilleaba: el retrato de una mujer de cabello oscuro y abundante con rizos a la altura de los hombros. La mujer sonreía con picardía; era como si hubiera pillado al comisario cometiendo un delito que ella censuraba levemente con su sonrisa. Era joven; no debía de tener más de veinticinco años, quizá incluso menos. Tenía un llamativo lunar en la mejilla derecha, entre los huesos maxilares y el labio inferior.

Gunnarstranda permaneció contemplando la foto un rato largo. Luego, con la cabeza ladeada, intentó imaginarse esa misma cara tras muchos años de envejecimiento, con menos fuerza en los músculos de las mejillas, arrugas alrededor de la boca y una zona hundida y sombreada en esa parte indeterminada en que las mejillas se aplanan y separan las aletas nasales de las comisuras de los labios. Trató de imaginársela con los ojos más hundidos, tal vez incluso con los sacos lagrimales propios de la edad avanzada. Aun así, estaba bastante seguro de no haber visto nunca a esa mujer. Por último, metió la punta del bolígrafo por debajo de la foto y le dio la vuelta. En la parte de atrás se leía algo. Tres palabras escritas a lápiz mucho tiempo atrás, en línea recta y con una letra anticuada: «Porque te quiero».

Gunnarstranda se asustó al oír el eco de un portazo en el piso de abajo. Se levantó y se asomó sigilosamente a la escalera. Desde allí distinguió una cabeza conocida. Era Karsten Jespersen, con una carretilla. El hombre, que todavía no se había percatado de la presencia del comisario, empujó la carretilla por el local. Al fondo del todo, en un rincón, dejó la carretilla y se acercó a un armario adornado con muchas entalladuras.

—¡Eh! —gritó Gunnarstranda.

Sobresaltado, Jespersen se dio la vuelta.

—¿Qué hace usted aquí? —dijo el comisario.

—Eso mismo le iba a preguntar yo a usted —respondió Jespersen tan tranquilo—. Esto es propiedad privada.

Gunnarstranda negó con la cabeza.

—¡Largo de aquí! —le ordenó.

—¿Cómo dice?

—Este local está precintado por la policía; lo estamos examinando. Tenemos que reunir pruebas. Así que tendrá que aguantarse. ¿Qué pretende hacer con esa carretilla?

—Coger una cosa —respondió Jespersen en tono insolente.

—¿Qué cosa?

—Eso es asunto mío.

—¿Qué va a coger?

—Algo que me pertenece.

—Oiga —dijo el comisario, todavía enfadado—, no quiero inmiscuirme en su litigio por la herencia. Pero no le quedará más remedio que esperar. —Bajó la escalera con paso decidido—. ¡Lárguese de aquí!

Jespersen no se movió. Una pared llena de objetos antiguos los separaba.

—Venga, váyase —insistió el comisario, impaciente.

Jespersen se aclaró la garganta.

—Este armario me lo dio mi padre —dijo, dubitativo.

—Eso tendrá que aclararlo con otras personas. No toque nada; simplemente, límitese a desaparecer. Usted y los otros herederos serán avisados cuando se les restituyan las cosas.

—Pero qué más dará que...

—¡Largo!

La mandíbula de Jespersen daba respingos incontrolados. Tenía la boca desfigurada.

—A mí no puede tratarme así —dijo dirigiéndose hacia la salida.

—Llévese la carretilla —le ordenó Gunnarstranda.

Fuera había una furgoneta Toyota con el motor en marcha y alguien en su interior. Gunnarstranda se acercó. La robusta mujer que estaba en el asiento del copiloto bajó la ventanilla.

—¡El armario! —le gritó a Jespersen—. ¿Dónde está el armario?

El comisario se inclinó sobre la ventana y le tendió a la mujer una mano enguantada.

—¿Susanne Jespersen?

Ella no le hizo ni caso. Buscaba a su marido con la mirada.

—¿Y el armario? —le preguntó a Karsten cuando este abrió la puerta lateral y metió la carretilla al fondo. A continuación, la mujer prorrumpió en un estallido de ira, pero el portazo que dio Karsten al cerrar impidió que se la oyera. Rápidamente, volvió la cabeza y miró hecha una furia a su marido—. ¿Es que ni siquiera vales para eso?

—¿Le vendría bien pasarse pasado mañana a las once por comisaría para hacer su declaración? —le preguntó Gunnarstranda metiendo baza.

La mujer tenía todo el cuerpo vuelto hacia Jespersen, que se dejó caer en el asiento del conductor.

—¿Y ahora qué? ¿Vamos a irnos con las manos vacías? ¡Di algo de una vez, imbécil!

Jespersen se apoyó en el volante con cara de cabreo. La ignoró y metió la primera.

—¡A las once! —gritó el comisario cuando el vehículo arrancó.

Pero su grito fue acallado por el rugido del motor y por los improperios de la

acompañante del conductor. Gunnarstranda miró al cielo. Estaba nevando. Un copo de nieve cayó sobre el cristal de sus gafas sin derretirse. Miró al suelo. Los copos de nieve se posaban como plumones sobre el asfalto. Era una nieve liviana que desaparecería nada más pisarla, una nieve que decepcionaría a todos los niños que quisieran ir en trineo. Gunnarstranda regresó a paso lento al almacén para esperar allí a los técnicos de la brigada.

Dos horas más tarde, el comisario se reunió con Tove Granaas en el Justisen. La mujer entró por la puerta tintineante, se detuvo y lo buscó con la mirada. Gunnarstranda se levantó de su sitio, en el rincón. Tove respondió a su sonrisa. Llevaba un poncho de lana de color crudo y una gorra de punto del mismo color. Gunnarstranda quiso decirle que estaba guapísima, pero no le salió. A cambio, hizo una seña a la camarera. Él pidió otra cerveza. Ella tomaba café. Durante un rato estuvieron charlando de nimiedades: a modo de introducción, por así decirlo. Tove Granaas nunca se conformaría con hablar sólo del trabajo del día; él lo sabía. Tarde o temprano acabaría sacando el tema de *ella*.

Cuando ya llevaba bastante rato esperando, finalmente surgió la pregunta. Gunnarstranda alzó la vista y contempló la serie de fotos de Hermansen que colgaban de la pared, mientras sopesaba su estado de ánimo. Si esa pregunta se la hubiera formulado cualquier otra persona, habría reaccionado enfadándose y adoptando una actitud de rechazo. Al ver que no se enfadaba, se quedó sorprendido. Alisó un poco el mantel de la mesa y dio el último trago de cerveza, antes de reconocer de mala gana:

—Verás, me resulta difícil hablar de Edel.

Tove Granaas alzó la taza y meneó el culín que le quedaba de café, que a punto estuvo de derramarse por el borde. Luego se reclinó en la silla. Las manos con las que sostenía la taza eran delgadas; llevaba las uñas cortas y sin pintar. No usaba anillos. Un relojito de oro con una pulsera estrecha adornaba su muñeca izquierda. Permaneció mirando un rato el mantel de la mesa y, antes de levantar de nuevo la vista, esperó a tener otra vez contacto visual y preguntó:

—¿Por qué?

Para su sorpresa, Gunnarstranda se oyó responder:

—Es una especie de sentimentalismo difícil de expresar.

—¿Sentimentalismo?

—Ella está muerta, así que lo que ha habido entre nosotros dos... se convierte en algo muy privado. En cierto modo, me parecería una traición a Edel alterar o criticar algo de lo que nos unió.

La mirada de Tove Granaas regresó al mantel.

—¿Quién ha dicho que tengas que alterar algo?

Él sonrió con cautela.

—Tabú es quizá la palabra más adecuada. Es como si fuera un tabú reflexionar

críticamente al respecto o... poner en tela de juicio lo que hemos vivido juntos.

—¿Acaso hablar significa poner en tela de juicio?

Él meditó antes de contestar:

—Para hablar de ella tendría que buscar las palabras, medirlas, porque el mero hecho de hablar de ella tendría un aspecto crítico.

—¿Dónde está el límite? —preguntó Tove con una sonrisa de medio lado—. En algún punto ha de cesar esa vulnerabilidad. Hay algo de tu pasado que te pertenece sólo a ti, ¿no es eso? Pero sin duda hay cosas lo suficientemente personales o intensas como para... ser contempladas críticamente. Al fin y al cabo, estás aquí sentado conmigo —dijo ella.

Él levantó la vista. Ella ya no sonreía, sino que lo miraba directamente a los ojos.

Gunnarstranda carraspeó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que no sales conmigo porque no me quieres conocer, ¿o me equivoco?

Él bajó la mirada.

—Eres muy directa.

—Naturalmente.

Al cabo de un rato, ella rompió el silencio:

—Tú también eres muy directo.

—Pero yo no estoy seguro de por dónde vas a salir.

Tove dejó la taza en la mesa y se inclinó hacia adelante.

—Dices que no quieres traicionar a tu difunta esposa. Traicionar —repitió—. Esas son tus propias palabras. ¿La traicionas si sales conmigo?

—Desde luego que no.

—¿Acaso tu mujer se cierne sobre nosotros? ¿Corres peligro de cometer una traición cuando quedemos la próxima vez?

—No, me estás malinterpretando —dijo él—. Quiero decir que los años... el tiempo que pasé con Edel... los años y las cosas que vivimos juntos, son algo que difícilmente puedo compartir con los demás. Es sólo que tú y yo... —Se interrumpió y esbozó una sonrisa irónica.

—¿Qué pasa?

—Nada de particular, sólo que yo hace mucho que cumplí los cincuenta y... —Meneó la cabeza con pesar.

—Yo también tengo más de cincuenta años y, sin embargo, estamos hablando como si fuéramos dos quinceañeros —repuso ella.

Él asintió.

—Tal vez. ¿Y tu marido? —preguntó después.

—¿Te refieres al marido del que estoy divorciada?

Gunnarstranda hizo un gesto afirmativo.

—Cree que puede alimentarse de los gorjeos de los pájaros y ser feliz.

—¿Ah, sí?

—Está loco —aclaró ella.

Intercambiaron una mirada.

—¿Te he defraudado? —preguntó ella.

—¿Que si me has defraudado?

—Sí, pareces decepcionado.

—No estoy decepcionado —opinó él—. Pero no tienes por qué hablar mal de tu ex marido, al menos conmigo.

Tove Granaas sonrió.

—Torstein y yo somos buenos amigos. Hasta ahora, es el mejor amigo que he tenido y tengo en el mundo. Y lamento mucho que esté loco.

—¿Cómo de loco?

—Es un científico, un matemático. Muy trabajador, incluso demasiado. A lo que yo llamo locura consiste en que, aparte de ocurrencias disparatadas como la de alimentarse de los gorjeos de los pájaros, está intentando desarrollar una teoría sobre los fenómenos extrasensoriales.

—¿Un científico que investiga fenómenos extrasensoriales?

—Como lo oyes; en especial, los fantasmas —dijo ella sonriendo—. Los fantasmas casi siempre están en los cementerios, ¿no? Y salen de noche. Así que durante el día no aparecen. La teoría de Torstein se basa en que la esencia o el espíritu de una persona muerta se desprende del cuerpo y se convierte en fantasma; de ahí que las actividades de los fantasmas tengan lugar sobre todo por la noche, en los cementerios. O en lugares especiales en los que alguien haya muerto de forma trágica. Ahora Torstein consagra todo su talento matemático a la búsqueda de una fórmula: está buscando alrededor de los cementerios las zonas que delimiten el radio de acción de los espíritus, así como los intervalos de tiempo, dentro de las veinticuatro horas, que delimiten la actividad de los duendes. Es decir, busca algo que regule la energía del fantasma. Imagínate que eres un fantasma y que sólo apareces dentro de un perímetro determinado. Aquí aparezco yo, y sólo hasta aquí, no más allá. La teoría de Torstein parte de la base de que los fantasmas sólo aparecen en determinadas zonas y a determinadas horas, con lo que su cometido es hallar esos límites. Y su objetivo es dirigirse a ese límite y volver loco al fantasma, cabrearlo.

Guardó silencio.

—¿Estás de broma?

—No. Torstein ha llenado varios archivadores con sus cálculos.

Gunnarstranda carraspeó y miró perplejo su vaso de cerveza vacío. No sabía qué decir.

Tove Granaas reprimió una sonrisilla.

—El verdadero objetivo de Torstein, con el que justifica sus solicitudes y sus becas, es hallar una fuente de energía; él cree que en esas zonas que delimitan al fantasma tiene que haber campos energéticos, y esa es la energía con la que está obsesionado. En su opinión, si logra desentrañar el misterio de esa energía, resolverá el enigma parapsicológico. —De nuevo guardó silencio. En su mirada había tanta expectación como regocijo—. Después de haber convivido quince años con él, se reconoce su locura. El problema es que, en realidad, tiene plenas facultades para pensar y actuar de una manera normal, pero de repente, sin venir a cuento, te saca a relucir los límites del fantasma.

Gunnarstranda hizo una mueca.

—Creo que te entiendo —dijo—. Creo que te entiendo.

Levantó el brazo para atraer la atención de la camarera.

—La cuenta —pidió.

—No creas que te vas a librar de mí tan fácilmente —dijo ella.

Él la miró.

—Pesquisas y más pesquisas... Espero que al menos saques tiempo para ir al cine. —Se hurgó el bolsillo y extrajo dos entradas.

—Está bien... —dijo él, titubeante, y cogió una de las entradas—. ¿De qué trata?

Ella alzó la vista y respondió risueña:

—De fantasmas.

Una viuda peculiar

A las ocho y media de la mañana siguiente, Frank Frølich llamó al timbre de la casa de Ingrid Jespersen. A través del telefonillo, ella le explicó que todavía no estaba levantada.

—Puedo esperar —dijo Frølich cortésmente.

—En realidad, ya me he levantado —aclaró entonces ella—. Pero todavía voy en bata.

Frølich flexionó un poco las rodillas para hablar por el telefonillo, que estaba más bajo que los botones.

—No importa, —dijo—. Ya espero.

—Pero con el frío que hace... Más vale que me espere dentro —le indicó la mujer.

—Es muy amable —respondió Frølich, que se sentía como Bean, con las rodillas dobladas y hablando con la pared.

—Le dejo la puerta de arriba abierta —dijo ella, y abrió finalmente la de abajo.

Lo hizo esperar diez minutos, durante los cuales Frølich se sentó en la cocina y comprobó que la señora Folke Jespersen, en lo relativo a muebles de cocina, tenía el mismo gusto que Eva-Britt. Las puertas de los armarios, muchas de ellas con cristal, eran de madera auténtica. Cuando la mujer salió del baño, olía intensamente a perfume. Aunque todavía tenía muchas ojeras, ese día parecía menos abatida.

—Es que duermo muy mal —explicó—. No hago más que acordarme de que ha muerto aquí abajo y de que a lo mejor yo estaba despierta mientras se desangraba... —Miró a su alrededor—. Pero no nos quedemos aquí sentados.

Lo condujo a un salón situado en una parte de la vivienda que Frølich no recordaba haber visto la última vez. La mujer recogió un vaso y una botella de vino vacía de la mesa redonda.

—No es que haya empezado a beber —aseguró—. Pero por la noche me pongo tan nerviosa, con este piso tan enorme...

Él asintió.

—Antes de acostarme miro en todos los armarios y debajo de todas las camas. Cierro con llave todas las habitaciones que la tienen. Me aterra que pueda haber alguien.

Frølich asintió otra vez con la cabeza.

—No me atrevo a tomar somníferos, porque tengo miedo de no estar despierta si...

Sonrió como pidiendo disculpas y se acarició el dorso de la mano con dos dedos.

—Si... ¿qué?

Ella se estremeció.

—Si viene alguien.

—¿Quién? —preguntó él.

—¿Mmm?

—¿Quién puede venir?

La mujer se quedó mirando absorta al frente.

Él esperó.

—Estoy pensando en irme a vivir a un hotel —dijo ella finalmente.

Frølich permaneció en silencio.

—Además, tengo tan mala conciencia por estar preocupada por mí misma, habiendo muerto Reidar... ¿Lo entiende?

Frølich asintió con la cabeza.

Ella se inclinó hacia adelante y lo miró fijamente a los ojos.

—Ni siquiera sé si lo atracaron o...

El policía respondió a su mirada y se armó de paciencia.

—No sé si corro peligro —dijo ella. Se estremeció y lo miró de reojo—. Porque fue un robo, ¿no?

Frølich siguió callado.

—¿Quiero saber si corro peligro! —estalló ella de repente.

—¿Tiene miedo de que la atraquen aquí, en casa?

—¿Debería tenerlo? —replicó ella—. ¿Puede usted decírmelo?

Frølich se aclaró la voz y pensó en cómo podría expresarse.

—No tenemos ninguna razón para suponer que las personas del entorno de su marido corran peligro —dijo finalmente—. No obstante, si se siente amenazada...

—¿Pero si no sé nada! —se le escapó a Ingrid—. ¡No me dicen nada!

—¿Se siente amenazada?

Ella miró al suelo en silencio.

Frølich permaneció observándola. El negro le sentaba bien. Además, su vestido tenía por delante una gasa transparente estampada. Debajo de él, la piel blanca resultaba increíblemente sexy. Su silueta era suave y graciosa. «Tiene la misma elegancia que los gatos», pensó, intentando disimular su interés por los encantos femeninos. De todos modos, estaba seguro de que ella no se había dado cuenta; se la veía absorta en sus pensamientos. De pronto, un escalofrío lo recorrió y cruzó los brazos por encima del pecho... como si de repente hubiera vuelto a ser consciente de la presencia de Frølich.

—¿Ha estudiado danza? —preguntó él.

Daba la impresión de que ella no lo había oído.

—Creo que me mudaré —dijo con la mirada ausente—. Sí, en cualquier caso, me mudaré.

Frølich intentó por un momento ponerse en su lugar. Se preguntó si debía repetir

que no había ninguna razón para creer que corriera peligro.

—¿Sabe usted si su marido tenía motivos para sentirse amenazado?

—No —dijo ella escuetamente.

—¿Desea que tomemos medidas especiales para protegerla?

Ella le clavó la mirada.

—Si eso la tranquiliza...

—¿Acaso me encuentra ridícula? —replicó.

—De ningún modo. Es un ofrecimiento. Podríamos buscar la manera de mejorar su situación.

—No —dijo ella—. No necesito protección.

Frølich la observó durante unos segundos, antes de repetir:

—¿De verdad que no es usted bailarina?

—Oh, de eso hace ya muchos años —respondió ella en tono de cansancio—. Pero sí, es cierto; en otro tiempo bailé en el ballet de la Ópera. Luego he impartido clases de danza durante unos cuantos años; tenía un pequeño local en Frognerveien, muy cerca de aquí. Ahora es un restaurante y un café-bar. Siempre voy a almorzar allí... bueno, de vez en cuando. Me resulta curioso estar ahí sentada pensando en cómo cambian las cosas con el paso del tiempo. Antes el local estuvo ocupado por una tienda de ultramarinos. Quizá se acuerde de una cadena llamada IRMA; ellos fueron los que me la tomaron en traspaso. Pero lo de la escuela de danza se acabó; ya no me hacía ilusión, y con la poca cabeza que tengo para las finanzas, forzosamente tenía que acabar así.

—¿Y nunca se ha metido en el negocio de las antigüedades?

—No, no. —Sonrió levemente—. Yo soy una ama de casa a la antigua: aburrída.

—No diga eso —dijo Frølich, y se pilló a sí mismo planeando una estrategia de ligue.

Su mirada fue a parar a la costura de una media y subió por la pierna. El vestido le ajustaba mucho por encima de sus blandas caderas. Frølich carraspeó e hizo grandes esfuerzos para preguntar:

—¿Por qué su marido se interesaba tanto por las antigüedades?

—Siempre ha tenido esa afición —dijo ella—. Tenía mucha sensibilidad para las formas, para la estética; eso fue lo que nos unió. Mi hermana trabajaba en los años setenta en el ayuntamiento, como secretaria de la sala de subastas de prendas empeñadas de Oslo, abajo, en la Brugata, ¿sabe?, donde las mujeres finas pueden empeñar su alianza cuando necesitan con urgencia un trago de aguardiente... —Levantó los brazos—. Quizá suene increíble, pero allí fue donde nos conocimos.

—¿A través de un embargo?

—No, a través de mi hermana. Reidar compraba cosas empeñadas que no habían sido recogidas. Como sabrá, cuando se empeña algo, hay que desempeñarlo y

recogerlo dentro de un plazo determinado; de lo contrario, sale a subasta. Reidar compraba relojes y joyas antiguos, violines y qué sé yo la de cosas. Una vez nos invitó a mi hermana y a mí a una tertulia... bueno, en realidad, la invitó a ella, pero Ragnhild, mi hermana, estaba asustada: al fin y al cabo, Reidar era viudo, y mucho mayor. Así que yo fui de carabina, y como me interesa un poco el diseño y esas cosas... pues, en fin, lo uno llevó a lo otro.

Frølich aprovechó la oportunidad para inclinarse hacia adelante y sacar su bloc de notas. Ahora parecía que la viuda estaba dispuesta a contestar.

—Así que fueron las antigüedades lo que los unió.

—Yo siempre digo que fue la forma, o el diseño... La palabra antigüedades suena tan rancia... Además, ha de saber que, para Reidar, las antigüedades eran una cuestión de buen gusto.

Frølich asintió con la cabeza y mordió el capuchón del bolígrafo antes de decir:

—¿De manera que no se dedicaba al mercado de ocasión, como suele decirse?

—Menos mal que Reidar no puede oírlo —dijo, cansada—. Mercado de ocasión: odiaba esa expresión. No, las cosas de las que nos rodeamos expresan quiénes somos —explicó ella con objetividad.

Frølich volvió a asentir.

—Ese es el problema que tenemos los noruegos —continuó ella, exaltándose de repente—. No sabemos regodearnos con la belleza. ¡Mire lo aburridas que son nuestras iglesias! Bueno, vale, ya sé que tiene que ver con la Reforma y el protestantismo. Se supone que el oro y el fasto desvían la atención del verdadero mensaje, ¿no es así? Pero yo creo que, si en este país hubiera catedrales, sin duda tendríamos una relación más sana con la religión. Lo que a uno le gusta, de lo que se rodea, dice tanto acerca de la propia persona... —añadió.

Frølich se aclaró la voz y meneó el bolígrafo para disimular su escaso interés por las catedrales y para abordar el asunto.

—La noche previa al asesinato, usted estuvo cenando aquí.

Ingrid Jespersen asintió sin decir palabra.

—También estaban Karsten y Susanne Jespersen con los nietos. ¿Y ustedes dos?

—Le parecerá que hablo demasiado —respondió ella—, pero para entender a mi marido hay que conocer su relación con la estética.

Frølich respiró profundamente.

—Igualmente importante es para nosotros saber qué pasó en los últimos días. ¿Puede contarme cómo transcurrió ese viernes?

—Reidar se levantó temprano —empezó ella, y el recuerdo la hizo callarse de nuevo.

—¿Cuándo? —preguntó Frølich para animarla a seguir hablando.

Ella se sobresaltó.

—Hacia las siete y media, creo. Se fue al trabajo antes de que yo me levantara. Después, no supe nada de él hasta las siete o siete y media de la noche... cuando llegó a casa, donde lo estábamos esperando para cenar.

—¿Y usted estuvo todo el día en casa?

—No, llegué hacia las dos o dos y media. Fui de compras a la ciudad.

—¿De compras?

Ella asintió con la cabeza y repitió:

—De compras.

Frølich la observó un rato, pero ella no hacía amago de especificar qué clase de recados había hecho. Él alzó la vista.

—¿Simplemente de compras? ¿No pensaba hacer nada especial?

Ella respondió a su mirada.

—Sí, claro, pero ¿a quién le interesa eso?

Él se encogió de hombros.

—Estuve, por ejemplo, en el Glasmagasinet.

Guardó silencio; parecía que no quería seguir hablando de eso.

—¿Y a qué hora se fue de compras? —preguntó él.

—Aproximadamente a las once y media.

—Y antes... ¿qué hizo hasta las once y media?

—Me duché, leí el periódico... y hacia las diez, quizá a las diez y diez, bajé a la tienda para estar con Karsten. Abre a las diez, y a menudo solemos tomar una taza de café juntos.

—¿Usted y Karsten Jespersen?

—Sí, cuando no hay mucha clientela. El viernes no vino nadie, de modo que tomamos café y estuvimos un rato charlando. —Afiló los labios, como reflexionando—. Unos tres cuartos de hora. Tenía consigo a Erich. Creo que la guardería estaba cerrada. Erich estuvo correteando por toda la tienda y pintando. Luego volví a subir, cogí la chaqueta y entre las once y las once y media salí...

Frank Frølich pensó si debería preguntarle de qué hablaron, pero lo dejó estar y, en su lugar, le preguntó:

—¿Encontró algo?

—¿A qué se refiere?

—¿Encontró lo que buscaba en la ciudad?

—Ah, sí.

Frølich esperó una continuación que no se produjo.

—Y en el transcurso del día, ¿supo algo de su marido? —preguntó.

—Me llamó.

—¿Aquí?

—¿Mmm?

—¿Llamó aquí?

—Naturalmente —respondió ella, confundida—. ¿Dónde, sino?

—En fin... —El policía la examinó—. Podría haber llamado mientras usted estaba de compras —sugirió—. Por el móvil.

—Llamó aquí.

—¿Cuándo? —indagó Frølich.

—Por la tarde, hacia las tres. Normalmente llega a casa hacia las cuatro. Y habíamos invitado a Karsten y a Susanne. Pero poco antes de las tres llamó para decir que se iba a retrasar, que vendría hacia las siete.

—¿Dijo por qué?

—No.

—¿No se le hizo raro?

—¿A qué se refiere?

—Pues si era extraño que llegara tarde, y si era normal que no contara por qué se retrasaba.

—Bueno, yo sabía que era algo relacionado con el negocio; quería ver a una serie de personas, y posiblemente hablaría con sus hermanos, Arvid y Emmanuel. Arvid vive en Uranienborg, y Emmanuel, a las afueras, en Biærum. ¡Buf! —suspiró, pesarosa—. Me aterra hablar con Arvid y Emmanuel. Los dos han llamado ya, pero no tengo ganas de coger el teléfono.

—¿Recuerda exactamente a qué hora llegó su marido a casa?

—A las siete y cuarto. Miré el reloj porque a las siete menos diez vino Jonny Stokmo. Quizá no sepa quién es. Pues bien, Jonny trabaja con Reidar, pero no quiso entrar y esperarlo aquí. Los demás ya estábamos sentados a la mesa, y yo miraba de vez en cuando a la calle para ver si venía Reidar, y una de las veces vi que Jonny aún seguía ahí. La verdad es que me preocupé un poco porque hacía mucho frío, estábamos casi a veinte bajo cero.

—¿Los dos han trabajado juntos?

—Jonny es Jonny. —Ingrid Jespersen sonrió—. Jonny es... en fin. ¿No quería saber cómo empezó Reidar con las antigüedades? Creo que él y el padre de Jonny empezaron juntos, hace siglos. —Asintió al ver la mirada interrogativa de Frølich—. El padre de Jonny trabajó con Reidar, pero yo entonces todavía no conocía a Reidar. Nunca he conocido al padre de Jonny; murió antes de que nos casáramos.

Frank Frølich escribió algo en su cuaderno y luego miró a la viuda.

—¿Y qué quería Jonny?

—Ni idea. Lo invité a pasar, pero debió de parecerle que había demasiada gente... ya sabe, Karsten, Susanne y los pequeños. En cualquier caso, dijo que no tenía tiempo. Luego, sin embargo, se quedó esperando fuera, delante de la casa.

—¿Y qué pasó cuando llegó su marido?

—Supongo que hablarían.

Frølich asintió con la cabeza.

—¿Qué clase de relación tenía su marido con Jonny Stokmo? —preguntó finalmente.

—Bueno... —Ingrid Jespersen se quedó pensando, pero luego se encogió de hombros.

—Se lo pregunto porque he oído que Jonny Stokmo fue despedido —dijo el policía, mirándola directamente a los ojos, y luego añadió—: Por iniciativa de su marido.

Ingrid Jespersen frunció el entrecejo, con cara de no comprender.

—¿Lo puso de patitas en la calle? ¿Está seguro? No... —Meneó la cabeza a un lado y a otro—. Me cuesta trabajo imaginármelo. Además, ¿por qué iba a ocultarme Reidar que había tenido un problema con Jonny?

Frølich se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Bueno —continuó, mirando sus anotaciones—, así que su marido llegó a casa poco antes de las siete y media. ¿Qué pasó luego?

—Nos pusimos a cenar.

—¿Qué cenaron?

—Filete de reno.

—¿Qué ambiente reinaba?

—¿A qué se refiere con «ambiente»?

—A si estuvieron a gusto o si había un poco de tensión.

Ingrid Jespersen reflexionó unos segundos.

—Completamente normal —afirmó por último—. La mayor parte de la atención recayó, como es natural, en los nietos de Reidar. Fue la típica cena familiar.

—¿Alguien mencionó a Jonny Stokmo?

Ella lo pensó.

—No, creo que no. Bueno, le dije a Reidar que había venido, nada más. Pero eso fue antes de la cena.

—¿Se habló de otras cosas que tuvieran que ver con la tienda?

—Reidar y Karsten sostuvieron la típica conversación entre hombres después de cenar, los dos solos.

—¿Solos?

—Sí, Susanne me ayudó a recoger la mesa y a poner el lavaplatos, mientras los niños correteaban y los dos hombres se tomaban un coñac. Supongo que hablarían de dinero o de política; al menos, es de lo que hablan normalmente.

—Así que reinaba un ambiente relativamente relajado, ¿no?

Ella asintió, pensativa.

—Una vez sonó el teléfono, quizá varias veces. Y después de esa conversación,

Reidar parecía muy enfadado.

—¿Oyó de qué hablaban?

Ella negó lentamente con la cabeza.

—¿A qué hora fue eso?

—Hacia las diez y media, más o menos. Karsten y Susanne estaban a punto de marcharse a casa... sí, tuvo que ser hacia las diez y media. El pequeño se quedó dormido, y Erich estaba muy cansado; normalmente se acuesta a las nueve.

—¿Se marcharon a las diez y media?

Ingrid asintió.

—Quizá más bien hacia las once; no miré la hora, pero luego me senté un rato en el cuarto de estar y estuve viendo las noticias de última hora. A las once estaba viendo las noticias.

—¿Y su marido?

—Tal vez llamara por teléfono, ni idea.

—¿No tiene ni idea de lo que hizo?

—No.

—¿Bajó a la tienda?

—No, se quedó leyendo o haciendo algo parecido. Después de ver las noticias, me metí en el baño y aún lo oí trastear. Y luego me fui a la cama y cruzamos un par de palabras.

—¿Siempre se acostaba después que usted?

—No, en realidad, no; de eso fue de lo que hablamos. Le pregunté si no quería meterse en la cama.

Ingrid enmudeció.

Frølich esperó. Se notaba que ahora a ella le resultaba más difícil hablar. De repente, un pitido electrónico interrumpió el silencio. Era su móvil. Frølich sonrió como disculpándose a la mujer que tenía enfrente y rebuscó el teléfono. Ingrid Jespersen se secó con un dedo una lágrima que le asomaba por el ojo. El policía miró la pantallita. Era un mensaje corto de Eva-Britt: «¿Podrías comprar un poco de pescado al venir para casa?». Notó que la rabia se apoderaba de él. Lo que peor le sentó fue eso de «al venir para casa». Apagó el móvil y lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Cuando alzó la vista, Ingrid Jespersen se había levantado.

—Perdone —dijo, y salió por la puerta.

Frank pudo oír cómo cortaba papel de un rollo de cocina. Luego la oyó sonarse. Al poco rato, ella regresó con un papel arrugado en la mano. Volvió a sentarse y esbozó una sonrisa forzada. Tenía los ojos húmedos y enrojecidos.

—Me dijo que iba a quedarse un rato a leer —dijo, luchando con las lágrimas. Una gota se abrió paso hasta la punta de su nariz. Se la limpió.

—¿Y usted se quedó dormida?

Ella asintió.

—Me había tomado un somnífero.

—¿Porqué?

—No podía tranquilizarme; así que me tomé la pastilla para poder dormir.

—Pero más avanzada la noche se despertó de nuevo, ¿no?

Ingrid Jespersen permaneció con la mirada ausente.

—¿Se despertó de nuevo? —repitió Frølich.

—A veces me parece como un sueño —dijo ella, limpiándose otra vez las gotas que le resbalaban por la nariz—. Ahora me parece como un sueño.

—¿Qué es lo que le parece como un sueño?

—Que me despertara.

—Esa noche llamó a Karsten Jespersen a las dos y media —replicó Frølich con paciencia.

—Creí que había alguien en la habitación.

Frølich enarcó las cejas.

—¿Sabe que el suelo estaba mojado?

—¿Mojado?

—Sí, había un charquito, como cuando alguien entra de la calle sin quitarse los zapatos, y entonces se desprende la nieve de las muescas de las suelas. Había restos de nieve con un dibujo en zigzag de una suela gorda.

Frank Frølich la contempló concentradamente. Se hizo el silencio. La mujer, que estaba sentada muy erguida frente a él, miraba fijamente un punto indeterminado del suelo. Lo más probable era que estuviera repasando mentalmente las imágenes. De repente, se sonó otra vez la nariz.

—Tenía muchísimo miedo —dijo—. En mi vida había pasado tanto miedo. Estaba completamente segura de que había alguien en la oscuridad, mirándome. No me atrevía ni siquiera a mover un músculo.

De nuevo, los envolvió el silencio.

Frank Frølich examinó su propio calzado de invierno. La nieve, que normalmente se quedaba adherida a los cordones, se había derretido, y en las puntas de los cordones se acumulaban unas gotas que no acababan de desprenderse ni de caer al suelo.

—¿Y había alguien? —preguntó como quien no quiere la cosa.

Ella negó con la cabeza.

—¿Por qué cree que estaba el suelo mojado?

—Reidar... —empezó a decir ella, pero inmediatamente se interrumpió y luchó contra las lágrimas.

—¿Estaba su marido mirando cómo dormía? —preguntó Frølich.

—Eso suena tan espantoso cuando usted lo dice... Pero no podía ser nadie más —

dijo ella—. Había un silencio sepulcral.

—¿Y está segura de que en el suelo había nieve y agua? ¿No lo habrá soñado?

—Desde luego, cuando lo limpié no estaba soñando.

—¿Lo limpió? ¿Cuándo?

—Cuando me levanté.

—¿Y a qué hora fue eso?

—Tuvo que ser sobre las dos y media pasadas. —Se sonó con el papel—. Estaba tan cansada... Quizá mezclé las cosas por el somnífero. Pero estaba aterrorizada y no podía volver a dormirme; tenía que saber si había alguien en la habitación, así que encendí la luz...

—Ajá...

—Sí, llevaba ya un rato tumbada despierta, y con la luz encendida no me sentía tan mal.

—¿Qué luz encendió?

—La lámpara de la mesilla; se la puedo enseñar, venga.

Se levantó y Frølich la siguió. Aún desprendía un fuerte olor a perfume. Él no podía apartar la vista de sus blandas caderas, y de nuevo le sorprendieron sus graciosos andares.

—¿Dormían en la misma habitación? —preguntó, algo cohibido.

—En la misma cama; siempre lo hemos hecho.

Al llegar a la puerta del dormitorio, ella se detuvo bruscamente y tropezaron. Frølich notó el roce hasta lo más hondo del estómago; ella, en cambio, apenas parecía haberse dado cuenta.

Su proximidad hizo que Frølich empezara a sudar. Sonrió como disculpándose y avanzó un paso para abarcar el dormitorio con la vista. Al lado del sillón, junto a la ventana, había una frondosa planta verde en un macetero. A través de los visillos blancos se colaba una luz difusa. Las paredes estaban pintadas de verde, y un cuadro de colores intensos decoraba la cabecera de la cama. Frølich no era capaz de reconocer el motivo del cuadro, pero le gustaba. Se sintió como un *voyeur* al contemplar la pintura y una estantería alta y estrecha llena de libros de bolsillo y revistas, sobre todo porque inmediatamente se imaginó en qué postura leería ella, qué camión llevaría, de qué tejido, de qué color...

—Ahí está —dijo ella, devolviéndolo a la realidad.

A cada lado de la cama de matrimonio había una mesilla de madera, y sobre las mesillas, una lámpara panzuda de pantalla ancha. Ella rodeó la cama y encendió una de las lámparas. Luego se quedó allí de pie, sin saber qué hacer.

—¿Y los rastros de nieve?

—Aquí —dijo ella, dio dos pasos al frente y señaló el suelo—. Aquí... y aquí.

Frølich se rascó la punta de la nariz con el bolígrafo.

—¿Ha limpiado después el suelo?

—Naturalmente —respondió ella mirándolo con gesto interrogativo.

—Sólo estoy pensando si deberíamos solicitar la toma de las huellas.

—Por Dios... no me precinte el dormitorio —susurró la mujer asustada.

—Dice que pasó miedo. Como ya le he dicho antes, no tenemos ninguna razón para creer que usted o los demás corran peligro. Suponemos que el asesino de su marido tenía un móvil personal. Pero si está inquieta, podríamos tomar medidas y...

—No —lo interrumpió ella—. Ni hablar. Yo quiero vivir aquí. Esta es mi casa.

—Desde luego —asintió Frølich—. Sólo quería complacerla...

—No —dijo ella negando con la cabeza.

—¿Qué pensó cuando se despertó y vio que su marido no estaba a su lado?

—Pensé que el que había entrado en la habitación tenía que ser Reidar, que a lo mejor se había dado un paseo por la noche y quería coger algo del dormitorio, papeles o... —Rodeó la cama a paso lento—. Mire, esto también estaba mojado.

Volvieron al tresillo del salón.

—¿Y luego? —preguntó Frølich—. ¿Qué pasó después?

—Me levanté, fui al cuarto de estar y luego recorrí toda la casa buscando a Reidar. Pero no estaba por ninguna parte.

—¿Qué pensó entonces?

—No sé lo que pensé; tenía un miedo horrible. Así que llamé a Karsten —añadió.

—¿Por qué lo hizo?

—Quería pedirle que viniera. Tenía miedo de que le hubiera pasado algo a mi marido.

Frølich guardó silencio.

—No se oía ningún ruido en toda la casa.

El policía asintió con la cabeza. Se miró el pie y puso el tacón sobre la misma mancha húmeda que había dejado antes, al tiempo que observaba cómo se formaba otra gota redonda en la punta del cordón empapado.

—Así que lo llamó por teléfono, ¿no?

—Sí, lo dejé sonar mucho rato hasta que por fin lo cogió Susanne... —Ingrid Jespersen hizo una mueca—. Debió de pensar que estaba loca...

—¿Qué le dijo usted?

—Pregunté por Karsten.

—¿Y qué le respondió ella?

—Que no estaba en casa.

—¿Cómo interpretó usted esa respuesta?

—Me enfadé conmigo misma. Debería haberlo pensado dos veces antes de llamar. Ni siquiera pensé que era tan tarde cuando llamé. Entiéndalo, Susanne es muy suya. A veces me parece que está celosa. Creo... —Se detuvo.

—¿Sí? —Frølichladeó la cabeza con gesto de paciencia.

—Sé que puede resultar extraño, pero creo que Susanne tiene miedo de que Karsten y yo...

—De modo que usted interpretó que la mujer no quiso despertar a su marido por miedo a sus posibles intenciones.

—Ya sé que suena disparatado.

—¿Tiene motivos para estar celosa?

—¿Qué quiere decir con eso?

—Que si tiene motivos para estar celosa —repitió Frølich en el mismo tono.

—Desde luego que no. Susanne es una mujer caprichosa; no sé expresarlo de otra manera.

Frølich notó que ya no sudaba. No obstante, tenía que esforzarse por mirar a Ingrid Jespersen a los ojos, en lugar de observar disimuladamente sus redondos pechos o sus caderas. A decir verdad, entendía bien a la tal Susanne.

—¿Qué más pasó? —preguntó.

—Le dije que estaba preocupada por Reidar y le pedí que le dijera a Karsten que me llamara al llegar a casa.

—¿Y luego?

—Me volví a acostar.

—Pero recorrió la casa.

—Claro, quería saber dónde estaba Reidar...

—¿Vio en alguna otra parte rastros de nieve?

—En el descansillo, fuera.

—¿Pero no en el piso?

—No.

—¿Así que la persona en cuestión entró directamente desde el descansillo al dormitorio?

—Pensé que Reidar había entrado a verme o a coger algo del armario.

—Cuando vio que estaba sola en la casa, ¿no se le ocurrió pensar que él podría estar abajo, en la tienda?

—Sí, claro. No podía dormirme, y me vinieron a la cabeza cientos de ideas; traté de imaginarme lo que podría significar la nieve del suelo... Estuve desvelada hasta que empecé a oír el ruido del tráfico de la mañana.

—¿Por qué no bajó a echar un vistazo?

—Sencillamente, no me atreví. Tenía tanto miedo... Cuando la policía llamó al timbre, pensé que era Reidar.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo; se cruzó de brazos.

—¿Oyó algo extraño?

—¿A qué se refiere?

Frølich observó sin decir una palabra a Ingrid, que carraspeó con la mirada velada.

—¿Oyó algo en el transcurso de la noche? —repitió el policía—. Ruidos, alguien en la escalera...

—¿En la escalera?

—Ruidos —dijo Frølich, impaciente—. Pasos, portazos, cualquier cosa.

—No creo.

—¿No cree?

El policía la miró directamente a los ojos. Tenía el iris tan verde que recordaba a una piedra preciosa colocada en una vitrina sobre terciopelo blanco.

—No —dijo ella con decisión—. Nada.

—¿Mmm?

—Estoy segura de que no oí nada.

—Sin embargo, ha tenido que pensarlo.

—¿No me cree? —dijo, enfadada.

—Por Dios. Lo único que pasa es que tenemos que averiguar todos los detalles, y puede ocurrir que usted considere insignificantes algunas cosas que para nosotros podrían ser de suma importancia. Y cuando le he preguntado...

—No oí ningún ruido —lo interrumpió ella violentamente.

—De acuerdo.

Se quedaron mirándose el uno al otro.

Frølich anotó: «La testigo reacciona eludiendo la pregunta de si oyó ruidos».

—De modo que es muy probable que el asesino matara a su marido antes de que usted se despertara, ¿no?

Ingrid volvió a temblar ligeramente.

—¿Cómo voy a saberlo? —exclamó.

—Si no oyó ningún ruido...

—¡Estaba medio en coma, aturdida por los efectos del somnífero! Podrían haber pasado un montón de cosas sin que yo me diera cuenta.

—Vale —asintió él—. Aún tengo otra pregunta que hacerle —murmuró con el bolígrafo entre los dientes—. Dice que sólo podía ser su marido el que estaba en el dormitorio. ¿Acaso estaban todas las puertas cerradas cuando se despertó?

Ingrid Jespersen se levantó de un salto.

—Como ya le he dicho, ahora todo me parece una pesadilla; simplemente no lo sé. Es posible que la puerta del dormitorio estuviera abierta, pero...

Dio unos cuantos pasos de acá para allá y volvió a sentarse. Frank Frølich disfrutó de la visión con los ojos entornados.

—Pero cuando se levantó con tanto miedo, ¿no examinó la puerta de la calle?

—Creo que sí, no estoy segura.

—¿Estaba cerrada?

—No lo sé. Sí, claro que estaba cerrada. Tengo tal lío...

—Así pues, en caso de que hubiera habido alguien en la casa, hacía rato que había vuelto a marcharse, ¿no?

Ella lo miró con recelo.

—¿Qué quiere decir?

—Puesto que usted no oyó nada, la persona que dejó el rastro de nieve en el suelo tuvo que haberse marchado antes de que usted se despertara, ¿no?

Ella volvió a mirarlo con ojos turbios.

—Naturalmente; es que no había entendido lo que quería decir.

Frølich la observó de nuevo. «¿Estará mintiendo?», pensó. En cualquier caso, había algo que la atormentaba. La conversación no acababa de transcurrir con fluidez.

—¿Echa algo de menos? —le preguntó—. ¿Han robado algo?

—No. Esa es otra de las razones por las que creo que era Reidar el que me miraba en el dormitorio.

—¿Gozaba su marido de buena salud? —preguntó el policía.

Ella respiró profundamente.

—Muchos quisieran tener su salud...

—¿De manera que no tenía ninguna clase de molestias?

—¿A qué se refiere?

—¿No se quejaba de dolor de espalda o de riñones o algo parecido?

—No.

Frølich asintió para sus adentros.

—¿Le dice algo el número ciento noventa y cinco?

Había guardado la pregunta para el final; no sabía bien cómo planteársela. Aunque ahora se sentía satisfecho con la formulación, la pregunta no provocó ninguna reacción especial. Ella se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—¿Nada?

—Nada.

—¿No tiene algo que ver con su marido... ciento noventa y cinco?

—Lo siento —dijo ella—. No tengo ni idea.

—Ahí dentro... —Frølich señaló el dormitorio—, ¿limpió usted misma el suelo del dormitorio?

—Sí...

Frølich reflexionó.

—Podríamos examinarlo...

Ingrid Jespersen suspiró con pesar.

—Ya veremos —murmuró él, y se levantó—. A lo mejor no es necesario.

Llaves extraviadas

—Puedes estar tranquilo —dijo Gunnarstranda—. Vigilaremos a Ingrid Jespersen. Durante las veinticuatro horas del día. —Bostezó—. Que eso tenga o no sentido es otra cuestión. Más me interesa tener una lista de todas las cosas registradas en la tienda y que luego la repase Karsten Jespersen —continuó, y añadió—: Para ver si han robado algo. —Gunnarstranda se estiró y volvió a bostezar—. Pero no ha podido ser un atraco. Eso queda completamente descartado. El único ladrón con el que nos hemos topado hasta ahora es Karsten Jespersen. Aunque se trata más bien del clásico litigio por la herencia.

El comisario de la brigada de investigación criminal se levantó, fue hacia el escritorio, abrió el cajón de arriba y sacó los dardos.

—¿A quién quieres? —preguntó Frølich revolviendo los recortes de periódico que se acumulaban sobre su escritorio.

—¿Qué hay para elegir?

Frølich examinó los recortes.

—El fiscal general, el ministro de Justicia, Pamela Anderson y diversas eminencias culturales.

—¿Ninguna supermodelo que haga de demonio en una película de fantasmas?

—No, ¿porqué?

—Ayer vi una película de esas —dijo Gunnarstranda, y luego prosiguió—: ¿Qué eminencias culturales?

Frølich meneó la cabeza.

—Seguro que no las conoces; salen los sábados por la noche en la televisión, montando shows.

—Una de estas —dijo Gunnarstranda, cogió un recorte del periódico y lo clavó en el tablón de corcho. Luego retrocedió cinco pasos—. La nariz —dijo.

Lanzó un dardo y le dio a la supuesta estrella en mitad del ojo.

—Bien —dijo Frølich.

—La nariz —repitió Gunnarstranda, lanzó... y esta vez le dio en la barbilla.

Frølich hizo un gesto de aprobación.

—¿Qué nos parece la historia de Ingrid Jespersen, lo del intruso en el dormitorio, las huellas de nieve derritiéndose en el suelo, etcétera? —preguntó.

—Puede ser cierta —dijo Gunnarstranda, e hizo puntería.

—¿Cómo puede ser cierta si no era el viejo?

—Las llaves.

—¿Qué llaves?

—La nariz.

El dardo fue a parar fuera del papel, y Gunnarstranda hizo una mueca de

contrariedad. Luego dijo:

—No había ninguna llave.

—¿Dónde?

—Ni en los bolsillos del muerto ni en la tienda. No había llaves. —Se volvió hacia Frølich—. Si el viejo entró en la tienda, tuvo que abrirla, ¿no? Y probablemente también se hubiera llevado la llave del piso para volver después a casa. Si no encontramos las llaves, es porque debió de encontrarlas el asesino; de ahí que ese mismo asesino pudiera entrar tranquilamente en casa de Reidar Folke Jespersen. —Arrojó el último dardo y alcanzó a la risueña estrella en plena boca—. ¿Y por qué habría de robar el asesino el manojito de llaves del muerto si no quería utilizarlo? En cualquier caso, el hecho de que falten las llaves es una razón más que suficiente para vigilar a Ingrid Jespersen.

—Pero ¿no crees que fue Jespersen el que dejó la nieve en el suelo?

—Sí. Sus zapatos eran de suela gorda. No obstante, lo de las llaves es un tanto misterioso.

Gunnarstranda se acercó al tablón de corcho y arrancó los dardos, retrocedió cinco pasos y apuntó de nuevo.

—El ojo derecho.

Dio al lado. Luego dijo:

—Ingrid Jespersen afirma que se acostó entre las once y las once y media. Entonces Reidar Folke Jespersen todavía estaba en casa. Ella durmió hasta aproximadamente las dos y media y se despertó porque supuestamente había un intruso en el dormitorio...

—No. —Frølich meneó la cabeza—. Cuando se despertó estaba sola, pero creyó que su marido había estado hacía poco en la habitación. La explicación más probable es que esa noche él salió un momento a la calle. Cuando volvió a casa, cayó en la cuenta de que tenía que bajar a la tienda. Tal vez quiso coger algo del dormitorio, las llaves de la tienda probablemente, y entonces fue cuando entró en el dormitorio y se le desprendió un poco de nieve de los zapatos. Sin embargo, no sé por qué, pero tengo la sensación de que ella oculta algo. Ha reaccionado de una manera muy extraña cuando he intentado sonsacárselo. Pero ¿qué es lo que oculta? Ni idea. En cualquier caso, ella afirma que aproximadamente desde las dos y media hasta las siete de la mañana estuvo acostada y despierta sin oír un solo ruido. Según Schwenke, Jespersen tuvo que ser asesinado entre las once y las tres de la madrugada. Si fue Jespersen el que dejó la nieve en el dormitorio, puede que la despertaran los ruidos del asesinato. Y eso encajaría con el esquema de Schwenke.

Gunnarstranda hizo puntería.

—A propósito de llaves —dijo Frølich—. Karsten Jespersen nos ha abierto la casa.

Gunnarstranda lanzó el dardo, pero no dio en el ojo.

—Tenemos que preguntarle si son sus propias llaves.

—Pero un poco raro sí que es, ¿no? —opinó Frølich—. ¿Cómo es que Karsten Jespersen tiene llaves de esa casa?

—No es raro que el chico tenga las llaves. Al fin y al cabo, el asesinado es su padre. ¿Tú no tienes llave de la casa de tu madre?

—Sí. Pero mi madre vive sola, mientras que el padre de Karsten Jespersen había vuelto a casarse.

Se miraron el uno al otro.

—Bueno, supongo que eso no significa nada —concluyó Frølich, y añadió—: La mujer de Karsten Jespersen, al parecer, le dijo a Ingrid que esa noche su marido no estaba en casa.

—De todos modos, tenemos que preguntárselo —dijo Gunnarstranda, se acercó al tablón y sacó otra vez los dardos—. Aunque Karsten Jespersen estuviera acostado en su casa, durmiendo, no se pierde nada por volver a preguntar.

La última voluntad

El comisario de la brigada de investigación criminal fue invitado a entrar en el despacho del abogado Movinckel por una mujer joven. Una vez dentro, lo recibió una mujer más joven todavía. Cuando se puso de pie, resultó que era algo más bajita que él. Llevaba el pelo corto, y su cara redonda no presentaba ni una sola arruga. Con la piel blanca y las mejillas sonrosadas, recordaba a la típica campesina. Al sonreír, dejaba al descubierto una fila de dientes blancos dominados por dos grandes incisivos. Llevaba unos pantalones oscuros y una chaqueta de punto amarilla.

—Parece sorprendido —señaló ella.

—Y usted parece joven —dijo Gunnarstranda, mirando a su alrededor.

La habitación sólo recordaba remotamente a un despacho de abogado. Unas frondosas hiedras y distintas variedades de ficus adornaban la sala. De las paredes colgaban unos grabados de color pastel: Ferdinand Finne en la Galería F15 y Cari Larsson.

—No imaginaba que un hombre mayor escogiera a una joven abogada, ¿verdad? Pues tiene razón —dijo ella—. No lo hizo. En su día, Reidar Folke Jespersen escogió a mi padre. Cuando yo me hice cargo del bufete, Folke Jespersen fue uno de los clientes que tuvo el valor de seguir siéndolo. —Indicó con la mano una silla al otro lado del escritorio—. ¿Qué puedo hacer por usted?

Gunnarstranda se sentó y cruzó las piernas.

—Quisiera saber si Reidar Folke Jespersen ha dejado testamento.

Ella bajó la mirada.

—No —respondió finalmente.

—¿Tiene dudas?

De nuevo, sus incisivos lanzaron un destello. Gunnarstranda pensó que su cara parecía recortada de una calabaza; rebosaba salud. Sin duda, debía de ser una de esas personas que no se sienten a gusto hasta después de hacer *footing* por la mañana.

—¿Tiene dudas? —repitió.

—Sí —dijo ella con su sonrisa de calabaza—. Había un testamento hasta la víspera de su muerte.

Gunnarstranda respiró sonoramente y luego estiró las piernas.

—Puedo comprender que lo asombre —dijo ella, pensativa, y otra vez bajó la mirada—. Es un asunto bastante delicado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el policía, impaciente.

—Llamó aquí por la tarde, el viernes día 13, diciendo que quería anular el testamento.

—¿Llamó por teléfono? —preguntó Gunnarstranda extrañado.

—Sí —dijo ella—. Por eso es tan delicado el asunto. Posiblemente haya que

recurrir al tribunal testamentario.

—¿Le cabe alguna duda de si fue él quien llamó?

—En absoluto: era él. Pero en tales casos suele haber distintas opiniones.

—¿Cuándo llamó?

—A última hora de la tarde, poco antes de las cinco, creo.

—¿Y qué le contestó usted?

—Lo que le he dicho: que no habría ningún problema, pero que, desde el punto de vista formal, tendría que pasarse por aquí personalmente.

—¿Qué respondió él?

—Dijo que no tenía tiempo.

—¿Que no tenía tiempo?

—Sí.

—¿Cómo lo interpretó usted?

—Creo que estaba muy enfermo.

Gunnarstranda ladeó la cabeza y permaneció a la espera.

—Creo que no le quedaba mucho tiempo de vida —continuó ella.

—¿Le mencionó alguna vez una enfermedad?

Ella sonrió levemente, como si recordara algo divertido.

—Nunca. Pero una vez, a finales del otoño, en octubre o noviembre, me lo encontré en la Bygdøy Allé. Al verlo me pareció... pues eso... enfermo y muy mayor. Sostenía una hoja de un árbol en la mano; debía de ser de un arce o un castaño.

—¿Era como una mano grande con dedos?

—Sí, exactamente.

—Entonces era un castaño de Indias.

—Bueno, el caso es que se quedó de pie frente a mí sin saludarme; estaba muy nervioso, casi como un muchacho. «Mire», me dijo, «¿ha visto alguna vez una hoja tan grande?». Me detuve a mirarlo, sin saber qué responder. Me parecía una hoja de lo más corriente, bastante grande y teñida de amarillo. «Qué hoja más bonita», dije. Se le puso una cara radiante de alegría, como si fuera un niño pequeño. «¿Verdad que sí? Tengo que ir a casa para enseñársela a Ingrid», me dijo, y luego siguió caminando por la calle hacia su casa.

Gunnarstranda permaneció un rato en silencio y con el ceño fruncido.

—¿Y ese episodio la hizo pensar que podía estar enfermo?

Ella asintió, pensativa.

—Me quedé mirando cómo se marchaba. Aquel tipo tan orgulloso de repente parecía encogido y tambaleante. Y luego ese entusiasmo... Como un niño pequeño. Nunca lo había visto así, ni tampoco después. Era como si quisiera irse de prisa a casa con su mamá. Recuerdo que pensé: «Ya no le queda mucho tiempo».

—O sea, que pensó en una enfermedad.

—No sólo eso; parecía cercano a la muerte. —Arrugó la frente—.

Completamente perdido y debilitado.

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—¿Y el testamento?

—Lo tengo aquí; pero desde el punto de vista formal está anulado y no se puede mostrar a los herederos.

—¿Cuándo fue redactado?

—Hace mucho tiempo, antes de que yo trabajara aquí. El verano pasado, Reidar estuvo en este despacho y repasó el texto conmigo. Eso fue todo. Pero no introdujimos ningún cambio.

—¿Estaba ya entonces enfermo?

—No —dijo ella sonriendo—. Sólo viejo.

—¿Mencionó alguna razón para anular el testamento?

—No —contestó ella moviendo la cabeza.

—¿Y no hizo ningún comentario sobre su deseo? ¿No dijo, por ejemplo, por qué llamaba ahora?

Una nueva sonrisa iluminó el rostro de la mujer.

—No, por desgracia, no. Sabía que me preguntaría eso. Fue directamente al grano. Y yo sólo le pregunté si quería hacer un testamento nuevo. Pero me dijo que no.

—¿Sin ninguna justificación?

—Exacto.

—¿Y? —preguntó Gunnarstranda, impaciente.

—¿El testamento? —preguntó ella, y luego continuó—: Es muy corto y no llama especialmente la atención. Creo que se sentirá decepcionado.

—Eso déjelo de mi cuenta.

Sin responder nada, la señora Movinckel apartó unos papeles de su escritorio y abrió un sobre amarillo.

—Tome, léalo —dijo entregándole la hoja.

Ambiente vespertino

Eva-Britt sirvió a la mesa salmón asado e hizo grandes aspavientos por lo que le había costado comprarlo. Al principio, Frølich no hizo caso de sus venenosas indirectas, pero finalmente no logró eludir las. Ella le echó en cara su carácter acomodaticio y salió con la vieja cantinela de su falta de compromiso en la relación, de su escapismo, que se manifestaba en la indiferencia que suponía no haberse tomado la molestia de llevar pescado a casa como ella le había pedido. Naturalmente, ella sabía que se le iba a olvidar, y por eso lo había comprado. Mientras hablaba, Frølich examinó el tablón de corcho. «A casa», pensó en silencio, y contempló la postal que él mismo le había enviado en una ocasión desde un seminario en Bergen, las numerosas etiquetas de vino con la marca Beaujoulais Primeur, otras postales de amigos de ella, todas con motivos asombrosamente similares de playas del sur, y abajo del todo, un sabio proverbio firmado por Piet Hein. Sabía que estallararía si se molestaba en contestar. Ella quería desfogarse de toda su frustración antes de cenar, y él era lo suficientemente generoso como para consentírselo. Lo único que Frølich quería era disfrutar de su primera cerveza de la noche; de modo que se quedó escuchando muy quieto con la esperanza de que no empezara otra vez desde el principio.

Después de cenar, el policía se quedó sentado pensando en Ingrid Jespersen. No se le quitaba de la cabeza la idea de que había convivido veinticinco años con un hombre que era un cuarto de siglo mayor que ella. Él y Eva-Britt ocuparon sus asientos habituales en el cuarto de estar... frente al flamante televisor de pantalla ancha de ella. Frølich quitó el sonido e hizo un poco de *zapping*. Pero habían elegido un mal momento. En todas las cadenas había anuncios o series baratas sobre jóvenes promesas del cine. En Eurosport ponían un combate de boxeo entre dos fofos pesos pesados que se tambaleaban por el ring. Cada vez que apretaba el botón del mando a distancia, la pantalla lanzaba un resplandor verde azulado por las paredes y sobre Eva-Britt, que se había acomodado en su nuevo sillón blanco de IKEA. Estaba enfrascada en el libro de una autora llamada Melissa Banks y no le importaba que él se aburriera. Frank apagó la televisión.

—¿Por qué se casa una mujer con un hombre mayor? —preguntó.

Eva-Britt alzó la cabeza y lo miró con gesto ausente.

—Me pregunto por qué las mujeres jóvenes se casan con hombres mayores —repitió.

—No sé, pero yo soy mayor que tú —dijo Eva-Britt—. Ocho meses.

—Pues sí. —Frølich pensó en cómo debía expresarse—. ¿Te acuerdas de Rita?

Eva-Britt apartó otra vez la vista del libro.

—¿Rita?

—Estaba un curso por encima de nosotros.

—Ah, esa. —Eva-Britt pasó distraídamente una página, cogió una galleta de la mesa y le dio un mordisco.

—Salía con ese tal... Anders, el de pelo oscuro... que tenía casi cinco años más que ella.

—Mmm. —Eva-Britt sonrió por algo que acababa de leer.

—Nos ponía de los nervios en las fiestas. Nadie quería invitarlo, pero Rita siempre insistía en llevarlo. ¿Te acuerdas?

Eva-Britt siguió masticando.

—¿No estabas enamorada de Anders?

—¿Mmm? —Ella levantó la vista.

—Hubo algo entre tú y Anders en una fiesta...

Eva-Britt dejó el libro a un lado. Frølich reconoció con claridad un débil enrojecimiento en los lóbulos de sus orejas.

—¿Se puede saber de qué estás hablando?

—Me pregunto qué les aporta a las mujeres buscarse hombres mayores.

—Yo no tengo absolutamente ningún interés por los hombres mayores.

—¿Acaso he dicho yo eso?

—Estás hablando de cosas que se remontan muchos años atrás.

Frank suspiró.

—Pues cuando estás con Trade, no paráis de hablar de la época del colegio —objetó él—. Los profesores, las ilusiones y todas las tonterías que hacíais durante el bachillerato.

Ella respiró profundamente. Su mirada chispeante no auguraba nada bueno. Frank no pretendía ni mucho menos reiniciar la discusión a esas horas de la noche. «Es el momento de remar hacia tierra», pensó, sonriendo diplomáticamente.

—¿Sabes? Tenemos una testigo que es veinticinco años más joven que su marido. Y eso que es atractiva, guapa y todo lo demás, y, sin embargo, va y se busca a un hombre mayor. No lo entiendo.

—Porque te equivocas en el planteamiento. Las mujeres no buscan hombres mayores. Son los tíos viejos los que persiguen a las jovencitas.

—Mmm —suspiró él, intentando imaginarse a Ingrid Jespersen siendo cortejada por hombres mayores.

¿Qué tenían ella y el muerto en común, aparte de su interés por el diseño? A ella le gustaba la literatura; a él no. Sin embargo, el hijo de él, Karsten, sí mostraba interés por la literatura.

Eva-Britt volvió a abrir el libro, pero ahora lo miró con más ternura.

—¿Tiene que ser forzosamente algo tan misterioso? Quizá fuera amor verdadero —sugirió cambiando de tono.

Él sonrió irónicamente.

—¿Amor verdadero?

Ella lanzó una mirada elocuente por encima del borde del libro.

—Como el nuestro.

Él no se dejó provocar, sino que dijo:

—Si no era amor verdadero... como el nuestro..., ¿qué otra cosa podía ser?

—¿Es rico?

—Supongo.

—Tal vez ella haya tenido una relación problemática con su padre... Quiero decir que quizá sus padres estuvieran divorciados, o que él fuera marino...

—No tengo ni idea.

—Dinero y/o una figura del padre perdida —decidió Eva-Britt, y pasó de página—. Las chicas jóvenes, en cambio —dijo sonriendo, y subió las piernas al sillón—, eligen chicos mayores porque tienen menos granos, los hombros más anchos y algo más de experiencia que los jovencitos.

Frølich volvió a encender la televisión.

—¿Te aburres? —preguntó ella.

Frank cogió el mando a distancia y comenzó a hacer de nuevo *zapping* por los canales.

—¿Aburrirme, yo? ¡Qué va!

Salsa

La aguja del tocadiscos no quería levantarse. El ruido que emitían los altavoces recordaba al de unos limpiaparabrisas gastados limpiando un parabrisas seco. Gunnarstranda se levantó finalmente del sillón y se acercó al tocadiscos, alzó el brazo manualmente y sopló el polvo acumulado en la aguja. Luego la dejó caer otra vez. De los viejos altavoces Tandberg salió un chisporroteo antes de que invadieran la habitación los primeros acordes de guitarra de *Love is just around the corner*, de Peggy Lee. El comisario permaneció unos segundos sumido en sus pensamientos junto a la ventana. Apoyó la palma de la mano en el cristal y notó el frío que entraba a través de él. Luego pegó la cara al cristal para ver la temperatura que marcaba el termómetro de fuera, con sus cifras azules empalidecidas: veintitrés bajo cero. Abajo, en la acera de Bergensgata, una mujer envuelta en un abrigo pasó junto al resplandor amarillo de la farola con un perro flaco. Se notaba que el chucho se sentía a disgusto con ese frío. Sus pasos, que normalmente habrían sido elásticos y airosos, ahora parecían rígidos y dados de mala gana. Tenía el cuello encorvado y el rabo caído. Parecía como si la mujer tuviera que tirar de él. Gunnarstranda los observó a los dos unos segundos; luego volvió a sentarse junto al escritorio. Miró el papel en el que había anotado la inscripción escrita por algún desconocido con rotulador en el tórax del muerto. Apoyó la cabeza en las manos sin apartar la vista de los números. Finalmente, cogió la botella de Ballantine's, que estaba casi llena sobre una bandeja, junto a la máquina de escribir, y desenroscó el tapón. Vertió dos centímetros de whisky en un vaso de agua. En el momento en que levantó el vaso para beber, sonó el teléfono. Descolgó.

—¿Estás ahí? —Era la voz de Yttergjerde.

Gunnarstranda dio un trago y notó cómo el whisky se abría paso a través del estómago.

—¿Qué hay? —susurró con voz ronca.

—Vaya voz. Me preguntaba si estaba todo en orden.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó Gunnarstranda ásperamente.

—Ella tiene un amante —dijo Yttergjerde.

—¿Cómo se llama?

—Eyolf Strømsted. Regenta una escuela de danza, o al menos da esa impresión. Hoy había un curso de salsa y algo relacionado con la danza africana. Tendrías que haberlo visto: unas cincuenta noruegas meneando las nalgas para un negro con un tambor.

—¿Y nuestra dama?

—Al principio pensé que iba al curso de baile. Pero se ha ido derecha hacia un tío con un pantalón amarillo y una camisa plateada que tenía un micrófono en la barbilla,

de esos que llevan los presentadores de los shows televisivos. El pavo se paseaba entre las bailarinas, y cuando le berreaba al micrófono, su voz salía de los altavoces junto con la música... Por cierto, ¿qué estás escuchando?

Gunnarstranda se acercó al tocadiscos.

—Una cantante. Baladas y jazz.

—Vaya, no tiene nada que ver con la salsa... Cuando ha llegado ella, se ha armado un follón porque el tío ha tenido que buscar a alguien que lo sustituyera.

—¿Te ha visto ella? ¿Estabas en la misma sala?

—Había muchísima gente; no me ha visto.

—¿Qué más?

—Han ido al coche de ella y han arrancado. Los he seguido. Han aparcado en el *parking* que hay delante del museo de Munch. Un poco escondidos, bajo los árboles, junto a la valla del Tøyenpark. Y he visto cómo se besuqueaban durante casi cuarenta minutos; probablemente estuvieran haciendo algo más que besarse. Luego ella ha llevado al tío de vuelta a la escuela de danza y se ha ido para casa.

—¿Y tú?

—Cuando nuestra viuda ha llegado a casa, me han relevado y yo he vuelto a la escuela de danza. Al final ha salido el tío y ha cerrado con llave. Se ha marchado a casa a pie. Vive en Jacob Aalls Gate, en Majorstua. Ahí es donde he averiguado su nombre. Hará unos cinco minutos que ha subido la escalera.

—Bien, Yttergjerde. Hace frío. Márchate a casa y entra en calor.

—Yo nunca tengo frío. Todo el mundo toma aceite de hígado de bacalao y vitaminas, pero no hace ninguna falta. Con este frío lo que cuenta es tomar comidas fuertes. Acuérdate de echarle al huevo del desayuno de cuatro a cinco dientes de ajo, y chile rojo, a ser posible tan picante que te quedes sin aire y empieces a sudar. Con tanta munición a bordo, nunca se te quedan las manos frías. Puedes ir a torso desnudo con veinte grados bajo cero... y seguirás echando humo. No hay bacilo ni virus que se te agarre al cuello; sólo con el aliento podrás matar hasta las plantas de los tiestos. Te vuelves inmortal, tío, inmortal.

—Bueno, bueno —dijo Gunnarstranda.

—¡Que sí! —aseguró Yttergjerde.

—Que pases una buena noche —le deseó el comisario, y colgó antes de que el otro le diera una receta para dormir bien.

Cogió el vaso y se bebió lo que le quedaba de whisky. Luego dibujó con un bolígrafo un triángulo en una hoja de papel. En los dos ángulos de abajo escribió los nombres de Ingrid y Reidar Folke Jespersen. En el ángulo superior anotó el nombre de Eyolf Strømsted. Finalmente, dibujó tres cruces debajo del triángulo, procurando reproducir exactamente las que habían aparecido en la frente del cadáver de Reidar Folke Jespersen.

Un coche en la acera

Cuando Frølich entró en la oficina, Gunnarstranda estaba enfrascado en el *Aftenposten*.

—¿Dice algo de nosotros? —le preguntó.

Gunnarstranda negó con la cabeza.

—¿Y el testamento?

Gunnarstranda dejó el periódico a un lado.

—Una decepción. Sólo era una lista de determinadas posesiones: que Karsten Jespersen debía quedarse con cierto armario, y cosas por el estilo. Ninguna restricción, ningún reparto previo. Ningún heredero secreto. Nada. Tan sólo una lista de entre veinte y treinta objetos, y a quiénes van destinados, es decir, si a Ingrid o a Karsten.

—¿Qué consecuencias tiene la anulación del testamento?

—Significa que todo el patrimonio se echa en una enorme cazuela. Ingrid recibe la mitad de la sopa, más su parte de la herencia del viejo. A Karsten se le da dinero. Eso es todo. Que el testamento haya sido anulado únicamente da lugar a que Karsten e Ingrid tengan que pelearse por lo que recibe cada uno.

—Pero ¿por qué anuló esa birria de testamento pocas horas antes de ser asesinado?

Gunnarstranda respondió con un suspiro.

—Otro enigma más en nuestro expediente.

—¿Qué tipo de cosas aparecían en la lista?

—Armarios, figuritas chinas y cosas así. Lo tengo apuntado. ¿Y tú qué has hecho?

Frølich suspiró y se frotó los ojos.

—He entrevistado a cada uno de los inquilinos del edificio —dijo echando un vistazo a sus notas—. ¿Quieres oírlo?

—La versión abreviada.

—En la planta baja sólo hay tiendas. Y el primer piso está ocupado, como sabes, por Ingrid Jespersen. En el segundo, en uno de los pisos, vive un matrimonio, el señor y la señora Holmgren. Los dos, de entre cincuenta y sesenta años. Él trabaja en una distribuidora de herramientas; ella es su secretaria. El viernes en cuestión no oyeron nada. Estuvieron viendo la televisión y se acostaron hacia la una. En el piso de al lado vive la madre del hombre, Aslaug Holmgren. Tiene casi ochenta años, o sea, la misma edad que el asesinado. En su opinión, Reidar Folke Jespersen era un payaso vanidoso y engreído, pero sobre la noche en cuestión no tiene nada que contar. Oye muy mal, y los viernes suele acostarse después de la película policíaca. No le gusta que la NRK emita últimamente tan tarde las series policíacas. Aparte de

eso, quiere que vuelvan a poner *Derrick* y opina que los de la policía podríamos aprender mucho de él. Lo último que me contó fue que ese día se acostó a las once y no oyó nada en absoluto.

El comisario se mordió pensativo el labio inferior.

—¿Y esos son todos los que viven en el edificio? —preguntó.

—También estuve en el bloque de enfrente —dijo Frølich—. Ahí he tenido más suerte, por así decirlo. He encontrado un coche sospechoso.

—¡Perfecto!

—He intentado averiguar desde dónde se veía la tienda. Como el asesinato se cometió de noche, son bastantes los pisos con perspectiva.

—¿Qué clase de gente vive allí?

—La habitual del distrito 3 de Oslo. Un tipógrafo que trabaja en el periódico *Vart Land* y que vive solo con su perro. Luego, una pareja joven, él fotógrafo del *TV-Norge* y ella empleada en el *Dagbladet*. He hablado con una redactora editorial y me ha dicho que les preguntaría a sus hijos. Tiene dos niños adolescentes que no estaban en casa. Me ha contado que vio un taxi aparcado delante de la tienda de antigüedades como mínimo durante una hora.

—¿Un taxi?

Frølich asintió.

—Es la única pista que tenemos hasta ahora: un taxi. Le he preguntado si tenía encendido o apagado el letrero. Apagado. Lo que se le hizo un poco raro es que el motor estuviera en marcha o, más exactamente, que el taxi estuviera tanto tiempo parado con el motor en marcha.

—¿Cuánto tiempo?

—No menos de una hora, según ella. El único problema es que era a primera hora de la noche, antes de las diez. La he puesto en un buen aprieto con eso de la hora. Al final ha resultado que ella había trabajado hasta tarde; después de una reunión había llegado a casa a las ocho, es decir, media hora después que Folke Jespersen. No estaba segura de si el coche ya estaba allí cuando llegó a casa. Pero después de ducharse, miró a través de la ventana y vio el taxi parado con el motor en marcha. Al cabo de, como mínimo, tres cuartos de hora, volvió a mirar por la ventana y aún seguía allí.

—¿Volvió a...?

—... Ahí voy —lo interrumpió Frølich—. Más tarde, volvió a mirar antes de irse a la cama. Entonces vio también un taxi de la marca Mercedes en la calle. En su opinión, el taxi con el motor en marcha era también un Mercedes. Sin embargo, el coche que vio después, antes de acostarse, tenía el motor apagado.

—¿Color?

—Oscuro.

Los dos policías se miraron.

—En total han podido ser tres coches distintos, tres taxis —dijo Gunnarstranda—. Uno de cada dos taxis de Oslo es un Mercedes... como mínimo. Y ese es uno de los barrios más poblados de la ciudad.

—En una de las buhardillas viven dos hombres —continuó Frølich—. Uno trabaja en una emisora local de radio y se hace llamar Terje Teleterror; quizá hayas oído hablar de él. Llama a la gente por teléfono, es una especie de terrorista telefónico. Si la víctima trabaja en un hotel, llama y le dice que es el portero de noche y que se ha quedado encerrado en el trastero y está muerto de hambre, o llama a urgencias médicas diciendo que está tumbado encima de su mujer y no puede sacar la polla del coño. Es un tipo muy gracioso.

—Maldita la gracia —dijo Gunnarstranda impertérrito—. Maldita la gracia que tiene.

—En cualquier caso, es muy popular. Y vive con una especie de *dragqueen*, un tío que hace no sé qué cosas egipcias, y baila la danza del vientre. La verdad es que resulta raro que un hombre baile la danza del vientre.

—Bueno, ¿y vieron algo?

—Nada. Lo del taxi es lo único que he averiguado —concluyó Frølich.

—¿Qué impresión tenía esa gente de nuestro viejo?

—La de un hombre mayor anónimo. Sabían quién era, lo conocían de la tienda. Pero sólo Holmgren y su mujer sabían que estaba casado con Ingrid Jespersen. A ella la conocían varios... por lo bien que se conserva. —Frølich esbozó una sonrisita y los imitó—: «Oh, ¿se refiere a ella, la guapa, la que ya no es muy joven, pero se conserva tan bien?».

—Vale —murmuró Gunnarstranda.

—El hombre que vive solo con su perro me ha preguntado si sabía quién le robaba siempre el periódico. Parecía un completo maniático; había montado un objetivo gran angular para observar quién le robaba el periódico por las mañanas.

—¿Un buen observador?

—Eso he pensado yo también al principio, pero el problema es que dedica toda su atención a la puerta de su casa. No supo decirme absolutamente nada de los sucesos de la calle. Y la pareja joven, los que trabajan él en el *TV-Norge* y ella en el *Dagbladet*, habían salido a cenar cangrejos. Y no llegaron a casa hasta las cinco de la mañana.

—¿Y no vieron nada?

—Absolutamente nada. Un taxi los llevó a casa, pero ninguno de los dos se fijó en si al llegar había coches aparcados en la calle. He averiguado el número de identificación del taxi porque el fotógrafo tenía una factura. Interrogaré al conductor, que a lo mejor vio algo. Pero los otros dos estaban tan borrachos que cayeron

redondos en la cama y no miraron al escaparate de enfrente ni nada parecido. De todos modos, me han dicho que el escaparate nunca está iluminado por la noche.

Gunnarstranda se pasó la mano por debajo de la nariz.

—Pues yo me he encontrado con algo que ha escrito el hijo, Karsten Jespersen —murmuró pasándose otra vez los dedos por la nariz.

—¿Dónde?

—He encontrado por casualidad un artículo en una revista vieja... Es increíble la de cosas que uno guarda —dijo Gunnarstranda—. Un número del *Farmand*.

—¿*Farmand*?

—En su época, fue el órgano de los intelectuales reaccionarios... Hace muchos años que desapareció la revista.

—¿Sobre qué escribía?

—Sobre el sistema penitenciario.

—¿En serio? ¿Y es bueno? ¿Sabe escribir?

Gunnarstranda sacó el cajón superior del escritorio y hurgó en su interior.

—Había un párrafo bastante interesante, sobre un tío que se volvió psicótico por estar mucho tiempo incomunicado en una celda. Pero lo demás eran... —Gunnarstranda se encogió de hombros, encontró por fin las pinzas en el cajón, se levantó y se acercó al espejo, junto a la puerta. Luego continuó—: Unas cuantas reflexiones banales sobre el trato que reciben los criminales, aunque curiosamente no hacía ninguna de las habituales críticas sobre las condiciones de los presos y los derechos humanos.

—Eso seguro que se lo ha exigido la redacción —dijo Frølich—. Si dices que la revista era reaccionaria...

Gunnarstranda, muy concentrado, se arrancó con las pinzas un pelo de la nariz y examinó minuciosamente su presa.

—Seguro —admitió—. En eso probablemente tengas razón.

El abrigo

—¿Dónde puedo colgar el abrigo? —preguntó Susanne Jespersen, quitándose una prenda oscura forrada de piel y dándosela a Frølich. Miró a su alrededor—. ¿Dónde ha dejado al descarado de su jefe?

Frank Frølich se quedó pensando dónde podría colocar la pesada prenda. Finalmente se decidió, apartó unas cuantas cosas de la mesita de delante del sofá y puso encima el abrigo.

—Se lo he consultado a mi abogado —dijo Susanne Jespersen—, y no tiene ningún derecho a tratarnos así. Llevaré el asunto ante los tribunales; ya se lo puede ir diciendo.

—Sí, claro —murmuró el policía.

Sabía que había dejado su cuaderno de notas en alguna parte. Acababa de tenerlo en la mano, lo había usado para redactar el informe. Pero no tenía ni idea de dónde estaba ahora.

—Me he informado acerca de su jefe —continuó ella acaloradamente—. Y sé que lleva las de perder. Yo tengo contactos con las altas esferas. Y no pienso tolerar que me trate de ese modo; ya puede ir diciéndoselo.

—Vale —dijo Frølich paseando la mirada por su escritorio y por el de su jefe, sin encontrar el bloc.

—¡Con las altas esferas!

—Claro...

—Ya estoy harta de tanta desfachatez.

—Claro...

—¡En la vida me había pasado una cosa igual! —Susanne Jespersen se miró al espejo y se colocó bien el cinturón del vestido—. Llegamos allí para recoger nuestras pertenencias... porque al fin y al cabo la tienda la lleva Karsten... y cuando nos disponemos a recogerlas, viene ese enano de jardín ¡y nos echa! ¡Increíble! Pero el asunto acabará en los tribunales, ¡ya lo creo que sí!

—Sin duda —asintió Frølich pellizcándose la nariz—. Luego le he cogido el abrigo... —murmuró para sus adentros.

—Y para colmo, tengo que escaparme del trabajo, aplazar reuniones importantes... ¡Pero esto se va a acabar! ¡Me he informado... y sé que para ello necesitan una orden judicial!

«Debajo del abrigo», concluyó Frank Frølich.

Levantó el abrigo y ahí estaba su cuaderno de notas.

—¿Lo ve? Los he pillado. No tenían una orden judicial, ¿o me equivoco?

—Por favor, siéntese —pidió el policía, señalando una silla libre.

—¡Me lo imaginaba! Pero ya que me he molestado en venir hasta aquí, me

quedaré —dijo ella—. Corramos un tupido velo —añadió, cruzando los brazos por encima del bolsito que sostenía en el regazo.

—Claro —dijo él. Sonó el teléfono—. Discúlpeme. —Se dirigió al escritorio de Gunnarstranda y descolgó—. Gunnarstranda al aparato.

Miró ausente hacia Susanne Jespersen, que después de levantarse se contempló en el espejo, se arregló un poco su larga melena, sacó del bolso una barra de carmín y se retocó los labios.

—Sí, sí, está aquí —dijo Frank Frølich—. Vale, lo tendré en cuenta.

Luego colgó.

La mujer volvió a sentarse haciendo muecas. Al principio, Frølich creyó que se trataba de algún tic, hasta que cayó en la cuenta de que acababa de pintarse los labios. Durante unos segundos se dedicó a calcularle la edad. «Treinta y cinco —pensó—. Entre treinta y cinco y cuarenta, pero no más de cuarenta». Estaba un poco rellenita; tenía la espalda encorvada y los labios estrechos. Su boca pintada de rojo intenso se asemejaba a una pincelada que alguien hubiera trazado con descuido sobre una pintura de tonos grises.

—¿La llamó su suegra en mitad de la noche?

—¡Santo cielo! —suspiró Susanne Jespersen, irritada—. Supongo que se referirá a la mujer de mi difunto suegro... Ingrid Folke Jespersen, cuyo apellido de soltera es Rasmussen. Pues sí, es cierto que «se puso en contacto telefónico conmigo»... —Susanne Jespersen pronunció las últimas palabras con la boca desfigurada en una mueca sarcástica—. Verá, es que Ingrid Folke Jespersen, de apellido Rasmussen, no llama por teléfono, ¿comprende?, ni tampoco telefonea; ella «se pone en contacto telefónico»... y eso lo hace cada vez que le viene en gana, a las seis, a las cinco, a las cuatro, a las tres o a las dos de la madrugada. Porque, claro, como tenía tanto miedo...

—De modo que la llamó por teléfono.

—¡Karsten, tengo tanto miedo...! ¡Ven y abrázame fuerte, Karsten!

Frølich la observó, pensativo.

—¿Pretende insinuar con eso que Ingrid Jespersen y su marido mantenían una relación? —preguntó fríamente.

—¿Cómo se atreve...?

—Responda a mi pregunta —insistió Frølich.

De pronto, Susanne Jespersen se sintió desconcertada.

—No, no pretendo insinuar nada parecido.

El policía juzgó oportuno guardar silencio. De ahí que anotara ostensiblemente la respuesta de ella en su bloc.

—Pero es insoportablemente histérica. Y a veces da la impresión de querer estar a solas con Karsten. Por eso no lo desperté cuando llamó en plena noche... —Susanne

Jespersen recuperó el papel de protagonista cuando añadió, furiosa—: ¡Pero no me arrepiento! ¡Eran las dos y media de la madrugada! Ella tiene que comprender, como lo hacemos todos, que no se puede llamar a la gente a altas horas de la noche, por más que tu marido no esté en casa. ¿Acaso debería llamar yo también a todo el mundo cada vez que Karsten me la juega una noche o llega tarde a casa?

Frank Frølich contempló detenidamente a la mujer que tenía enfrente. «Estar casado contigo —pensó con desgana—. ¿Te imaginas? Despertarse por las mañanas a tu lado. ¡Todas las mañanas! Llegar a casa y encontrarse contigo, después de una larga y fatigosa jornada. ¡No quiero ni pensarlo!». Se sorprendió a sí mismo compadeciendo a Karsten Jespersen, antes de decir:

—¿Así que su marido estaba en casa y pasó la noche entera durmiendo?

—Sí.

—¿Tienen usted o su marido la llave del piso de Thomas Heftyes Gate?

—Karsten tiene una —dijo ella—. Al fin y al cabo, se ha criado en esa casa.

—¿Usted no tiene llave?

Ella negó con la cabeza.

—Cuando la señora Jespersen llamó, usted no despertó a Karsten. ¿Qué dijo ella exactamente al teléfono?

—Dijo: «Susanne»... bueno, en realidad hablaba en susurros... —Empezó a susurrar, imitándola—: «Susanne, soy yo, Ingrid, ¿puedes pedirle a Karsten que venga? Reidar no está y tengo miedo».

—¿Le dio la impresión de que realmente tenía tanto miedo como decía?

Susanne Jespersen dio un respingo, y su mirada lo taladró como un aguijón venenoso.

—¿Quiere decir...?

—No —dijo Frølich con dureza—. No quiero decir nada. Límitese a describir cómo vivió usted la situación.

—Bueno, estaba todavía medio grogui. Eran las dos y media de la madrugada, y me había acostado dos o tres horas antes. Pero me acuerdo de lo que dijo. Yo misma me eché a temblar.

—¿Y qué le respondió?

—Que le daría a Karsten el recado de que había llamado.

—¿Y?

—Dijo algo de por qué tenía miedo: que alguien había entrado a robar...

Frølich esperó.

—No me acuerdo de las palabras exactas. En cualquier caso, tenía miedo de un robo. Tampoco le hice demasiado caso porque nos habíamos pasado la noche hablando de robos... quiero decir, la noche anterior, cuando estuvimos cenando en su casa.

—¿Hablaron de robos?

—Sí, fue una noche espantosa... tan desangelada... ¿Sabe de qué hablamos? De lo tierno que estaba el filete... Hablamos de la comida y de que podían robar en la tienda.

—¿Fue distinto de otras veces?

—¿A qué se refiere?

—A si esas cenas eran siempre tan aburridas o si esa noche fue especial.

—Fue distinta. Ingrid parecía bastante nerviosa, lo que normalmente no es así. Reidar estaba un poco tenso, pero siempre lo está.

—¿Qué quiere decir con que parecía nerviosa?

Susanne reflexionó unos instantes.

—Se le cayó una copa de vino; estaba algo torpe, atolondrada. Sencillamente nerviosa.

Frølich tomó nota.

—Lo que ocurre es que... ese miedo de Ingrid hacia los ladrones... no sé, me pareció un poco demasiado obvio.

—¿Obvio?

—Sí, me resultó un poco llamativo que utilizara eso como pretexto para sacar a Karsten de la cama a esas horas de la noche. Le dije que Karsten no estaba en casa y luego colgué.

—¿Quiere decir que Ingrid Jespersen le había echado el ojo a su marido?

—¡Yo no he dicho eso!

—En fin, me da la impresión de que tienen algo en común...

—¿En común? ¿Qué significa eso?

—Tengo la impresión de que Ingrid Jespersen se lleva mejor con su marido que con usted.

—Eso es verdad. Buena observación. Usted lo ha dicho.

—¿A qué se puede deber?

—¿Eso me lo pregunta a mí?

—¿De qué suelen hablar su marido e Ingrid Jespersen?

—¡De libros!

—¿En serio? ¿De libros?

—Karsten tiene una vena de escritor, ¿sabe usted? Ha leído glosas en la radio y ha escrito para el periódico. En cambio, Ingrid sólo lee novelas. ¡Y va y se figura que tienen algo en común!

—La noche —continuó Frank Frølich recalcando las palabras—, la noche que fueron de visita a casa de Folke Jespersen, ¿sabe si pasó algo especial, si llamaron a la puerta o por teléfono?

—Hubo algunas llamadas telefónicas.

—¿Algunas?

—Sí, vi que Reidar hablaba por teléfono, pero a mí no me importa a quién llama la gente...

—¿O sea, que llamó él?

—Ni idea. Yo sólo lo vi hablando por teléfono.

—¿Cuántas veces?

—Una vez, o tal vez dos o tres. No presté atención.

—Pero tiene que saber si fue una vez o tres veces.

—Fue más de una vez. Más no puedo decirle.

—Vale —asintió Frølich, y se apresuró a seguir hablando antes de que ella lo interrumpiera—. Ingrid Jespersen los llamó en mitad de la noche, pero luego volvió a llamar más tarde... esa misma mañana.

—Sí, a las siete y media. Pero entonces cogió el teléfono Karsten. ¡Oh, Dios mío, cómo me arrepiento de haberme llevado a los niños, que han tenido que ver a su abuelo muerto!

—He conocido a su chico. Un chaval muy salado.

—Mmm —gruñó Susanne Jespersen.

—¿Le caía bien su suegro?

—Sí —afirmó enérgicamente la mujer.

—¿De verdad?

—De vez en cuando lo ayudaba a hacer el balance anual. Al fin y al cabo, ese es mi oficio: la contabilidad. Lo mío son los números. Se puede decir de Reidar Folke Jespersen lo que se quiera, pero era un tipo formal.

—¿Cree que tenía muchos enemigos?

—Tenía amigos y enemigos. Yo era una amiga. Pero ¿enemigos? Seguro que sí. Pero eso me da exactamente igual. ¡Yo lo veía como un amigo!

—¿Le daba la impresión de que... —Frølich buscó las palabras adecuadas— gozaba de buena salud?

Susanne Jespersen se inclinó hacia adelante.

—Ese hombre podría habernos sobrevivido a todos —dijo—. A todos nosotros.

—¿Le dice algo el número ciento noventa y cinco?

Ella se encogió de hombros.

—¿No asocia nada con esa cifra? ¿Algún número relacionado con su suegro, algo que tenga que ver con la contabilidad, los impuestos o algo así?

Susanne Jespersen permaneció con la mirada perdida.

—Ni idea —dijo finalmente.

—¿Y su marido? ¿Tenía una buena relación con su padre?

Frølich se arrepintió inmediatamente de haber planteado esa pregunta. Los ojos de la testigo lanzaron un destello de recelo y conspiración en cuanto hubo

pronunciado la última palabra.

—Naturalmente —respondió ella, y agregó—: ¿De verdad que no se puede implicar a otra gente en este caso? Al fin y al cabo, se trata de esclarecer un asesinato.

—Gracias —dijo Frølich, se levantó y le dio el abrigo—. Por el momento, no tengo más preguntas que hacerle.

Reflexiones

Emmanuel Folke Jespersen vivía en un callejón sin salida de Haslum. A lo largo de las cercas había algunos coches parados cubiertos de nieve. Las máquinas quitanieves habían despejado una línea sinuosa entre los coches. El comisario Gunnarstranda aparcó en un hueco, entre dos coches cubiertos por la nieve. Las casas rojas en hilera daban cabida a cuatro inquilinos. Cada uno tenía su propio trocito de jardín. Un gato blanquinegro reposaba tranquila y pintorescamente en el pequeño escalón que había delante de la puerta. La escalera había sido barrida con una escoba de sorgo azul que tenía unas rosas pintadas en el palo. El gato se levantó y se frotó en la pernera izquierda del pantalón de Gunnarstranda, cuando este subió por la pequeña escalera y llamó al timbre.

Una mujer joven y rolliza con el pelo rizado y gafas abrió la puerta.

—Al fin te encuentro —y rio, algo desorientada, cuando el gato se coló dentro—. ¿Es usted el hombre de la policía? —preguntó, sujetándole la puerta a Gunnarstranda, que asintió—. El abuelo lo espera en el cuarto de estar.

Gunnarstranda oyó una suave música de violín procedente del interior de la vivienda. Colgó el abrigo en el perchero que le indicó la joven.

—Tengo que irme en seguida —aseguró ella—. Sólo le había prometido ayudarlo un poco.

El policía la siguió por un pasillo estrecho. Pasaron junto a una escalera que conducía al primer piso y entraron en un pequeño cuarto de estar en el que había un piano y unos grandes sillones de piel de estilo inglés. La música de violines salía de un viejo tocadiscos estereofónico situado debajo de la ventana, a una distancia de un brazo de Emmanuel Folke Jespersen, que se levantó con gran esfuerzo de su sillón y le tendió la mano al policía.

De la cara redonda del anciano asomaban dos ojillos pícaros, bajo los que le colgaban las mejillas. Tenía el pelo blanco como la nieve y brillante como el oropel.

—Bueno, pues ya me voy —le dijo la joven a Emmanuel, después de haberles servido café a él y al comisario.

—Sí, anda, vete —dijo el dueño de la casa, dejando vagar la mirada por una mesa en la que había una jarra de florecitas, unas tazas y un plato con galletas. Jespersen sacó un purito fino del bolsillo superior de su camisa rosa—. ¿Le molesta que fume?

—En absoluto —contestó Gunnarstranda, que a su vez sacó su tabaco y lo dejó encima de la mesa. Cuando el sol bajo del invierno entró de repente por la ventana, parpadeó—. Aquí no estoy a gusto —dijo, y se sentó en la otra punta del sofá.

Emmanuel se volvió y dijo adiós con la mano cuando la joven cerró la puerta a su espalda.

—Mi nieta —explicó—. Kristin. Buena chica, muy servicial.

Encendió una cerilla y dio diversas caladas al purito hasta que prendió. De los altavoces salía un *crescendo*.

—Qué bonito —comentó Gunnarstranda.

—Una de esas nuevas estrellas —explicó Folke Jespersen, haciendo un aro de humo que ascendió trémulo hacia la luz del sol, donde se desvaneció. Luego cogió la funda del CD que estaba en la mesa que los separaba—. Su apariencia física tampoco es nada despreciable. Increíblemente guapas, estas jóvenes violinistas. Dentro de poco, importará más el sexo que la música.

Gunnarstranda cogió la funda. La foto mostraba una beldad de pelo oscuro que posaba con su violín en una calle nocturna. Las acusadas sombras resaltaban su maquillaje y su atuendo provocativo. La mujer miraba a Gunnarstranda con los labios húmedos y ligeramente entreabiertos.

—Hace unos años la hubiéramos considerado una modelo fotográfica de lo más profesional. —Señaló con la cabeza hacia los altavoces—. ¿De verdad es la misma que está tocando?

Emmanuel Folke Jespersen asintió, complacido, y dio varias vueltas al purito entre los dedos.

—Es cierto, pero ahí no queda todo: por lo visto, hace los conciertos en bikini. Imagínese. Así están hoy las cosas. Un talento natural del violín tiene que presentarse en bikini para obtener éxito.

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—Eso me recuerda... —empezó, pero se interrumpió al ver que Folke Jespersen agitaba el purito para que prestara atención al virtuosismo de la violinista. Gunnarstranda escuchó cortésmente hasta que de nuevo entró la orquesta, y luego continuó—: Cuando yo era un joven policía... ya no me acuerdo del año, pero en cualquier caso fue hace mucho tiempo... Bueno, pues en el norte de Noruega había una mujer de Oslo que abrió una peluquería en el sótano de nuestro bloque, pero no empezó a tener clientes hasta que se puso a cortar el pelo a la gente en traje de baño.

—¿Lo ve?... ¿Más café? —dijo Jespersen, levantando la jarra del termo.

Gunnarstranda asintió.

—Entonces empezaron a venir solteros, estudiantes y músicos ambulantes... Multitudes de hombres iban allí a cortarse el pelo, algunos incluso varias veces por semana. Lo cual no era nada extraño, pues la chica era muy guapa. Pero cuando un día se presentó hasta el cura, las mujeres de la localidad se sublevaron.

Emmanuel Folke Jespersen relinchó por lo bajo.

—¿Le cortó el pelo también a usted?

—No, a mí me mandaron allí porque se decía que la mujer prestaba otros servicios en el salón y que a veces ni siquiera llevaba el traje de baño. —Gunnarstranda le devolvió la funda—. De manera que eso de los trajes de baño no es

nada nuevo en la cadena alimentaria —concluyó, estirando las piernas. Luego hizo un gesto de aprobación hacia las notas que salían de los altavoces—. Desde luego, la chica sabe tocar.

—Schubert —dijo Emmanuel Folke Jespersen—. Era también el compositor favorito de Reidar... Schubert.

—¿De verdad?

—Sí, ese lado no se lo mostraba a muchos. Era... ¿cómo le diría yo?... su lado débil, y se lo mostró a muy pocas personas.

—¿Y usted era una de ellas?

Folke Jespersen respondió encogiéndose de hombros y lanzando hacia el techo otro aro de humo menos logrado.

Gunnarstranda cogió su taza de café.

—El día en cuestión estuvieron hablando entre ustedes. Tengo entendido que los tres se reunieron en casa de su hermano Arvid, ¿no? —Dio un sorbo de café y volvió a dejar la taza.

—Sí, y fue muy triste separarnos de esa manera.

—¿De qué manera?

—Tuvimos una pequeña discusión, y Reidar estaba bastante irritado. Es una pena que no pudiéramos intercambiar impresiones antes de que muriera.

—¿Una discusión?

—Esa pareja, Iselin y Hermann, querían comprar la tienda... cosa que a mí me pareció muy bien. Quiero decir que todos nos vamos haciendo viejos, y nos hubiera venido de perlas recibir una cantidad considerable de dinero y olvidarnos del asunto.

—¿Estaban de acuerdo en el precio?

El anciano negó lentamente con la cabeza.

—Reidar, sencillamente, no quería vender la tienda.

—¿Por qué no?

—No tengo ni idea.

—¿Cambió de repente de opinión? ¿No participaba en las negociaciones?

—Estaba al corriente de todo. Y hasta ese día no se había opuesto tan radicalmente; sólo se mostraba inseguro. Por eso acordamos la reunión.

—Dice que no tiene ni idea de por qué dijo que no. ¿Puede ser que quisiera amparar a su hijo?

Su interlocutor ladeó la cabeza con gesto pensativo.

—Es posible... —murmuró—. Aunque, en realidad, es poco probable. En fin, que no tengo ni idea del porqué. Reidar era completamente imprevisible, ¿sabe usted? —Emmanuel volvió a negar con la cabeza—. Tendría que haber conocido a Reidar para comprender mi inseguridad al respecto.

Resopló con fuerza al incorporarse en el sillón y estirar el brazo para bajar la

música.

Se miraron. Folke Jespersen se inclinó hacia adelante en su asiento.

—Reidar no se interesaba ni un pimiento por Karsten —afirmó—. Reidar... — Jespersen se adelantó aún más en el asiento, para hacer una confidencia.

El comisario lo imitó y se inclinó también hacia adelante.

—Reidar era de la vieja escuela —dijo Emmanuel—. ¿Lo entiende?

Gunnarstranda no respondió.

—Mi hermano hizo cosas en la guerra que ni a usted ni a mí nos gustaría saber. Reidar no era una persona bondadosa. Con Karsten ha sido demasiado duro. Usted mismo puede ver que el chico está hecho polvo: tiembla como un perrito cuando hay tormenta. Pero ya es un adulto y está bien casado; Karsten y Susanne tienen dinero suficiente. Ella no gana poco, ¿sabe?... como directora de departamento y eso. Pero en cuanto a Reidar, los intereses de Karsten siempre le han dado igual. Y a Karsten la tienda nunca le ha importado nada... a decir verdad. Todos estos años ha trabajado en la tienda porque tenía miedo de su padre. Lo que realmente quiere Karsten es hacer carrera como escritor.

Folke Jespersen se irguió y siguió dando caladas a su purito.

—¿Tiene éxito?

—¿Con qué?

—Como periodista.

—Bueno..., ha hecho unos cuantos reportajes sobre temas que conoce, ha escrito algunos artículos muy interesantes sobre la Sotheby's de Londres, y cosas por el estilo. Recuerdo que una vez publicó un artículo sobre las joyas de la reina de Inglaterra. Tuvo que ser... creo que fue en el dominical del *Aftenposten*.

—¿En serio?

—Sí, pero de eso hace ya unos cuantos años; por lo general, traduce cómics. — Jespersen esbozó una sonrisa maliciosa con el purito en la comisura de la boca—. ¡Suelta el rifle, forastero!... ¡Paf!... ¡Pum!...

Al pronunciar la última palabra, Jespersen se puso rojo como un cangrejo y le entró un ataque de tos.

Gunnarstranda esperó cortésmente.

—A mí también me pasa —dijo, comprensivo, cuando el otro logró recuperar el aliento—. Es por fumar.

—¿Qué importancia tendrá eso? No tiene sentido dejarlo cuando se han cumplido los setenta. Pero yo no me trago el humo, lo cual no es ningún problema, siempre y cuando el purito sea lo suficientemente fuerte.

—Pues yo sigo tragándome el humo —admitió el comisario.

—Yo a veces también hago un poco de trampa.

—Pero volvamos a Karsten —lo interrumpió Gunnarstranda—. La venta de la

tienda, ¿no supondría para él una especie de amenaza? Me refiero a que le arrebataran de repente algo a lo que se había aferrado durante años.

Jespersen le guiñó un ojo jovialmente, como para darle a entender que le había visto las intenciones. Luego negó otra vez despacio con la cabeza.

—No, realmente no lo creo. Más bien creo que se lo habría tomado como una especie de... liberación.

—¿Y usted? —quiso saber el comisario.

—¿Yo?

—Tiene que ser triste para usted que la venta se fuera al garete.

—No excesivamente —lo contradijo Jespersen.

—¿Qué quiere decir?

—No tan triste como para hacerle algo malo a mi hermano.

Gunnarstranda asintió para sus adentros y, durante el silencio que se instaló a continuación, miró a su alrededor. El piano estaba esmaltado en negro; era un viejo Brüchner. Sobre él colgaba un cuadro de un paisaje que mostraba una pradera con una única margarita en el centro. La otra pared la adornaba un cuadro de un velero: había tormenta, y la goleta, simbólicamente, iba media eslora por detrás de un barco de vapor que cabeceaba a toda máquina.

—¿Qué clase de relación tenía usted con su hermano?

—Una relación íntima, pero al mismo tiempo distante —refunfuñó Jespersen, haciendo girar el purito en el cenicero para desprender la ceniza—. Cada uno tenía su propia familia, pero nos manteníamos regularmente en contacto, íntima y al mismo tiempo distante, es quizá la definición más exacta.

—¿Se reunieron en casa de su hermano Arvid?

—Sí. Y también invitamos a la parte contraria. Entienden algo de antigüedades, ¿sabe?, así que pensamos que eran los compradores ideales. Y luego llegó Reidar... Nada más llegar, ya me olí que íbamos a acabar mal. Venía de un humor de perros.

—¿Se mostró sorprendido?

—¿A qué se refiere?

—A si lo pilló de sorpresa la situación, los dos compradores... ¿Sabía lo que le esperaba?

—Sí, todos estábamos de acuerdo con la venta, pero en realidad fue Arvid la... —Emmanuel Folke Jespersen buscó las palabras—... la fuerza motriz.

—¿La fuerza motriz?

—Sí, él era el más partidario de la venta.

—¿De manera que a su hermano Reidar lo dejaron al margen?

Jespersen negó con la cabeza.

—No, tampoco es eso. Pero Reidar y yo dejamos las negociaciones concretas en manos de Arvid.

—¿Entonces Reidar no puso ninguna objeción a la venta?

—No... eso es lo curioso. Yo creo que ese día tuvo que pasarle algo para que de repente se pusiera a la defensiva. Simple y llanamente, estaba de mal humor.

Gunnarstranda cogió el tabaco y empezó a liarse un cigarrillo.

—¿Simple y llanamente cabreado?

El viejo se encogió de hombros.

—Debía de haberle pasado algo. Desde el primer momento me di cuenta de que estaba furioso. Y ya entonces me arrepentí de cómo lo habíamos organizado... Me refiero a que los compradores llegaran antes que Reidar... de modo que él llegó el último, como si fuera un extraño, y yo creo que eso no le gustó nada. —Jespersen sonrió levemente—. Bueno, en realidad sé perfectamente que no le gustó nada llegar el último. —Meneó resignado la cabeza—. Nunca soportaba ser el último.

—¿Qué cree usted que lo puso de tan mal humor?

—Ni idea; quizá se peleó con Ingrid. De todos modos —Jespersen negó con la cabeza—, eso rara vez ocurría. No, no lo sé.

—¿Qué opinión le merecía esa relación? Quiero decir, ese matrimonio... Su hermano era muchísimo mayor que su mujer...

—¿Se refiere a si...?

—Sí, ¿ha vuelto locos a otros hombres?

Jespersen negó lentamente con la cabeza.

—¿La ha conocido? —preguntó.

—Naturalmente. Pero usted la conoce mejor que yo.

—Es de las que son fieles —afirmó Jespersen—. Siempre está alegre; le gustaba bailar, ¿sabe? Pero es fiel, muy fiel.

—¿No cree entonces que tuviera un lío?

El anciano sonrió, incómodo.

—No, eso... —Negó con la cabeza—. No —dijo con resolución.

—¿Pero no dice que su hermano Reidar estaba enfadado el día en cuestión?

—No dijo casi nada... bueno, mientras estaban presentes los compradores, pero en cuanto se fueron, se armó la marimorena.

—¿Qué sucedió?

—Rechazó la oferta sin discusión, se negó a discutir. Pero eso en realidad no nos extrañó; lo que nos extrañó fue todo lo demás, porque en cuanto empezamos a argumentar, se cabreó tanto que le dio una patada a la perrita de Arvid. —Emmanuel Jespersen esbozó una sonrisilla—. Nunca había visto una reacción así en Reidar. Quiero decir que resulta infantil ponerse a dar patadas o romper cosas; eso sólo lo hacen los enamorados cuando están celosos. —Meneó la cabeza—. Fue todo muy raro.

—Y cuando llegó, ¿ya se le notaban indicios de esa resistencia?

Jespersen negó con la cabeza.

—Eso fue precisamente lo más raro. Verá, a Arvid le afectó muchísimo el asunto de la perrita, con lo que fue imposible continuar la discusión; hubo que dar la reunión por concluida. Más tarde me estuve preguntando si Reidar lo habría hecho a propósito.

—¿A qué se refiere?

—A que lo hiciera para terminar la conversación. Verá, Arvid y yo nos mostramos obstinados. Teníamos previsto no darnos por vencidos. Y cuando vio que lo apremiábamos, dos contra uno, entonces fue cuando le propinó una patada al animal.

Gunnarstranda se pasó los dedos por los labios.

—Ya entiendo —murmuró mirando a su alrededor—. ¿Le gusta hacer crucigramas?

—Sí. —Folke Jespersen siguió la mirada de Gunnarstranda por la librería, donde había un montón de revistas de acertijos y obras de consulta—. Cómo se nota que es usted detective... —asintió, y señaló el revistero de debajo de la mesa—. Pues sí, todos mis nietos me traen revistas y periódicos. Los crucigramas y los jeroglíficos son mi pasión. ¿Por qué me lo pregunta?

Gunnarstranda meneó la cabeza.

—Por nada. Es que tengo un jeroglífico que, por más que intento resolverlo, no lo saco.

—Dispare —dijo, animado, el anciano.

Gunnarstranda lo miró directamente a los ojos.

—Son cuatro signos. El primero es una J, como de Jens. Luego viene el número uno. Luego el nueve y, finalmente, el cinco: J195.

Emmanuel Folke Jespersen negó lentamente con la cabeza.

—Hum —suspiró—. Tendré que pensarlo.

—Piénselo —dijo Gunnarstranda, y continuó—: ¿Volvió a llamar más tarde a Reidar?

—Eh... ¿no hay ninguna otra referencia? ¿Sólo cuatro signos... la letra J y los números uno, nueve y cinco?

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—J195: eso es todo. —Repitió la pregunta—: ¿Lo llamó?

—Lo intenté. Lo llamé.

—¿Cuándo fue eso?

—Hacia las seis de la tarde lo intenté unas cuantas veces. Primero a su casa, pero Ingrid me dijo que volvería más tarde. La había avisado. Luego llamé a Ensjø, pero no respondió nadie.

—¿Recuerda a qué hora fue eso?

—Hacia las seis y media. No lo recuerdo con exactitud.

Gunnarstranda se encendió otro cigarrillo liado por él.

—¿Y cuándo lo intentó de nuevo?

—Por la noche, a las diez y media. Entonces Reidar me dijo que no quería discutir sobre el asunto. Como tenía a Karsten y a su familia de visita, fue bastante parco en palabras.

—¿Intentó hablar otra vez con él más tarde?

Folke Jespersen miró tristemente al funcionario de la brigada de investigación criminal y negó con la cabeza.

—No, no lo hice.

—¿Cuándo se fue a la cama?

El anciano reflexionó.

—A la una, tal vez a la una y media.

—¿Y estaba solo?

El otro asintió.

—¿Cómo se enteró del asesinato?

—Llamé al día siguiente. Se puso al teléfono el cura; un cura que estaba en casa de Ingrid.

Gunnarstranda inhaló el humo y se concentró unos segundos en las ascuas del cigarrillo.

—Lo siento, pero tengo que plantearle la pregunta —se disculpó, y por unos segundos su mirada se cruzó con la del otro.

Emmanuel Folke Jespersen se mostró comprensivo. En ese momento, no era más que un pobre anciano con los mofletes caídos, la tripa gorda, los ojos tristes y un purito apagado en la mano.

Tras su visita a Emmanuel Folke Jespersen, Gunnarstranda dio un rodeo por Røa. Condujo a través de Griniveien, pero antes de llegar a Sørkedalsveien dobló por Røahagan, una de las típicas calles con villas de la parte oeste de Oslo, donde las grandes fincas de casas antiguas se habían ido fragmentando con el paso de los años, para que una clase media cada vez más numerosa y consciente de su estatus pudiera construir sus cursis palacetes en los antiguos y sombreados huertos de manzanos. La casa de Karsten y Susanne Jespersen era un bloque pintado de rojo de estilo *Bauhaus* que había sido reformado hasta volverse irreconocible. El comisario se detuvo un momento en la entrada de coches. Muchos años atrás, él y un colega habían creado un código común. Solían poner abreviaturas a los testigos cuando los mencionaban delante de otros testigos. Así, una mujer podía ser una «M» y a un hombre podían llamarlo, por ejemplo, «BT»; empleaban estos códigos para que los testigos no entendieran los mensajes, pero también porque esas categorías eran importantes para hacerse una idea de conjunto. «M» significaba mentirosa y «BT» era un buen tío. Se inventaron muchas abreviaturas de esa clase y las usaban con frecuencia.

Gunnarstranda y Frølich nunca habían trabajado de ese modo. La razón de ello, creía Gunnarstranda, era que, desde el punto de vista profesional, interpretaban las señales de una manera bastante parecida. Pero a veces Frølich y él estaban a varios kilómetros de distancia. Ahora, por ejemplo, intentó interpretar algo que supiera que iba a escapar a la atención de su colega más joven... consciente o inconscientemente.

Gunnarstranda partía de la base de que la gente se ponía una coraza y sacaba de ello el máximo provecho posible. Al mismo tiempo, se daba cuenta de que esa teoría tenía sus puntos débiles; de ahí que procurara por todos los medios corregir sus propias conclusiones a través de otros ángulos de visión. Ahora, delante de la casa de Karsten Jespersen, su problema era que no se sentía capaz de interpretar ni una sola señal. Sabía que con los precios actuales una casa unifamiliar como esa en la parte oeste de la ciudad era prohibitiva para muchos. Por otra parte, no tenía ni idea de cómo habían conseguido esa casa Karsten y Susanne Jespersen. Bien podía haber sido, por ejemplo, la casa paterna de ella. Aparte de eso, la situación geográfica de la vivienda, por el momento, era completamente irrelevante. Examinó la fachada del edificio. La escalera que daba a la puerta de entrada tenía malos cimientos y, tras muchos años de heladas, estaba torcida y llena de grietas que, a su vez, cedían ante la fuerza explosiva del hielo y la nieve. No obstante, los deteriorados muros no presentaban síntomas de ruina. Como la casa era de las más antiguas de la calle, carecía de los artísticos símbolos de estatus que engalanaban las casas más nuevas: encofrado de madera, tejado cubierto de hierba o tejas esmaltadas holandesas. Como tampoco había ningún coche en la entrada, la casa de Karsten Jespersen parecía igual de gris e impenetrable que su dueño. Gunnarstranda se preguntó si eso sería precisamente lo destacable. ¿Era el anonimato de Karsten Jespersen tan llamativo como para tener que prestarle más atención?

Cuando por fin llamó al timbre, tardaron bastante en abrirle la puerta.

—Pasaba por aquí para ver si estaba en casa —dijo Gunnarstranda amablemente—. Como le hemos cerrado la tienda...

Desde el pasillo se dirigieron directamente al despacho de Karsten Jespersen. «Muy apropiado», pensó Gunnarstranda con ironía. Pero el caso es que la habitación parecía muy acogedora. A lo largo de las paredes había estanterías llenas de libros. Junto a la ventana vio un viejo escritorio pintado de marrón y, sobre él, una máquina de escribir negra antigua de la marca Royal, que contrastaba con las dos enormes columnas de altavoces de la pared de enfrente. Gunnarstranda se acercó al imponente equipo de música con la esperanza de poder deducir de ahí algo acerca de los sentimientos más profundos de aquel hombre. El amplificador, plano pero muy ancho, reposaba sobre una placa de piedra tallada, probablemente de mármol. Las columnas de los altavoces eran triangulares, y llegaban hasta el techo. Ante ellas había dos modernas butacas de diseño con el respaldo reclinable.

—He venido para preguntarle de qué habló con su padre la noche anterior a su muerte —explicó Gunnarstranda en voz baja, después de sentarse en uno de los sillones.

Karsten Jespersen tomó asiento junto al escritorio.

—¿Hablé yo esa noche con mi padre? —replicó, dubitativo.

—Cuando fue a cenar a su casa.

—Ah, sí... Hombre, lo que se dice hablar, hablar... Fue la típica charla cotidiana. Hablamos de la cena, y de que los niños tenían que comérselo todo... de ese tipo de cosas.

—¿Y después? Usted y su padre se tomaron un coñac solos, ¿no?

—Es cierto, y hablamos sobre todo de la tienda. Le pregunté por algunos precios y discutimos sobre ello.

—¿Qué precios?

Karsten Jespersen abrió un cajón del escritorio y apoyó un pie encima.

—El precio de una mesa, de un uniforme antiguo y de dos vasos de Nøstetangen. Era mercancía nueva... todo está abajo, en el despacho.

—¿En qué despacho?

—En el mío, en el de la tienda.

—¿Y de eso fue de lo único que hablaron?

—No es poco. Fijar los precios de las antigüedades no sé hace en dos minutos. Yo le propuse tomar el coñac abajo, en la tienda, para que él mismo pudiera echarles un vistazo a las cosas, pero no quiso. Normal, era viernes por la noche... Dijo que las vería al día siguiente, el sábado.

—¿Podría haber sido esa la razón por la que bajó a la tienda cuando ustedes se marcharon? ¿Podría haber ido a la tienda para examinar la mercancía?

—Es posible —dijo Karsten Jespersen—. No lo sé.

—¿Por qué cree usted que bajó?

—Desde luego, es posible que quisiera ver esas cosas que acababan de llegar...

—Sin embargo, no quiso bajar con usted cuando se lo propuso.

—Exacto; de modo que habría sido un poco raro que hubiera bajado más tarde por eso. Pero quién sabe, él era siempre tan imprevisible...

—Pero ¿qué pensó usted cuando se enteró de que había aparecido muerto en la tienda? ¿Qué pensó que estaría haciendo allí?

—Pensé que habría bajado para ver si todo estaba en orden, si la puerta estaba cerrada. O sólo a coger algo... A decir verdad, no le di demasiadas vueltas.

—Pero si quisiéramos averiguar por qué bajó, ¿qué alternativas cree que hay?

—Tal vez quisiera comprobar si todo estaba bien cerrado. No creo que tuviera demasiado interés en inspeccionar la mercancía de la que le había hablado. Al fin y al cabo, me había dicho que lo haría al día siguiente.

—¿Cree usted que podría haberse citado con el criminal? —preguntó Gunnarstranda.

Karsten Jespersen lo miró fijamente.

—¿Tan raro le suena? —quiso saber el policía.

—No, pero eso significaría que no fue un robo.

—No hay indicios de que alguien entrara a robar en la tienda, pero todavía no sabemos si fue sustraído algo.

—Si me dejara entrar, yo podría decirle en seguida si han robado algo o no.

Gunnarstranda estiró las piernas y reclinó el respaldo de la butaca. Se estaba muy a gusto, allí sentado.

—Eso no es posible... al menos por ahora. Antes tenemos que inspeccionar todo el local. Le enviaremos una lista de los objetos que hayamos registrado en la tienda y entonces podrá comprobar si...

—Pero ¿por qué...?

Gunnarstranda lo interrumpió:

—Porque la tienda es el escenario del crimen, y eso no admite discusión.

Karsten Jespersen guardó silencio.

—¿Utiliza máquina de escribir? —preguntó el comisario, señalando la máquina negra que había sobre el escritorio—. ¿No usa ordenador?

Jespersen negó con la cabeza.

—Máquina de escribir y pluma estilográfica. Es más artístico. No puedo imaginarme escribiendo de otra manera.

—Pero es antigua. —El comisario señaló la máquina de escribir con la cabeza—. No tiene tecla correctora.

—Hemingway también escribía así —repuso el otro.

Gunnarstranda meditó la respuesta y tomó nota de este nuevo toque de color en la fachada gris de aquel hombre.

—¿De qué otra cosa habló con su padre? —preguntó luego.

—¿Otra cosa? —Karsten Jespersen se encogió de hombros—. Si quiere que le sea sincero, no me acuerdo.

—¿Mencionó él la reunión con sus dos hermanos?

—Sí, la mencionó; es cierto.

—¿Qué dijo?

—Casi nada. Dijo que había estado en casa de Arvid y había impedido la venta del negocio.

—¿Y se le había olvidado eso?

Jespersen hizo una mueca. La barbilla le dio unos leves respingos.

—No —dijo—, no se me había olvidado, pero... en fin...

Gunnarstranda esperó en silencio.

Jespersen apoyó pensativo la cabeza en la mano y procuró encontrar palabras con las que expresar lo que tanto lo afligía.

—Ojalá hubiera conocido a mi padre con vida —empezó, mirando al techo—. Entiéndalo, yo estaba enterado de esas... de esas... —hizo un movimiento desesperado con la mano mientras buscaba las palabras— esas negociaciones para la venta. Arvid me lo había contado. Él y Emmanuel tenían miedo de que yo me opusiera, porque al fin y al cabo soy el que lleva la tienda...

Gunnarstranda siguió esperando en silencio.

—Pero yo no tenía nada en contra. Podría abrir si quisiera una tienda en casa, en la sala de estar. ¡Para algo tengo contactos...!

Se quedó reflexionando un momento.

—¿Así que no tenía nada en contra de la venta?

—Absolutamente nada. Pero cuando mi padre se pone así... Verá, era ya muy tarde cuando nos sentamos a tomar un coñac, y después de que yo le hablé de esos vasos tallados y del uniforme completo, con sus medallas y sus galardones, él se limitó a mirarme de reojo y a decir, como echándome un jarro de agua fría por la cabeza: «He torpedeado la venta del negocio. ¿Quieres llamar a Arvid para consolarlo?». Tendría gracia si no...

—¿Fueron esas sus palabras?

—Sí. De manera que sabía que Arvid ya había hablado previamente conmigo de esas cosas. En realidad, eso fue lo que quiso darme a entender. Por eso estaba cabreado conmigo. Debía de parecerle que había actuado a sus espaldas o algo así.

—¿Y qué le respondió usted?

—No dije mucho. En realidad, debería haberme informado él sobre esas negociaciones para la venta, no Arvid. Mi padre había estado todo el rato al corriente de ese plan, y hasta entonces no protestó. Así que, ciñéndome a la verdad, le dije que me daba igual si se vendía el negocio o no. Si Arvid, Emmanuel y él querían venderlo, yo ya me las arreglaría. Y al final le conté que Arvid me había preguntado si estaba en contra de la venta, y que yo le había contestado exactamente lo mismo que a él. Además, le dije que me resultaba extraño que tuviera que informarme Arvid. Y luego ya no hablamos más del asunto.

—¿Terminaron la conversación?

—No, no, seguimos hablando de otras cosas, pero no de Emmanuel, de Arvid ni de la compra.

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—¿Y esa noche estaba distinto de otras veces?

—No. Estaba como siempre, un poco de mal humor. —Karsten sonrió levemente—. Normalmente solía estar un poco cabreado.

—¿A qué se debía eso?

—¿Mmm?

—¿Acaso estaba enfermo? Quiero decir que quizá estuviera con frecuencia de mal humor porque no se encontraba bien.

Jespersen sonrió.

—Mi padre no estaba enfermo.

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—Sí lo estaba —dijo—. Su padre tenía tumores en los riñones. El informe del forense dice que eran malignos. Sin embargo, hay una probabilidad muy alta de que él no lo supiera. —Gunnarstranda carraspeó—. La pregunta es, pues, si habló con usted de una posible enfermedad.

—Jamás. —Karsten Jespersen se quedó mirando al vacío—. ¿Cáncer? —repitió.

Gunnarstranda se aclaró de nuevo la voz.

—Bien, volvamos a la noche anterior a su asesinato. ¿Habló por teléfono en su presencia?

—Puede que llamara alguno que otro, pero él no telefoneó a nadie.

—¿Sabe con quién habló?

—No, ni idea; estaba ocupado con otras cosas, a los niños les iba entrando el sueño... ¿De verdad que tenía cáncer?

Gunnarstranda sacó la vieja fotografía que había encontrado bajo la carpeta del escritorio de Reidar Folke Jespersen.

—¿Sabe quién es? —preguntó.

Karsten Jespersen cogió la foto, la contempló y se encogió de hombros.

—Ni idea.

—¿No ha visto nunca a esta mujer?

—Nunca.

—La encontré entre los documentos de su padre y pensé que debía de ser su madre.

—¿Mi madre? —Jespersen meneó la cabeza, riendo—. No. Mi madre era rubia... completamente distinta de esa mujer.

Luego se levantó y cogió un retrato que colgaba de la pared, entre los dos altavoces. A continuación cogió una foto enmarcada, también de la pared. Durante un rato, sostuvo el retrato en una mano y la foto en la otra.

—Véalo usted mismo —dijo, pasándole los dos retratos al comisario.

Era una mujer de pelo claro y corto. Gunnarstranda creyó reconocer en ella la barbilla de Karsten Jespersen y también sus ojos. La foto había sido sacada en Bygdøy. La mujer estaba sentada en la terraza de un café con un pañuelo al cuello; parecía pensativa. Al fondo destacaba el edificio del museo Fram. Gunnarstranda lamentó no haber mostrado antes la foto antigua durante las pesquisas.

—Pensé que sería su madre —dijo, meditabundo—. De pronto caí en la cuenta de

que no había visto ninguna foto suya... de su madre.

Karsten Jespersen carraspeó.

—No me extraña que no haya visto ninguna foto de ella. No creo que Ingrid hubiera tolerado una foto de mi madre colgada de la pared. Ingrid es muy maja, pero no hasta ese punto. Hay muchas fotos de mi madre en su casa, pero están pegadas en álbumes.

Y a continuación volvió a colgar la foto en su sitio.

La parte de la herencia

—¿Se puede saber qué has echado en la taza? ¿Alquitrán? —dijo Frølich, intentando fregar bien las tazas antes de verter en ellas café recién hecho.

La taza de porcelana de Gunnarstranda, robada hacía tiempo en una cantina, tenía por dentro un color marrón oscuro producido por la acidez del café. La de Frølich era una pieza artística de cerámica verde que le había regalado por Navidades Gøril, la encargada de registrar todos los objetos de la escena del crimen. Frølich se paró a pensar en Gøril y en la noche que habían pasado juntos después de Nochebuena, hacía casi cuatro semanas. Pocas veces le había sido infiel a Eva-Britt. Pero cada vez que ocurría, luego se quedaba muy preocupado y arrepentido, y sentía un pánico atroz a contraer alguna enfermedad de transmisión sexual o a que se produjera un embarazo no deseado. Sin embargo, después de la noche que había pasado con Gøril, no lo asaltaron esas preocupaciones. Mientras el agua del grifo corría por la taza sucia de Gunnarstranda, sin que esta terminara de limpiarse, pensó en llamar a Gøril y pedirle la lista de los objetos de la tienda de Reidar Folke Jespersen. Contempló su imagen reflejada en el espejo.

—Pero ¿por qué? —se preguntó—. ¿Por qué quieres hacer eso?

—¿Mmm? —dijo Gunnarstranda desde su silla, mientras hojeaba la edición vespertina del *Aftenposten*.

—¿Qué? —preguntó Frølich.

—Yo no he dicho nada; has sido tú —respondió Gunnarstranda con la nariz metida en el periódico.

Frølich se incorporó y de pronto supo por qué tenía ganas de verla. La mujer no había hecho ni una sola alusión al episodio que había tenido lugar entre ambos. Recordó cómo le chispeaban los ojos cuando se encontraron en la tienda de antigüedades de Reidar. Sirvió café en las dos tazas.

—He dicho que el teléfono de Jonny Stokmo está muerto —le dijo a Gunnarstranda, colocándole delante la taza de café llena—. Stokmo se ha ido, es como si se lo hubiera tragado la tierra.

—Buena razón para seguirle la pista.

—Podemos intentar dar con él a través de su hijo... ese chatarrero de Torshov —dijo Frølich, haciendo una mueca al darle un sorbo a su café solo—. ¿Tú o yo? —preguntó.

—Yo —dijo Gunnarstranda, y alzó la vista—. ¿Qué opinas de los hermanos? ¿Tienen un móvil? —Dobló el periódico.

Frølich, que seguía pensando en Gøril y en las cosquillas que le había hecho su pelo en la nariz aquella noche de hacía cuatro semanas, intentó alejar de sí ese recuerdo y concentrarse en Gunnarstranda, que meneaba la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó el comisario de la brigada de investigación criminal.

—Reidar e Ingrid no habían acordado la separación de bienes —razonó Frølich con sensatez—. Nadie ha formulado una protesta. El tribunal de familias de Brannoysund no ha registrado ningún contrato matrimonial, y el testamento fue anulado. Si Ingrid Folke Jespersen se queda ahora con todas las propiedades del viejo... —Y dejó la frase sin terminar.

—No puede. Karsten Jespersen tiene derecho a heredar —dijo Gunnarstranda—. No es hijo de ella. Tiene derecho legítimo.

—Pero si suponemos por un momento que Ingrid Jespersen dispone libremente de todo el negocio del anciano —dijo Frølich—, entonces, tal y como ella me ha confesado, querrá librarse de la tienda. Es decir, ahora que su marido está muerto, la venta podría estar en el bote.

—¿Quieres decir que ese podría ser el móvil de los dos hermanos?

—Quiero decir que sería una tontería pasar por alto ese móvil. El hombre que impedía la venta del negocio ya no se interpone en el camino de nadie. Los dos hermanos poseen cada uno un tercio. Aparte de eso, todos afirman que Karsten Jespersen no está en absoluto interesado en la tienda. Y, sin embargo, no sabemos quién se hará cargo del negocio. Sin duda, habrá una discusión entre Karsten y la viuda... pero parece ser que los dos se entienden muy bien. Desde un punto de vista puramente de derecho sucesorio, Karsten tiene derecho a un tanto por ciento de la mitad paterna de toda la propiedad. Dado que Ingrid Jespersen y su marido no tenían separación de bienes, ella se beneficiará de la muerte de Reidar más que el hijo de este.

—Y de la difunta madre de Karsten tampoco sabemos nada —dijo Gunnarstranda.

—¿Qué?

—Karsten también tiene derecho a la herencia de ella. No sabemos si esa herencia ya ha sido aclarada. Cuando veo todo lo que no sabemos, este reparto de la herencia me parece tan complicado, que dudo...

Gunnarstranda se interrumpió.

—¿De qué dudas? —preguntó Frølich pacientemente.

Gunnarstranda negó con la cabeza.

—No sé. En cualquier caso, no creo que la cuestión de la herencia por sí sola sea un móvil convincente.

—Tal vez deberíamos solicitar la lista de los objetos de la tienda —dijo Frølich pensativo.

—¿Por qué?

El policía dirigió una mirada de ensoñación al vacío.

—No, por nada, pero podría ocuparme de eso en su momento.

—No me puedo imaginar que los dos viejos se hayan cargado a su hermano porque este retrasaba la venta del negocio —continuó Gunnarstranda, dubitativo.

—¿Retrasaba?

—Sí. Pese a todo, los dos eran mayoría. Reidar Folke Jespersen habría quedado en minoría.

—Pero ahora te olvidas de la relación que tenían entre sí —objetó Frølich—. Esos tres hermanos se conocen increíblemente bien. El muerto era un auténtico Goliat, que siempre lo decidía todo y aterrorizaba a los otros hasta que hacían lo que les ordenaba. De repente les cayó del cielo una oferta. A partir de entonces, los dos hermanos husmearon la posibilidad de una magnífica jubilación... y esa jubilación era la que quería echarles por tierra Reidar. Los otros dos estaban acostumbrados a ceder ante él. ¿Acaso no es llamativo que haya sido asesinado el mayor?

—En estas circunstancias, todo es llamativo —respondió Gunnarstranda.

—Y entre medio tenemos al hijo, Karsten, que estaba hasta las narices de trabajar a las órdenes de su padre a cambio de una propinilla...

—¡De eso no sabemos nada!

—Pero Karsten Jespersen se ha criado a la sombra de un tirano. Ten en cuenta que durante toda su vida no se le consintió tener miedo, y estoy seguro de que de pequeño tenía miedo hasta de las sombras de detrás de la puerta...

Gunnarstranda se había reclinado en el asiento, a la espera de una continuación que no llegó.

—¿Sí? —preguntó.

—En fin, tú mismo has podido ver que el tal Karsten está hecho una ruina.

—¿Y qué más?

—Los dos hermanos saben que sólo había uno que impidiera la venta. Ni Karsten ni Ingrid Jespersen se opondrían a la venta. Para los dos hermanos...

—En una reunión de la junta directiva únicamente habrían tenido que alzar la mano —dijo Gunnarstranda—. Estaban en mayoría.

—Sin embargo, sabemos que Reidar dejó entrar al asesino en la tienda —siguió argumentando Frølich.

—Pero podría haber dejado entrar a otros muchos; no tuvieron por qué haber sido forzosamente los hermanos. —Gunnarstranda observó a su corpulento colega—. Te olvidas de otra cosa. Me has contado lo de ese perro de Arvid Jespersen, *Sølvi*. ¿Esa historia no te induce a pensar que el hombre es demasiado blando?

—¿Por qué? El asunto del perro únicamente reforzaría el móvil de Arvid. Al fin y al cabo, su hermano intentó matar al animal.

—No me refiero a eso, sino a que era una birria de perro, ¿no?

Frølich levantó las dos cejas.

Gunnarstranda alzó los brazos y buscó las palabras apropiadas.

—Ya sabes lo que quiero decir... Esa clase de perros que parecen ratas con pelo sólo los tienen las putas viejas y los maricones, ¿no?

Frølich miró desconcertado a su jefe.

—Mi abuela tenía uno igual —acertó a balbucear.

—Vaaaale —asintió Gunnarstranda en tono apaciguador, apretó los labios y arrugó elocuentemente la cara—. Seguro que Arvid es un hombre completamente normal. Pero creo que si nos aferramos a la historia de la herencia de los Jespersen, nos metemos en un callejón sin salida. Lo único que tiene de particular es que el hombre, al parecer sin la menor presión emotiva, anuló su testamento poco antes de ser liquidado —se aclaró la voz y permaneció un rato pensativo—. En cualquier caso, es demasiado pronto para prestar tanta atención sólo a los hermanos. El que yo he visto, Emmanuel, tal vez sea capaz de garabatear un acertijo en el cadáver, pero desde luego no parece un gran luchador. Apenas podía levantarse del sillón para coger un cenicero. —Clavó de nuevo la mirada en Frølich—. ¿Miedo de las sombras de detrás de la puerta? —preguntó, extrañado.

—A todos los niños les da miedo la oscuridad.

—¿Qué clase de sombras hay detrás de la puerta?

—Sombras, cosas que dan miedo.

—Pero ¿detrás de la puerta? ¿Se pueden ver sombras a través de una puerta cerrada?

Frølich lo miró.

—Bueno, dejémoslo en debajo de la cama... ¿eso te gusta más?

Gunnarstranda alzó resignado los brazos.

—Vale, está bien. —Carraspeó y se levantó—. Bueno, sigamos con lo nuestro —murmuró al tiempo que cogía la chaqueta.

Viejos amigos

Gunnarstranda recorrió Vogts Gate buscando el taller del hijo de Stokmo. Apartó unas cuantas tiras de plástico que colgaban a la altura de la cara; no tenía ni idea de lo que significaban, tal vez fueran una ayuda para los ciegos, para que no se perdieran en invierno. La acera estaba cubierta de hielo. Cuando pasó el tranvía, tuvo que pegarse a la pared. Finalmente encontró el número de la casa. Como no vio ningún letrero en la entrada, dudó un momento antes de meterse en el patio interior. Allí había una mugrienta estibadora de horquilla con un tanque de gas detrás del asiento. Gunnarstranda se detuvo a mirar una escalera oxidada de hierro que subía oblicuamente por la pared de una casa de dos pisos. Cada peldaño constaba de tres rejillas paralelas y, pese a todo, se había formado una morcilla de hielo por el borde de casi todos ellos. Al subir, el policía se agarró con cuidado a la barandilla. La ventana estaba a oscuras. A través del cristal, su mirada recayó directamente en una vieja máquina de coser Singer colocada sobre una mesa de trabajo. Tras ella había un trineo puesto de pie, y en las paredes se apilaban cajas de cartón llenas de chatarra no identificable. Muy al fondo de la habitación pudo reconocer la silueta de una puerta. Empujó la puerta de entrada: estaba cerrada. Se incorporó de nuevo y miró a su alrededor. La vista quedaba delimitada por las otras casas que rodeaban el patio interior. Eran casas antiguas, cuya parte inferior constaba de un entramado de madera con el revoque algo desconchado. Pasó un tranvía traqueteando, y un coche tocó el claxon en la calle. Abajo, en el patio, había dos lavadoras desechadas sobre un montón de trozos de tubos. Una puerta con una rendija abierta permitía ver un taller en el que había frascos de vidrio para un aparato de soldadura y unas enormes tenazas sobre un gran ovillo de cables. Gunnarstranda se ciñó el abrigo y bajó con cuidado la escalera. La nieve se había acumulado en la pared, que estaba llena de pegotes blancos. Parecía como si se hubiera librado una batalla de bolas de nieve. Asomó la cabeza por la puerta entreabierta del taller: no se veía a nadie. Dobló la esquina y comprendió por qué había nieve pegada hasta lo alto de la pared. Un quitanieves giratorio Norlett estaba aparcado debajo de una ventana de seguridad en la que había luz.

Tres cabezas se volvieron hacia la puerta cuando él entró. Dos hombres con monos manchados de grasa estaban sentados sobre una mesa pegada a la pared con sendos bocadillos y termos. El tercero, un tipo de aspecto furibundo con unos gruesos bigotes retorcidos al estilo de los habitantes de la ciudad de Trondheim, se hallaba sentado detrás de un escritorio. En la cabeza llevaba una gorra de béisbol con la visera hacia atrás; a un lado decía «Seguros Samvirke».

—Busco a Jonny Stokmo —dijo el comisario Gunnarstranda.

—No está —respondió amablemente el hombre del bigote, llevándose una taza a

la boca en la que se leía lo mismo que en la gorra. Sorbió el café.

—Pero el nombre le suena, ¿no? —preguntó el policía.

Uno de los obreros sonrió con malicia. Llevaba unas gafas de espejo, y al sonreír dejaba al descubierto dos incisivos similares a los de un ratoncillo.

Bigotes dejó despacio la taza, intercambió una mirada con los otros dos y, finalmente, también sonrió con malicia.

—¡Dios me libre! —suspiró, chupándose el café del bigote.

Acto seguido, el tercero de la ronda soltó una sonora carcajada.

—A la parrilla —cloqueó—. Asadas a la parrilla con hierbas aromáticas.

Bigotes no le hizo caso.

—¿Quiere un café? —le preguntó a Gunnarstranda—. No le haga caso a Moses —dijo señalando con la cabeza al hombre, que aún seguía cloqueando—. Está loco.

—Está completamente grillado —aseguró el de los dientes de ratón.

—Pasadas por agua —replicó Moses.

Bigotes observó a Moses.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó—. ¡Eso no lo entiende nadie! —Señaló con la cabeza a Gunnarstranda.

Este decidió que había llegado el momento de identificarse.

—Comisario de lo criminal —dijo—. Brigada de homicidios.

—Jo... mierda —respondió el hombre del escritorio, meneando el bigote al sonreír.

—Rehogadas en mantequilla —prosiguió Moses.

El hombre de los dientes de ratón soltó una risita y se golpeó el muslo.

—Rehogadas en mantequilla —repitió—. Rehogadas en mantequilla con macarrones.

—No... en salmuera —dijo Moses—. Adobadas en barricas con sal y aceite de hígado de bacalao.

—Moses intenta imaginarse las maneras más repugnantes de comer lenguas de bacalao —explicó Bigotes—. Venga, compórtate, pirado —le dijo a Moses.

—Piensa algo para el mediodía —sugirió el hombre de los dientes de ratón con una risita.

—¿Conoce alguien a Jonny Stokmo?

—Es mi padre —dijo Bigotes.

Se quitó la gorra y debajo apareció una lustrosa semicalvicie. Con el pelo gris restante se había hecho una larga cola de caballo.

—Tengo que hablar urgentemente con su padre —explicó Gunnarstranda.

—¿Sabe? Es una pena que él no lo comprenda —dijo el hijo de Stokmo—. ¿Dónde crees que estará, Moses?

—En su granja.

—¡Vaya, habló el loco! —replicó Bigotes, acercándose con la silla a Gunnarstranda—. Los borrachos y los locos siempre dicen la verdad.

—¿Dónde está esa granja? —preguntó Gunnarstranda con precaución.

Bigotes volvió a girar con la silla y cogió un periódico que había encima de la mesa.

—En la foto parece más joven —dijo, enseñándole el periódico.

Gunnarstranda miró su propia foto.

—Aquí tenía pelo —constató Bigotes.

A Gunnarstranda siempre le había dado rabia que los periódicos emplearan esa foto. Se la había sacado recién llegado de las vacaciones de verano. Salía con la frente arrugada en un gesto idiota. Tenía la cara roja como un cangrejo, y ojeras, y como era tan bajito, miraba a la cámara desde abajo con ojos saltones.

—¿Dónde está esa granja? —repitió con énfasis.

—¿Conoce usted a Bendik Flemming? —preguntó Bigotes.

Gunnarstranda asintió lentamente.

—Recuerdos de su parte —dijo Bigotes.

El policía volvió a asentir con la cabeza.

—De eso hace ya mucho. Creo que fue... —Reflexionó—. Tuvo que ser en el noventa y dos —afirmó—. Creo que le cayeron unos cuantos años...

—Tiene buena memoria —comentó el hombre de los dientes de ratón, cogiendo una rebanada de pan con las manos grasientas; luego dio un bocado enorme y comenzó a masticar con la mirada perdida.

—¿Qué tal le va a Bendik? —preguntó Gunnarstranda.

—Bebe mucho.

—Eso no es bueno —señaló el comisario.

—Pero ya no se lía a palos cuando está pedo; ahora lloriquea.

—Más vale lloriquear que cargarse a la gente. Salúdelo de mi parte —añadió Gunnarstranda, carraspeando.

Los tres hombres lo miraron fijamente.

—¿No tiene teléfono, su padre? —preguntó el policía.

—Sí, pero lo tiene desconectado... Un móvil.

—¿Por qué lo tiene desconectado?

—Pues porque sospechaba que usted lo llamaría —dijo Bigotes con una sonrisa de conejo.

—¿Dónde está la granja? —repitió Gunnarstranda en tono pausado.

El hombre al que llamaban Moses resbaló por la mesa en la que estaba sentado, atravesó el local y señaló una foto enmarcada que colgaba de la pared de enfrente: una foto aérea de una granja.

—Ahí —dijo, sonriéndole a su jefe, que seguía sentado detrás del escritorio.

Gunnarstranda miró el reloj. Como había quedado para cenar al cabo de poco, le pidió al hijo de Stokmo que fuera tan amable de dibujarle un plano.

Dos horas más tarde, abrió la puerta del restaurante Hansken, donde lo esperaba Tove Granaas, enfrascada en un libro.

La primera cita algo íntima que Gunnarstranda había tenido con Tove Granaas había sido con motivo de una reunión de la asociación local de jardinería. El tema de la conferencia que se anunciaba en un cartel eran las lilas. Dado que conocía al ponente y no creía que el hombre fuera a enseñarle nada nuevo, aparte de que tampoco tenía demasiadas ganas de verlo, esa tarde seguro que se habría quedado en casa, de no ser porque, poco antes del inicio del acto, lo había llamado el director y lo había obligado a ir. El viejo Bøhren era un arrogante burócrata jubilado al que le encantaba enredar al comisario en absurdas e irritantes discusiones sobre fenómenos botánicos.

Ya le había dicho a la junta directiva de la asociación de jardinería que no tenía ningún sentido reclutarlo como socio. Llevaba mucho tiempo suscrito a la revista, como muy bien sabía el director. Pero hacía un mes, cuando en esa misma asociación había dado una conferencia con proyecciones acerca de las plantas edáficas sobre suelo calcáreo, se había puesto claramente de manifiesto que era absurdo que se hiciera socio.

Y, sin embargo, cuando ese día lo llamó el director, fue corriendo al pabellón deportivo, en el que se habían instalado unas mesas plegables con sus correspondientes sillas de plástico pegadas a unas paredes dotadas de espalderas. Gunnarstranda entró por la salida de emergencias, que estaba abierta, saludó a derecha e izquierda y se sentó a una mesa atrás del todo, en un rincón. La mayor parte de los invitados iban de dos en dos a ese tipo de actos. «En realidad, no pasa nada por sentarme solo», pensó, siempre y cuando pudiera escabullirse de Bøhren, ese pomposo anciano que tanto disfrutaba oyéndose hablar. Desde allí miraba temerosamente hacia la entrada, cuando de repente se interpuso entre él y la puerta un brazo que sostenía la jarra de un termo.

—¿Está libre? —preguntó ella.

Pero antes de que Gunnarstranda contestara, ella ya se había sentado.

—¿No se acuerda de mí? —le preguntó ella.

Él sabía que la había visto en alguna parte, por lo que buscó en el archivo de su cerebro.

—Usted me interrogó con motivo de un caso de asesinato —explicó ella al ver su reacción—. En el trabajo.

—Tove —dijo él finalmente, y de nuevo se sintió entusiasmado por su sonrisa—. Tove Granaas.

—La última vez no me reconocí.

A Gunnarstranda le resultaba bochornoso que hubiera estado sentada entre el público durante su conferencia.

—¿Estaba usted aquí la última vez?

Ella lo devolvió en seguida a la realidad.

—Claro que estaba —dijo—. Sigo todo lo que hace usted. Como hombre de la brigada de homicidios, es usted un genio.

Un señor de la mesa de al lado alzó la taza para dar a entender que la tenía vacía. Tove cogió automáticamente su jarra del termo y se la pasó. Un suave aroma a perfume acarició la mejilla de Gunnarstranda cuando ella se volvió de nuevo. Con su sencillo jersey de punto y sus vaqueros, tenía un aire veraniego. Sus manos eran pequeñas, los dedos fuertes y llevaba las uñas cortas. «Manos que pueden agarrar», pensó él. Cuando alzó la vista, ella seguía prestándole atención. Luego apoyó la cabeza en la mano y le habló de sus problemas con los narcisos.

—Los tengo plantados en un arriate; todos los otoños planto los bulbos, pero casi nunca salen.

—Mal drenaje —dijo él—. Cave un hoyo más hondo y rellénelo de bolitas de piedra pómez o de arena.

—¿Cómo de profundo?

—Entierre cada bulbo a una profundidad equivalente a tres bulbos.

—Tal y como lo dice, parece sencillo.

—Si mete en cada agujero muchos bulbos, quince o veinte, se formará una especie de arbusto... ¡precioso! —Con la emoción, se había inclinado sobre la mesa y, antes de darse cuenta, se oyó decir—: Puedo ayudarla, si quiere.

Una vez dichas las palabras, le habría gustado arrancarse la lengua.

—Ahora en invierno supongo que ya será tarde —respondió ella.

Gunnarstranda, aliviado, tragó saliva.

—Siempre podrá cultivarlos dentro y sacarlos cuando no haya heladas —la consoló.

Al poco rato descubrió que Bøhren, el jefe de la asociación, había entrado; no llevaba corbata, pero sí un ridículo pañuelito anudado al cuello. Con su cuerpo larguirucho apoyado en un bastón, miraba malencarado a su alrededor. El comisario sabía que lo buscaba a él. Sin embargo, cuando la mirada de Bøhren recayó en él, miró hacia otro lado.

—¡Pero si es Bøhren! —dijo Tove Granaas en voz alta.

Bøhren acababa de verlos a los dos, pero se detuvo.

Gunnarstranda asintió lentamente con la cabeza.

El anciano lo taladró con una mirada prolongada. Luego se volvió despacio y se alejó cojeando en la dirección contraria.

—¿No le habré quitado el sitio a Bøhren, verdad? —susurró Tove Granaas en

tono de complicidad.

—Por lo que más quiera, quédese sentada —le respondió Gunnarstranda con otro susurro.

Y por tercera vez en poco rato, ella le apretó ligeramente el brazo.

Desde entonces, ninguno de los dos había vuelto a las reuniones de la asociación local de jardinería. A cambio, habían salido tres noches a cenar.

Ahora, en el restaurante Hansken, cuando Gunnarstranda se sentó y se cruzó con su mirada, sentía la misma ilusión por la cena que por la conversación.

La casa en el bosque

«¡Compañía, firmes!», pensó Frank Frølich, acordándose de las remotas marchas del servicio militar. Una lluvia torrencial, el uniforme empapado, rígido y frío, las pocas ganas de mover un solo músculo. La única alternativa era esperar. Ponerse firmes y esperar a que el cielo o un oficial ordenara un cambio de situación. Ahora: Eva-Britt y él en un restaurante. Aunque habían terminado de cenar hacía rato, y aunque él tenía miles de cosas que hacer, su deber era permanecer tranquilamente sentado. Era un ritual que habían adoptado porque Eva-Britt no soportaba las prisas. Pero también era un ritual que a él le fastidiaba cada vez más. Tras su tranquila fachada exterior, ahora pugnaban por prevalecer dos sentimientos radicalmente opuestos: el estrés, porque se sentía inactivo, y la rabia, porque ella lo obligaba a comportarse de un modo artificialmente sosegado. Estiró las piernas, arrancó el envoltorio de su tercer mondadientes y miró a su alrededor. En la mesa de al lado había un hombre joven con el pelo rapado que escuchaba a una mujer igualmente joven, que gesticulaba con las dos manos al hablar. Frank Frølich se había enterado de que ella era camarera. Le estaba contando al que tenía enfrente historias de clientes inaguantables. Él, por su parte, reprimía un bostezo y se hurgaba también la boca con un palillo.

Frølich dejó vagar la mirada por el local y, finalmente, la centró en el rostro de Eva-Britt, que llevaba un largo rato hablando. Frank no tenía ni idea de sobre qué.

«¿Cómo habré llegado a esto?», pensó mientras apuraba pacientemente el vaso y contemplaba la cara de ella, que no paraba de hablar: ese labio inferior que en otro tiempo le daban ganas de morder hasta hacerlo trizas, esos ojos que alguna vez había comparado con dos islas del Mediterráneo, el irresistible atractivo de las pestañas caídas... «¿Cómo *habremos* llegado a esto?».

Hacía unos años hubiera sido completamente natural interrumpir esa verborrea con un beso. Hoy se pondría furiosa y se sentiría ofendida y avergonzada de él. Además, seguro que, al intentarlo, tiraba el vaso.

Pensó en su ombligo hundido en la piel, en la curva de su vientre cuando se estiraba por la mañana. Ahora tenía que evocar esas imágenes; ya no surgían por sí solas.

«¿Qué ha sido de la chispa?», pensó mientras contemplaba las largas piernas de ella bajo la mesa. Botas altas: el distintivo de Eva-Britt. El sujetador que sostenía su busto. Los zapatos que subrayaban el misterio erótico al que conducen las piernas de las mujeres y que los hombres buscan con los ojos.

Ya no sentía ninguna chispa. Y se imaginaba que ella tenía que percibir la misma sensación de vacío. «¿Por qué hacemos como si no pasara nada?», se preguntó.

Habían comido filetes de colmilleja. El camarero recogió los platos. Y por fin,

mientras el hombre recogía la mesa, ella se calló. En ese instante, Frølich reconoció en los ojos de Eva-Britt algo que lo aterrizó. En cuanto se alejó el camarero, empezó otra vez a rajar. Ahora se puso a despotricar de los moderadores de la televisión y de la estupidez de las nuevas series televisivas.

—¿O no tengo razón? —preguntó.

Frølich intuyó cierta agresividad en su mirada. Probablemente creía que lo había pillado sumido en sus propios pensamientos.

—Ya vimos el debate de ayer en la televisión —respondió él lentamente—. Hablaron del tema hasta desmenuzarlo.

Ella se ofendió. «Porque mi respuesta ha sido demasiado brutal —pensó él—. Es brutal desinteresarme por completo y no aparentar siquiera que estoy interesado». Al mismo tiempo, sintió cómo le cabreaba que ella se sintiera ofendida porque a él esa conversación le parecía una pérdida de tiempo. Eva-Britt siempre estaba ofendida, nunca enfadada. De todos modos, tampoco se permitía mostrarse ofendida en grandes dosis. Prefería refugiarse en un estado sentimental construido por ella misma, en una especie de vacío donde ella no percibía la esencia de los cambios ambientales ni las fluctuaciones de los estados de ánimo: la zona desmilitarizada de Eva-Britt. Allí había que desarmarse y tratar de encontrar temas de conversación neutrales. Como era su costumbre, ella hinchó los mofletes.

—¡Madre mía, qué llena estoy! ¡Inflada! —dijo a modo de ilustración de sus mejillas hinchadas.

Frølich asintió, despacio.

—El pescado me ha dejado las papilas gustativas hechas polvo.

Él asintió de nuevo con la cabeza, y el camarero trajo café y copas. Cuando ella dio un sorbito del coñac, hizo girar la lengua en la boca.

—Mmm —se deleitó—. Mmm, creo que ahora mis papilas gustativas se van a volver completamente locas.

Frølich asintió.

—La última vez que estuvimos aquí pedimos de primero caracoles, ¿te acuerdas? Y raviolis con salvia y una mantequilla que era pura grasa, y después *filet mignon*.

Frølich asintió.

—¡Buf, esa vez sí que me llené! Me quedé así —dijo inflando más los mofletes.

Frølich repitió la palabra para sus adentros.

—¡Inflada!

Él asintió de nuevo. Luego miró por la ventana, porque sabía cómo se ofendería ella si miraba directamente el reloj. Al otro lado de la calle se veía brillar el reloj de una relojería: marcaba las nueve y diez.

Frølich logró sacar una hora de trabajo, aunque con la condición de ir después a casa de ella. Regresó hacia medianoche. Eva-Britt acababa de salir del baño. Como

llevaba el camisón puesto, probablemente Julie ya estaría dormida. Estaba agotado; se dio una ducha de agua hirviendo. Cuando terminó, ella ya se había metido en la cama. Yacía desnuda y bien abrigada bajo el edredón. En cuanto él se acostó a su lado, ella le rodeó el miembro con las dos manos. Estuvieron mucho rato haciendo el amor de diversas maneras, pero sus fantasías giraban todo el rato en torno a Gøril. Luego se quedó dormido como un tronco, y siguió soñando con Gøril. Soñó que ella estaba sobre él, como aquella mañana de hacía cuatro semanas. En el sueño, ella se incorporaba, y entonces él veía la cara de Ingrid Jespersen. Dio un respingo y se despertó a altas horas de la noche: tenía una erección. Se quedó unos minutos tumbado mirando el dormitorio a oscuras, luego rodó con cuidado hacia Eva-Britt y la despertó para hacer el amor. A la mañana siguiente le llevó el desayuno a la cama. Eva-Britt sonrió cálidamente y le dijo con ternura que hacían bien en vivir cada uno por su lado, mientras pudieran mantener la relación en términos positivos.

Frølich llevó a Julie al colegio en coche y luego puso rumbo a la frontera sueca. Comenzaba un nuevo y deslumbrante día de invierno. Los campos cubiertos de nieve de Østfold reposaban intactos entre el bosque y las carreteras. El cielo era una hoja de papel azul. Los árboles estiraban sus pesadas ramas al aire y, de no ser por la helada, podrían haber recordado a caracteres chinos: estatuas con blancas armaduras de escarcha y cristales de hielo.

Después de perderse unas cuantas veces, por fin encontró el lago helado. En un sembrado en el que se había congregado una bandada de cornejas asomaban entre la nieve unos pocos arbustos de cañas amarillas. A juzgar por la actividad de las aves, el tema de su conversación parecía un tanto aburrido. La nieve lanzaba destellos y reflejaba la luz cegadora. Un tiempo maravilloso para esquiar, de no ser por el frío que hacía.

Vio que salía humo por la chimenea de una casa que, sin duda, era la granja de Jonny Stokmo. Frølich se desvió del camino, subió por la cuesta que llevaba a la casa blanca y pasó por un pequeño cobertizo antes de doblar hacia la granja. Al pie de la rampa del granero había un tractor de la marca Belarus con un quitanieves de reja enganchado a él. Debía de tener una grieta en alguna parte, porque debajo del motor había una mancha negra de aceite. Un tanque de diesel se hallaba colocado de pie junto a una camioneta Mazda con manchas de herrumbre en el guardabarros. Frølich se volvió hacia la casa y percibió un movimiento detrás de una ventana. Poco después se abrió la puerta de entrada y en la escalera apareció un hombre con una camisa de cuadros y un bigote que le caía hasta el mentón formando unos finos hilillos.

El cuarto de estar olía a una mezcla de sudor, resina, humo de tabaco y grasa rancia de fritura. Las paredes estaban desnudas, y el suelo, revestido de linóleo. Jonny Stokmo se agachó y abrió la tapa de una estufa para comprobar si hacía falta echar más leña, pero la volvió a cerrar. Como Stokmo también llevaba puestas las botas de

invierno, Frølich no se quitó las suyas.

—Son unos ratas —respondió Stokmo a la pregunta del policía acerca de si conocía a la familia Folke Jespersen.

Stokmo se sentó en una mecedora que había delante del televisor. Frank Frølich se dirigió al tresillo, junto a una mesa repleta de periódicos y ceniceros llenos de colillas.

—Esos te quitan hasta la camisa —murmuró Stokmo—. Es posible que haya sentido aprecio por Reidar, pero de eso hace ya muchísimo tiempo. Era exactamente igual que ellos.

—¿Quiénes son ellos? —lo interrumpió Frølich, sacando su viejo y manoseado cuaderno de notas.

—Los dos sebosos y sinvergüenzas de sus hermanos. Han sido ellos, y el joven, Karsten, también es uno de ellos. Mi padre conocía muy bien a Reidar; yo no, y ahora se han cargado al pobre hombre. ¿Se ha parado a pensar en por qué se pelean? Por la tienda de la esquina. Maldita sea, si no es más que un quiosco de periódicos lleno de muebles viejos, ¿se ha parado a pensarlo? Esa tienda es una porquería; sólo tiene cosas que Reidar ha robado a la gente, o basura que otros han tirado. ¿Lo entiende? ¡Son ratas! —Jonny Stokmo hizo una mueca con su bigote de camionero—. A usted, como policía, quizá no debería contárselo. Pero voy a decirle sinceramente quién era Reidar: un maldito coleccionista de chatarra que se ha permitido el lujo de tener una mujer hermosa y una casa en la noble parte oeste de Oslo. Bueno no, Reidar Folke Jespersen era un hombre de negocios, un gran instigador de pelo y barba blancos que el día de la fiesta nacional se calaba una boina negra. Tendría que haber conocido al viejo; lo estoy viendo con su maletín, bajando la escalera que llevaba a su quiosco, que era todo su orgullo, ¡figúrese! Reidar era un anciano que se creía inmortal; así, dos veces por semana se machacaba pedaleando en una bicicleta estática. Yo lo he visto, maldita sea, yo soy el único que lo ha visto de verdad. ¿Quién, si no, cree que iba a los contenedores y a las casas demolidas a recoger viejos escritorios y rinconeras o estufas antiguas, para luego limpiarlos hasta que quedaran relucientes y pudieran salir a subasta o acabar en algún mercadillo?

—Pero siempre ha alimentado a su familia; al fin y al cabo, su hijo tenía unos ingresos...

—Karsten tiene casi cincuenta años. ¿Qué cree que hace en la tienda, en la que entran dos clientes al día? Se sienta en la parte de atrás a escribir historias pornográficas y las así llamadas «historias reales» para suplementos semanales. Karsten no vive de la tienda, sino de su mujer. Ella es apoderada de una empresa mastodóntica en Oppegard.

—¿Trabajaba Karsten para su padre sin percibir una retribución?

Stokmo negó con la cabeza.

—Ha de saber que todo lo que rodeaba a Reidar no era normal: el hombre tenía ochenta años, pero no era capaz de traspasar el quiosco a su hijo. ¡Imagínese!

—Pero ¿por qué? —preguntó Frølich.

—Podía ocurrir que apareciera una Frogner-Tussi que quisiera pagar mil pavos por un trozo de madera podrida, y entonces Reidar se metía el dinero directamente en el bolsillo, en negro, sin IVA. Ya se lo he dicho: ¡Reidar era un rata!

—¿Quiere decir que era codicioso?

—La palabra codicioso se queda corta —dijo Jonny Stokmo en tono sibilino—. Mire esta casa —añadió, señalando la habitación con su robusto brazote de obrero—. Como verá, no tiene nada de particular: es una pequeña granja. Pero todo lo que era valioso de esta casa se lo quitó Reidar a mi padre y lo vendió luego como antigüedad. Una vez me traje un viejo banco de carpintero de un taller de ebanistería de Gran; luego encontré un taburete a juego, y tenía pensado utilizarlos ahí fuera, en la cochera, pero antes de que pudiera traerme las cosas para casa, Reidar ya había vendido el banco como una mesa de comedor antigua por diez mil pavos... y yo no recibí ni un øre. He presenciado cómo Reidar vendía un viejo casco de motorista afirmando que era un cuenco de arroz del Congo. Así es como conozco yo a Reidar: enamorado del dinero y de sí mismo.

Frank Frølich observó a Stokmo con desprecio. Durante unos segundos, se hizo el silencio.

—La palabra codicioso se queda corta —repitió Stokmo.

—¿Y usted? —preguntó entonces el funcionario de la brigada de investigación criminal—. ¿Usted vivía del negocio?

—Sí.

—¿Y tenía que transportar objetos usados?

—Objetos usados y antigüedades. Como ya le he dicho, cosas de los contenedores y de las casas demolidas; Reidar llamaba a alguien, y si me necesitaba, tenía que coger la camioneta y salir zumbando.

—¿De manera que no era un trabajo fijo?

—No.

—Y ahora ya no trabajaba para él...

—No, desde hacía tres semanas.

—¿Por qué?

Jonny Stokmo tardó unos segundos en contestar.

—Eso es un asunto privado.

—Aquí no hay nada privado... No lo hay cuando una de las partes ha sido asesinada.

—Se trata de dinero... siempre se trata de dinero, en especial, en la familia Folke Jespersen.

—Tendrá que hablar más claro.

—No me pagó lo que me debía. Y me harté.

—¿Y se marchó inmediatamente?

—No es que me marchara, es que no fui cuando ese tiparraco me llamó.

—Pues corren rumores de que fue al revés, es decir, que Reidar le dio la patada a usted.

Jonny Stokmo torció la boca en una sonrisa sarcástica.

—¿Entiende ahora a qué me refiero? Son una panda de ratas.

—¿Entonces no lo echó Reidar?

Los ojos de Jonny Stokmo lanzaron un destello, y el hombre apretó los puños.

—¿Acaso oye mal?

Frølich lo observó tranquilamente, hasta que la expresión agresiva del rostro de Stokmo se suavizó.

—¿Trabajaba como empleado o sobre una base de honorarios?

Jonny Stokmo volvió a relajarse y lo mostró cruzándose de piernas.

—Reidar Folke Jespersen era capaz de distinguir una moneda de cincuenta øres desde la acera de enfrente —dijo—. ¿Cree usted que un hombre así paga voluntariamente gravámenes sociales? La respuesta es no. Nunca he estado empleado. Le pasaba facturas.

—Dice que los hermanos se peleaban por la tienda —continuó Frølich, pasando una página de su cuaderno de notas.

—Como ya le he dicho, se peleaban por esa tienducha, sí. Todos querían una porción de la tarta, y todos querían ganar dinero a costa de la chatarra. Pero a mí no me han abonado las facturas.

—¿Cómo querían ganar dinero con la tienda los hermanos de Reidar?

—La tienda entera les pertenece. Era una sociedad anónima, por lo que Ingrid queda fuera de concurso. Fue una jugada muy astuta, ¿entiende?, porque al cargarse a Reidar, al mismo tiempo se han librado de su mujer. Y ahora sólo quedan Karsten, Arvid y Emmanuel. Ya veremos si aparece un testamento; en ese caso, sabrá quién es el asesino.

Jonny Stokmo esbozó una sonrisa de conejo y se levantó. Luego se acercó arrastrando los pies al cajón de la leña, sacó dos troncos de abedul, regresó a la estufa arrastrando de nuevo los pies y se arrodilló delante. Frølich lo vio coger los leños con sus dos brazos, atizar las brasas antes de echar el leño a la estufa, cerrar la puerta de la misma y comprobar el tiro.

El policía intentó seguir en silencio la hilación de pensamientos de Stokmo, pero en seguida renunció.

—Pero si la tienda, como usted dice, no tiene ningún valor, entonces esa teoría no se sostiene —objetó.

A Jonny Stokmo le brillaron los ojos.

—¿Qué teoría?

—La teoría de que los herederos se han cargado a Reidar Folke Jespersen para quedarse con la tienda.

Stokmo volvió a sentarse en la mecedora, sacó una bolsa de tabaco del bolsillo y lio un cigarrillo.

—Eso es lo trágico. La gente se pelea por nada. Cuando veo a los herederos de una granja de por aquí llegando a las manos... Hermanos que ya no se dirigen la palabra peleándose por solares pequeños que no valen absolutamente nada, ¿sabe? Dentro de unos años, cuando ingresemos en la Comunidad Europea, todas estas pequeñas granjas se cerrarán. Y, pese a todo, se las disputan hasta hacer correr la sangre. ¿Se acuerda de aquel caso de hace unos años, arriba, en Skedsmo, donde fue asesinada una familia entera, madre, padre e hija? Pues esto es exactamente igual. Reidar no tenía más que una mísera tienda de artículos de segunda mano, un agujero en la pared de menos de cincuenta metros cuadrados, y ni siquiera vendían lo suficiente como para saldar viejas deudas. Por eso discutieron, por eso lo asesinaron.

—¿Cuánto le debía?

—Eso es privado.

—Pero en su opinión tenía dinero suficiente como para pagarle.

—Sin comentarios.

—¿Mmm?

—Decía que sin comentarios.

Frølich se incorporó.

—Esto es un interrogatorio, Stokmo, no una conferencia de prensa.

El hombre no respondió.

Frølich asintió con la cabeza.

—¿Cree usted que Folke Jespersen tenía una gran fortuna?

—Ni idea.

—Debía de tener dinero en el banco —opinó Frølich.

Stokmo se encogió de hombros.

—Pero usted estuvo allí la tarde anterior a la que fue asesinado, ¿no?

Stokmo asintió.

—¿A qué fue allí?

—Quería hablar con Reidar.

—Pero ¿de qué?

—De las deudas.

—¿Y bien? ¿Habló con él?

—No.

Frølich anotó la respuesta y apartó la vista de sus apuntes. Luego guardó silencio.

Jonny Stokmo encendió finalmente el cigarrillo que había liado. Inhaló profundamente y se quedó callado. Luego se inclinó hacia adelante, cruzó las manos que sostenían el pitillo y contuvo el aliento mirando con gesto ausente.

Frølich se preguntó cuánto tiempo aguantaría el hombre callado. Stokmo se reclinó y, sumido en sus propios pensamientos, empezó a balancearse hacia adelante y hacia atrás. El crujido de la mecedora en el suelo de linóleo y el crepitar de los leños de abedul, acompañado del zumbido de la estufa, eran los únicos ruidos que se oían en la habitación. De repente, Stokmo se puso en pie, como si se hubiera despertado de un sueño.

—¿Alguna cosa más? —preguntó.

—Quiero saber qué pasó cuando se encontró esa tarde con Folke Jespersen —dijo Frank Frølich.

—Llegó en un taxi, y yo le pregunté por mi dinero. Me dijo que me fuera al infierno y entró en casa, con su mujer.

—¿Había estado esperándolo fuera?

—Primero subí, pero no estaba, y su mujer me dijo que no tardaría en llegar.

—¿Qué hizo usted cuando él se metió en casa?

—Me marché.

—¿Adónde?

—A casa de una conocida.

—¿Quién?

—Se llama Carina. Vive en Thereses Gate.

—¿Cuánto tiempo estuvo en su casa?

—Ni idea. Unas horas. Luego fui a casa de mi hijo. Duermo allí cuando estoy en la ciudad. Pasé la noche en su casa y al día siguiente me vine para acá.

—¿A qué hora llegó a casa de su hijo?

—Yo diría que sobre las once.

—¿Había intentado antes establecer contacto con Folke Jespersen?

—Depende de a qué se refiera.

Frølich enarcó las cejas.

—Lo había intentado por la mañana.

—¿A qué hora exactamente?

—Estuve a las ocho allí... en Ensjø, donde tienen un almacén y una oficina.

Stokmo guardó silencio.

—¿Lo esperó el viernes a las ocho en Ensjø?

—Ya se lo he dicho.

—¿Tampoco lo atendió allí?

—No estaba. Lo esperé hasta las once. Estuve tres horas sentado en el coche. Pero, maldita sea, no apareció.

—¿Está seguro?

—¿Cree que le estoy mintiendo? No fue; por eso volví a intentarlo por la tarde en Thomas Heftyes Gate.

—¿Qué hizo entretanto?

—Fui a ver a Karl Erik, mi hijo. Estuve ayudándolo en el taller hasta las cinco, más o menos. Luego comimos juntos y después fui a casa de Reidar.

—¿Estaba su hijo en casa cuando fue allí por la noche, después de haber estado en Thomas Heftyes Gate?

—Supongo.

—¿Cómo que lo supone? ¿No habló con él?

—No. Oí la voz de una mujer en su casa, que está encima del taller. Parto de la base de que usted ya estuvo allí, en Torshov, puesto que ha encontrado mi casa sin preguntar por el camino. Cuando está esa mujer, suelo dormir en un cuarto que hay detrás del despacho. Así que me acosté y me quedé frito hasta la mañana siguiente.

—Veamos. Se encontró con Folke Jespersen aproximadamente a las diecinueve quince. Luego fue a ver a esa tal Carina... ¿cómo se apellida?

—Pues... —murmuró Stokmo, pensando en voz alta—. ¿Smidt? ¿Smestad? Algo que empieza por S, ni idea.

—¿Tiene su número de teléfono?

—Sí, y también su dirección.

—Bien, así que fue a casa de Carina y estuvo allí hasta las once menos cuarto, más o menos.

—Es posible.

—¿Y cuándo llegó al taller de Torshov? ¿A las once?

—Aproximadamente.

—¿Y luego se fue en seguida a la cama?

—Antes me fumé un cigarrillo y leí un poco el periódico...

—¿A qué hora se acostó?

Jonny Stokmo se encogió de hombros.

—No miré el reloj.

—¿Pero no habló con nadie?

—No.

—¿No volvió esa noche a casa de Folke Jespersen?

—¡No, ya se lo he dicho!

Frølich lo examinó, pero no sabía muy bien qué pensar.

—¿Vio a la mañana siguiente a su hijo?

—¡Santo cielo! Era sábado, y estaba con esa mujer.

—En otras palabras...

—En otras palabras, no tengo ninguna coartada, como lo llaman ustedes —gruñó

Stokmo, enfadado.

—¿Por qué está tan agresivo? —quiso saber Frølich.

—No estoy agresivo, sino harto de que se ande con tantos rodeos. Yo ya no tenía nada que hacer con Reidar porque estaba hasta aquí de toda su familia. —Se llevó la mano al cuello, y continuó—: ¡Pero quería mi dinero, e hice la locura de ir allí para recogerlo!

Dio un puñetazo a la mesa. Frølich se lo quedó mirando. La siniestra mirada de aquel hombre sólo indicaba ira. Intentó imaginárselo siendo repudiado por un anciano de ochenta años, pero luego interrumpió el hilo de sus pensamientos y le preguntó:

—Me ha dicho que había una relación entre Reidar y su padre, ¿no?

—Eran viejos colegas.

—¿De manera que la relación entre usted y Folke Jespersen surgió a través de su padre?

—Sí. ¿Ha terminado ya? Tengo que partir leña... y también tengo que cagar.

Frølich reflexionó.

—No estoy seguro de si tengo todo lo que necesito. Por lo que hay una probabilidad muy elevada de que tengamos que volver a hablar.

—Entonces prefiero que sea ahora.

—¿A cuánto ascendían las deudas que tenía Folke Jespersen con usted?

Jonny sonrió haciendo un gesto de rechazo.

El policía se levantó, se acercó a la ventana y contempló la pradera parcialmente nevada que descendía hasta el lago helado. Tras lo alto de la loma de enfrente se podía distinguir vagamente el caballete de un granero. Una manada de corzos se había congregado al pie de unos cuantos árboles. Estaban comiendo de una bala de heno que alguien había dejado en la nieve. Era un paisaje invernal idílico y armonioso.

—Esto es precioso —le dijo al hombre de la mecedora—. Si yo pudiera vivir aquí, creo que no estaría siempre de tan mal humor.

Stokmo no contestó.

—¿Con qué asocia el número ciento noventa y cinco? —preguntó desde la ventana.

—Con lo mismo que el número uno, o siete o cincuenta y dos... con nada.

Frank Frølich lo miró.

—Bien —dijo brevemente—. Sé que tiene antecedentes penales.

Llevaba tiempo esperando sacar esa baza porque sabía que surtiría efecto. Los hombros de Jonny Stokmo se desplomaron; el hombre miró de reojo a Frølich como si fuera un animal acosado.

Ambos se observaron fijamente: Frank Frølich, apoyado tranquilamente en la pared, y Jonny Stokmo, agarrotado en su silla.

—No tiene buena pinta, eso de que se esconda aquí; al fin y al cabo, usted fue una de las últimas personas que vieron a Folke Jespersen con vida.

—Eso fue...

—¡Cierre el pico! —dijo fríamente Frølich—. Ha confesado que tenía cuentas pendientes con él, y fue uno de los últimos en verlo vivo. No tiene ninguna coartada para la hora del crimen, y en términos generales su historia es muy poco consistente.

Jonny Stokmo clavó la vista en el suelo.

—Le he dado una oportunidad, y no pienso volver por aquí. ¿Tiene algo que añadir a su declaración?

El hombre negó lentamente con la cabeza.

—Entonces le ordeno que se mantenga disponible a cualquier hora —dijo Frølich en tono pausado—. Si llamo una sola vez y no contesta nadie, enviaré a dos hombres para que lo cojan y lo metan un par de días en prisión preventiva, ¿entendido?

Stokmo asintió con la cabeza.

Frølich miró el reloj.

—Hasta entonces —dijo brevemente—, procure encontrar a alguien que confirme su versión de los sucesos del viernes día 13 y de la noche del viernes al sábado.

A través de la ventana

El aparcamiento de Vestre Gravlund estaba bastante lleno, y Gunnarstranda ya llegaba tarde. Su aliento formaba una nube delante de la boca cuando intentó abrir la pesada puerta de la capilla. Pero antes de tirar de ella, alguien la abrió desde el interior. Un empleado de la funeraria vestido de oscuro lo dejó pasar.

—... un hombre que ha logrado disfrutar de su larga y prolífica vida —resonó la voz metálica del sacerdote a través del altavoz.

Gunnarstranda entró silenciosamente en el interior de la iglesia y se sentó en la última fila, junto al pasillo central. Percibió la mirada de otro empleado de la funeraria e hizo un gesto de cortesía con la cabeza. El hombre le devolvió la mirada. El ataúd de Reidar Folke Jespersen, blanco y adornado con aldabones de latón, se hallaba sobre una plataforma elevada situada delante del altar. La tapa del féretro estaba adornada con coronas y ramos de flores. El largo crespón drapeado de una de las coronas recorría el pasillo central. Gunnarstranda se quitó despacio los guantes. Aunque hacía calor en la capilla, casi todos los deudos llevaban puesta la ropa de abrigo. Al policía se le empañaron las gafas. Se las quitó y las limpió distraídamente con un pañuelo, mientras miraba hacia arriba y veía borrosos los frescos de las paredes. Volvió a ponerse las gafas y paseó la mirada por los allí reunidos. En la primera fila reconoció las nuca de Karsten Jespersen y de la viuda. Dos niños pequeños, incapaces de permanecer sentados, no hacían más que caerse de la silla, pero inmediatamente eran alzados por la resuelta Susanne Jespersen. Esta dirigía miradas de frustración a su marido, que no parecía darse cuenta de nada porque tenía la vista clavada en el cura, que leía su sermón de carrerilla.

—Ya desde muy joven, Reidar Folke Jespersen conoció la muerte y el terror en nuestro país, sacudido entonces por la guerra —decía la voz monótona por el altavoz.

El sacerdote debía de tener alrededor de cuarenta años y hablaba en el dialecto de Vestland. Los allegados estaban sentados, bastante apretados, en las tres primeras filas; los restantes asistentes se hallaban desperdigados más atrás. Gunnarstranda distinguió la nuca de los hermanos de Folke Jespersen y buscó la de Jonny Stokmo, pero no pudo encontrarla. Posó la mirada en el ataúd y recordó el aspecto del muerto: primero, en su propio escaparate y, luego, en la mesa de las autopsias del forense Schwenke.

De repente se oyó un portazo a su espalda. El comisario se volvió. Había entrado una mujer. También ella buscó asiento en la última fila y se sentó al otro lado del pasillo central. Su silla crujió al inclinarse. Gunnarstranda la observó disimuladamente. Llevaba una gruesa chaqueta de *muton* que le llegaba hasta los muslos. Sobre el regazo sostenía una sola rosa envuelta en plástico transparente. Era rubia y llevaba un pelo corto que realzaba su juventud y sus rasgos estilizados.

Llevaba el pelo cardado y peinado hacia atrás, como si estuviera expuesta a una fuerte ráfaga de viento. Era muy hermosa. Un rayo de sol se filtró por una de las ventanas, atravesó la capilla y recayó en ella, lo que proporcionó cierto relieve al perfil de su rostro. La mujer tragó saliva. Gunnarstranda se dio cuenta de que ella había notado cómo la miraba, de manera que apartó la vista. Para entonces, el cura ya iba por la afición de Folke Jespersen a las caminatas por la montaña y a la naturaleza intacta. Gunnarstranda reprimió un bostezo. Los nietos de la primera fila estaban hartos de todo y llamaban a su madre a voz en grito. Los susurros de las reprimendas de Susanne Jespersen se oían hasta en la última fila. De repente, Gunnarstranda percibió cierta tensión y miró de reajo hacia la izquierda. La mujer desvió rápidamente la vista de él.

Cuando el sacerdote hubo terminado, Karsten Jespersen se levantó para pronunciar un discurso. Clavó la mirada en un punto del techo y habló sin afectación alguna de su «papá». La barbilla le temblaba descontroladamente. Recalcó tanto los méritos de su padre durante la guerra como su propio orgullo.

Hubo más discursos. Un hombre mayor se puso muy erguido al lado del féretro y le dio las gracias al difunto. Cuando el cura miró a los allí presentes para ver si alguien más quería tomar la palabra, Gunnarstranda pensó si debería retirarse antes de que acabara la ceremonia. De pronto se dio cuenta de que la joven belleza se había levantado. Se quedó quieta unos segundos y luego, airosamente, recorrió el pasillo central con su chal rojo sobre los hombros, depositó la rosa sobre el ataúd de Reidar Folke Jespersen, hizo una genuflexión y se quedó un momento parada. El empleado de la funeraria gesticuló para animarla a acercarse al micrófono, pero la mujer no lo vio. Se limitó a quedarse quieta, en silencio, de espaldas a los allegados y con la cabeza inclinada, como si estuviera meditando. Después de permanecer un rato así, se volvió bruscamente y regresó mirando al frente.

Gunnarstranda examinó su rostro. Esa barbilla, esos labios... le resultaban familiares.

Karsten Jespersen, la viuda y también la madre de los niños se volvieron y miraron con recelo a la mujer, que salió en silencio a la calle. Al cerrarse la pesada puerta, volvieron de nuevo la vista hacia adelante. Gunnarstranda se precipitó hacia la salida.

Fuera, el frío se le agarró inmediatamente a las mejillas, y lo cegó la luz del sol poniente. Protegiéndose los ojos con la mano, buscó a la mujer, pero no la vio por ninguna parte. Se puso los guantes y bajó la escalera, contrariado por haberla perdido.

—¿No tendrá por casualidad un móvil? —preguntó una voz justo a su espalda.

Gunnarstranda dio media vuelta.

—¿Por qué? —preguntó a la ligera.

Ella se había quedado junto a la puerta de la iglesia, apoyada en la pared. Las

notas del órgano y de los cánticos les llegaban amortiguadas. La mujer avanzó un paso y sintió escalofríos al encenderse un cigarrillo, que sostuvo entre sus largos y blancos dedos. Una gruesa sortija negra adornaba su pulgar izquierdo.

—Quería llamar a un taxi —respondió, tiritando.

—¿Adónde quiere ir?

Ella alzó la vista.

—¿Tiene coche?

El funcionario de la brigada de investigación criminal asintió con la cabeza.

—A Torshov.

—Bien, venga conmigo —dijo Gunnarstranda, adelantándose hacia el aparcamiento.

Poco después, sentados en el coche, el frío había dibujado unas flores de hielo transparentes en el parabrisas. El policía arrancó el motor, puso el radiador al máximo, se frotó las manos y buscó un cigarrillo. Le llamó la atención que ella hubiera tirado el suyo; dudó un momento, y finalmente volvió a guardarse en el bolsillo el pitillo que había liado.

Al cabo de un rato, cuando el vehículo se dirigía al cruce entre Skøyenveien y Sørkedalsveien, el aire caliente ya había desempañado parte del cristal, dejando una figura con forma de media luna. Pasó un tranvía. El semáforo no se ponía verde.

El comisario aprovechó el tiempo de espera para tenderle la mano.

—Gunnarstranda —se presentó.

—Wyller —dijo ella, lanzando una mirada condescendiente a la mano tendida, que él mantuvo unos segundos en el aire antes de retirarla.

—¿No tiene nombre de pila? —preguntó Gunnarstranda.

—¿Y usted?

Ella sonrió de mala gana ante su propia ocurrencia y dirigió una mirada ausente por la ventanilla.

—Soy policía de la brigada de investigación criminal —dijo Gunnarstranda, cuando por fin cambió el semáforo.

—Y yo soy actriz —dijo ella, mirando por la ventanilla.

—¿Conocía a Folke Jespersen?

—¿Le importaría mantener el pico cerrado? —replicó ella.

Gunnarstranda sonrió para sus adentros.

Permanecieron un rato en silencio. Al llegar a Smestad, giró a la derecha, hacia la carretera de circunvalación 3. Cuando pasaron por el puesto de peaje del centro de investigación, ella volvió a hablar.

—Puede dejarme cerca del estadio Ulleval. Da igual dónde.

—La llevo a su casa —insistió Gunnarstranda.

—¿Porqué?

—Estoy investigando el asesinato de Folke Jespersen.

Ella guardó silencio unos segundos.

—Él conocía a mi padre —dijo finalmente, más pensativa que amable.

—¿Quién?

—Folke. Conocía a mi padre.

—¿Quién es su padre?

—Ha muerto.

Gunnarstranda asintió.

—¿Dónde vive usted?

—En Hegermanns Gate, en dirección a Marcus Thranes Gate, en la carretera de circunvalación 2.

Gunnarstranda se detuvo ante un semáforo en rojo del estadio Ulleval. Puso el intermitente de la derecha. Ahora el sol estaba tan bajo que sólo se distinguían las siluetas de la gente que pasaba por la calle. El comisario bajó el parasol y recostó la cabeza para poder ver mejor.

—¿De qué se conocían?

—¿Quiénes?

—Jespersen y su padre.

—Eran amigos.

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—¿Cuál es su nombre de pila?

—Tengo dos nombres.

—Yo también —dijo el policía.

—¿Cuál quiere saber?

—Los dos.

—Quiero decir que cuál de los dos nombres quiere oír.

—El que más le guste a usted.

Tuvo que frenar otra vez; ella se apoyó en el salpicadero y sonrió al decir:

—Hege.

—Hege Wyller —murmuró Gunnarstranda—. ¿Y su padre?

—Harald Wyller.

El policía la miró con escepticismo. Como iba a ochenta por hora, sólo le dio tiempo a lanzarle una ojeada.

Ella sonreía como si estuviera pensando en algo divertido.

—Así que es usted actriz.

Ella asintió.

Continuaron la marcha en silencio. Cuando se aproximaron a Hegermanns Gate, Gunnarstranda preguntó de nuevo:

—¿Hasta qué punto conocía a Folke Jespersen?

—No lo conocía.

—Sin embargo, ha depositado una rosa en el ataúd.

—¿Cree que no se la merecía?

Él no respondió.

—Ahí —dijo ella—. Ante la entrada de coches, detrás del Toyota rojo.

Gunnarstranda frenó y ella agarró en seguida la manija de la puerta.

—¿Cuándo vio por última vez vivo a Reidar Folke Jespersen? —quiso saber Gunnarstranda.

Por un momento, ella se quedó paralizada; no obstante, entreabrió la puerta del coche.

—¿Cuándo? —repitió el comisario.

—Ya no me acuerdo.

—¿Hace mucho?

—Sí.

Abrió la puerta y se bajó. Gunnarstranda hizo también amago de bajarse.

—*Ciao* —dijo ella brevemente, y cerró la puerta del vehículo.

Gunnarstranda la siguió con la mirada. Después de dirigirse al portal, lanzó un último vistazo al comisario mientras abría la puerta. Durante unos instantes, sus miradas se cruzaron; luego ella desapareció en el interior de la casa.

Gunnarstranda terminó de bajarse del coche y se dirigió a paso lento hacia el portal. Al lado de uno de los timbres del interfono halló un nombre grabado en blanco sobre un pequeño letrero negro: «Gro Hege Wyller».

Pas de deux

—Un, dos, cha-cha-cha, un, dos, cha-cha-cha.

Sólo había dos personas ensayando en el local, que olía a gimnasio. El hombre que revoloteaba por la sala tenía unas espaldas de torero. Llevaba un jersey de lana corto y amplio encima de un tricot amarillo. Era de estatura media y de compleción atlética; tenía una melena rizada. Giraba en torno a una chica de unos diecisiete o dieciocho años que intentaba seguir sus movimientos. La atronadora música que salía por los altavoces de una torre estereofónica instalada en el suelo era dominada por la voz chillona del hombre.

—Un, dos, cha-cha-cha.

El hombre daba fuertes taconazos en el suelo.

—¡Venga, vamos! —vociferaba, echando teatralmente la cabeza hacia atrás y haciendo que su encantadora melena rizada se alborotara—. ¡No seas tan perezosa! ¡Levanta las piernas hacia adelante!

La chica llevaba un chándal y unas gruesas tobilleras. Su rubia cola de caballo estaba a punto de deshacerse. El hombre la soltó y le mostró el paso de nuevo, mirando su propio cuerpo en el espejo. Por debajo del tricot destacaban los muslos y la musculatura del trasero. Por un momento se encontró con la mirada de Frølich, que desvió la vista a su reloj de pulsera. La chica parecía tan agotada que el policía supuso que la clase de baile terminaría en seguida.

Al cabo de cinco minutos, los dos hombres se quedaron solos en la sala.

—¿Eyolf Strømsted? —preguntó Frølich, tendiéndole la mano al profesor de danza—. Se trata de Ingrid Jespersen —dijo después de presentarse.

—¡Dios mío, vaya situación más lamentable! —exclamó Strømsted, limpiándose el sudor de la cara.

—Tenemos motivos para suponer que usted conoce muy bien a Ingrid Jespersen.

—Es una manera de expresarlo —respondió Strømsted mirando a lo lejos.

—Formo parte del equipo que investiga el asesinato del marido de Ingrid Jespersen —dijo Frølich.

Eyolf Strømsted todavía seguía mirando al infinito.

El policía se concedió un tiempo para pensar en una inteligente formulación de lo que tenía que decir.

—Sabemos que usted e Ingrid Jespersen mantienen una relación muy íntima.

—¿Quién ha afirmado tal cosa? —preguntó Strømsted con cierta reserva.

—Los hemos visto juntos. —Frølich se levantó y rebuscó en su bolsillo—. Tenemos unas cuantas fotos que lo demuestran, pero... —renunció a seguir buscando— no las llevo conmigo. En cualquier caso, la viuda y usted han sido observados en íntimo contacto dentro de un coche aparcado, la noche siguiente a que fue hallado el

cadáver de Reidar Folke Jespersen.

Eyolf Strømsted respiró pesadamente.

—¿Cuándo la vio por última vez? —preguntó Frølich sin inmutarse.

—El domingo. Fuimos al aparcamiento del museo de Munch.

—¿Y anteriormente?

—El viernes, 13 de enero.

Frølich tomó nota y levantó la vista.

—¿Puede contarme lo que pasó ese viernes?

—Ella vino a hacerme una visita, entre las once y media y las doce de la mañana.

Al cabo de una media hora, nos fuimos a la cama. Primero tomamos un té y charlamos. Eso lo hacemos todas las veces... todos los viernes.

Frølich alzó la vista cuando el otro se detuvo.

A Eyolf Strømsted se le demudó la expresión.

—Aproximadamente media hora después llamó su marido. Llamó mientras estábamos follando. ¡Así de simple! —Strømsted esbozó una sonrisa.

—¿Cómo ha dicho?

—Que llamó mientras follábamos.

Frølich miró al hombre severamente. Le sudaba la frente bajo sus abundantes rizos.

—¿Y quién llamó?

—Su marido. El muerto. Reidar Folke Jespersen.

—¿Qué quería?

—Hablar con su mujer.

—¿Y habló con ella?

—Sí, claro.

Eyolf Strømsted seguía mirando tan tranquilo hacia adelante, hacia el espejo de la pared de enfrente. Las miradas de ambos se cruzaron en el espejo.

—¿Mantienen esa relación desde hace tiempo? —preguntó el policía.

—¡Demasiado!

—¿Qué quiere decir?

Strømsted se pasó las manos por su rizada cabellera.

—Quiero decir que la situación me parece un tanto jodida.

—¿Qué situación?

—El tener que estar aquí respondiendo a sus preguntas capciosas, mientras en cualquier momento puede entrar por la puerta alguna alumna.

—¿Desde cuándo mantienen esa relación?

—Desde hace unos tres años.

—¿Se ha encontrado alguna vez con Reidar Folke Jespersen? —quiso saber Frølich.

—Una vez. Hace muchos años, cuando iba a bailar a la escuela de danza de Ingrid.

—¿Lo ha visto alguna vez desde entonces?

—Jamás. —Strømsted se limpió la frente con el dorso de la mano y luego se ahuecó el jersey, como buscando aire—. ¿Qué hora es? —preguntó.

—Y cinco —dijo Frølich.

—Entonces estará a punto de llegar la siguiente alumna.

—No se preocupe. ¿Vio a Folke Jespersen el viernes?

Strømsted se estremeció.

—¿Que si vi a su marido? No.

Se limpió la cara con una toalla. Cuando se la retiró, estaba sonriendo. Tenía una sonrisa cautivadora, pero al mismo tiempo muy estudiada. Frank Frølich comprendió que ese hombre era un seductor empedernido.

—¿Cuánto tiempo estuvo la señora Jespersen en su casa?

—Hasta poco después de las tres.

—¿Qué hicieron después de que llamó el marido?

Strømsted sonrió pícaramente.

—¿Usted qué cree?

—Limítese a contestar a mi pregunta.

—Seguimos dale que te pego. —Miró al policía con gesto desafiante—. Me hizo una mamada —dijo sonriendo con la boca torcida.

—¿Hablaron de la llamada telefónica?

—En esa postura, a ella le resultaba difícil hablar.

Frølich respiró profundamente para armarse de paciencia.

Strømsted miró pensativo y con la boca entreabierta hacia el vacío.

—Oiga, lo siento, pero es que la situación se las trae. ¿Que de qué hablamos? Pues de su marido. Nos preguntamos desde cuándo sabría lo nuestro y qué podría significar su llamada.

—¿A qué se refiere con eso?

—¿Con qué?

—Con lo del significado de su llamada.

Strømsted esbozó una leve sonrisa ensoñadora.

—Se había desenmascarado su infidelidad, y a ella le preocupaba su matrimonio. Estaba simple y llanamente fuera de sí.

—¿De manera que su marido no tenía la costumbre de llamarlos por teléfono?

—¿Está usted loco?

—Así que fue descubierta por esa llamada telefónica de su marido. ¿Es eso lo que quiere decir?

—Sí.

—¿Cree que en realidad ella quería escapar de su matrimonio?

—¿A qué se refiere?

—¿Cree que le preocupó haber sido descubierta, que temía el divorcio?

—Bueno, imagínese la situación. Su marido llamando mientras ella... mientras ella... ¿entiende? Seguro que se le pasó algo así por la cabeza. Se quedó cortadísima... se llevó un chasco tremendo.

Su labio superior dejó otra vez al descubierto los bonitos dientes. Frølich se percató entonces de que era precisamente su sonrisa lo que le desagradaba.

—Creo que tenía un miedo atroz a que llegara la noche.

—¿Por qué?

—Imagínese... Después de haber quedado en evidencia, tener que volver a casa con su marido y pasar la noche con él...

—¿Fue ese el motivo de su llamada?

—Quería aguarnos la fiesta.

—¿Lo sabe a ciencia cierta?

—Sí, ella me contó lo que le dijo. Fue una conversación brevísima.

—¿Qué hizo usted esa noche? —preguntó Frølich.

—Me quedé en casa.

—¿Hay alguien que pueda atestiguarlo?

Strømsted se dirigió lentamente al espejo de la pared de enfrente. Se agarró a la barra de ballet y elevó la pierna derecha con un movimiento elástico. Era una postura clásica.

—¿Ha llegado la hora de la verdad? —preguntó en un tono exageradamente teatral, mientras contemplaba a Frølich en el espejo—. ¿Me dejará marchar, señor agente, si le digo que sí?

Frølich se miró al espejo. Él era todo lo contrario del bailarín. Su pelo gris parecía lacio y despeinado. La barba le confería un aspecto sombrío, y su cuerpo era demasiado gordo y demasiado pesado.

Eyolf Strømsted, en cambio, era como una estatua. Músculos y tendones envolvían su cuerpo, como la lana en torno a un huso. El pelo rizado subrayaba los rasgos casi femeninos de su cara recién afeitada.

—¿Significa eso que la respuesta es no? —preguntó el policía tan tranquilamente.

Strømsted disfrutó de la contemplación de su propio cuerpo, cuando bajó lentamente la pierna y comenzó a abrirse de piernas.

—En absoluto —dijo a su imagen reflejada en el espejo—. Después de la llamada telefónica tuve bastante claro que mantener una relación con Ingrid Jespersen no era lo más inteligente. La respuesta es sí —añadió con una sonrisilla—. Usted mismo podría haber comprobado que me quedé en casa... toda la tarde y toda la noche.

Una dama en la nieve

A la mañana siguiente, Gunnarstranda intentó en vano hablar con Ingrid Jespersen por teléfono. Finalmente, leyó los informes y, después de repasar el interrogatorio de Frølich con la viuda, pudo constatar lo siguiente: primero, a la mujer no le gustaba coger el teléfono y, segundo, al mediodía le gustaba comer en un local que frecuentaba desde hacía tiempo.

Después de hacer otras tres llamadas telefónicas y una serie de averiguaciones, logró aparcar su Skoda Octavia, todavía relativamente nuevo, junto al bordillo de la acera de Frognerveien y dirigirse hacia el café. Abrió la puerta y le entregó el abrigo a la mujer del guardarropa, de aspecto vietnamita. Gunnarstranda se miró al espejo que había detrás de la mujer y se atusó su pelo ralo antes de darse la vuelta y examinar minuciosamente el local.

—¿Una sola persona? —le preguntó la maîtresse, vestida con un traje oscuro.

—Por desgracia, sí —respondió el comisario—. Pero tenía previsto hacerle compañía a Ingrid Jespersen.

Señaló con la cabeza hacia el fondo del restaurante, donde la viuda, enfrascada en la lectura de un periódico, comía un plato de pasta.

—¿Puedo sentarme con usted? —preguntó el policía.

Cuando ella alzó la vista, no parecía en absoluto sorprendida.

—¿Quiere sentarse? Por supuesto.

Le indicó la silla libre y dobló el periódico despacio; era el VG. Una foto de juventud de Reidar Folke Jespersen quedó oculta entre los pliegues.

—He leído que tienen una pista.

Gunnarstranda sonrió e hizo un gesto de rechazo al camarero cuando llegó con la carta.

—Únicamente tomaré café —dijo, y añadió—: Solo. —Luego se volvió hacia la mujer—: Ya se habrá enterado de que no descartamos ninguna hipótesis.

Ella asintió.

—¿Cómo sabía que estaba aquí?

—Precisamente por eso, porque no descartamos ninguna hipótesis —respondió él a la ligera.

Ella pareció desconcertada.

—Tengo que preguntarle algo —dijo. Miró la comida, pero de pronto parecía haber perdido el apetito—. ¿Ha mandado a su gente a que me espíe?

Gunnarstranda se acercó la taza de café en silencio y lo removió con aire ausente. El camarero se dispuso a coger el plato de Ingrid Jespersen, pero antes se la quedó mirando.

—Gracias, ya he terminado —dijo ella.

El policía siguió removiendo su café mientras el camarero se alejaba.

—¿Ha mandado que me espíen? —repitió Ingrid Jespersen.

—La vigilamos lo mejor que podemos.

—Pero...

—¿Le dice algo el nombre de Eyolf Strømsted? —la interrumpió.

La mujer bajó la mirada. Gunnarstranda se reclinó en el respaldo de su silla.

—A eso se le llama disparar a bocajarro —dijo ella con la mirada todavía baja—. ¿No cree? —continuó, recuperando un poco de fuerza en la voz cuando alzó de nuevo la vista.

Sus ojos tenían una expresión de agotamiento, pero al mismo tiempo había agresividad en ellos.

—Es una pregunta —dijo tranquilamente Gunnarstranda—. O la responde o no, pero la respuesta ha de ser sincera.

—Vigílese a sí mismo —murmuró Ingrid Jespersen, enfadada—. ¿No resulta un poco estúpido eso de espiar a la gente?

En lugar de contestar, Gunnarstranda dio un sorbo a su taza de café.

—Nos conocemos —añadió ella en un tono más calmado—. Nos conocemos incluso muy bien. Pero eso seguramente ya lo sabe.

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—Es una vieja historia. Él es... fue alumno mío en la escuela de danza.

—¿Desde cuándo mantienen esa relación?

—Desde hace tres años.

—Eso es bastante tiempo.

—Hay gente que mantiene una relación secreta durante más tiempo.

—Desde luego.

La mujer metió un brazo debajo de la mesa y se rascó una pierna.

—Buf, qué calor hace aquí...

Gunnarstranda notó que se le había formado una profunda arruga en el entrecejo que le daba un aire de obstinación.

—¿Tienen planes comunes? —preguntó.

Ella se incorporó de nuevo.

—¿Qué quiere decir con eso?

Gunnarstranda la miró directamente a los ojos.

—Me pregunto qué significa para usted Strømsted: si es simplemente una aventura o si significa algo más.

—¿Más? —Ella bajó la mirada y apoyó la cabeza en una mano—. ¿No basta con que llevemos juntos tres años?

—Me gustaría que respondiera a la pregunta.

—¿Si es una aventura o algo más? ¿Se formará una imagen distinta de mí si

distingo entre sexo y amor?

Gunnarstranda daba sorbitos al café pacientemente.

—¿Sabe lo que he oído? —dijo ella mirando por la ventana—. He oído que, independientemente de lo salvaje que sea el deseo, al mismo tiempo siempre se tiene una sensación de vacío. —Se volvió de nuevo hacia él—. El sexo... —empezó, y se detuvo un momento antes de soltar la parrafada—: El sexo es algo físico, un fenómeno físico que se puede calcular y delimitar, una curva matemática que crece y tiene altibajos. La sexualidad existe en virtud de su forma.

Intercambiaron una mirada. El comisario permaneció en silencio. Ella todavía no había terminado:

—La sexualidad ha sido creada por el hombre, y como toda creación humana, es imperfecta. El sexo implica la esperanza de algo distinto, de algo más. Pero la materia física forzosamente alcanza un punto de saturación... por la sencilla razón de que es una cosa físicamente delimitada. Lo mismo cabe decir del sexo. De ahí que forme parte de la naturaleza del sexo que uno se canse o bien del compañero o bien del propio acto sexual.

Pausa.

—Por otra parte, existe una energía que no depende de la proximidad física. El deseo psicológico, condicionado por el sentimiento, que dos personas sienten entre sí es una forma genuina de amor. El deseo es un amor que no conoce límites. El deseo nunca puede ser destruido, nunca puede desaparecer ni morir.

Gunnarstranda la contemplaba por encima del borde de su taza de café. Era como si ella hubiera recitado algo aprendido de memoria y recordara en ese momento la época en que lo empolló. El policía tragó saliva. Sus palabras le habían evocado la imagen de Edel. Se sentía tan afectado que tuvo que carraspear para que le saliera la voz.

—Le ha quedado muy bonito —concedió, y carraspeó de nuevo—. Algo parecido he oído yo también. Pero ¿ocurre eso realmente? La mayor parte de la gente intenta conciliar esos dos aspectos de la vida amorosa. Sobre todo aquellos que se deciden a casarse con un compañero con el que quieren compartir su vida.

—¿Y si eso no es posible?

—¿Qué ocurre entonces?

—A algunos les resulta imposible conciliar lo físico con lo emocional. A mi marido le pasaba eso —añadió.

—¿A su marido? —preguntó Gunnarstranda—. Creí que hablaba de usted.

Ella negó con la cabeza.

—Yo no sé lo que pienso al respecto. Nunca he reflexionado demasiado sobre esas cuestiones, y no tengo una opinión formada. Pero me ha costado mucho tiempo entender por qué he tenido que vivir siete años de abstinencia.

—¿Era Reidar impotente?

—¿Impotente? —Volvió a sonreír con gesto cansado—. ¿Se da cuenta de que está intentando definir muchos años de desequilibrio en un matrimonio con una sola palabra? ¿Era impotente?, pregunta usted, y espera que le conteste sí o no. ¿Sabe realmente lo que me está preguntando? Pero, bueno, si así lo desea... La respuesta es sí. Sí, en los últimos años, Reidar, mi marido, no era capaz de practicar conmigo la actividad física necesaria para hacerme un hijo. ¡Y qué! ¿Hacía eso que nuestro amor fuera menos puro o... —miró unos segundos al techo buscando las palabras— menos tierno, menos cálido? Yo no lo creo. Usted no ha protestado cuando le he dicho que existe una diferencia entre el sexo y el deseo. Esas eran las palabras de mi marido. Reidar las dijo tantas veces y yo he reflexionado tan a menudo sobre ellas, que me sé la argumentación de memoria. Reidar no tenía problemas hormonales. Esa diferenciación entre lo sexual y el deseo era su punto de vista mental, intelectual. Reidar puso punto final al sexo. Sencillamente, no quería amarme físicamente, por así decirlo. Durante mucho tiempo pensé que me despreciaba, que no me encontraba atractiva, o que incluso le repelía. Pero no era nada de eso. Mi marido era tan sencillo, tan poco complicado, que decía la verdad. Cuando se hizo mayor, empezó a diferenciar entre el amor físico y el deseo mental, y despreciaba lo uno tanto como idealizaba lo otro.

—¿Pero eso qué significa?

Ella meneó la cabeza, rendida.

—¿Que qué significa? Pues significa que usted sabe ahora de mí cosas que nadie sabe. Significa que me ha obligado a revelar el amor que sentía por mi marido. ¡Significa que me siento sucia!

—¿Tenía a alguna otra mujer?

—No. Segurísimo que no.

—¿Iba de putas?

—Antes hubiera preferido morir que irse de putas.

—¿A quién añoraba?

—Si yo lo supiera... —Ingrid Jespersen se quedó con la mirada perdida—. Supongo que añoraba a su difunta esposa, a su primera mujer.

—¿Se lo dijo él directamente?

—No. No lo confesó abiertamente, si es eso lo que quiere saber. Es lo que yo creo, una idea mía. Por otra parte, esta conclusión está basada en una experiencia de muchos años. En términos generales, se puede decir que mi matrimonio ha sido un fracaso.

—¿Un fracaso?

—La palabra quizá sea exagerada. Digamos más bien que puede confiar en mí cuando hago esa valoración.

—Y su actual relación, ¿a qué categoría amorosa pertenece, al sexo o al deseo?

—Yo no pienso como Reidar. Sólo hago lo que me parece correcto. Y ver a Eyolf me parece correcto.

—Pues entonces viene al caso la pregunta que le he hecho hace un momento: ¿tienen planes comunes?

Ella negó levemente con la cabeza.

—No, no tenemos planes.

—¿Han puesto fin a la relación?

—No, pero... —Se encogió de hombros—. Parto de la base de que continuaremos como hasta ahora.

—¿Y eso qué significa?

Ella torció el gesto al sonreír.

—Señor Gunnarstranda...

Este hizo un ademán de rechazo con la mano.

—¿Y eso qué significa? —repitió en tono severo.

Ella se lo quedó mirando con perplejidad.

—Nos vemos una vez por semana.

—¿Dónde?

—En su casa. Vive en Jacob Aalls Gate. Pero eso ya lo sabe. —Respiró hondo y continuó—: Ahora que lo pienso, se me acaba de ocurrir que podrá venir a verme a mi casa, ahora que Reidar... ya no está.

Miró con gesto desafiante a los ojos del comisario.

Este asintió lentamente.

—Sí, así ya no tendrán que hacerlo en los aparcamientos...

Ingrid Jaspersen se irguió en la silla y permaneció mirando un rato largo el tablero de la mesa, antes de alzar la vista y encontrarse con la suya. Se puso roja de rabia.

—Estoy investigando un caso de asesinato —dijo él suavemente—. Lo que hagan usted y Strømsted dentro del coche en los aparcamientos de Oslo no me interesa.

—¿Ah, no? ¿Y entonces por qué están sus hombres al acecho, espiándonos?

—Porque tengo que esclarecer un crimen, y porque forma parte de este trabajo que averigüe más cosas acerca de usted y de su círculo de amistades, y también porque no sabemos por qué fue asesinado su marido. Pero principalmente quiero saber qué hicieron usted y su marido los días previos a la fecha en que fue asesinado. ¿Vio esos días a Strømsted?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ese mismo día. Fui a ver a Eyolf el viernes, día 13. —Procuró concentrarse antes de dirigirle de nuevo una sonrisa pícara y desafiante al comisario—. Entre las doce y la una nos fuimos a la cama y allí... pasamos unas cuantas horas. Yo me

quedé dormida mientras Eyolf preparaba algo para comer. Comimos pasta: *penne all'arrabiata*; los suyos son mucho mejores que los que sirven aquí. Y hacia las tres me marché. ¿Satisfecho?

—Casi —replicó el comisario, que se inclinó hacia adelante y apoyó los codos sobre la mesa—. En sus anteriores declaraciones no ha mencionado nada de eso.

Ella no respondió.

Gunnarstranda se paró a pensar. Estaba en pleno interrogatorio. En un restaurante no se hacían interrogatorios. Pero ya era demasiado tarde para interrumpirlo. De modo que dijo:

—¿Significa eso que quiere cambiar su declaración?

Ella lo miró fijamente.

—¿Me va a tomar declaración aquí?

—Puede pasarse hoy a partir de las 17.00 horas por comisaría. En recepción encontrará el acta con su nueva declaración. No tiene más que firmarla. Pero antes, léala bien. Si hay algo en el texto que no coincida con la realidad, no lo firme; póngase en seguida en contacto conmigo.

—Ajá.

—En seguida significa inmediatamente.

—Lo he entendido.

—Al día siguiente de que su marido apareció muerto en el escaparate, usted fue a la escuela de danza que regenta su amante. Antes de recogerlo, este tuvo que encontrar a un profesor de danza que lo sustituyera. Luego se dirigieron en coche al aparcamiento que hay entre el museo de Munch y el jardín botánico... ¿Por qué?

—Porque... —dijo sin darse cuenta, y apretó los labios.

Gunnarstranda sonrió irónicamente.

—¿Cree que es un asunto privado?

—Por supuesto.

—Entonces voy a repetirle la pregunta y a rogarle que la conteste: ¿por qué fue en busca de Eyolf Strømsted ese domingo?

—Porque tenemos la relación que tenemos —replicó furiosa—. Sencillamente necesitaba estar cerca de él.

—Pero ¿por qué en un aparcamiento?

—¿Y por qué no?

Se miraron en silencio.

—Lo siento —dijo ella finalmente—. Siento que no le guste mi contestación, pero esa es la respuesta a su pregunta.

—¿De qué habló con su marido cuando la llamó?

—¡¿Cómo?!

Los ojos de Gunnarstranda lanzaron un destello.

—Ya ha oído lo que le he dicho. Sé que su marido la llamó ese viernes, cuando usted y Strømsted estaban en la cama.

Ella cerró los ojos y empalideció como si la hubieran abofeteado.

—¿Acaso Eyolf...?

—Responda —insistió el comisario con testarudez.

—Preferiría no hablar de eso.

—Responda.

—Me pidió que...

Gunnarstranda tamborileó impaciente con los dedos.

Ella respiró profundamente. El policía siguió su mirada, orientada hacia la ventana. Una mujer con un abrigo muy ceñido se apeó de un coche y se metió en un salón de peluquería, al otro lado de la calle.

—Fue algo típico de Reidar —dijo ella—. Siempre era muy efectista. Probablemente llamara para demostrarme que lo sabía todo. Me pidió que no volviera a ver a Eyolf. Eso fue todo.

—¿Se lo *pidió*?

—Bueno, me lo exigió.

—¿Qué le contestó usted?

—Nada. Colgó.

—¿Y qué dijo él cuando estuvieron a solas... más tarde, por la noche?

—No hablamos del asunto.

—Eso suena rarísimo.

—Usted no conocía a Reidar. No me atreví a abordar el tema, y la verdad es que tampoco me apetecía demasiado.

—¡Pero había sido descubierta!

—Sí. —Emocionada, se pasó un dedo por debajo de un ojo.

—Ese podría ser un móvil.

—¿Un móvil? —Sonrió, resignada—. ¿Por qué demonios iba yo a tener un móvil, si estaba completamente hecha a la idea de romper la relación con Eyolf?

—No sé si dice la verdad.

De nuevo, la viuda esbozó una sonrisa de cansancio.

—¿Usted qué cree, señor comisario? ¿Digo la verdad? Tenga en cuenta que ahora ya sé que ha hablado de esto con alguien más.

—Se lo diré de otra manera —replicó Gunnarstranda con severidad—. Si oculta pruebas o se calla algo que pudiera ser de importancia para el caso, no saldrá beneficiada. —Cogió aire—. Usted asegura que ese viernes estaba dispuesta a romper con Eyolf Strømsted; sin embargo, ¿cómo casa eso con el hecho de que volviera a reunirse con él tan pronto?

—Lo necesitaba; necesitaba encontrarme con él.

—¿Por qué?

—Porque mi marido había sido asesinado, porque me sentía sola, porque necesitaba a alguien que me abrazara. ¿Resulta tan difícil de comprender?

—En absoluto. Pero podría haber otros motivos para su cita, motivos que usted calla.

Ella negó con la cabeza.

—Podría ser que su marido y usted se pelearan la noche del viernes, cuando estaban solos.

Ella guardó silencio.

—Si hubo una pelea, uno puede imaginar numerosos desenlaces posibles.

Ella permaneció en silencio.

—¿Se pelearon esa noche?

—No.

—El hecho de que usted tuviera una relación con otro hombre es algo que no puedo pasar por alto en mis averiguaciones.

—Lo entiendo.

—Entonces, seguro que también entiende que tengamos que volver a abordar esa cuestión.

—No sé si quiero entenderlo.

—¿Por qué cree usted que no se acostó su marido esa noche?

—Ni idea —contestó con antipatía—. A lo mejor lo sabe usted...

—Yo sólo puedo plantear hipótesis... e invalidarlas o reforzarlas.

—No me peleé con mi marido.

—¿Se mencionó en algún momento de la noche el nombre de Strømsted?

—No.

—Eso también me parece rarísimo.

—Lo siento, pero qué quiere que le haga. El nombre de Eyolf no fue mencionado para nada.

—Ya ha tenido que cambiar una vez su declaración. Se lo preguntaré de nuevo: ¿discutió esa noche con su marido acerca de su aventura amorosa?

—La respuesta es no —dijo ella, rígida, en voz baja y con la cabeza agachada. El policía la miró.

—¿Sabe usted si Strømsted tenía otra mujer? —preguntó tranquilamente.

—Eso tendrá que preguntárselo a él, no a mí.

—Pero llevaba mucho tiempo siendo su amante; ha tenido que plantearse si aparte de usted había otra.

—Desde luego. Supongo que se encontrará con otras mujeres... esporádicamente. Pero si se acuesta o no con ellas... sobre eso prefiero no especular.

—No vive solo —dijo Gunnarstranda.

Durante una fracción de segundo, ella puso unos ojos como platos, bajó la mirada y tragó saliva, antes de menear de nuevo la cabeza y sonreír despectivamente.

—Pues claro; ya lo sabía.

Gunnarstranda, sorprendido, esbozó una sonrisa.

—¿No sabía que no vive solo?

—No lo creo.

—¿Por qué lo duda?

—No en vano he estado visitándolo semanalmente durante tres años. Y nunca he encontrado unas braguitas ni un paquete de tampones en su casa, ni tampoco zapatos de tacón alto...

—¿Acaso no tiene una cama de matrimonio?

—Todos los hombres tienen una cama de matrimonio.

—¿Ah, sí? —Gunnarstranda tragó saliva, sacó el hocico con gesto de haber aprendido algo nuevo y preguntó—: ¿Por qué cree usted que el domingo por la tarde no la llevó a su casa cuando usted se presentó en la escuela de danza? ¿Por qué cree que acabaron en un *parking*?

—Son cosas que a usted no le importan.

—Vive con un hombre —dijo brevemente Gunnarstranda.

Ingrid Jespersen se estremeció. Miró por la ventana, cruzó sus temblorosas manos y clavó la vista en el tablero de la mesa, antes de levantarse bruscamente y pescar el bolso. Sin decir una palabra, se volvió y salió zumbando. El comisario la observó mientras se marchaba. La señora de aspecto vietnamita del guardarropa rebuscó entre los abrigos, sacó el de Ingrid Jespersen y se lo tendió con una sonrisa. Mientras se lo ponía, le daba la espalda al comisario. Inmediatamente, se volvió y salió a la calle. Al pasar junto a la ventana en la que seguía sentado Gunnarstranda, no se dignó siquiera mirarlo. En ese momento, resbaló en una placa de hielo y cayó al suelo. Quedó tendida sobre la cadera y un brazo. Un joven de pelo largo acudió corriendo en su ayuda, pero ella hizo un gesto de rechazo con la mano. Poco a poco, consiguió ponerse de rodillas. No le resultó fácil porque llevaba unos zapatos lisos, sin una sola muesca en las suelas. La espalda de su abrigo oscuro quedó blanca por la nieve. También tenía nieve en el pelo. Y en los leotardos. Durante unos segundos permaneció de pie, apoyada en un parquímetro. En la acera de enfrente, dos niños pequeños se reían, señalándola. El espectáculo duró menos de medio minuto, durante el cual ella no le dirigió la mirada al comisario ni una sola vez. Cuando Gunnarstranda se recuperó del susto, llegó el camarero agitando un trozo de papel.

—Ya le he preparado la cuenta —dijo con humildad, dejando la nota encima de la mesa.

Móviles

Frølich recorrió el pasillo arrastrando los pies y se cruzó con Gunnarstranda, que acababa de apagar la luz y se disponía a cerrar la puerta. El comisario regresó con él al despacho. El corrosivo olor del tabaco se había agarrado a la habitación como el olor a moho en los vagones ferroviarios del Østfold. Frølich se sentó y puso las piernas encima del escritorio, antes de empezar a hojear la declaración revisada de Ingrid Jespersen. Gunnarstranda se acercó a la ventana con una colilla en la mano.

—Por cierto, han formulado una queja contra nosotros —dijo.

—¿Contra nosotros?

—Bueno, en realidad, contra mí —aclaró Gunnarstranda—. Alguien afirma que fumo en las zonas de no fumadores. —Se acercó el cenicero de pie que había detrás de su silla y miró en su interior—. ¿Te has quejado tú?

Frølich se volvió.

—¿Yo? No.

—La queja es anónima.

—¿Qué importa quién haya sido? Podrías fumar fuera, como todo el mundo.

—Fumo fuera.

—Y fumas aquí.

—¿Estás seguro de que la queja no es tuya?

—Sí.

—Hum.

Gunnarstranda se sentó, dejó el cigarrillo en el plato del cenicero auxiliar y observó a Frølich, que seguía estudiando el informe.

—¿Por qué iba a estrangular Ingrid Jespersen a su marido? —empezó Frølich—. Vale, la había pillado poniéndole los cuernos. Su marido la llama, la pilla in fraganti y la amenaza. ¿Con qué iba a amenazarla? ¿Con el divorcio? Pero si ella tenía cincuenta y cuatro años y él ochenta...

—Setenta y nueve —lo corrigió Gunnarstranda.

—Está bien. No entiendo qué podía temer ella si hubiera salido a la luz el adulterio. ¿Con qué podía amenazarla él? O, dicho de otra manera: ¿qué habría perdido ella con el divorcio? ¿El derecho a la herencia?

Gunnarstranda lo miró distraídamente.

—Sí —dijo con brevedad—. Habría perdido el derecho a heredar. Pero ese no es el caso. Pese al divorcio, se lo habrían repartido todo al cincuenta por ciento.

Frølich apartó los papeles a un lado.

—Imagínate el ambiente —soltó de repente—. La cena debió de ser una reunión bastante violenta: el hijo de Jespersen y su familia sentados a la mesa, mientras ellos dos no paraban de lanzarse indirectas. Pero luego, cuando Karsten desapareció con su

mujer y sus hijos, ¡Ingrid Jespersen debió de haber hablado del asunto con su marido!

—¿Por qué?

Frølich resopló con gesto de resignación.

—¡Porque sí! Porque iban a acostarse, iban a estar en la intimidad...

—Eso no lo sabemos.

—No estoy pensando en el sexo. Pero irse a dormir juntos por la noche tiene algo de íntimo. Compartían la cama. Él, Jespersen, la había pillado in fraganti con otro hombre. Strømsted es joven y viril, un tipo del que ella podía esperar una satisfacción sexual. Pensaba que Reidar tenía casi ochenta años y era impotente. Que su mujer tuviera un amante era para el marido peor que una bofetada. ¡Lo más natural sería que esa noche hablaran de su infidelidad!

—No necesariamente.

—¿No crees que hablaron entre ellos? —preguntó Frølich, confuso.

—No creo que tuvieran que hablar forzosamente de la infidelidad de ella —dijo Gunnarstranda.

—¿Por qué no?

—No siempre apetece hablar de todo.

—Pero en este caso se trataba de un adulterio.

—Ya sé que se trataba de un adulterio. Pero tal vez Folke Jespersen y tú no tuvierais el mismo código moral.

—¿Código?

Gunnarstranda hizo un gesto de rechazo.

—¡Vete a tomar...! Continúa. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Yo sugiero que se pelearon. Probablemente ella se pusiera agresiva al ver que él se negaba a hablar, o al ver que se empecinaba en que no volviera a ver a ese tipo. Como ella le había sido infiel, esa noche él se negó a acostarse en la misma cama que ella. Posiblemente bajara a la tienda para dormir allí. Ella no se conformó con su reacción de ofendido, así que lo siguió a la tienda, donde continuaron la pelea... hasta que finalmente ella cogió una bayoneta de la pared y se la clavó.

Frølich ilustró sus palabras haciendo el gesto de clavar con la mano.

—¿Dormir en la tienda? ¿Por qué no se tumbó en uno de los muchos sofás que hay en la casa?

—Vale, no fue a la tienda para acostarse, sino para ver esas mercancías de las que nos ha hablado su hijo, o para comprobar que la puerta estaba bien cerrada. Eso no cambia las cosas. El caso es que al final ella lo apuñaló.

—¿Y luego?

—¿Mmm?

—¿Qué pasó luego? —preguntó Gunnarstranda con suavidad.

—Bueno, pues... le quitó la ropa, le hizo esos garabatos en el pecho y en la frente

y llevó el cadáver al escaparate. Todo eso ya lo sabemos...

—Sí, pero continúa. ¿Luego qué pasó?

—Subió otra vez a casa... y se puso de los nervios. Fingió tener una especie de colapso y pensó en qué podría inventar para salir del paso. —Frølich gesticuló con los brazos—. Al final, llamó a Karsten para contarle esa disparatada historia del robo.

—¿Y después? —Gunnarstranda hizo un gesto a su colega para que prosiguiera.

—Podría haber llamado a su amante —dijo Frølich con aire triunfal—. Si de verdad hubiera pasado miedo, tendría que haber llamado a su amante. Pero no hizo eso, sino que llamó al hijo de Folke Jespersen. ¿Por qué iba a hacer eso, salvo para tener una coartada?

—Ya, ¿pero luego?

—Luego las cosas se torcieron porque se encontró con que la mujer de Karsten, Susanne, no la atendió cuando llamó a las dos y media de la madrugada. Así que se quedó mordiéndose las uñas hasta la mañana siguiente. Por suerte, apareció esa repartidora de periódicos, con lo cual no tuvo que descubrir ella el cadáver. Y tampoco tuvo que avisar a la policía.

—Tu teoría tiene puntos débiles.

—Vale, pero en cualquier caso es una teoría. Además, cuando le pregunté si había oído ruidos esa noche, se puso muy pálida. Estoy seguro de que ahí hay gato encerrado. Garantizado.

—Es posible —concedió Gunnarstranda, pensativo; después de mirarse el uno al otro, añadió—: Pero, en cualquier caso, ¿por qué iba a dejar el cadáver expuesto en el escaparate?

Frølich reflexionó.

—Esa pregunta hay que plantársela a todos los sospechosos —opinó—. Como argumento en contra de mi teoría, no es relevante.

—¿Que no es relevante? Que la mujer exponga a su marido muerto en el escaparate no es lógico. Si quería hacer pasar el crimen por la consecuencia de un robo, lo lógico habría sido dejar el cadáver vestido... en el suelo de la tienda. Habría sido más razonable estropear el marco de la puerta o romper un cristal... mucho más lógico que desnudar el cadáver y arrastrarlo hasta el escaparate.

Ambos permanecieron un rato mirando las musarañas.

—A lo mejor es verdad que la amenazó con el divorcio, de modo que hubiera perdido el derecho a la herencia —opinó finalmente Frølich—. Eso también explicaría por qué anuló el testamento original. Y por qué no hizo otro testamento nuevo con su abogada. —Frølich se levantó, exaltado—. ¡Es de cajón! ¡Utilizó el divorcio y el derecho a la herencia para chantajear a su mujer!

Gunnarstranda negó con la cabeza.

—Ese asunto de la herencia ya lo hemos liquidado.

—Veamos... —Frølich pensó en voz alta—: En principio, la mujer se casa con el viejo cabrón por el dinero. Las mujeres que se casan con viejos lo hacen por dinero; eso dice todo el mundo. En su caso, ha aguantado casi veinticinco años esperando únicamente hacerse rica; pero cuando la pillan con su amante, de repente el sueño del paraíso corre peligro. Por eso mata a Reidar, antes de que pueda legar el dinero a otros.

—Dos argumentos en contra —dijo Gunnarstranda—. En primer lugar, hay una probabilidad muy alta de que no se trate de mucho dinero. Los dos vivían en un piso caro de Frogner... y sin duda tenían una situación acomodada. Pero nada hace suponer que Reidar fuera un hombre extraordinariamente rico. En segundo lugar, no considero a Ingrid Jespersen una mujer que se case con un hombre sólo por la herencia. Aparte de eso, no estoy muy seguro de si su infidelidad le importaba demasiado al viejo.

—¡Pues bien que llamó por teléfono! —objetó Frølich—. Y le exigió a su mujer que terminara con Strømsted.

—Eso es cierto, pero no debemos olvidar que la diferencia de edad entre Jespersen y su mujer no era nada nuevo para él. ¿Te acuerdas de lo que te dije? La primera vez que vi a Ingrid Jespersen, di por supuesto que tenía un amante. ¿Por qué iba a verlo su marido de otra manera? Para mí que él también daba por supuesto que de vez en cuando iba con otros hombres.

Frølich reflexionó sobre las palabras de Gunnarstranda, pero también halló un argumento en contra.

—Si Folke Jespersen hubiera aceptado que su mujer se acostara con otros hombres, no la habría llamado precisamente ese día.

—No sabemos exactamente por qué llamó. A lo mejor quería asustarla, demostrarle que estaba enterado de su relación —dijo Gunnarstranda en tono sombrío—, pedirle que se comportara. También puede ser...

—Es posible —lo interrumpió Frølich—. Pero entonces es significativo que llamara primero a su mujer mientras ella lo estaba engañando y, al cabo de unas horas, a su abogada para anular el testamento, lo que, se mire como se mire, de un modo u otro la favorece. Lo extraño es que poco después fuera asesinado. Aparte de eso, te olvidas de Strømsted, que también podría estar metido en esto.

—También puede ser —continuó imperturbable Gunnarstranda— que ocurriera algo que provocara la llamada de Jespersen a Strømsted.

—¿Como qué?

El timbre del teléfono los interrumpió. Gunnarstranda respondió, guardó silencio unos segundos y luego dijo:

—Estupendo, Yttergjerde, sigue en ello... ¡Arde Troya! —dijo después de colgar—. Era Yttergjerde. Ingrid Jespersen tiene otra cita con Eyolf Strømsted. De nuevo,

en el coche.

—¿Cotejando las declaraciones? —preguntó Frølich.

—Parece ser que estaban discutiendo.

Los dos policías intercambiaron una mirada.

—En cualquier caso, hemos descubierto su relación. Sería rarísimo que no hablaran del asunto.

Frølich se rascó la barba.

—No me extraña que ella esté furiosa —opinó—. Strømsted me ha confesado su relación, mientras que ella me la negó.

—Me pregunto si firmará su nueva declaración —dijo Gunnarstranda, pensativo—. El tal Strømsted mantiene una relación con un hombre desde hace años. Al mismo tiempo, se tira a Ingrid Jespersen un día a la semana. ¿Por qué? —El propio comisario halló la respuesta—: Presumiblemente, para satisfacer sus inclinaciones bisexuales. Si realmente estuviera loco por Ingrid, no creo que viviera con otra persona.

—¿Crees que el hecho de que Strømsted tenga una pareja lo excluye como criminal? —preguntó Frølich, y continuó—: Sabemos tan poco sobre los sentimientos que había entre ellos dos... A lo mejor sólo se la tiraba para pillar unas cuantas coronas de la herencia...

Gunnarstranda seguía con el entrecejo fruncido en una expresión de duda.

—Al día siguiente del asesinato, recorrieron el largo camino que lleva hasta el Tøyenpark —dijo Frølich en tono tranquilo—. Los dos viven en el mejor barrio oeste de Oslo. ¿Por qué iban a irse tan lejos, salvo para apartarse de nosotros y ponerse de acuerdo en las declaraciones? —Volvió a gesticular con los brazos—. Y ahora han vuelto a la carga.

—Quizá tengas razón... el Tøyenpark está bastante lejos...

Frølich se levantó otra vez.

—Aunque el amigo de Strømsted les hubiera impedido ir a casa de él, podrían haber ido a la de ella. Pero ¿por qué no lo hicieron? Está clarísimo: porque había un vigilante delante de la casa. Y acuérdate de la noche del asesinato: Ingrid tenía todas las puertas controladas. Si actuó en colaboración con Strømsted, entonces ella es el caballo de Troya, que se hallaba de incógnito en el lugar de los hechos.

Gunnarstranda suspiró.

—Si ella es el caballo de Troya y deja entrar al criminal, ¿por qué nos cuenta luego la historia de la nieve en el suelo? Si hubiera dejado pasar al asesino, no habría dicho nada de las manchas de nieve. Porque esas manchas significan que había alguien en el piso.

—Pero ¿y si se despertó aterrada y llamó a Karsten, y luego recibió la visita sorpresa del criminal?

—Entonces ya no es un caballo de Troya —objetó el comisario.

—No, pero si hubiera sido así, se explicaría que luego inventara la historia de la nieve en el suelo como una maniobra de distracción. Su versión indica que había alguien en el piso antes de que se despertara, mientras que en realidad llegó un invitado al que ella había telefoneado con anterioridad.

—Sí, eso es posible...

—Strømsted podría haberse cargado al viejo incluso sin que ella lo supiera. —Frølich se iba animando—. Strømsted mata a Jespersen. Luego coge las llaves, sube al primer piso, abre la puerta, se encuentra con ella y le cuenta lo que ha hecho...

—Dos objeciones —lo interrumpió Gunnarstranda.

Frølich respiró hondo.

—En primer lugar, Strømsted te contó en seguida lo de la llamada de Jespersen, que interrumpió sus escauceos amorosos con Ingrid Jespersen. No tenía por qué habértelo contado. En otras palabras, te ha servido un móvil en bandeja de plata. De ahí se podría deducir que no tiene nada que ocultar. En segundo lugar... —Gunnarstranda se interrumpió.

Su compañero lo observó.

—... seguimos teniendo el problema del escaparate y de los garabatos en el cuerpo del muerto —dijo Gunnarstranda.

—Esa parte de la historia seguirá siendo un problema, sea quien sea el que se haya cargado al viejo. —Frølich despachó la objeción, irritado.

—Desde luego —admitió Gunnarstranda—, pero en realidad estoy convencido de que a alguien debió de parecerle muy lógico dejar el cadáver de esa manera. Aparte de eso, da la impresión de que la relación que hay entre Ingrid Jespersen y el profesor de baile, Strømsted, no es muy equilibrada. Él comparte su vida con otro hombre en una relación homosexual. —Gunnarstranda dibujó unas comillas en el aire—. Está claro que la Jespersen no sabía nada de eso. Tendrías que haberla visto cómo se marchó del restaurante. Su salida hubiera merecido un Oscar. Por si fuera poco, luego en la calle se cayó de narices ante mis ojos.

—No me la imagino cayéndose de narices.

—Puede que me equivoque, pero no sé si creerme que no estuviera enterada de las inclinaciones de Strømsted. Nunca he conocido a ninguna mujer que no haya notado que un hombre es marica. Imagínatelo: Ingrid Jespersen lleva follando desde hace años una vez a la semana en la casa que su amante comparte con otro hombre. Resulta muy improbable que no se haya enterado de que Strømsted es maricón.

—Es bi, no maricón.

—Yttergjerde asegura que menea el culo como los que hacen marcha atlética en las olimpiadas.

Frølich alzó las dos cejas.

—¡No me digas! —murmuró en voz baja—. Yo no veo ninguna diferencia entre los homos y los heteros. Y menos en los andares. Nunca hubiera sospechado que Strømsted fuera bi.

—¡Tú no eres una mujer!

—¿Y tú sí?

—Bueeeno, vale...

Frølich sonrió.

—Ella ha tenido que notarlo. Pero pasemos a otra cosa. —Gunnarstranda cortó el hilo—. Es posible que Ingrid Jespersen esté metida en el asesinato, pero de momento me parece que tiene poco sentido seguir sólo esa pista.

—¿Entonces?

—Entonces, como siempre, tenemos que averiguar quién fue —dijo Gunnarstranda, cansado. Hojeó los documentos que tenía en la mano—. Tenemos que hablar con el novio de él para ver si puede proporcionarle una coartada a Strømsted. Pero antes tenemos que esperar a que la viuda firme esta declaración... si es que aparece para firmarla. —Se volvió y cogió otra hoja—. Este es el informe de la inspección de la oficina de Bertrand Narvesens Vei. En las dos copas de jerez que encontré hay huellas dactilares. De una bebió Reidar Folke Jespersen. La otra la tuvo en la mano otra persona.

—¿Quién crees tú?

Gunnarstranda esbozó una sonrisita.

—La persona en cuestión no aparece en nuestros archivos. Tengo la sensación de que recibió la visita de una dama. Y, desde luego, no era su mujer.

La mujer de rojo

Gunnarstranda recorrió el centro, y se detuvo a contemplar cómo patinaban los niños al ritmo de una música disco en la superficie helada de la fuente de Spikersuppa. A la intensa luz blanca de los focos, aquello se asemejaba a los decorados de una película. El polvo de la nieve que levantaban los patines parecía azúcar glas. Dos muchachas rubias de unos veinte años hacían piruetas inestables sobre el hielo y reían por estar expuestas a la luz de los focos, como en el teatro.

Gunnarstranda recorrió Lille Grensen, dobló por Akersgata y atravesó el barrio gubernamental en dirección al café Justisen, donde se tomó su tiempo para saborear una taza de café, leer dos periódicos sensacionalistas y, de paso, enterarse de lo que decían otros clientes. Un vagabundo que sin duda se había vestido y arreglado en el ejército de salvación se sentó sin hacer ruido a la mesa que estaba junto a la ventana. La camarera le llevó cerveza y huevos fritos con patatas.

—¿Te has lavado las manos, Roger? —le preguntó en tono maternal.

—Estoy más limpio que un testigo de Jehová de Filadelfia —gimió Roger, abalanzándose ansiosamente sobre la comida y la caña.

Gunnarstranda se quedó pensando en esa frase cuando salió del local dando un portazo. A continuación, bajó por Storgata para coger allí un tranvía que lo llevara a casa de Gro Hege Wyller; ya era de noche entonces.

Cuando oyó el nombre de Gunnarstranda por el telefonillo, ella tardó un poco en abrirle. Finalmente, sonó un zumbido en la cerradura de la puerta del portal. Al subir por la escalera, Gunnarstranda tropezó sin querer con la barandilla y sonó un ruido metálico.

Ella no pareció sorprendida al verlo.

—Imaginaba que volvería —dijo cuando le abrió la puerta.

Gunnarstranda pasó por su lado y entró en un apartamento que parecía pertenecer a una mujer joven con escasos recursos económicos. El piso, en otro tiempo espacioso, había sido dividido en pequeños apartamentos. La parte que ocupaba Gro Hege Wyller podía haber sido antes el cuarto de la criada o una despensa. La habitación apenas tendría treinta metros cuadrados, pero el techo era muy alto. Debajo de una cama elevada había un sofá y una butaca cubierta con unos cuantos paños gruesos de color lila. Arriba se veían cojines y la punta de una sábana. Del radiador que había debajo de la ventana colgaban tres bragas y un calcetín negro, puestos a secar.

Ella se quedó junto a la puerta observándolo. Llevaba unos vaqueros muy ajustados y con un talle tan bajo que le dejaba peligrosamente al descubierto el ombligo, adornado con una perla engastada en plata.

El comisario Gunnarstranda se sentó sin rodeos en la butaca. Sobre la mesa había

un televisor de diez pulgadas con la antena desplegada.

—¿Cuándo vio usted por última vez a Reidar Folke Jespersen? —preguntó a la ligera.

—La víspera de su muerte —respondió ella.

—¿El jueves o el viernes?

—El viernes, día 13 de enero.

Se miraron. Como ella le sostuvo la mirada, Gunnarstranda renunció a hacer un comentario sobre esta nueva declaración.

—¿Por qué razón se vieron?

—Por trabajo.

—¿Había trabajado antes para él?

—Sí.

—¿Un trabajo de oficina?

—No.

Gunnarstranda esperó.

—Me hacía algún encargo aproximadamente una vez al mes. Por regla general, quedábamos un día fijo —continuó ella, sentándose en el sofá que había debajo de la cama alta—. En Ensjø... en Bertrand Narvesens Vei.

Gro Hege Wyller dobló una pierna encima del sofá y se sentó sobre su pie.

—Estuvo tomando jerez —afirmó Gunnarstranda.

—Sí, tomé un jerez y escuché a Schubert.

—¿Y eso es un trabajo?

—Dos mil coronas. Por una interpretación de una hora. —Hizo con la mano un gesto de indolencia y puso los ojos en blanco antes de añadir—: Como verá, necesitaba el dinero.

—¿Se prostituía?

Ella suspiró y negó lentamente con la cabeza para demostrarle lo tonta que le parecía la pregunta.

—No —dijo—. Nunca me he prostituido. Jamás se me ocurriría hacerlo.

—¿Striptease?

Ella sonrió con desdén y negó con la cabeza.

—¿Tan barata le parezco?

El comisario se encogió de hombros.

—Bien. ¿Qué hacía, entonces?

—Soy actriz, actúo en el teatro. —Sonrió al ver la cara que ponía el comisario—. Folke me pagaba para que actuara en un espectáculo creado y escenificado por él mismo. Folke no me ha tocado nunca. Jamás.

—¿Por qué lo llama Folke? —preguntó Gunnarstranda.

—Ni idea. Reidar no me gusta, suena raro.

—¿Y desde cuándo lleva haciendo eso?

—¿El qué?

—Esa historia del teatro.

—Desde hace año y medio.

—¿Qué clase de hombre era Folke Jespersen? —preguntó Gunnarstranda inesperadamente.

La mujer reflexionó.

—Un tío honrado y respetable —respondió finalmente—. Era mayor, impotente; de eso hablaba con frecuencia. A base de desempeñar siempre el mismo papel, llegamos a congeniar mucho. Pero él no se me quería acercar físicamente.

—¿Y usted?

—No lo sé —respondió ella inclinándose hacia adelante con las manos cruzadas, muy concentrada—. Pero yo diría que lo que sentíamos el uno por el otro... era una especie de amor —dijo mirando a un punto lejano—. Un amor melancólico cuyo ritual repetíamos regularmente en esa habitación diminuta, en esa pequeña oficina, durante una o dos horas... cada varias semanas.

Gunnarstranda esperó. Ella todavía no había terminado.

—Sabía... muchas cosas, tenía ingenio, era misterioso y... —Se quedó sumida en sus pensamientos.

—¿Y? —preguntó el comisario.

—Estaba fascinado conmigo. Eso era muy importante: yo lo fascinaba.

El silencio se instaló entre ambos.

—Era correcto —dijo ella después—. Vestía siempre con elegancia. Olía a café y a cigarrillos y... a un desodorante muy particular... —Por un momento, sus labios temblaron de emoción.

—¿Cómo es que se reunieron precisamente ese día?

—No sé.

—¿Por qué precisamente ese día? —repitió él despacio.

—No lo sé. En realidad, no estaba planeado.

—¿A qué se refiere? —A Gunnarstranda le falló la voz al inclinarse de repente hacia adelante.

—A que no pensábamos vernos ese día... Tranquilícese; está fuera de sus casillas.

—¿Quiere decir que no habían quedado previamente en verse?

—No. Me llamó por teléfono.

—¿Cuándo?

—Aproximadamente entre las dos y las dos y media. Me preguntó si podríamos adelantar la cita. En realidad teníamos previsto encontrarnos el día 23.

—¿Ocurría con frecuencia que la llamara para cambiar las fechas?

Ella negó con la cabeza.

—Jamás.

Gunnarstranda se reclinó de nuevo en el asiento. Le temblaban las manos.

—A lo largo de año y medio, ¿no adelantó nunca una cita, no cambió nunca una fecha?

—Nunca.

—¿Y ese día alegó algún motivo?

—No.

Gunnarstranda esperó.

—No se lo pregunté.

—¿Por qué no?

—Porque me alegré de que me pidiera que fuera.

Gunnarstranda la miró con escepticismo.

—Pero ¿qué clase de obra teatral representaban?

—Yo hacía el papel de mujer, y tenía dos réplicas.

—¿Y para las dos réplicas necesitaba una hora?

—Era teatro... improvisación. Yo tenía dos réplicas fijas. Dos cosas que tenía que decir siempre, independientemente de cómo se desarrollaran las conversaciones, porque eran conversaciones distintas, aunque con el mismo marco, con el mismo punto de partida, una pieza teatral que se repetía continuamente, pero que cada vez tenía un final diferente. Las dos réplicas eran dos puntos fijos dentro de una mayor representación natural. Pero las dos réplicas eran tan importantes que me veía obligada a demostrar mi talento interpretativo. —Asintió al ver que el comisario no decía nada—. Sí, tenía que demostrar mis dotes interpretativas... Creerá que hablo en broma. Pero la cosa iba muy en serio.

—¿Entonces era una tontería que su padre conociera a Folke Jespersen?

—No era una tontería. Era mentira.

—Bien. ¿Y qué clase de réplicas eran esas?

Ella se recostó.

—La escena era siempre la misma. Él dejaba la mesa puesta con un paño blanco y dos copas de jerez. En la repisa de la ventana tenía un radiocasete que sonaba fatal...

Gunnarstranda, impaciente, le hizo un gesto para que continuara.

—... Él está sentado ahí —señaló una silla que había junto a su escritorio, se levantó, atravesó la habitación y se situó de espaldas a la pared de la puerta—. Yo llamo a la puerta —dijo golpeando suavemente la puerta que tenía tras ella—. Entro... y empezamos cualquier conversación. Yo llevo un vestido rojo, que se lo puedo enseñar, y una peluca morena.

—¿Una peluca?

—Sí, una peluca. Una peluca negra que me llega hasta los hombros.

—¿Algo más?

—Un lunar pintado. —Señaló un punto de su mejilla izquierda—. Un lunar pintado aquí...

El comisario soltó un silbido.

—Un lunar en la mejilla —repitió.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y la réplica? —preguntó él con impaciencia, y la siguió con la mirada cuando ella se desplomó de nuevo en el sofá.

La mujer cerró los ojos como si le costara gran esfuerzo hablar.

—Cuando lo esencial se ha reducido a recuerdos, entonces estos suelen ser fragmentos de la parte buena de los acontecimientos. Es lo bueno lo que sobrevive y lo que convierte la memoria en tu principal atributo... la facultad de recordar, no sólo para reencontrarte a ti mismo y a tu alma, sino también para aferrarte a ti mismo y a tu alma —dijo sonriendo con tristeza.

—¿Y eso tenía que decirlo cada vez?

Ella asintió.

—En algún momento a lo largo de esa hora, yo decía esas palabras. A menudo, las repartía: una frase ahora, otra más tarde, cuando encajaba. Era un juego. Él esperaba la continuación, me ponía obstáculos en el camino y desviaba la conversación por derroteros que dificultaban la conclusión. Era teatro-intenso, fatigoso... pero teatro.

El comisario abrió una página en blanco de su cuaderno de notas y se lo dio junto con un lápiz.

—Anótelo —le pidió.

Ella cogió el cuaderno y el lápiz y escribió. Era zurda, y sostenía el lápiz con cierta torpeza.

—¿Y qué más? —preguntó el comisario cuando ella hubo terminado.

La mujer se encogió de hombros.

—Yo me encargaba de muchas cosas: iniciaba la conversación al entrar, le contaba de qué humor estaba, cuál era mi estado de ánimo... A veces me quedaba un poco paralizada. Pero todo tenía lugar siempre dentro del mismo marco, el jerez, Schubert... —Se interrumpió.

—¿Schubert?

—Sí, siempre sonaba la octava sinfonía de Schubert... la inacabada.

—¿En torno a qué giró la conversación ese día?

—En torno al perdón.

—¿Sí? —dij o Gunnarstranda impaciente.

—Hablamos del perdón, charlamos acerca del perdón como fenómeno.

—¿Mencionaron algunos nombres?

—Ninguno.

—¿Hablaron de acontecimientos concretos?

—Por su parte, no, si se refiere a eso.

—¿Quería entonces que usted lo perdonara?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Qué tenía que perdonarle?

—No quedó claro. Salvo que...

Gunnarstranda esperó en tensión. Pero ella guardó silencio y miró hacia otro lado. El comisario se aclaró la voz.

—¿Tiene usted idea de cuál era el sentido de esa representación... de ese espectáculo?

—Al principio hacía mis especulaciones. Pero con el tiempo... —Se interrumpió de nuevo.

Gunnarstranda la miró fijamente.

—Está bastante claro. Quería que yo hiciera el papel de otra, de una mujer con la que soñaba, pero que nunca logró tener. Yo no le daba mayor importancia.

—¿Por qué no?

Ella sonrió con tristeza.

—Soñaba con una mujer inalcanzable, pero a quien tenía era a mí. Un trozo de mi personalidad que sólo existía en esa breve hora y en esa habitación concreta. Al principio tenía que hacer el papel de otra. Yo creía que la regla del juego era ser el sueño oculto de una mujer a la que yo no conocía. Pero no era así, no...

Meneó resignada la cabeza, como si considerara una tontería lo que iba a decir a continuación.

—Cuéntemelo —le rogó Gunnarstranda.

—Una vez me puse enferma, y después nos vimos otras seis o siete veces. Fue hace unos seis meses; yo tenía gripe, casi cuarenta de fiebre, y me vi obligada a cancelar la cita. —Sonrió—. Entonces se puso muy furioso. Yo había buscado una sustituta, otra actriz increíblemente buena, pero Folke declinó el ofrecimiento. Quería que fuera yo. —Alzó la vista—. ¿Comprende? ¡Quería tenerme a mí! A nadie más que a mí. Aunque todas las veces llevara el mismo vestido y la misma peluca... ya no era ella, sino yo.

Gunnarstranda se levantó y recorrió la pequeña habitación arriba y abajo. Se detuvo junto a la ventana y miró los árboles de fuera, alineados a lo largo de la calle con sus pesadas ramas sin hojas.

—Pero el perdón seguro que tenía que ver con ella —oyó tras él la suave voz de la mujer.

El comisario se volvió.

—Yo tenía que perdonarlo en nombre de ella. Creo que él debió de hacerle algo grave y no pudo reparar el daño.

Gunnarstranda asintió, pensativo.

—Y la última vez que ocurrió fue la víspera del día en que fue asesinado... ¿Y cómo era la segunda réplica?

Se volvió, rodeó la silla e intentó atrapar la mirada de ella, que sin embargo apartó la vista.

—¿Cómo era la segunda réplica?

Ella se hizo esperar con la respuesta.

Gunnarstranda la volvió a mirar.

—¿Quién era la mujer en cuyo nombre usted tenía que perdonarlo?

Ella negó con la cabeza.

—Ni idea.

El comisario suspiró.

—¡Vamos, eso tiene que saberlo! Siendo actriz, tuvo que haberle preguntado qué papel debía representar.

—No tengo ni idea, de verdad que no sé quién es ella.

—Sin embargo, tuvo que tentarle la idea de preguntárselo: una mujer con el pelo largo y liso, un lunar y, probablemente, con los mismos rasgos y la misma figura que usted... ¿Quiere que le diga algo? —preguntó Gunnarstranda con picardía—. Tengo una foto de ella.

Gro Hege Wyller se estremeció. Le dirigió al comisario una mirada insegura, dubitativa; toda ella irradiaba una rigidez de la que hasta ese momento no había dado muestras.

—Usted se le parece —dijo Gunnarstranda imperturbable—. Ya me fijé en el funeral.

—No lo creo —murmuró ella, y añadió con voz más firme—: Me engaña.

Gunnarstranda volvió a sentarse. Cruzó las piernas y la dejó que siguiera murmurando con inseguridad.

—¿Por qué iba a mentirle? —preguntó después.

—¿Dónde tiene la foto?

El comisario se dio un golpecito en el bolsillo del pecho.

—Aquí.

—¡Enséñemela!

Gunnarstranda dudó un momento.

—¿No puedo verla?

—¿Por qué quiere verla?

—Déjeme ver esa foto —repitió ella, apremiándolo.

Gunnarstranda sonrió sarcásticamente.

—¿Quiere saber si dominaba el papel, si consiguió imitarla?

—No —dijo ella con gravedad.

—Claro que no. —Gunnarstranda sonrió fríamente—. Sin embargo, usted interpretaba dos réplicas que sin duda tenían que ver con esa mujer.

—Si le digo cuál es la otra réplica, ¿me dejará ver la foto? —lo interrumpió ella.

—De acuerdo.

—Te quiero.

—¿Cómo dice?

—Eso es lo segundo; tenía que decir «te quiero».

Sentada con los ojos cerrados, parecía estar en otro mundo. Había algo en su perfil y en el brillo de su piel que dejaba al comisario sin habla, hechizado, mientras ella abría poco a poco los ojos. Intercambiaron una mirada.

—¿Y la foto? —preguntó ella.

Gunnarstranda metió la mano en el bolsillo interior y sacó la fotografía que había encontrado en la oficina de Folke Jespersen. Ocultándola en la mano, carraspeó y dijo:

—¿Está segura de que quiere verla?

De nuevo se miraron. Los azules ojos de la mujer revelaron por unos segundos una vulnerabilidad que emocionó al comisario. Notó cómo aquello le dolía, se dio cuenta en el mismo instante en que ella apartó la vista y susurró:

—No... mejor no.

Él no se inmutó.

—Bueno —dijo ella, confusa—, ¿quiere alguna otra cosa?

—Ese día —empezó el comisario pasándose dos dedos por los labios—, ¿notó algo diferente?

—Cada vez era diferente, pero quizá ese día parecía algo... triste —opinó ella finalmente.

—¿A qué se refiere con... triste?

—Se puso a llorar. No mucho, sólo un poco. Ya le había pasado más veces, pero no sé, parecía más triste de lo normal, más callado, un poco despistado.

Gunnarstranda vio que la mujer estaba como ausente. Cuando por fin alzó la vista, parecía que salía de las profundidades del mar. Pestañeó antes de dirigir de nuevo la mirada al comisario.

—¿Qué pasó después? —preguntó este en voz baja, guardándose otra vez la fotografía en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Siempre cogíamos un taxi juntos.

Gunnarstranda esperó.

—Desde allí —dijo ella—. Desde Ensjø.

—¿Hacia dónde?

—Hacia aquí.

—¿Los dos?

—Yo me bajé aquí y él continuó en el taxi... hacia su casa, supongo.

—¿Quién llamó al taxi?

—Él.

—Y cuando salieron de la casa de Bertrand Narvesens Vei, ¿no notó nada?

Ella lo miró rápidamente por encima del hombro.

—¿Qué quiere decir?

—No quiero decir nada, sólo pregunto... y su reacción me dice que sí notó algo.

Ella no respondió.

Gunnarstranda apartó la mesa ligeramente hacia un lado y se puso en cuclillas delante de la mujer, que estaba sentada en el sofá.

—No tiene nada que perder —le dijo en voz baja—. Y tampoco tiene nada que ganar, pero si ha dicho A también debería decir B... esas son las reglas del juego. Créame, yo conozco las reglas; llevo jugando a este juego más de la mitad de mi vida. No me mienta. ¿Conocía a la persona que la llevó en taxi a Ensjø?

—¿Porqué?

—¡No pregunte por qué! —bufó Gunnarstranda, irritado—. Responda a mi pregunta: ¿conocía a la persona en cuestión?

—Yo ya había ido en ese taxi.

—¡Responda de una puñetera vez a mi pregunta!

—Se llama Richard. Vive en esta casa... y es taxista —añadió, enfadada—. No miento.

Gunnarstranda suspiró, aliviado, y volvió a sentarse.

—¿Le pidió a ese taxista que la llevara al almacén de Jespersen en Bertrand Narvesens Vei, o apareció ese conductor casualmente cuando necesitaba un taxi?

—Le pregunté si podía llevarme... Estaba aquí cuando me telefoneó Reidar.

—¿Estaba aquí mismo... en su casa?

—Sí.

—¿Usted y ese taxista solos?

—Sí.

—¿Y por qué no me lo ha dicho antes?

—No lo sé.

—¿Son ustedes pareja?

—No.

El comisario la examinó con un gesto escéptico.

Ella rehuyó su mirada.

—Richard... ¿cómo se apellida?

—Ekholt. Se llama Richard Ekholt. Sólo trabaja en el taxi a última hora de la tarde y por la noche. Una vez me llevó en el taxi y me dio su tarjeta. Desde entonces la he usado unas cuantas veces, cuando resulta difícil conseguir un coche, a altas

horas de la noche, por ejemplo; entonces viene bien tener a alguien a quien llamar. Pues sí, lo he hecho unas cuantas veces. Y ahora se supone que está enamorado de mí.

—¿Volvió a ver a Ekholt ese día, o por la noche?

Ella guardó silencio.

Gunnarstranda se frotó nervioso los labios.

—Le aseguro que es importante para la investigación.

—Ocurrió algo que me hizo no querer volver a verlo.

—¿Qué fue?

—Me gustaría no hablar de eso.

Gunnarstranda la observó.

—¿Le hizo daño? —preguntó con precaución.

—No directamente.

Gunnarstranda esperó.

—No está bien de la cabeza. En el camino de ida se cabreó, y cuando llegamos se puso impertinente y quería meterme mano. Tuve que huir; el suelo estaba resbaladizo y hacía un frío de mil demonios. —Miró fijamente a Gunnarstranda, como calibrando la situación—. Tuve que salir zumbando. Estaba completamente enloquecido. Creo que se sentía celoso porque intuía que iba a encontrarme con un hombre.

—¿Y adónde huyó?

—Me metí dentro, en el almacén de Folke. La llave estaba como siempre en el buzón. Por suerte logré cerrar la puerta antes de que él...

—¿No le hizo daño?

—No, me puse furiosa.

—¿Le mencionó el incidente a Reidar Folke Jespersen?

—Sí... fue una parte del espectáculo. El perdón —dijo inexpresivamente, y su mirada se perdió en el vacío, mientras el comisario la observaba en silencio—. Luego me asusté muchísimo. Compréndalo, nunca hubiera creído que fuera a esperarme, pero cuando salí del almacén, aún seguía allí —dijo finalmente—. Cuando Folke y yo nos dirigimos hacia el taxi, el coche de Richard seguía en el mismo sitio. Lo vi dentro, y estoy segura de que nos siguió hasta aquí.

—¿Cómo puede estar tan segura?

—Cuando estaba abriendo el portal... porque yo me bajé aquí y Folke continuó en el taxi... me puse a buscar la llave que llevaba suelta en un bolsillo, y mientras la buscaba, Richard pasó con el coche y siguió al taxi de Folke.

—¿Está segura de que lo siguió?

—Sí.

—¿Lo denunció?

—¿Denunciarlo?

—Sí, por haberla molestado en el coche.

—Por una cosa así no se denuncia a nadie. Fue un incidente que lo desenmascaró.

Gunnarstranda metió la mano en el bolsillo interior, sacó un bolígrafo y preguntó:

—¿Tiene un trozo de papel?

Ella miró a su alrededor.

—Da igual —murmuró él cogiendo el periódico de la mesa. En el borde anotó el código que había aparecido escrito en el pecho del cadáver, y se lo enseñó—. ¿Le dice esto algo?

—¿Está seguro de que esa es la letra? —preguntó ella.

Él se estremeció.

—¿Porqué?

—Creo que el número de licencia del taxi de Richard es 195 —dijo ella—. Pero delante tiene una A, no una J.

El uniforme que desapareció

Cuando Gunnarstranda llegó esa noche a casa, se quedó parado delante de la pecera, contemplando cómo nadaba su pececillo dorado. Aunque la pecera era más verde que transparente, logró afrontar la mirada triste del pez. Fue a la cocina y se preparó dos huevos fritos y medio paquete de beicon, que devoró con dos rebanadas de pan de molde y un vaso de leche. Después de darse una ducha de agua hirviendo, se sentó junto al escritorio y leyó los informes de las pesquisas. Finalmente, se acercó a su viejo baúl americano y sacó una botellita de whisky. Se sirvió una copa y se la bebió mientras redactaba el informe sobre la visita a casa de Gro Hege Wyller. Después de repasarlo, se dirigió al teléfono.

Frank Frølich contestó con un bostezo.

—Soy yo.

—¿Sabes lo tarde que es? —preguntó Frølich.

—¿Te acuerdas de que una vecina de Thomas Heftyes Gate habló de un taxi aparcado con el motor en marcha? —preguntó Gunnarstranda.

—Sí —bostezó Frølich—. Trabaja en la editorial de libros infantiles Egmont.

—Creo que el taxista se llama Richard Ekholt.

—Entiendo.

—Voy a citarlo para un interrogatorio. Pero no estaría mal que indagaras en la central de taxis para saber algo de ese tío. A lo mejor das con un buen soplón que tenga contactos en ese ambiente.

—¿Un soplón?

—Ekholt trabaja sólo de noche. Conocerá a algunos de nuestros clientes habituales. Aparte de eso, el número de licencia de su taxi es el 195. ¿Ya has dormido?

—¿Qué acabas de decir?

—Te he preguntado si ya has dormido.

—Has hablado de un número.

—Richard Ekholt conduce el taxi A195.

—¡Maldita sea! ¿No hablarás en serio?

—A, Frølich, no J. Una A no se parece en nada a una J.

—Pero no puede ser una casualidad.

—Cada día al que sobrevivimos tú y yo está basado en una casualidad. El hecho de que un espermatozoide de tu padre ganara la batalla por el óvulo de tu madre y te engendrara a ti se basa en una casualidad. También es una casualidad que las personas vivan en la Tierra y no en Marte. ¿Estabas durmiendo?

—¿Y encima me lo preguntas? ¿Sabes qué hora es?

—No, pero oigo música de fondo.

—Yo no he dicho que ya estuviera acostado.

—¿Hay algo más?

—Ha llamado Glenn Moseng.

—¿Y quién es Glenn Moseng?

—Tiene un café-pastelería en Jacob Aalls Gate. Y lo mejor es que su café está justo enfrente de la casa del amante de Ingrid Jespersen... Strømsted. El tal Glenn Moseng ha reconocido a Folke Jespersen en la foto del periódico. El viernes, 13 de enero, nuestro muerto estuvo en el café de Moseng más o menos desde las nueve hasta las once o las doce.

Gunnarstranda soltó un silbido.

—Stokmo dice la verdad —continuó Frølich—. Ese día, Folke Jespersen no fue directamente al trabajo, sino que se sentó en ese café para esperar a su mujer.

—Sin embargo, no la detuvo al verla llegar —replicó Gunnarstranda, hundiéndose en el sillón con el auricular en la mano—. ¿Y qué hizo nuestro hombre allí... en la cafetería?

—Tomar café y leer los periódicos... como mínimo durante dos horas.

Gunnarstranda se quedó callado y pensativo.

—Folke discute con sus hermanos y, más tarde, llama a su mujer mientras está con su amante —señaló Frølich, ya más despierto—. Volvemos una y otra vez a la mujer y a su amante —continuó, entusiasmado—. Un móvil, una posibilidad...

—¿Y qué más? —preguntó Gunnarstranda, reprimiendo un bostezo.

—He conseguido dar con esa amiga de Jonny Stokmo: Carina. Es una puta, trabaja sola en un piso de Thereses Gate. Ha confirmado que él estuvo esa noche en su casa. Pero ya no se acuerda exactamente de la hora a la que se fue.

—¿No lo recuerda?

—No; Stokmo llegó inesperadamente. A medianoche, la mujer tenía una cita con un jefe de la tele y por eso echó a Stokmo antes de lo habitual, dice ella. Le dio tiempo a ducharse y a recoger un poco antes de que se presentara el jefifalte. Así pues, no es imposible que Stokmo se fuera a la cama a las once, como afirma.

Gunnarstranda bostezó.

—Tengo la impresión de que mañana vamos a tener trabajo.

En ese instante, notó la mirada desaprobatoria de *Kalfatrus*, el pez dorado, y miró hacia otro lado con cargo de conciencia.

Nada más terminar la conversación, vació el acuario. Tuvo que buscar en varios armarios hasta que encontró la manguera de Edel. Pertrechado de manguera y cubo, se puso manos a la obra. Metió la manguera en la pecera, absorbió un poco de agua con la boca por el otro extremo y puso cara de asco cuando la echó al cubo. Dejó que saliera el agua hasta que sólo quedaban cinco centímetros en la pecera. Luego fue a buscar una jarra y un termómetro. *Kalfatrus* siguió nadando tranquilamente por el

fondo del acuario mirando al comisario con cara de reproche.

—El viejo Jespersen tiene la culpa —se disculpó Gunnarstranda.

En ese momento, sonó el teléfono.

Cogió el auricular y vociferó:

—¡Diga!

—Soy Karsten Jespersen.

—Sí, dígame.

—Siento llamarlo tan tarde, pero he repasado la lista de los objetos registrados... de la tienda.

—¿Y bien?

—Me parece que falta algo valioso.

—¿A qué se refiere?

—En realidad, sólo echo de menos una cosa, un uniforme.

—¿Un uniforme?

—Sí, estaba en mi despacho en una caja de cartón marrón.

—¿Qué clase de uniforme era?

—No estoy muy seguro, porque todavía no estaba desembalado. El paquete había sido enviado a nombre de mi padre. La última noche le hablé de él. Esa fue una de las cosas de las que hablamos.

Gunnarstranda paseó la mirada por la mesa en busca de un cigarrillo. Se palpó los bolsillos.

—Ya recuerdo que mencionó el uniforme —murmuró—. ¿Y no aparece en la lista que le hemos enviado?

—No.

—¿Tampoco algo menos concreto, como una caja con ropa, objetos militares o algo parecido?

—No. Aquí no pone nada.

—Y si no había abierto la caja, ¿cómo sabe que dentro había un uniforme?

—No tuve tiempo de ocuparme a fondo. Pero rasgué la tapa y vi que dentro estaba el uniforme. De fieltro de lana, en color militar... un tipo de azul.

—¿Un tipo de azul? ¿Azul marino? ¿Gris azulado? —preguntó Gunnarstranda.

Pescó una colilla del cenicero que había en una punta del escritorio y la encendió.

—Gris azulado.

—Entonces parece más de la aviación que de la marina, ¿no?

—Ni idea.

—¿No podría haber pertenecido a un revisor de tranvía? Hasta el personal del palacio del gobierno va uniformado.

—Era un uniforme militar, con charreteras y condecoraciones. Pero ya le digo que sólo le eché un vistazo. Le conté a mi padre que había llegado el uniforme, y también

le hablé de esos dos vasos de Nøstetangen, que sí aparecen en la lista, pero supongo que no debió de interesarse por ninguna de las dos cosas.

—¿No cree entonces que esa noche bajara a la tienda a mirar el uniforme?

—No, no lo creo.

Gunnarstranda inhaló el humo con avidez.

—¿No sabe si el uniforme era especialmente valioso? —preguntó.

—Como le he dicho, no me dio tiempo a mirarlo bien.

—¿Y de quién era el paquete?

—No tengo ni idea; creo que no ponía el remitente.

—Pero sería rarísimo que le hubieran enviado a su padre un uniforme de forma anónima, ¿no?

—Pues sí...

—Porque era anónimo, ¿no?

—No me acuerdo, no me fijé.

—¿Se lo contó a su padre?

—¿El qué?

—Que el paquete no tenía remitente.

—Sí, creo que sí, o por lo menos le conté que había llegado un uniforme y que, aunque no lo había mirado bien, parecía estar completo, con la chaqueta, el pantalón...

—¿Sigue allí la caja?

—No, y tampoco pone nada de una caja de cartón en la lista.

—De manera que echa de menos un uniforme y una caja de cartón. — Gunnarstranda intentó imaginarse a los dos caballeros tomando café con coñac, rodeados de niños chillando por el suelo y dejando en el aire muchas cosas por decir —. Esa noche recibió varias llamadas telefónicas —continuó—. Quizá lo llamara la persona que le había mandado el uniforme.

—Cabe pensarlo —concedió Karsten Jespersen—. Pero es difícil comprobarlo.

—Vale —dijo Gunnarstranda—. Muchas gracias por llamar. Me ha sido usted de gran ayuda.

Después de colgar, se quedó unos segundos de pie y se pasó sus nerviosos dedos por los labios. De repente se acordó de lo que estaba haciendo y fue a la cocina para coger agua fresca con la jarra. Con mucho cuidado, echó el agua atemperada en el acuario. Luego abrió la lata de comida para peces y espolvoreó un poco en la superficie del agua.

—Larvas de mosca secas y patas de araña ahumadas —le murmuró al pez, que subió a la superficie para probar la comida—. Rico, rico, rico.

Gunnarstranda se sirvió otro whisky, se sentó y cogió una hoja del montón de papeles que tenía delante. En la hoja blanca había una copia de la fotografía que

había encontrado debajo de la carpeta del escritorio de Reidar Folke Jespersen. Esta vez le pareció que la mujer se reía... de él.

El perro dormido

Al día siguiente, mientras Frank Frølich se lanzaba a la calle nada más terminar de desayunar para averiguar algo sobre el taxista con el número de licencia A 195, Gunnarstranda pasó una larga jornada en la oficina, revisando las declaraciones de los testigos, pasando a limpio los informes y haciendo una serie de llamadas telefónicas más o menos inútiles. A última hora de la tarde, el comisario recogió sus cosas y puso rumbo al Stokmos Metallservice, en Torshov. Las ventanas del taller estaban a oscuras, pero las de la vivienda, en el primer piso, arrojaban un resplandor cálido y amarillo sobre el patio. Gunnarstranda miró al cielo, completamente gris por la niebla invernal, y sintió un escalofrío. Agarrado a la barandilla de metal, subió la helada y resbaladiza escalera. Tuvo que llamar tres veces antes de que Karl Erik Stokmo, en chándal y con unas zapatillas deportivas desgastadas, le abriera y dijera:

—Pase.

En la casa olía a comida. En el cuarto de estar había una mujer delgada, de unos treinta años, que con un plato encima de las rodillas y delante del televisor comía algo que parecía un suflé de pescado. En la pantalla había un anuncio de teletienda: un hombre echaba un producto químico en unos muebles sucios de jardín y los limpiaba con un paño.

Gunnarstranda la saludó con una inclinación de cabeza. Estaba descalza y llevaba un pantalón de chándal y una camiseta de manga corta. Para ser invierno, parecía artificialmente bronceada. Un tatuaje negro azulado adornaba su antebrazo, y cuando sonrió, el policía vio que le faltaba un colmillo. Acto seguido, los dos hombres se sentaron, y ella se retiró a la cocina.

Ahora, en la teletienda, un culturista mostraba un aparato de entrenamiento. Karl Erik Stokmo cogió el mando a distancia y bajó el volumen del televisor. Gunnarstranda fue directamente al grano.

—Su padre no tiene ninguna coartada para la noche del asesinato, lo cual es lamentable. Dice que la noche del viernes se acostó a las once en el cuarto de atrás de su taller. —El comisario hizo un movimiento con la cabeza—. Aquí abajo.

Stokmo se reclinó en su sillón, levantó las piernas y las apoyó en un escabel.

—¿Es cierto que su padre llegó esa noche aquí a las once?

Stokmo suspiró.

—Supongo que sí.

—Las suposiciones no cuentan. ¿Puede usted jurar que su padre pasó la noche durmiendo en el cuarto trasero del taller?

—No —dijo brevemente el joven Stokmo—. Sé que estuvo aquí, pero ni nos vimos ni hablamos.

—¿No está entonces seguro de cuándo llegó y cuándo se fue?

—No, pero sé que estuvo aquí —repitió el hombre—. ¡Lillian! —llamó a la cocina.

La mujer abrió la puerta de la cocina. Llevaba puestos unos guantes amarillos de goma para fregar. Tras ella se oía correr el agua de la fregadera.

—¿Te enteraste de cuándo llegó mi padre el viernes? —preguntó Stokmo.

La mujer miró a Gunnarstranda.

—Sólo oí cómo arrancaba el coche... a la mañana siguiente —dijo.

—Cierto —dijo Stokmo—. Ese era su coche.

—¿A qué hora pudo ser eso?

La mujer se frotó la barbilla en el hombro.

—Era a media mañana, antes de que nos levantáramos.

—¿Antes o después de las doce?

—Antes de las doce... supongo. O no... —Miró dubitativa a Stokmo, que se encogió de hombros.

—Pero ¿lo vieron a él o su coche con sus propios ojos?

Stokmo negó con la cabeza.

Gunnarstranda siguió con la mirada a la mujer, que entró un momento en la cocina para cerrar el grifo. Luego se asomó otra vez al umbral de la puerta.

—No —dijo—. Pero estoy segura de que era su camioneta.

Stokmo asintió con la cabeza.

—Tiene oxidada la carrocería, ¿sabe?, y se oye.

—Si el coche hubiera sido utilizado por la noche, ¿lo habrían oído?

Los dos se miraron, pero luego se encogieron de hombros.

—¿Oyeron el coche por la noche?

Ambos negaron con la cabeza.

—Bien —dijo Gunnarstranda mirando a la mujer, que mostraba el hueco del diente.

—Usted conoce a Bendik, ¿no es cierto? —preguntó ella.

Gunnarstranda asintió.

—Me alegro —dijo cerrando de nuevo la puerta de la cocina.

Stokmo carraspeó.

—Es que ella y Bendik vivieron una vez juntos —explicó.

—Y ahora vive aquí, por lo que veo —señaló Gunnarstranda, mirando a su alrededor.

En la teletienda había ahora una mujer de formas perfectas en traje de baño que mostraba el mismo aparato de entrenamiento.

Las paredes estaban casi desnudas; sólo encima de la puerta de la cocina colgaba una coraza de tortuga en la que aparecía pintada una águila de color pardo con la cabeza blanca. Gunnarstranda contempló el águila, que le devolvió una mirada bizca.

—¿Sabe por qué estaba su padre tan cabreado con Folke Jespersen? —le preguntó a Stokmo.

—Supongo que debía de ser por algo relacionado con mi abuelo, que era traficante de fuga durante la guerra.

—¿Puedo? —Gunnarstranda alzó su paquetito de tabaco con gesto interrogativo.

Stokmo asintió y sacó también un cigarrillo de un paquete de Prince que había encima de la mesa.

—He oído que durante la guerra Folke Jespersen tenía en Oslo una imprenta ilegal que publicaba un periodicucho con noticias de Londres y cosas así. Pero fue denunciado y tuvo que huir.

—Yo también lo he oído —asintió Gunnarstranda dándole fuego.

—Bueno, pues mi abuelo ayudó a Folke Jespersen a cruzar hasta Suecia. — Stokmo inhaló el humo y se cruzó de piernas—. Hacia el final de la guerra, mi abuelo fue descubierto por una patrulla de frontera... una *Grepo*. Los soldados estuvieron a punto de dispararle, así que le entró el pánico y huyó al bosque. Los nazis le dieron el alto, pero mi abuelo tuvo miedo porque iba armado con una pistola. Cuando los nazis lo llamaron, él ya había sacado la pistola, pero tropezó con unas raíces, cayó de cabeza y la pistola quedó enterrada en el musgo. Ahí la dejó y se levantó... desarmado. Fue cacheado, pero no le encontraron nada. Debió de ser cosa del ángel de la guarda, ¿no cree? Entonces mi abuelo les contó que estaba recogiendo arándanos. Lo dejaron irse con la condición de que al día siguiente se presentara en Halden.

Stokmo sacudió la ceniza del cigarrillo antes de echar el humo con la boca afilada.

—¿Y se presentó?

—Sí, claro. Y logró que no sospecharan de él. Y ahí reside el quid de la cuestión, ¿comprende?, porque el hecho de que mi abuelo consiguiera escapar tan fácilmente dio lugar a rumores. Es una larga historia: de la gente a la que ayudaba a salir de contrabando del país recibía una buena cantidad de dinero y un montón de regalos. Tenía todas las cosas escondidas. No tengo ni idea de cuánto era, pero estoy seguro de que sería valioso. Ya sabe que muchos judíos que cruzaron la frontera a escondidas eran ricos... orfebres y relojeros... y eran generosos. Pero nada más terminar la guerra surgieron rumores de judíos fugitivos que habían sido robados por traficantes de fuga codiciosos. También circulaban rumores en torno a mi abuelo. Algunos decían que había escapado de la policía de frontera de una manera sospechosamente fácil. De ahí que después de la guerra no se atreviera a hacer nada con los objetos acumulados. Entonces Folke Jespersen se encargó de venderle esas cosas... como hombre de paja.

Gunnarstranda se lio un cigarrillo.

—Vaya —dijo encendiendo su mechero no recargable—, así que circulaban rumores de que su abuelo había trabajado para los alemanes.

Karl Erik Stokmo asintió con gravedad.

Gunnarstranda inhaló el humo con aire pensativo.

—Un traficante de fuga con mala fama, por lo que veo. Pero ¿dónde reside el auténtico conflicto entre su abuelo y Folke Jespersen?

Stokmo apagó el cigarrillo y se reclinó.

—Hace unas semanas hablé con mi padre —empezó.

—¿Y bien?

—Casi todo ya lo sabía. Pero la historia del arresto en Halden era nueva. Y también que Folke Jespersen había vendido esos regalos. Compréndalo: mi padre tampoco sabía que mi abuelo hubiera escondido plata y cosas así durante la guerra. Pero no hace mucho encontró unos cuantos papeles viejos, entre los que había acuerdos que habían firmado mi abuelo y Reidar. De esos papeles se deduce lo mucho que le debía Reidar. Y mi padre opina que esas deudas nunca fueron saldadas. Es obvio que Folke Jespersen estafó grandes sumas de dinero a mi abuelo.

—¿Cómo?

—Folke Jespersen se encargó de vender las cosas, pero nunca saldó cuentas con mi abuelo.

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—Entiendo —murmuró.

—A mí, en realidad, me importa un carajo, pero a mi padre esta historia lo pone negro. Yo creo que de niño debieron de maltratarlo bastante, porque circulaban rumores de que su padre había sido espía nazi y cosas por el estilo. Lo que a mí me asusta es el asunto personal, ¿sabe usted? Mi padre quería recuperar el dinero de Reidar Folke Jespersen, y por eso acabaron tan mal.

—¿Una riña?

—La versión de Folke Jespersen es que las cosas de valor les fueron robadas a los judíos durante la guerra. Lo cual es nauseabundo. En primer lugar, porque mi abuelo ayudó a Folke Jespersen a huir a Suecia y, en segundo lugar, porque después los dos trabajaron juntos durante años. Sin embargo, ahora que mi abuelo está muerto, Jespersen asegura que mi abuelo era el mayor hijo de puta. Eso hace pensar a mi padre que Jespersen pudo haber chantajeado a mi abuelo. Porque mi abuelo no hizo nada por obligar a Jespersen a que le pagara. Mi viejo cree que Jespersen amenazaba a mi abuelo con contar una sarta de mentiras acerca de él. Por ejemplo, que durante la guerra el abuelo robaba a los judíos y espiaba para los alemanes.

Gunnarstranda asintió, pensativo.

—Su padre debía de tenerle una manía espantosa a Folke Jespersen —dedujo—. ¿Qué es lo que más le importa? ¿De qué quiere vengarse, del dinero perdido, del

honor perdido... o de las dos cosas?

Stokmo se encogió de hombros.

—Como ya le he dicho, toda esa historia me importa un bledo. Pero creo que es más una cuestión de honor que de dinero.

—Suenan plausible —comenzó Gunnarstranda—, pero esa historia le da a su padre un móvil.

—Piense con lógica. ¿Por qué iba mi padre a cargarse a Folke Jespersen? Ahora que Reidar ha muerto, la reputación de mi abuelo no se restablecerá jamás, y mi viejo tampoco podrá resarcirse del daño recibido.

—De todos modos, su padre podría haber perdido el control. Esas cosas suelen pasar. Y como usted mismo ha dicho, para su padre se trata de una historia muy personal.

—Pero ya no es ningún niño —objetó el otro—. No es tan lerdo como para infligirle un daño físico a Reidar Folke Jespersen.

Gunnarstranda se levantó. Ya no se oía ruido en la cocina.

—¿Entonces está bajo sospecha? —quiso saber Karl Erik Stokmo, que también se levantó.

Ambos se dirigieron hacia la puerta de entrada. Gunnarstranda se puso el abrigo.

—Tiene que hacer una declaración. Como testigo.

Se volvió hacia el espejo, que constaba de tres cristales cuadrados superpuestos y fijados a la pared. Vio su cuerpo dividido: por un lado, la cabeza y el cuello; luego el tronco, y finalmente las piernas. Se abrochó el abrigo y se atusó el pelo.

—Debería confiar en apostar por la verdad, y en nosotros —concluyó, abriendo la puerta.

Al cabo de diez minutos, cuando se dirigía a casa en coche para ducharse y cambiarse de ropa antes de ir al teatro con Tove Granaas, recibió una llamada de Frølich.

Gunnarstranda le pidió a su colega más joven que esperara, se acercó al bordillo y se detuvo frente al puente Bentse.

—Acabo de hablar con la doctora Lauritzen, de la sección oncológica de Ulleval —declaró Frølich.

—La conozco —dijo brevemente Gunnarstranda.

—¿La conoces?

—Grethe Lauritzen trató en su día a mi mujer.

—Ah...

—Bien —dijo Gunnarstranda, imperturbable—. ¿Es que ha tratado también a Folke Jespersen?

—Más o menos. Fue ella la que le dijo a Folke Jespersen que tenía cáncer. Pero lo más interesante es cuándo se lo dijo.

—¿Y bien?

—El viernes, 13, jefe... una vez más. Folke Jespersen llamó a la doctora Lauritzen hacia las cuatro para enterarse del resultado de una serie de análisis. Al principio, ella no quería decirle nada por teléfono y le pidió que fuera a la consulta. Pero entonces él se puso hecho un basilisco. Y le planteó las preguntas de tal modo que ella se vio obligada a decirle que tenía un tumor maligno. Le dio cita para otro día, a la que ya no pudo acudir.

—¿Cómo de avanzado estaba el cáncer?

—La doctora le dio al viejo dos meses como máximo. De eso se enteró media hora antes de llamar a la abogada y anular el testamento.

Cita 32

Frente al cajero automático de Correos, en Egertorget, había una mujer. Frank Frølich se puso detrás de ella y se entretuvo observando al joven que tocaba la guitarra y cantaba ante la entrada del tranvía. A menudo se había preguntado cómo aguantarían las temperaturas bajo cero unos instrumentos tan sensibles, por no hablar de las puntas de los dedos del guitarrista. Este llevaba, unos mitones; se lo veía muerto de frío, dando vueltas alrededor de un cochecito de bebé con un altavoz encima, mientras cantaba para un público más bien escaso: dos drogadictos, que se agarraban convulsivamente a la barandilla, y el gorila del bar Tre Brødre.

La mujer del cajero automático terminó y se volvió bruscamente.

—¡Ay! —exclamó con un gesto de dolor.

Se llevó una mano a la espalda y dejó caer una bolsa de plástico. Frølich la cogió al vuelo.

La mujer en cuestión era Gøril, que se encogió y le dio la risa.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—Mi espalda —dijo ella, buscando aire—. Tengo unos dolores terribles de espalda. Como estabas tan pegadito a mí, me he asustado.

—Vaya.

Permanecieron unos segundos mirándose el uno al otro. Ella llevaba una gruesa chaqueta de punto y unos vaqueros raídos. Con los dedos encogidos, metió las manos en las mangas de la chaqueta. Frølich notó el frío en ese mismo momento.

—Gracias por la lista —dijo.

Fue lo único que se le ocurrió.

—¿La lista? —preguntó ella sin comprender.

—Las cosas que has registrado en la tienda de antigüedades —explicó él sonriendo con timidez.

—No tiene importancia —respondió ella con una sonrisa.

Frank oyó que el músico callejero estaba cantando *Streets of London*. Tenía una voz agradable. Un hombre con las mejillas rojas, que llevaba un abrigo y un gorro de lana, se acercó y le preguntó ariscamente a Frølich si estaba en la cola del cajero automático.

El policía lo dejó pasar.

—Hace frío —le dijo a Gøril, y dejó la bolsa de plástico en el suelo. Como dentro de la bolsa había una botella que amenazaba con salirse, la apoyó en su pierna—. ¿Quieres que vayamos a algún sitio a sentarnos?

Ella giró lentamente la cabeza hacia un reloj que había encima del Mama Rosa.

A Frølich le hubiera gustado morderse la lengua, de modo que intentó disimular su osadía añadiendo:

—A lo mejor tienes prisa...

Ella dudó un momento.

—En realidad, quería hacer una visita al hospital.

No dijo a quién iba a visitar, y a él tampoco se le ocurrió preguntárselo.

—¿En otra ocasión, quizá?

—Muy bien —dijo ella tiritando ligeramente—. Otro día.

—¿Cuándo?

—¿Qué tal si tomamos una cerveza cualquier día, después del trabajo?

Él asintió. Ese vago «cualquier día» resultaba un poco desalentador, porque no implicaba ningún compromiso. Por otra parte, a él tampoco se le ocurrió proponerle algo más concreto.

Bajaron por Akersgata pasando por las redacciones del *Aftenposten* y del *Dagbladet*. Él llevaba la bolsa de ella. Caminaban despacio.

—Lo peor es cuando me da la tos —dijo ella—. Reír, en cambio, no me molesta... en la espalda, quiero decir.

Procuraron acelerar el paso y recorrer los últimos metros a la carrera para coger el autobús, que en ese momento giraba por Apotekergata.

—Ten cuidado —dijo él al verla cojear un poco.

Gøril se rio de sí misma.

Cuando la mujer subió al estribo del autobús, Frølich cayó en la cuenta de que no habían quedado en ningún sitio ni a ninguna hora concreta.

—¿Dónde? —le gritó.

La puerta se cerró con un ruido sordo. Cuando se miraron a través de la ventanilla del autobús, a ella le entró la risa.

Por gestos, le respondió señalándose a sí misma y haciendo como que se llevaba un teléfono al oído.

—¿Yo? —gritó Frølich—. ¿Que te llame yo?

Pero su pregunta quedó en el aire, porque el autobús ya se había ido.

Maná en el desierto

Gunnarstranda recogió a Tove Granaas a las siete y media. Previamente había decidido no bajarse del coche, y así se lo había hecho saber por teléfono. «Baja cuando veas el coche en la rampa», le había dicho.

Tove Granaas vivía en Sæter, en el primer piso de una villa pintada de blanco de estilo suizo rodeada de un jardín repleto de manzanos viejos que, debido a una poda mal hecha o descuidada, parecían ramas amontonadas sobre estacas. Tove Granaas se quejaba de que las manzanas salían siempre pequeñas y llenas de gusanos. Pero es que las manzanas de unos árboles así sólo podían ser pequeñas y estar llenas de gusanos, pensaba Gunnarstranda. Aunque, naturalmente, no se lo había dicho. En cuanto lo dijera, tendría que encargarse de la poda, y no tenía ganas ni fuerzas. Los propietarios de la casa eran un matrimonio de unos cincuenta años de esos que viajan a la costa sueca con la caravana y se dan su paseo vespertino con los chándales conjuntados.

—La mujer se esconde cuando llego de trabajar sólo para no tener que saludarme —le había dicho Tove Granaas—. No tenemos nada en común.

—¿No os habláis?

—Sólo cuando me suben el alquiler. De eso se encarga el marido, que odia hacer ese papel, pero tampoco se atreve a dejar de hacerlo. La mujer se esconde debajo de la escalera antes de que él llame a la puerta, y en cuanto abro, ella empieza a soplarle lo que tiene que decirme. Se oyen tales susurros y siseos que parece que alguien se haya dejado una botella de gaseosa abierta.

Por muy excéntricos que fueran los propietarios de la casa, Gunnarstranda no tenía ninguna gana de encontrárselos. Era demasiado mayor como para llamar a la puerta de una mujer como si fuera un colegial. Por suerte, en cuanto dobló hacia la rampa, vio a Tove saludándolo desde la ventana. Al cabo de tres minutos, bajó y se montó en el coche.

Mientras recorrían las curvas de Kongsveien, iban viendo el resplandor de la ciudad en el valle, que parecía un cielo estrellado invertido. Gunnarstranda puso la radio. Tuvieron suerte con el locutor, puesto que al parecer le gustaba la música tranquila. Cuando se acercaron al aparcamiento de Ibsen, Billie Holiday estaba cantando *I love you, Porgy*; pero cuando descendieron al piso inferior del *parking*, ya sólo se oía un zumbido por el altavoz.

Tove miró a Gunnarstranda.

—Eres la única persona que conozco que no tiene ni casete ni reproductor de CD en el coche —dijo.

El policía apagó la radio pulsando un botón.

—La compré en el setenta y dos —dijo—. No hay por qué cambiar de radio

cuando se cambia de coche. El problema es que ya no hay ningún programa de radio como Dios manda —dijo Gunnarstranda al pasar junto a los coches aparcados de camino al ascensor—. Antes, la programación de la radio aparecía en el periódico, y uno podía escoger lo que quería escuchar; por ejemplo, las glosas de un autor al que apreciara, o simplemente una bonita voz, como la de Aase Bye cuando leía *Blancas anémonas en la ladera del monte*, de Hans E. Kinck. —Le abrió la puerta que daba a la escalera, donde se dispusieron a esperar el ascensor—. Por aquel entonces, elegías la hora de tomar café de modo que coincidiera con los solemnes momentos de la radio —continuó—. Hoy todo es un cacao de ruidos insoportables. Los locutores no paran de rajar, sobre todo de sí mismos. Propagan su propia ignorancia aderezada con melodías pop y llaman a eso radio matinal, emisora vespertina o radio para conducir. Y si dentro de todo hay alguna perla, algo que requiera uno o dos segundos de concentración, atención o reflexión, uno se queda sin oírlo a no ser que en ese momento esté casualmente sentado en el coche. Aunque no me hagas mucho caso; probablemente sea muy anticuado.

—Probablemente —dijo ella con una sonrisa.

Y enmudeció al ver que otra pareja se les unía. La puerta del ascensor se abrió y entraron los cuatro. Intercambiaron una mirada en el espejo.

Tove Granaas se agarró resueltamente del brazo de Gunnarstranda cuando bajaron por Kristian IV Gate y entraron por las puertas abatibles de cristal del Det Norske Teatret. Luego se detuvieron en el vestíbulo mirando a su alrededor.

—Hemos llegado demasiado pronto —dijo Gunnarstranda.

—¿Estás nervioso? —le preguntó ella en voz baja, sin soltarse del brazo.

—¿Qué?

—Que si estás nervioso.

Gunnarstranda se aclaró la voz y se contempló en el espejo junto al que estaba.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Pareces rígido y un poco ausente.

—No estoy nervioso.

—¿Te resulta desagradable estar conmigo?

—No —carraspeó de nuevo, y añadió—: Es bonito.

Ella le soltó el brazo, se puso delante de él y meneó la cabeza.

—¿Prefieres que hagamos otra cosa, como ir al cine o a tomar una cerveza en un *pub* oscuro?

—No, me apetece ver algo de teatro. Pero podríamos hablar de otra cosa.

Ella lo cogió otra vez del brazo y se volvió hacia un grupo que estaba sentado en el vestíbulo. Saludó por señas a otra mujer.

—Hacía años que no la veía —susurró Tove—. Así que los viejos amigos están aquí... en el teatro. Y yo sin saberlo.

—Hoy lo que predomina son las cabezas canosas —replicó él.

—Ahora sí que estás ausente —constató ella—. ¿En qué estabas pensando?

—En cifras y letras.

—¿Maná?

—¿Cómo dices?

—Oye, me apetece tomar un jerez —dijo ella de repente—. ¿Puedes ir a buscarme uno?

Él se estremeció.

—Yo tomaré vino tinto... El jerez no me gusta. ¿Qué decías del maná? —dijo, dándole sus guantes y rebuscando en la cartera.

—Maná —repitió ella, y le explicó—: Supongo que, cuando uno siembra semillas, le llueve del cielo el pan que cayó en el desierto sobre el pueblo de Israel.

—¿A qué viene eso ahora?

—Se me ha ocurrido cuando has dicho lo de «cifras y letras». Mi abuela era tremendamente religiosa, ¿sabes? Y encima del armario de la cocina tenía un cuenco lleno de papelillos, miles de ellos, con cifras y letras anotadas: Ez. 5,4 o bien Luc. 8,12. Citas de la Biblia, el Libro de Ezequiel...

Gunnarstranda se quedó de piedra.

—Claro... —susurró bajito.

—Pues eso... maná en el desierto. La consigna del día. Creo que pertenecía a la comunidad de Pentecostés.

—Un pasaje de la Biblia —suspiró el comisario, hundiéndose en su asiento—. ¿Qué te pasa?

—J de san Juan. Diecinueve, cinco.

—El Evangelio de san Juan, capítulo diecinueve, versículo cinco —dijo Tove Granaas sonriendo de medio lado—. ¿Qué me dices ahora de ese jerez?

—Bristol Cream —dijo Gunnarstranda, distraído—. ¿Te gusta?

Ella asintió.

—Me da igual; de todos modos, no conozco ninguna marca de jerez...

—Entonces vamos al bar de la biblioteca... en el hotel Bristol, que está ahí enfrente —dijo Gunnarstranda—. Si quieres, puedes tomarte una botella entera.

—Con una copa me basta. Pero ¿por qué quieres que vayamos ahora?

—Porque es imprescindible que consulte una Biblia.

Al cabo de cinco minutos, en el bar de la biblioteca del hotel Bristol, comprobaron que no quedaba ni un solo sitio libre. Gunnarstranda, nervioso, se pasó los dedos por los labios.

—Maldita sea —murmuró.

—Tranquilízate —dijo ella, sonriendo.

—Quería...

—Pero si seguro que tienes una Biblia en casa. —Ella se volvió hacia la ventana, a través de la cual se veía la entrada del Det Norske Teatret—. Además, la obra seguro que es aburridísima.

—¿*Borkman*? Creí que te encantaba Ibsen —murmuró él.

—Pero no en noruego moderno. Traducir a Ibsen al noruego moderno es el colmo de todo lo que me parece detestable del panorama cultural noruego. —Se agarró de su brazo—. Vamos a tu casa —dijo, y sus miradas se encontraron—. Si te atreves.

Mientras Gunnarstranda buscaba una de sus tres Biblias en la estantería que había empotrado en el armario de los zapatos del pasillo, Tove Granaas se quedó de pie en el cuarto de estar, paseando la mirada por la habitación. Contempló el televisor, cuya pantalla estaba vuelta hacia la pared, los antiguos grabados de botánica que colgaban encima del sillón, la vieja lámpara de pie con entalladuras, la colorida librería con todos los libros mezclados, los de bolsillo y los encuadernados en piel, la enorme cantidad de revistas, cuadernos y libros encajados de cualquier manera en la librería, que de este modo parecía un bloque de alquiler superpoblado de cualquier gueto pintoresco. Examinó los títulos, observó el retrato de Edel sin decir nada, dirigió la vista hacia la pecera del pez dorado y dijo en voz alta:

—De manera que este es tu animal de compañía...

El comisario de la brigada de investigación criminal, que había encontrado dos Biblias, las puso sobre la mesa de trabajo, al lado de la ventana. Hojeó ansiosamente las dos y luego alzó la vista.

—No tengo jerez —dijo—. Pero sí muchísimo whisky.

Ella se volvió, interesada.

—¿Dónde?

—En el arca de madera —dijo Gunnarstranda, señalando con la cabeza el viejo baúl americano que estaba junto a la chimenea.

—¿Aquí? —Ella levantó la tapa y vio que las botellas estaban pegadas unas a otras—. Por whisky, que no quede —murmuró.

Fue sacando una botella tras otra y leyendo las etiquetas.

—¿Cuál quieres?

—Uno que esté abierto —respondió Gunnarstranda deslizando un dedo por los renglones de la Biblia—. San Lucas... san Juan... —murmuró.

Tove Granaas se decidió por una botella de Ballantine's de la que quedaba un cuarto, fue a la cocina, sacó dos vasos de agua del armario y sirvió el whisky.

Gunnarstranda cogió distraídamente el vaso que ella le tendió.

—Aquí —dijo señalando un pasaje.

—¿Qué pone ahí?

—Jesús y Pilatos.

—*Skal* —dijo Tove Granaas—. A la salud de mi abuela.

—Y a la de Poncio Pilatos —añadió Gunnarstranda.

Tove Granaas suspiró y meneó el vaso con gesto de aprobación.

—Pilatos, el que se lava las manos como muestra de inocencia, y el pueblo, que le pone a Jesús una corona de espinas en la cabeza. Las tres cruces en la frente del cadáver. ¡La corona de espinas! Hilo rojo alrededor del cuello, vestimenta de color púrpura... —Gunnarstranda se quedó unos instantes abismado en sus pensamientos y luego preguntó—: Pero ¿por qué?

—El poli eres tú —repuso Tove.

Luego sacó varios libros de la estantería y examinó los títulos mientras él hojeaba y leía la Biblia. Al cabo de un rato se sirvió más whisky y le preguntó si él también quería.

Gunnarstranda alzó la vista y negó con la cabeza. Su vaso aún seguía intacto.

—Esto es interesante —musitó—. Hay cuatro evangelios. Pero de los cuatro sólo tres hablan exactamente de ese episodio. San Lucas se diferencia en que...

Pasó las páginas de la Biblia para enseñárselo a ella.

—Te creo —dijo Tove dando otro sorbito a su vaso—. Un whisky increíblemente bueno.

—San Lucas no menciona ese episodio, ni la vestimenta púrpura ni el escarnio. En cambio, habla de Herodes. Es como si san Lucas no tuviera ni idea. Los otros tres, sin embargo, están de acuerdo en que Jesús fue provisto de una vestimenta de color púrpura...

—El hilo de seda rojo —lo interrumpió Tove—. Eso ya lo has dicho.

Gunnarstranda hizo un gesto de asentimiento.

—Los tres también se muestran de acuerdo en la corona de espinas, y en que Jesús fue sometido a la burla y al escarnio del pueblo. Sólo san Juan lo ve de otra manera.

Tove miró su vaso y comprobó que otra vez estaba vacío.

—Bueno, me serviré otro —dijo cogiendo la botella—. *Skal*.

Gunnarstranda levantó su vaso, dio un sorbito y, a continuación, leyó en voz alta:

—«Y los siervos de la guerra hicieron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza; luego se acercaron a él y le dijeron: “Te saludamos, querido rey de los judíos”, y lo abofetearon. Entonces Pilatos salió de nuevo y les dijo: “Ved que os lo traigo para que reconozcáis que no hallo culpa alguna en él”». —Gunnarstranda alzó la vista y continuó—: Luego viene la cita de san Juan 19,5: «Entonces Jesús salió llevando una corona de espinas y una vestimenta de color púrpura, y él les dijo: “¡He aquí el hombre!”».

Tove recorrió la estantería con el vaso en la mano. Gunnarstranda se levantó de pronto exaltado:

—Esta réplica sólo aparece en san Juan. Si hay alguna razón por la que el asesino

haya decidido citar a san Juan y no a san Marcos o a san Mateo, tiene que ser porque en san Juan aparece esta frase: «¡He aquí el hombre!».

Tove Granaas se volvió, sonrió beatíficamente y dio otro sorbito al vaso antes de concentrarse de nuevo en la librería.

—Pero luego está la cuestión —continuó el comisario, asimismo concentrado— de qué significa esa frase. Y quién la pronuncia.

—Pilatos —dijo Tove—. Habla Pilatos.

Gunnarstranda asintió.

—Pilatos sigue hablando y dice que no encuentra ninguna culpa, y luego señala al prisionero humillado y dice: «¡Mirad! ¡Miradlo!».

—Gunnarstranda frunció el entrecejo—. Pero si tenemos en cuenta la gramática, entonces el pronombre *él* se refiere directamente a *Jesús*. O sea, que también puede entenderse que es el propio prisionero el que dice la frase.

—Sin duda —dijo ella, sin ningún interés.

—La cuestión es con quién se identifica el asesino. —Gunnarstranda leyó el pasaje de la Biblia desde el principio—: «Entonces Jesús salió llevando una corona de espinas y una vestimenta de color púrpura, y él les dijo: “¡He aquí el hombre!”». Así pues, no está claro quién lo dice ni qué significa.

—¿Fue crucificado? —preguntó Tove, que para entonces ya tenía algún problemilla con la pronunciación.

—¿Jesús?

—¡No, el librero de viejo!

—No era librero; tenía una tienda de antigüedades. No, Folke Jespersen no fue crucificado —murmuró Gunnarstranda en tono neutro—. El cadáver no presentaba lesiones ni en las manos ni en los pies... de modo que tanto la frase como el exponerlo en el escaparate debían de tener su importancia. El modo en que lo mataron es irrelevante. Lo relevante es la situación, la frase y la humillación. Pero si es Pilatos el que dice la frase, entonces es como si intercediera en favor de Jesús. Da la impresión de que exhorta a las masas populares a reflexionar: «Mirad, ya ha sido humillado; tened piedad de él». En cambio, si es Jesús el que dice esas palabras, entonces la frase puede tener muchas interpretaciones. Él afirma que es el hijo de Dios, que es inmortal y todas esas cosas, y luego da un paso adelante y dice: «¡Miradme, mirad al hombre que hay en mí!».

Tove Granaas reprimió una carcajada.

—¿Qué pasa? —preguntó Gunnarstranda, confuso.

—Si sigues así, te va a dar algo —dijo ella con una sonrisita—. Espero que no te vuelvas religioso —añadió riendo.

Gunnarstranda la miró desconcertado.

—¡Buf! —dijo ella—. Debe de ser el whisky, que está fabuloso. Creo que me

pondré otro poquito.

—Pero también puede ser algo relacionado con la culpa —reflexionó Gunnarstranda en voz alta, mientras Tove les servía a los dos—. Ese episodio... Pilatos que no quiere ejecutar a Jesús... Pilatos pidiendo al pueblo que dejen al preso en libertad... y el pueblo que decide liberar al otro... ¿cómo se llamaba?

—Barrabás —señaló Tove, inclinándose para ver al pez dorado—. Barrabás —repitió—. Creo que también hay un tipo de peces que se llaman algo parecido... bass o brass.

—Exacto, Barrabás, y Pilatos se lava las manos en señal de inocencia. Todo puede guardar relación con eso... con la culpa.

Tove Granaas sonrió de medio lado.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El pez.

—Es el cuarto sabio.

—¿El cuarto?

—En la Biblia hay tres sabios, ¿no?; pues este es el cuarto.

—¿Tu pez? —Su cara era pura interrogación—. ¡Santo cielo, voy notando el efecto del whisky! —dijo sonriendo.

—*Kalfatrus* —dijo Gunnarstranda.

—¿Cómo has dicho?

Gunnarstranda sonrió.

—¡No me digas! —exclamó ella—. ¡Es para troncharse! —Los dos se miraron sonrientes—. Perdona; no te dejo pensar. —Dio dos pasos inseguros en dirección a la botella—. Tú piensa tranquilamente; yo prefiero beber.

—¿Por dónde iba?

—Hablabas de la culpa.

—Ah, sí. Pilatos dice que el hombre está libre de culpa, lo cual es desconcertante... —Gunnarstranda arrugó la frente—. Es posible que este pasaje concreto de la Biblia se refiera a la cuestión de la figura de Cristo: ¿es realmente el hijo de Dios? ¿Es un Dios o un hombre? Cristo aparece burlado como rey. Porque se trata del rey, ¿sabes? Los judíos se imaginan al Mesías como una especie de poderoso emperador que aniquila a sus enemigos y se proclama a sí mismo rey. Y luego viene el tal Jesús con su metáfora real y utiliza el concepto de «rey» en un sentido espiritual. De manera que la frase hace referencia a la relación entre los conceptos «rey», «Dios y hombre» y «padre». Pero la pregunta es si la exposición del cadáver en el escaparate tiene algún significado como tal, o si alude a la cuestión de la culpa... porque esa reunión en casa de Pilatos es un juicio...

—*Skal* —dijo Tove Granaas.

Gunnarstranda dio un sorbito a su vaso.

—¿Y si concurren todos los aspectos: el juicio, la culpa, la exposición pública, el ídolo...?

—Un parricidio —comentó Tove.

Gunnarstranda alzó la vista. Ella sostenía la botella entre el pulgar y el índice mientras la meneaba en el aire.

—Vacía —dijo.

—¿Qué has dicho? —preguntó él.

—Que está vacía —dijo ella.

—Antes de eso.

—¿No estarás cogorza?

Él sonrió.

—Coge otra, anda.

—¡Estupendo! —dijo ella agachándose para sacar otra botella del baúl americano—. ¿Qué he dicho?

—Has dicho «parricidio». Pero ¿por qué iba a tener Karsten Jespersen un móvil para matar a su padre?

—Venganza —dijo Tove Granaas abriendo la otra botella. Miró la etiqueta—. Glenlivet; este sí que es bueno y caro.

—¿Qué clase de venganza?

—El policía eres tú.

Gunnarstranda vació su vaso y se masajeó la cara con las dos manos.

Tove se desplomó en el sofá. Después de descalzarse, puso encima de la mesa una pierna delgada envuelta en una media.

—Menos mal que ya has terminado con esa historia de la Biblia —suspiró, mirándolo con una sonrisa de alivio—. Como el que vive aquí eres tú, lo mejor será que te lo pregunte. —Puso la botella y el vaso encima de la mesa y empezó a rebuscar en su bolso—. ¿Te molesta que fume?

Two-step

Esa noche, Frølich soñó con Line, pese a que hacía como mínimo quince años que no la veía. En el sueño estaban en la cabaña de vacaciones de ella; delante de la ventana trinaban los pájaros. Tumbado de lado en la cama, notaba cómo el sol le calentaba los pies. Un dulce aroma a verano se filtraba por la ventana entornada. Line se había dado la vuelta. Él contemplaba sus marcados músculos abdominales. El sol dibujaba la acusada sombra del travesaño de la ventana sobre la cama. Line tenía el pelo desparramado por los almohadones. El zarcillo de una hiedra recorría el suelo hasta rozar un ovillo de ropa interior. Y de repente, ya no estaba en la cabaña, sino en un bosquecillo otoñal. Corría un viento fresco. Se pusieron a contemplar el estanque. Al otro lado, las hojas de los abedules se habían tornado amarillas con un toque naranja, y se reflejaban tan nítidamente en las aguas negras, que esa imagen invertida parecía más clara que la realidad. Pero ahora ya no estaba con Line, sino con Eva-Britt. Ella lo miró con un rizo de pelo en la comisura de la boca y le lanzó un puñado de hojas secas de abedul. En lugar de caer al suelo, las hojas fueron atrapadas por una ráfaga de viento y lanzadas al aire en forma de remolino; luego se fueron volviendo cada vez más pequeñas, hasta que finalmente desaparecieron en el cielo como una lluvia de polvo fino. Él le dio la espalda y descubrió una estantería de libros. No era capaz de leer los títulos de los lomos porque la librería estaba demasiado lejos. A cambio, su mirada recayó sobre una moto, una Harley Davidson Fat Boy que era conducida por una mujer de pelo oscuro con los pechos desnudos. Tenía sus largas piernas embutidas en unos vaqueros ajustados. Era Gøril.

Frølich se despertó y comprobó que estaba en casa, en su cama. Ni Line, ni Eva-Britt. Tan sólo su propia ropa amontonada en el suelo. De la puerta del armario colgaba un viejo cartel de una Harley Davidson Fat Boy... sin Gøril.

Finalmente, sacó los pies de la cama y contempló su miserable aspecto en el espejo. «Menos mal que nadie me molesta por las mañanas», se dijo.

Al cabo de una hora, abrió la puerta de su casa y salió a la calle. Ya no hacía tanto frío, estaban en torno a cero grados; por la noche había nevado. Las máquinas quitanieves habían envuelto los coches aparcados en un manto de nieve a medio derretir. El ruido acompasado de las palas para quitar la nieve revelaba que más de un oficinista testarudo estaba empeñado en ir al trabajo en coche. Los motores sonaban amortiguados, como si el aire fuera de algodón; todos los ruidos tenían que abrirse paso a través de la gruesa capa de nieve caída. Frank deseó que fuera verano; deseó despertarse una mañana soleada con los pies calentados por los rayos del sol.

Entró en el bar del Continental y buscó sitio en un tresillo de piel que había al fondo del local. En general, los clientes eran señores alojados en los pisos de arriba que se habían quitado sus inevitables abrigos de Hugo Boss. Pero también apareció

alguna que otra madre pintarrajeada llevando a remolque a sus hijas adolescentes de grandes pechos que con, una mirada de corza ensayada, buscaban a los hombres de aspecto más adinerado. Frank Frølich pidió café, que le llevaron en una jarrita. Al poco rato llegó desde el vestíbulo del hotel un hombre de aspecto atlético que llevaba un abrigo rojo. Una de las mujeres de detrás de la barra señaló a Frølich, que se levantó y le tendió al hombre la mano para saludarlo. Hermann Kirkenær tenía el pelo corto y rizado, y en su cabeza se veían ya algunos claros. Iba sin afeitarse y llevaba un aro en la oreja izquierda. En cuanto se sentó, la mujer que había señalado al policía le sirvió una coca-cola.

Kirkenær le contó que su mujer y él vivían en Tønsberg, pero que cuando tenían varias citas en la ciudad, como ese día, se alojaban en el Continental.

—¿Piensan mudarse a Oslo?

—Sí —respondió Kirkenær, apartando la vista de Frølich.

Una mujer alta con el pelo largo y la mirada atenta esperaba de pie junto al policía.

—Iselin —dijo Kirkenær—, te presento a Frank Frølich.

La mujer tenía una mano delgada y cálida de dedos largos. Llevaba una chaqueta corta y una falda que le llegaba por encima de la rodilla.

Iselin Varas se sentó en el sofá junto a Kirkenær. Un horrible herpes en el labio inferior afeaba su ancha boca. Frølich bajó la vista cuando ella lo miró fijamente a los ojos.

—Frølich está investigando el caso de asesinato de Reidar Folke Jespersen —explicó su marido.

—Qué salvajada —exclamó ella, compasiva.

—La primera reacción de Iselin es siempre sincera —dijo Kirkenær con una ironía mal disimulada, antes de volverse hacia su mujer y añadir en un tono entre sarcástico y arrogante—: Ese es un rasgo muy elogiado de tu carácter, pero lo que en realidad quiere saber la policía es si antes de la reunión en casa de Arvid el viernes, 13 de enero, habíamos tenido contacto con Reidar Folke Jespersen.

Iselin Varas se pasó cuidadosamente un protector labial por el herpes.

—Habíamos mantenido una conversación muy breve con él —dijo—. Tú ya conocías a Reidar, ¿no? Yo no lo había visto nunca hasta ese día.

—Al final resultó que entramos en contacto con Arvid, su hermano —explicó Kirkenær—. Habíamos escrito a muchos... me refiero a muchos negocios. Al principio nos dirigimos a Reidar. Pero fue Arvid el que se puso en contacto con nosotros, el que reaccionó ante la carta, por así decirlo.

«Si la carta iba dirigida a Reidar, los hermanos debieron de hablar entre sí», dedujo Frølich en silencio, y se reclinó en el respaldo mientras la camarera se acercaba a la mesa con una botella de agua y le servía a Iselin Varas. Esta siguió con

la mirada cómo burbujeaba el agua en el vaso y dijo:

—Oficialmente, el propietario era Reidar Folke Jespersen.

Cuando se fue la camarera, la mujer de Kirkenær alzó su vaso para brindar con Frølich, que levantó cortésmente su taza de café.

—En realidad, los tres estaban de acuerdo. Arvid incluso llegó a decir que Reidar estaba muy satisfecho con nuestros informes —dijo ella, dejando el vaso sobre la mesa.

Luego se recogió el pelo con las dos manos y se hizo rápidamente una cola de caballo.

—Y todavía no han dicho que no —continuó Kirkenær—. Así que a lo mejor...

—Hermann —lo interrumpió ella maternalmente.

—¿Qué?

—El hombre está muerto, Hermann —señaló ella, dirigiéndole una mirada reprobatoria, antes de aplicarse otra vez el protector labial en el herpes.

Al hombre no le gustó que su mujer lo interrumpiera.

Iselin siguió hablando sin inmutarse:

—Dejaremos que sean ellos quienes vuelvan a entablar contacto con nosotros. Que Reidar Folke Jespersen tuviera algo en contra de la venta es nuevo para nosotros. Creíamos que los tres estaban de acuerdo, pero en la situación actual...

—Sólo faltaba la firma del contrato —la interrumpió Kirkenær con una mirada furiosa.

—Así que, cuando se reunieron con los hermanos, ¿no notaron ninguna discrepancia entre ellos? —quiso saber Frølich.

Ambos negaron con la cabeza.

—Estoy completamente segura —dijo ella haciendo rodar la barra de labios entre los dedos—. Y mientras estábamos allí, él no dijo nada. —Sonrió y le dirigió una mirada de complicidad a su marido, como si los uniera una extraña experiencia en común—. Arvid fue el único que habló.

—El viejo Arvid está enamorado de Iselin —dijo jovialmente Kirkenær, y con una entonación especial, para que también ella captara su comentario, añadió—: Estoy casado con una mujer que se siente a gusto en compañía de señores mayores.

—No hay nada de malo en que una mujer se sienta atractiva —dijo ella tocándose con cuidado el herpes con el dedo índice.

—Siempre y cuando no se insinúe... —replicó él.

Frølich se sintió incómodo, e hizo como que observaba las pinturas de las paredes. De repente se acordó de Eva-Britt y de cómo a veces se enfadaba con ella. Sólo de pensar en los límites que podía alcanzar esa mala leche en presencia de otros le brotó sudor de la frente.

—Hermann puede llegar a ser simpatiquísimo, según me han contado —dijo ella,

esforzándose por no perder el control.

Y a continuación se hizo un violento silencio. Iselin Varas se concentró en su vaso de agua mineral.

—Así que ustedes van a comerciar con antigüedades —dijo Frølich para romper el hielo.

Hermann Kirkenær no respondió.

Ella alzó la vista y asintió lentamente con la cabeza.

—¿Y por qué precisamente esa tienda?

Iselin Varas carraspeó.

—Tiene que ver con el ramo.

—Muchos negocios son poco serios —añadió Kirkenær.

—Entonces resulta difícil empezar desde cero —dijo ella, que parecía nerviosa por su herpes: ya era la tercera vez que desenroscaba el tapón del protector labial—. Por eso estamos buscando un negocio establecido en el mejor barrio de la ciudad. Al fin y al cabo, uno compra también el renombre.

—¿Han tanteado otras tiendas?

Kirkenær asintió con la cabeza.

—¿Y qué renombre compran de los hermanos Jespersen?

Los dos se miraron.

—Responde tú —dijo ella.

Él se encogió de hombros.

—Venden cosas muy bonitas.

—Buen gusto —agregó ella—. Tienen muy buen gusto.

Frølich alzó la taza de café. Como estaba vacía, volvió a dejarla sobre la mesa.

—¿Por qué correr el riesgo? —quiso saber French.

Los dos lo miraron sin comprender.

—¿A qué se dedicaban antes? —preguntó el policía.

—Yo era profesora de lenguas y de historia del arte —dijo ella—. Ahora te toca a ti —indicó, sonriéndole a su marido.

—Adivínelo —le dijo este a Frølich, que se limitó a encogerse de hombros—. A la industria automovilística —añadió.

—Digamos más bien que era vendedor de coches —lo corrigió ella con una ligera ironía en la voz—. Hermann está convencido de que la venta como tal es un arte, no lo que se vende. Ese punto de vista le permite no tener que llamarse a sí mismo vendedor de coches.

—Ella es, por así decirlo, del gremio —añadió él—. Como historiadora del arte...

—¿Qué clase de coches? —preguntó Frølich.

—Coches caros. Mercedes, BMW, los más caros y los más grandes.

—Vale —asintió Frølich, que para entonces ya estaba un poco asqueado de los

otros dos—. Me gustaría saber una cosa: ¿a qué se debió la reunión en casa de Arvid?

Los dos intercambiaron una mirada.

—Contesta tú —dijo Kirkenær.

—Queríamos dejar el contrato apalabrado —respondió la mujer—. Habíamos quedado en que los tres nos conocieran y escucharan nuestras ideas, para así convencerse.

—¿De manera que en la reunión no hablaron del precio?

—No —dijo Kirkenær—. El precio ya había sido estipulado.

—Eso significa que Reidar ya estaba informado de los planes de venta y que conocía su oferta.

Ambos asintieron.

—La reunión no pilló por sorpresa a ninguno de ellos —aseguró Kirkenær—. No recuerdo haber notado una actitud negativa en ninguno de los tres.

—¿No pusieron ninguna condición nueva que llevara a Reidar Folke Jespersen a cambiar de parecer?

—No, ninguna —dijo Hermann Kirkenær.

—¿Es posible que los dos hermanos le ocultaran algo a Reidar?

Los dos se miraron. Iselin Varas levantó lentamente los hombros. Kirkenær respondió:

—Es posible, pero a mí... —lanzó una mirada a la mujer, que asintió— a nosotros no nos dio la impresión de que algo le resultara desconocido en esa reunión, ni de que estuviera sorprendido por nada.

—Si pensaba reventar el contrato, tendría que haberlo pensado antes de presentarse allí —añadió Iselin.

—¿Entraron después en contacto con alguno de los hermanos?

—Hablamos con Arvid —dijo ella, que seguía tocándose el herpes con el dedo índice.

—¿Cuándo?

—Lo llamamos esa misma tarde; nos dijo que dejáramos reposar el asunto un par de días y que luego todo se arreglaría.

—¿De modo que no les dijo que Reidar Folke Jespersen quería evitar a toda costa la venta?

—No.

—¿Recuerda sus palabras exactas?

Iselin Varas se aclaró la voz.

—Dijo literalmente: «Creo que deberíamos dejar reposar el asunto uno o dos días; luego todo saldrá según lo acordado».

—¿Cómo reaccionaron ustedes?

Ella se encogió de hombros.

—Yo me quedé un poco... ¿cómo le diría?... Un poco mosqueada. Así que le pregunté si pasaba algo. Entonces Arvid me dijo que había surgido una pequeña complicación, pero que ese mismo día la resolvería.

Frølich se la quedó mirando.

—¿Una complicación que resolvería ese mismo día?

—Eso dijo.

—¿Y cuándo fue eso?

—El mismo día de la reunión, hacia las cuatro de la tarde.

—¿Y desde entonces? ¿Han hablado entre sí desde entonces?

—Nos llamó al día siguiente, antes de que supiéramos nada del asesinato. A media mañana. Nos contó que su hermano Reidar estaba muerto y que tenían que resolver una serie de trámites jurídicos antes de llevar a término la venta. Y preguntó si nos importaba esperar hasta entonces.

Los dos miraron a Frølich.

—¿Y pueden? —preguntó este.

—¿Que si podemos qué? —dijo Kirkenær, desorientado.

—¿Pueden esperar hasta entonces?

Ambos intercambiaron una mirada y sonrieron.

—Eso estamos haciendo —dijo ella—. Esperar.

—¿Y cuánto tiempo piensan esperar?

Se miraron largo rato el uno al otro, hasta que finalmente Iselin se dirigió a Frølich con cara de resignación:

—Sobre eso mismo estamos discutiendo ahora —dijo—. Pero no creo que tarden mucho en llamarnos.

Cherchez la femme

Emmanuel Folke Jespersen estaba reflexionando. Durante el largo rato de silencio, Gunnarstranda se entretuvo mirando por la ventana. Mientras sus pensamientos volvían a Tove, sus ojos percibían la vista que había desde la ventana de la terraza del anciano. En los tejados de las casas y en los pretilos de las terrazas, la escarcha formaba una gruesa capa que parecía azúcar derretido. El sol bajo de invierno incidía en ángulo sobre la ventana, de tal modo que en el cristal se veían manchas de grasa y huellas de dedos. Debido a los rayos del sol, la barandilla exhalaba vapor. Emmanuel daba vueltas al retrato entre los dedos; luego se frotó los ojos, levantó con gran esfuerzo una pierna e intentó cruzarla sobre la otra, pero en seguida se dio por vencido.

Gunnarstranda dio rienda suelta a sus pensamientos; hacía pocas horas que, por vez primera en mucho tiempo, se había despertado con una mujer en la misma cama. Se reclinó en el asiento y contempló las manchas del sol en la pared de enfrente de la habitación. El aire empezó a reverberar por el calor que salía de la chimenea.

Emmanuel sin duda había visto a la mujer de la foto. Pero Gunnarstranda se hizo a la idea de que tardaría un rato en confesarlo. El viejo respiró profundamente e hizo con los labios un doloroso gesto de reconocimiento, pero antes de que este se afanzara, cambió de expresión. Finalmente, con una extraña mueca de rigidez, se topó durante dos segundos con la mirada del comisario, antes de adelantar el labio inferior y menear la cabeza dando a entender que nada lo unía al retrato de la mujer del lunar en la mejilla.

—He hablado con Arvid —dijo finalmente Emmanuel—. Me ha contado que usted está interesado en saber por qué Reidar comerciaba con antigüedades...

La mesa estaba abarrotada de revistas y periódicos. El centro lo ocupaba un montón de libros entre los que destacaban el *Gran libro de los crucigramas* y el *Gran diccionario en un volumen de Aschehoug y Gyldendal*. Había un tercer libro tan gastado por el uso que era imposible descifrar el título del lomo. Sobre el sofá, entre ambos, la gata blanquinegra del hombre estaba hecha un ovillo encima de un cojín.

Emmanuel contempló una vez más la fotografía, negó con la cabeza y dejó cuidadosamente la foto sobre la pila de libros.

—No —suspiró, tocándose la barbilla—. De una mujer tan guapa no me habría olvidado.

Gunnarstranda sonrió con gesto de cansancio.

—Quizá usted sepa por qué su hermano empezó a comerciar con antigüedades —preguntó sin ocultar cierto desprecio.

Emmanuel Folke Jespersen logró por fin cruzar las piernas después de subirse las perneras de los pantalones. Dejó reposar una mano en la rodilla y miró

disimuladamente el retrato.

Gunnarstranda se inclinó sobre la mesa y jugueteó con la foto.

—En realidad, creo que Reidar tenía un gran vacío en su interior. Tal vez sea esa la razón por la que se dedicó a las antigüedades. Lo coleccionaba todo. Sin posesiones... no era nada. —Emmanuel extendió los brazos—. Vacío. Reidar era totalmente adicto a coleccionar.

—¿Trofeos?

—Sí, podrían llamarse trofeos. Creo que vivía gracias a las cosas; él era las cosas que poseía. —Emmanuel miró de reojo la foto y añadió—: Creo que ese vacío era la gran pesadilla de Reidar... Era como si quisiera confirmar su propia existencia poseyendo cosas. Para mí que en lo más íntimo de su ser había un trozo de terreno prohibido, tal vez una herida o algún acontecimiento o experiencia... en cualquier caso, algo que lo convertía en el hombre que era. —El anciano guardó silencio con los ojos cerrados, como si pensara intensamente, antes de seguir hablando—: Por otra parte, Reidar, en ese sentido, no era único. He pensado con frecuencia que, en el fondo, todos desconfiamos de nosotros mismos, ¿comprende? Si prescindimos de los rituales matutinos y del trabajo, es decir, si nos atrevemos a apartarnos del lado ritual de nuestra vida (lavarnos los dientes, trabajar, comer, celebrar las navidades y la Pascua), y también del tiempo que pasamos en la logia masónica y de las conversaciones que sostenemos con los demás... entonces llega un momento en que nos sorprendemos quedándonos paralizados, ¿no cree? Da igual que sea en una tienda o en el sillón de casa. Quizá oigamos hablar a alguien, o reconozcamos algo de nuestra infancia, un ruido, un olor o un ambiente, y entonces nos quedamos paralizados y descubrimos lo que realmente somos, sin maquillaje alguno. Y entonces tenemos que cerrar los ojos para alejar ese descubrimiento de la cabeza, para no vernos a nosotros mismos. Habitualmente miramos directamente a través del escudo protector de las amistades y de la vida social, tras la que nos escondemos. Nos quedamos, pues, con los ojos cerrados y con ganas de echar a correr, probablemente porque duele detenerse, darse la vuelta o cultivar esa susceptibilidad. Sencillamente seguimos viviendo la vida como hasta entonces, sin pararnos a pensar, sin aprovechar la oportunidad de provocar un cambio que se nos había brindado en ese momento. ¿Le parece que digo disparates?

—De ningún modo —respondió Gunnarstranda—. Creo que tiene razón. Tarde o temprano, muchos se ven confrontados con sus propios sueños, digamos que tienen una especie de reunión consigo mismos. Pero algunos tardan más que otros. Y muchos no llegan a experimentarlo nunca. —Colocó la foto un poco mejor y se sacudió el pantalón con las manos—. Continúe hablando.

—En fin, ver a tu propio hermano de esa manera... como víctima... Tenga en cuenta que Reidar era mi hermano mayor, mi modelo, una persona con una aura de

autoridad inquebrantable. De modo que ver a ese hermano así...

El comisario esperó cortésmente mientras Folke Jespersen buscaba las palabras adecuadas.

—Todo resultó más difícil porque se dio cuenta de lo que yo pensaba. Tal vez no notara el cariño que ocultaban mis pensamientos, pero notó el *cambio*. Intuitivamente comprendió que yo lo había calado, que lo había *desenmascarado*. Sin embargo, no estoy seguro de si sabía qué le había calado en concreto. Percibió que la atmósfera entre nosotros había cambiado... notó que me inspiraba pena. Y eso no era capaz de perdonarlo.

—¿Perdonar?

Emmanuel asintió con la cabeza.

—Perdonar.

—¿Por qué no era capaz?

—Quizá tuviera algo que ver con su vacío interior, del que huía poniéndose esa coraza. Pero también porque nuestra relación había perdido el equilibrio. Cuando fue *desenmascarado* (la palabra me sigue pareciendo un poco peregrina), es decir, cuando me percaté de su paranoica necesidad de permanecer siempre activo y en movimiento, la necesidad de poseer cosas con las que construir a su alrededor una fortaleza, como es natural, ya no pudo seguir ejerciendo la superioridad del hermano mayor. Entonces ya no quiso tener nada que ver conmigo.

Gunnarstranda apoyó la barbilla en su huesudo dedo índice.

—Seguro que se ha preguntado qué quería compensar su hermano con tanto coleccionar cosas y con esa actividad compulsiva —dijo—. ¿Se ocultaba algo ideológico detrás de ello? ¿Era un trauma asociado a alguna experiencia horrible? ¿Eran recuerdos reprimidos?

—Sí, claro que me lo he preguntado...

Gunnarstranda se echó hacia adelante. En el sofá, al lado de Emmanuel, la gata movió la cabeza, ronroneó bajito, estiró las patas traseras y se quedó erguida sobre el cojín como una reina egipcia. Aunque tenía los ojos abiertos, no estaba despierta; después de parpadear, dejó caer poco a poco la cabeza sobre las patas delanteras.

—Cuénteme —susurró Gunnarstranda, interesado.

—Al principio pensaba que Reidar era perseguido por recuerdos de gente a la que había hecho saltar en pedazos...

—¿Un acto de sabotaje?

El anciano miró hacia adelante en silencio.

—Los dioses sabrán cuántas cosas repugnantes tenía Reidar sobre su conciencia —declaró al cabo de un rato—. Muerte y... —Se interrumpió—. Pero he averiguado que no podía tratarse de una cosa así.

El comisario carraspeó lleno de curiosidad.

Folke Jespersen respiró profundamente y echó la cabeza hacia atrás. La gata volvió a parpadear, mientras su dueño clavaba la vista en el techo y se acariciaba la barbilla, que a juzgar por el ruido debía de rasparle.

—¿Cómo lo llaman...?

—¿Cómo lo llaman quiénes?

—Los franceses, cuando se trata de revelar secretos...

Gunnarstranda miró la foto, que estaba encima del diccionario azul. El sol invernal, que entraba por la ventana y se reflejaba en la mesa, recayó en la foto y la hizo brillar como un viejo espejo mate.

—*Cherchez la femme* —murmuró.

Folke Jespersen seguía con la mirada fija en un punto del techo. Suspiró profundamente y repitió:

—*Cherchez la femme...*

Gunnarstranda tragó saliva y alargó la mano para coger la fotografía.

—De acuerdo —dijo con otro suspiro, y cogió aire—. ¿Cómo se llama la mujer?

Sauna

La persona más erudita que conocía el comisario Gunnarstranda era su cuñado. El problema era que, con el paso de los años, cada vez resultaba más difícil hablar con él. En primer lugar, a Gunnarstranda le costaba reunirse con él sin pensar en Edel. En segundo lugar, ninguno de los dos era capaz de mantener una conversación fluida con el otro, porque el malestar que les producía encontrarse era recíproco. Ahora, sin embargo, el policía tenía un buen pretexto. Poco después de la pausa del mediodía, levantó el auricular y marcó su número de teléfono.

Su cuñado le pidió un tiempo para reflexionar. Por alguna razón, parecía estar de buen humor; era casi como si se alegrara de oír su voz. Quedaron en verse después del trabajo.

A las tres y media, el comisario cogió la ropa de baño del armario que estaba junto a la puerta, salió de casa y tomó el tranvía que iba a los baños de Vestkant. En los baños públicos, Gunnarstranda siempre se ponía gorro; sin él, el pelo le quedaba flotando en el agua como si fuera una vela mojada detrás de un bote. Tove Granaas todavía no había hecho ningún comentario sobre su peinado, pero él sabía que tarde o temprano lo haría. El traje de baño lo había comprado hacía quince años en Fuerteventura. Las gafas de natación y la pinza para la nariz las renovaba todos los años.

Gunnarstranda se quedó mirando la superficie turquesa del agua, luego dobló un poco las rodillas y se tiró de cabeza. Deslizándose con las piernas estiradas, disfrutó de la sensación de que el agua estuviera tibia, hasta que su cabeza emergió de nuevo a la superficie con el gorro, la pinza y las gafas de natación. Luego nadó cincuenta largos a braza, concentrado en su propia respiración y en cada vuelta. Cuando lo hubo conseguido, miró la hora para ver el tiempo que había tardado, mientras hacía otro largo tranquilamente de espaldas. Aunque esta vez había tardado dos minutos menos que la última, seguía estando cuatro minutos por debajo de su propio récord. Por último, salió del agua, se duchó y se dirigió a la sauna. Cuando había sitio, siempre se ponía tumbado boca arriba en el banco de la parte alta. Y esta vez había sitio. El aire cálido y seco le ardía en el cuello. Para no quemarse con la madera, desplegó cuidadosamente su toalla. Pero antes saludó con la cabeza a los demás, se agachó para coger un cazo que había en un cubo, en el suelo, y se preparó una infusión. En la sauna había otros cuatro hombres. Un joven de aspecto vulnerable, de unos veinte años, miraba con unos ojos como platos los miembros viriles de los demás. Parecía especialmente interesado por un hombre musculoso de unos cuarenta años —Willy W.—, al que Gunnarstranda había detenido tres veces por lesiones corporales y chantaje. Willy saludó educadamente al comisario y siguió acariciándose distraídamente los músculos y limpiándose el sudor de la frente con una toalla. Los

otros dos eran hombres mayores que normalmente iban con un grupo más amplio y solían discutir sobre sus camaradas muertos. Hoy hablaban de un hombre llamado Per, que, en su opinión, creía haber ganado él solo la guerra. También mencionaron a un tal Ronny, del que se burlaban cuando iban al colegio Lakkegata por haberse acostado con su hermana. Luego hablaron de Francis, que había trabajado durante toda su vida en el palacio de gobierno e incluso había reprendido en una ocasión al primer ministro. Gunnarstranda se tumbó en el banco, mientras escuchaba la conversación y esperaba a su cuñado.

Poco después de las siete de la tarde, acudió de nuevo a su oficina. Se había enterado de tres nombres entre los que podía elegir. El primero era un periodista de Trondheim, que había escrito algunos libros de divulgación científica sobre el tema. El segundo era un inteligente lego que sabía extraer nuevos y desconcertantes datos de temas de los que la mayoría suponían que ya habían sido discutidos hasta la saciedad. Pero según el cuñado de Gunnarstranda, el hombre tenía relación con los grupos neonazis. El comisario se decidió por el tercer nombre que llevaba apuntado en el bloc: un catedrático de historia jubilado.

Se sentó junto al escritorio y tomó la taza de café que reclamaba vehementemente su estómago. Abrió con el pie el cajón inferior del escritorio. Con el auricular al oído y el pie apoyado en el cajón, contempló su calcetín negro, en cuyo borde tenía remetida la pernera de unos largos calzones azules, mientras al otro lado de la línea sonaba el teléfono.

—¿Sí? —dijo una voz temblorosa de mujer.

—Mi nombre es Gunnarstranda —dijo el comisario—. Trabajo en la Jefatura de Policía de Oslo. Pregunto por el catedrático Engelschøn.

—Sí... ¡Roar! —llamó tras un breve silencio, y Gunnarstranda notó cómo dejaba el auricular encima de una mesa—. ¡Roar! Te llaman de la policía.

Se hizo un silencio. Gunnarstranda percibió unos pasos cargados sobre un parquet que crujía.

—Engelschøn —dijo una voz áspera.

Gunnarstranda se presentó.

—Encantado —respondió Engelschøn, a la espera.

—He oído que es usted el mayor especialista del país en lo que se refiere a la resistencia durante la época de la ocupación —señaló Gunnarstranda, mirando la vieja foto que tenía sobre el escritorio.

—De ningún modo —dijo Engelschøn—. De ningún modo.

—Estoy intentando localizar a una mujer —prosiguió el comisario.

—Eso es más fácil que lo resuelva la policía, no yo.

—Tiene que ver con la época de la ocupación —le explicó Gunnarstranda—. La mujer es noruega, pero durante la guerra debió de casarse con un señor bastante

prominente. Su nombre de soltera es Amalie Bruun, con dos ues. Amalie Bruun.

La casa del catedrático Engelschøn era de esas por las que a los agentes de la propiedad inmobiliaria no les importa gastarse el dinero en un anuncio con foto. Estaba situada en Snarøya. El caballete del tejado, que sobresalía por encima de los árboles, tenía dos chimeneas y se apoyaba sobre una casa de madera alquitranada de los años treinta, con columnas y ventanas de travesaños a la entrada. A Gunnarstranda, la construcción le recordó a Frognerseteren y a las grandes granjas de Gudbrandsdal.

No obstante, la casa se diferenciaba de casi todas las de la comarca. Cerca de ella no había aparcado ningún coche pequeño italiano. Por el jardín no correteaban elegantes galgos, y encima de la puerta de entrada no colgaba ninguna advertencia amenazadora de una compañía de seguros antirrobo. No había ni el más mínimo vestigio de la vulgar cultura del advenedizo, que desfiguraba las pocas casas con carácter que se conservaban en la capital y alrededores. La entrada de coches estaba cubierta de nieve. Sólo habían despejado con la pala un estrecho sendero serpenteante. Este conducía desde la ancha escalera hasta un buzón roñoso sujeto con alambre a un poste viejísimo de la cerca. La escalera no tenía nieve. Apoyadas contra la pared, había una pala para quitar la nieve y una escoba de sorgo. Los tallos secos de una hiedra rodeaban las redondas columnas de madera y esperaban el verano para transformar la entrada en un vergel.

Una mujer mayor, encorvada y con un moño, le abrió la puerta y lo miró a través de los gruesos cristales de sus gafas.

Lo primero que le llamó la atención a Gunnarstranda fue el olor a jabón blando, a lavanda y a bacalao ligeramente salado; un olor que lo remontó a su infancia. Al momento le vinieron a la memoria las fuertes pantorrillas de su madre bajo el delantal, y la imaginó derritiendo manteca en la cocina para guisar algún pescado; también evocó el recuerdo del rincón más silencioso de la casa, entre la chimenea y la librería de su padre, donde había una mesa de comedor de roble pintada de negro. Mientras permanecía allí de pie, sorprendido por el reencuentro con un olor de su infancia, paseó la mirada por el interior de la casa.

Delante de un viejo televisor únicamente había dos sillones de brazos, uno de ellos ocupado por unas labores de punto. Sobre la mesa del salón vio unas gafas de montura ancha y negra. Al lado de las gafas había un cenicero con el sello de una marca de cigarrillos olvidada hacía tiempo: Abdullah. Una pipa curvilínea Bruyere se hallaba apoyada en el borde del cenicero por la parte mordisqueada de la boquilla. De las paredes colgaban fotos familiares en marcos ovalados que rodeaban un bordado con un motivo de la naturaleza noruega: dos alces bebiendo agua de un lago en medio del bosque. Un reloj de pared anunció con un sonido amortiguado que eran las ocho y media cuando apareció el catedrático Engelschøn.

El profesor lo condujo a un despacho en el que cada centímetro cuadrado de la pared estaba cubierto de libros. Un ordenador con pantalla protectora iluminaba el escritorio abarrotado de papeles. Engelschøn tenía el pelo desgreñado y gris y lo llevaba peinado más hacia arriba que hacia abajo. Su cara era pálida y estaba llena de surcos, y su pronunciada barbilla colgaba como una pala excavadora por debajo de su hosca boca. Sentado detrás del escritorio con las gafas en la nariz, se asemejaba a un perro sanguinario vigilando una carretada de huesos y sobras de matanza.

—Esa mujer que usted busca es bastante interesante —gruñó con la voz ronca, y carraspeó—. He encontrado varias fotos de ella. Bruun era su nombre de soltera, sí, Amalie Bruun. Me ha costado trabajo encontrar algo sobre ella, pero usted me ha puesto sobre la pista. Se casó en 1944 con Klaus Fromm, que efectivamente era alemán. Pero no era uno cualquiera. Era juez, y durante la guerra estuvo destinado aquí, en Noruega.

Gunnarstranda soltó un leve silbido.

—El carnet de afiliado al NSDAP y a las SS de Klaus Fromm se remonta al año 1934, cuando tenía veinticuatro años.

Gunnarstranda arrugó la frente mientras echaba la cuenta, y dijo:

—¿Está seguro?

Las gafas se deslizaron por la nariz de Engelschøn, que ahora tenía una mirada fría y despectiva.

—¿Quién dice usted que le ha hablado de mí?

Gunnarstranda hizo un gesto para aplacarlo.

—Lo que dice es un poco sorprendente, pero sobre eso podemos volver más tarde. Ese tío, Fromm, tenía veinticuatro años en 1934, así que ahora tendría noventa... en caso de que siguiera vivo.

—Pues sí, es posible. Eso no he podido averiguarlo. ¿Fuma usted?

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—¡Gracias a Dios! —dijo el catedrático mordiendo la boquilla de una pipa Ronson que había sacado de un cajón del escritorio. Mientras intentaba encender la pipa, siguió hablando por la comisura de la boca—: Klaus Fromm tenía una formación militar y jurídica y, a finales de los años treinta, fue juez del Tribunal del Pueblo, en Berlín. En mayo de 1940 vino a Oslo para ocupar un alto cargo en el denominado SS und Polizeigericht Nord, el Tribunal Policial de las SS en el Norte, un tribunal que en realidad estaba pensado para los alemanes, pero que también condenaba a los miembros de la resistencia noruega.

Engelschøn propagó el olor dulzón del tabaco de pipa por toda la habitación.

—Juez —murmuró Gunnarstranda, pensativo—. ¿A qué grado correspondía eso... en Alemania?

—Era *Obersturmbannführer*.

Gunnarstranda asintió, se encendió un pitillo liado por él e inhaló ávidamente el humo. La atmósfera que reinaba en la habitación era la más agradable que había disfrutado desde hacía tiempo.

—*Obersturmbannführer* equivale a teniente coronel —le explicó Engelschøn.

—Un alto cargo, en otras palabras.

—Desde luego.

—Sin embargo, el título de juez es, en cierto modo, civil. ¿Cómo de alto era su rango... en la práctica?

—¿Qué sabe usted de las SS? —le preguntó Engelschøn desde el escritorio.

—Soldados de élite... y recuerdo el asunto de la paranoia de Hitler: la «noche de los cuchillos largos».

Engelschøn hizo un gesto de asentimiento.

—Las SS fueron fundadas como reacción a las SA, que cada vez iban adquiriendo mayor importancia. Fue Röhm el que dirigió las enormes SA en su época de apogeo. Y cuanto más iban creciendo las SA, mayor era el peligro de que la autoridad de Hitler se pusiera en entredicho, como a él mismo le parecía. En 1933 había bajo el mando de Röhm trescientas mil camisas pardas. De ahí que Hitler ordenara matar a un gran número de oficiales de las SA... «la noche de los cuchillos largos», como usted acaba de decir. Después, las SA se vinieron abajo y las SS experimentaron un crecimiento enorme. El nombre *Waffen-SS* (las SS armadas) no se utilizó hasta marzo de 1940. Entonces se creó también la división policial en la que trabajaba Fromm, y entre otras también la *Totenkopfdivision*, que se encargaba de vigilar y administrar los campos de concentración.

—¿Y hasta entonces los de las SS no eran policías?

—Oh, sí, claro que lo eran —asintió Engelschøn. Después de rebuscar un poco por la mesa, se levantó, cogió una hoja en blanco de la impresora, que estaba sobre un taburete, debajo de la ventana, y dibujó un pequeño esquema—. Las SS fueron dirigidas por Himmler —explicó—. Himmler fue elegido ministro del Interior en 1936 y, con ese motivo, pasó a encarnar a la policía de las SS. La policía constaba de dos secciones, la *Ordnungspolizei* y la *Sicherheitspolizei*. Esta última, la policía de seguridad, a su vez se dividía en dos secciones: la sección criminal, *Kripo*, y la policía secreta del Estado, la *Gestapo*. Pero además de las secciones policiales había una tropa especial (la *SS Verfügungstruppe*), que estaba estrechamente vinculada a Hitler. Quizá haya oído hablar de la guardia personal de Hitler, la *Stabwache*, que pertenecía a esa tropa. Más tarde, la guardia personal de Hitler recibió el nombre de *Leibstandarte SS Adolf Hitler*. La diferencia entre la *Leibstandarte* y el resto de las SS estribaba en que los soldados de aquella le juraban su cargo directamente a Hitler, lo que debilitaba la influencia y el poder de Himmler dentro de las SS en beneficio del *Führer*.

—¿De modo que Hitler no confiaba en Himmler?

—Digamos que Hitler tenía claro que su propia autoridad podía ser socavada. No en vano fue víctima de varios atentados, como usted sin duda sabrá. En cualquier caso, procuraba que la Verfügungstruppe fuera la piedra angular de todas las divisiones de las Waffen-SS. Pero realmente la reestructuración de 1940 tenía como objetivo principal el rápido crecimiento de la organización. Las Waffen-SS llegaron a constar de un total de treinta y ocho divisiones. ¿Se lo imagina? En fin, eso de la organización siempre se les ha dado bien a los alemanes.

El catedrático Engelschøn volvió a sentarse.

—¿He respondido a su pregunta? —dijo, y él mismo se dio la respuesta—: No. Klaus Fromm tenía el grado de un *Obersturmbannführer*, pero no trabajaba en campaña.

—Una eminencia gris —sugirió Gunnarstranda, concentrado en que no se le cayera al suelo la ceniza de su cigarrillo, para entonces larguísima.

—Sí. En todo caso, un hombre con poder tanto militar como civil. —El catedrático empujó con la boquilla de la pipa un cenicero por entre el mar de papeles que los separaba. Después cogió la foto que el comisario había encontrado bajo la carpeta del escritorio de Reidar Folke Jespersen y la examinó mientras se golpeaba pensativo las sienes con la boquilla de la pipa—. Pero Amalie... —empezó— Amalie, con apellido de soltera Bruun, se crio aquí en Oslo. Hasta que se casó vivió en Armauer Hansens Gate, 19. Ella y Fromm se casaron el 12 de noviembre de 1944. La boda se celebró en la denominada «Brydevilla», en Kristinelundveien, 22, donde tenía su sede el tribunal de las SS durante la ocupación. Aquí —dijo el catedrático sacando de entre los papeles una hoja de tamaño A4—, una copia de la partida de matrimonio: «Klaus Dietrich Fromm, casado con Amalie Bruun».

—1944... Entonces él tenía treinta y cuatro años... ¿Qué edad tenía ella?

—Amalie nació el 3 de junio de 1921 en la clínica de la maternidad del Rikshospitalet... De modo que cuando se casó tenía veintitrés años.

—Once años más joven que Fromm.

—Sí... Eso antes era bastante corriente...

—Pero en el cato en el que estoy trabajando —dijo Gunnarstranda, intentando hacer un aro de humo sin conseguirlo— hay otro hombre, y tengo motivos para suponer... —empezó, pero miró unos segundos al techo antes de proseguir—: Tengo motivos para suponer que ese hombre mantuvo durante un tiempo una relación con Amalie Bruun, o al menos estaba enamorado de ella... y también tenía veintitrés años en 1944...

—¿Ah, sí?

—De manera que ese hombre tenía la misma edad que ella. Un conocido miembro de la resistencia.

El catedrático lo miró, indignado.

—¿Quién? —ladró.

—Reidar Folke Jespersen.

Engelschøn asintió con la cabeza.

—Pertenece a los muchachos de Linge, ¿verdad?... No —se apresuró a decir, quitándose la pipa de la boca y mirando pensativo al techo—. Reidar Folke Jespersen... no, no colaboró con Linge, sino que era, ¡eso es!, Folke Jespersen era un saboteador. Incluso uno de los más duros y tristemente célebres. Pero eso quizá ya lo sabe.

Gunnarstranda negó con la cabeza.

—Créame: Reidar Folke Jespersen era un hombre con mucha... con muchísima sangre en las manos.

—Ha sido asesinado recientemente, hace unos días. Estoy trabajando en el caso.

—Sí, he oído hablar del asesinato, pero al principio no lo asocié con... —Al catedrático Engelschøn se le formó de repente un surco de duda en la frente—. ¿Y dice que Folke Jespersen se movía en el círculo de Amalie Bruun? Eso sería...

Gunnarstranda esperó pacientemente a que el profesor encontrara la palabra adecuada.

—Sensacional —dijo por fin el catedrático.

Gunnarstranda levantó los brazos.

—Es posible que Folke Jespersen y ella fueran sólo amigos de la infancia. Al fin y al cabo, Oslo no era una ciudad grande. Pero olvídelo. Me interesa más Amalie.

—Hum. —El catedrático se encogió de hombros y empezó a rebuscar entre el montón de carpetas que tenía delante—. Tengo por aquí una foto del matrimonio —murmuró removiendo papeles. Por fin sacó una fotografía bastante grande—. He aquí una foto que quizá encuentre interesante; fue sacada con motivo de una reunión de distinguido ambiente alemán.

La foto mostraba una sala o un cuarto de estar bastante amplio. Hombres uniformados con mujeres en traje largo. Unos estaban sentados en sillas, otros en sofás y, al fondo, dos personas se apoyaban en la repisa de una chimenea.

—Mucho oropel —dijo Gunnarstranda.

—Sí, claro, hay muchas personalidades de relieve. —El catedrático se levantó y, con la espalda encorvada, rodeó la mesa, se inclinó hacia adelante y señaló la foto con su grueso y tembloroso dedo índice amarillo por la nicotina—. Este de aquí es el general Wilhelm Rediess, el jefe de la policía de Noruega, y este otro el mandamás de las SS, Otto Baum, que venía de visita desde Berlín... por algún motivo importante, supongo. Al final, Baum fue comandante en jefe de la XVI División Acorazada. Fue uno de los oficiales más condecorados de la guerra. Fíjese cuántos galardones tiene... En la foto no se ve muy bien, pero tenía tanto la Cruz de Caballero como la Cruz de

Hierro de primera categoría... ¿se lo imagina? Y este de aquí, bueno, a este ya lo conoce...

Gunnarstranda asintió.

—¿Es Terboven?

—En efecto, y está sentado al lado de su amiga... Amalie Bruun.

Gunnarstranda se ajustó las gafas. Aunque la mujer de la foto sólo tenía vuelta parcialmente la cara hacia el fotógrafo, la reconoció por el lunar en la mejilla y por su amplia frente. A juzgar por lo guapa que era, supuso que sería el centro de la reunión y que la cortejarían todos aquellos caballeros de relieve. Gunnarstranda vislumbró cierta propensión al vicio en la mirada que le dirigía al fotógrafo. Tenía la barbilla más afilada y resuelta de lo que había imaginado. No se trataba de una mujer recatada, sino más bien segura de sí misma, y acostumbrada a llamar la atención en las reuniones.

El profesor desplazó su tembloroso dedo índice hacia la derecha.

—Mire a este que va peinado con la raya a un lado, el de labios gruesos...

—¿Y bien?

—Es Fromm, su marido, que a lo mejor acababa de pronunciar unas cuantas sentencias de muerte...

—Se parece al escritor Sigurd Hoel —dijo Gunnarstranda, y agregó—: Con esas gafas redondas...

El profesor Engelschøn frunció unos segundos el ceño.

—No sé... —murmuró con desprecio, y luego mostró a un hombre y a una mujer que aparecían a la derecha de la foto—. Este de aquí, el que está sentado al lado de la rubia, es Müller, el jefe de la propaganda alemana aquí, en Noruega, y este otro, el que se entromete en el coqueteo, es Carlo Otte en persona, el hombre que se encargaba aquí de la administración financiera de los alemanes.

—Auténticos VIP.

—Exacto; todos ellos son peces gordos —dijo el profesor con una sonrisita—. Como verá, no me ha resultado muy complicado encontrar material sobre su amiga Amalie Bruun. Estaba bien relacionada, por así decirlo.

Rodeó el escritorio y volvió a sentarse en su sitio.

—¿Y no tiene idea de por qué motivo se celebró esa reunión?

—No; podría tratarse de una delegación con motivo de la visita de Otto Baum desde Berlín... Todo apunta a ello.

—Pero ¿cómo fue a parar a ese ambiente una chica de veintitrés años?

—No estoy seguro de cuándo es la fotografía, pero sospecho que fue sacada a finales del 43 o a principios del 44. —Engelschøn se rio por lo bajo dando caladas a su pipa—. Una de las razones que me inducen a pensar eso es que conozco la lista de las condecoraciones de Baum. Y en esta foto faltan varias órdenes que recibió en

1944, de manera que... —Engelschøn giró la cabeza— la foto debió de hacerse como mínimo seis meses antes de que se casara con Fromm, a quien probablemente acompañaba en esta reunión. Pero cómo... —Engelschøn se mordió los labios—. Pero por qué las personas se conocen y se casan... eso es como lo de las flores y las abejas. Porque no sé si sabrá que trabajaron juntos...

—¿Trabajaron juntos?

—Ella estaba empleada de secretaria en la administración alemana, y no es nada nuevo que a los compañeros de trabajo los unen las cadenas de Himeneo...

Gunnarstranda observó la foto: alemanes con charreteras y cara de seguridad en sí mismos. Examinó a Fromm. Había algo que lo desconcertaba en aquel hombre. Volvió a mirarlo más de cerca. Era la misma sensación que cuando uno intenta acordarse de un nombre que ha olvidado. Había algo en ese personaje que atraía su mirada. Pero no caía en la cuenta de lo que podía ser. Era una sensación desagradable. Por eso se concentró en Amalie Bruun e intentó imaginarla cuando ya hubiera terminado la parte formal de la velada y la orquesta hubiera empezado a tocar para el baile.

—¿Era ella una nazi declarada? —preguntó.

—La verdad es que no tengo ni idea. Pero nada indica que fuera miembro del partido nacionalsocialista, si se refiere a eso.

Gunnarstranda siguió examinando la foto. Su mirada volvía una y otra vez a Fromm.

—Antes de trabajar para los alemanes, ella había trabajado en el *Aftenposten*.

—¿En el *Aftenposten*? —exclamó el policía.

—Sí, ¿por qué?

A Gunnarstranda le temblaron los labios.

—¿Cuándo trabajó allí?

Engelschøn se encogió de hombros.

—Hasta el año 40 o 41. Trabajaba en lo que había estudiado... con muy buenas notas, por cierto. La dama se tituló en correspondencia mercantil alemana... y poco después empezó a trabajar de oficinista en el Ministerio de Justicia, pero luego lo dejó y fue contratada por la administración alemana. Pero es imposible saber por qué; yo apostaría a que sus conocimientos de alemán desempeñaron un papel importante. —Miró otra vez la foto—. Desde luego, tiene un aspecto muy presentable, lo cual también influiría.

—¿Trabajó como periodista en el *Aftenposten*?

—No, no. Tenía una formación administrativa. Por aquel entonces, las periodistas eran una rareza. Supongo que estaría colocada en las oficinas.

Gunnarstranda le devolvió la foto y pensó en silencio en la siguiente pregunta:

—¿Qué pasó con toda esta gente después de la guerra?

—Muy buena pregunta... Les pasó lo mismo que a tantos otros alemanes. Por lo que sé, unos fueron arrestados, otros volvieron a casa, algunos de ellos se hicieron abogados... en Alemania. Müller, el jefe de la propaganda, se hizo empresario. En cuanto a Fromm, no tengo ni idea de qué fue de él. Pero todos los jueces que habían trabajado en la «Brydevilla» fueron detenidos y llevados ante el tribunal aquí, en Noruega. Pero, claro, el tribunal supremo decidió que las SS y el Polizeigericht Nord debían ser considerados como un tribunal de guerra, exactamente igual que los tribunales de la Wehrmacht; de este modo, los jueces no podían ser condenados, puesto que sólo habían cumplido con su deber, por así decirlo. Por otra parte...

El profesor se rascó la cabeza.

—¿Sí?

—Hubo una cosa que sí se intentó atribuirles a esos jueces. Usted probablemente sea demasiado joven como para acordarse de la guerra, pero yo no lo soy. En febrero de 1945, es decir, tan sólo tres meses antes de la capitulación alemana, fueron fusilados rehenes noruegos como represalia...

—¿Y por qué?

—En realidad, fusilaron a bastantes rehenes, pero esta vez los miembros de la resistencia habían liquidado a un nazi noruego, el general de división Marthinsen en persona, jefe de la policía de seguridad del nacionalsocialismo. Y a raíz de eso fueron fusilados numerosos rehenes noruegos...

Engelschøn, pensativo, clavó la vista en el suelo y murmuró:

—Uno de ellos, por cierto, era el hermano de un compañero mío de clase. Yo iba al colegio Ila, y ese fue el peor día que pasé en la escuela durante la guerra. Todos sabían, todos los alumnos y todos los profesores sabían que habían sacado de casa al hermano de Jonas y lo habían fusilado. Pero a Jonas no se le escapó ni una palabra. Permaneció sentado en silencio mirando las musarañas. Ninguno de nosotros dijo nada... —Engelschøn se sacudió como si quisiera liberarse del mal recuerdo—. Pues sí —suspiró—. El final de la historia fue que esos juicios sumarísimos supuestamente no habían violado el derecho internacional público.

—¿Fueron absueltos todos los jueces?

—Sí, pero esa cuestión juridico-internacional no se resolvió hasta 1948. Es posible que Fromm estuviera hasta entonces bajo arresto. —El profesor se dirigió hacia su desordenado sitio de trabajo, se sentó al lado del ordenador y tecleó algo—. Esto va a ser más difícil de averiguar... cuánto tiempo estuvo el hombre arrestado —dijo, y giró con la silla.

—¿Y Amalie?

—Ni idea.

—¿Ha desaparecido?

—Pues... lo dudo. Si hubiera desaparecido, habría habido una investigación

policial, y eso estaría registrado en las fuentes que yo utilizo.

—¿No tiene nada más acerca de ella?

—No.

—¿Y los procesos de alta traición? ¡Ella había trabajado para los alemanes!

—Después de la guerra fueron castigados los miembros del nacionalsocialismo, no los que habían trabajado para los alemanes.

—En su opinión, ¿qué pasó entonces?

Engelschøn se encogió de hombros.

—Algunas esposas de alemanes fueron deportadas a Alemania. O tal vez se quedara en Hovedoya... en el campo de concentración para mujeres.

—¿En la cárcel?

—Desde una perspectiva formal, los campos de concentración para mujeres no eran cárceles, sino instituciones para las denominadas *Deutschenliebchen*, las queridas de los alemanes, creadas para la seguridad de las mujeres. Pero el caso de Fromm tuvo que ser juzgado con arreglo a criterios del derecho internacional público, lo que complica un poco el asunto. O bien fue deportada a Alemania o se quedó aquí. He de confesar que no puedo decir nada seguro al respecto.

—Pero Fromm, su marido... ¿no tiene idea de qué fue de él?

—Fue absuelto. —Engelschøn meneó la cabeza—. ¿Qué habrá sido de él? Tal vez se pueda averiguar, pero...

—Inténtelo —pidió Gunnarstranda, y cogió la foto de grupo de la reunión en la villa alemana. Otra vez miró sin querer a Fromm—. ¿Podría prestarme esta foto?

Hockey

—¡Qué bonito! —exclamó Eva-Britt, extasiada, mientras sonaban las primeras notas de *Khmer*, de Nils Moldværs.

Frølich se levantó y subió el volumen. Aunque la estufa del rincón estaba al máximo de su potencia, por el ventanal del cuarto de estar entraba un poco de frío, contra el que el radiador que había debajo no podía combatir. Frølich permaneció unos instantes junto a la ventana contemplando la iluminada Ringveien, que serpenteaba en medio del nocturno paisaje invernal. La intensa iluminación de las calles hacía que los coches parecieran descoloridos. Una lluvia de chispas descendía por la pendiente. Era la toma de corriente de un tranvía, que se deslizaba por el hielo. La Luna, que al anochecer parecía un enorme farolillo de papel de arroz colgado sobre la sierra de Østmarka, se asemejaba ahora a un cubo de pintura blanca vertido sobre una superficie de agua.

Frølich se volvió y observó a Eva-Britt. No le gustaba que hubiera venido. Cuando iba a visitarlo, siempre se quedaba sentada, esperando. Si quería algo, esperaba a que él se lo llevara. «Es tan extraño —pensó—. Llevamos años acostándonos juntos, y todavía se siente como una extraña en mi casa».

Ella estaba hojeando el catálogo de IKEA con la cabeza ladeada y un gesto de disgusto en los labios. Pasaba las páginas muy de prisa, como la gente que iba en el tranvía leyendo el VG. Frølich se sorprendió a sí mismo deseando que fuera otra mujer la que estuviera allí sentada.

Sus miradas se encontraron cuando sonó el teléfono.

—¿Lo coges? —preguntó ella desde el sillón.

—Dime una buena razón para que no lo cojas tú —replicó él con voz de cansancio.

Eva-Britt alzó la cabeza, dirigió la mirada al dormitorio y luego miró la hora. A continuación, dejó caer deliberadamente despacio el brazo con el reloj de pulsera. Poco después, dejó de sonar el teléfono.

—Hemos ganado —dijo, y siguió hojeando el catálogo.

Él vio cómo se acurrucaba en el sillón con las piernas encogidas, sabiendo perfectamente que era observada. En ese mismo momento empezó a sonar el móvil de ella. De nuevo, sus miradas se encontraron.

—¿Lo coges? —preguntó él.

Ella miró hacia la puerta, donde estaba su bolso con el móvil que sonaba, y arrugó la frente en un gesto de contrariedad.

—Si es para ti, no tengo ni idea de dónde estás —decidió ella.

Se levantó con agilidad y sacó su móvil del bolso, mientras él seguía sus movimientos.

—¿Sí? —dijo con la espalda encorvada y el teléfono al oído—. No, él... —Se volvió y dijo sólo con los labios—: Tu jefe...

Él permaneció sentado y sonriente.

—Ni idea —dijo ella, y se quedó escuchando.

A Frølich le entró la risa al oír los berridos de Gunnarstranda dando órdenes por el teléfono. Con la cara pálida, Eva-Britt hizo una mueca como si alguien la estuviera obligando a tomar aceite de hígado de bacalao. Peligrosamente rígida y agresiva, dio tres pasos hacia adelante y, sin decir una palabra, le lanzó el teléfono a Frølich.

Él lo pescó al vuelo.

—¿Qué hay? —dijo.

—Esta pista es un lío tremendo —dijo Gunnarstranda sin más preámbulos—. Tú hablaste con Arvid sobre la carrera de su hermano y le preguntaste por qué se hizo anticuario, ¿no?

—Sí —dijo Frølich—, pero...

—Y Arvid dijo algo relacionado con la producción de periódicos, ¿no?

—No, con la producción, no; Folke Jespersen recogía el papel que quedaba en las bobinas de la prensa de diferentes periódicos y...

—Exacto —lo interrumpió Gunnarstranda—. Y esas bobinas de papel luego se recomponían... ¿dónde?

—Ni idea.

—¿Y a quién las vendía?

—Tampoco tengo ni idea.

—¡Pero algo te diría ese imbécil! —A Gunnarstranda le fallaba la voz a causa de los nervios.

—Haz el favor de calmarte —le pidió su subordinado—. El papel de periódico era vendido a imprentas de África y Sudamérica. Pero ¿por qué estás tan furioso con esa historia?

—He encontrado otro vínculo con Sudamérica, Frølich.

Al otro lado de la línea se oyó el ruido sordo de un mechero mientras Gunnarstranda encendía un cigarrillo.

—Volviendo a Arvid y a esa historia del periódico, ¿no mencionó por casualidad a un hombre llamado Fromm?

—No, estoy bastante seguro de que no.

—Bien. ¿Tienes algún plan para mañana?

Frølich miró a Eva-Britt, que estaba de pie ante el gran ventanal del cuarto de estar, dándole la espalda. El reloj de pared marcaba más de las doce de la noche.

—Haré lo que me pidas, ya lo sabes.

—Perfecto. Quiero que vayas a la oficina de Reidar Folke Jespersen en Bertrand Narvesens Vei. Si allí no encuentras nada, quiero que revises el archivo del despacho

de Thomas Heftyes Gate.

—¿Qué buscamos?

—Una o más cartas o copias de cartas dirigidas a un tipo llamado Klaus Fromm. Klaus con ka y Fromm con dos emes.

—¿Hasta dónde me remonto?

—Hasta donde alcance el archivo.

—¿Nada más?

—No. Fíjate sobre todo en la época en la que comerciaba con papel de periódico, o sea, en los años cuarenta y cincuenta.

Frølich suspiró ruidosamente.

—¿Alguna otra cosa más?

—¿Crees que Reidar Folke Jespersen podría haber sido nazi?

Frølich interrumpió un largo bostezo.

—¿Estás loco? —exclamó.

—No —dijo Gunnarstranda—, pero ¿por qué te parece tan absurdo?

—Reidar Folke Jespersen tenía hasta 1943 una imprenta ilegal aquí, en Oslo; luego fue denunciado y tuvo que huir a Suecia. Desde Suecia fue a parar a un campo de entrenamiento en Escocia, donde adquirió una formación militar y se especializó en actos de sabotaje. De allí fue enviado de vuelta a Noruega con diversos encargos como sabotajes y...

—Liquidaciones —completó la frase Gunnarstranda en tono lacónico—. Bien, ya me he tranquilizado. Que duermas bien.

Frølich dejó el móvil de Eva-Britt encima de la mesa. Respiró profundamente, se levantó y se acercó al agradable calorcito que salía de la estufa, mientras observaba la espalda vuelta de ella y llevaba el compás de la música con la cabeza: un delirante solo de guitarra, fuertes golpes de batería y claros sonidos de un sintetizador invadían la habitación. De la cocina le llegó un nauseabundo olor a quemado del café, que llevaba exactamente dos horas en la placa calentadora.

Ella parecía a punto de volverse. El policía sentía curiosidad por saber qué expresión tenía en la cara y si se presentaba una noche de bronca y morros.

—Le has dado a ese tontaina mi número de teléfono —dijo ella, inflexible.

Frølich no contestó.

De los altavoces seguía saliendo una combinación de rock duro y jazz moderno, cuando volvió a sonar el teléfono de Frølich.

Él y Eva-Britt se miraron.

—No se rinde —señaló ella en tono sombrío.

Frølich lo sabía; era algo que estaba en el aire: esa noche habría bronca.

Se dirigió a grandes zancadas hacia el teléfono y descolgó.

—Soy Richard Ekholt —dijo una voz.

Frølich sólo había visto una foto de Richard Ekholt. Una vieja fotografía en la que salía vestido de jugador de hockey sobre hielo del equipo de Furuset, con un tricot, cañones de barba en la cara y el pelo corto y oscuro peinado al estilo Colón. Su voz encajaba con la imagen de la foto.

—Es tarde —dijo Frølich en tono pausado.

—Me han dicho que ha preguntado por mí.

—Preséntese mañana en comisaría; allí hablaremos.

—No cuelgue —dijo la voz enérgicamente.

—Le digo que nos llame mañana —insistió Frølich.

—Ciento noventa y cinco.

Frølich titubeó un momento. Luego oyó unas risas: se estaba riendo de él.

—Es como cuando se dice una contraseña, ¿a que sí? Qué bueno... —El desconocido soltó una risa sibilina y dijo con un gemido—: Ciento noventa y cinco. —La risa no cesaba; sonaba como el crujido de una mecedora. Un leve ronquido al otro lado de la línea delató que Ekholt estaba cogiendo aire antes de repetir—: Qué bueno... ciento noventa y cinco.

Frølich miró a Eva-Britt, que le dirigió una mirada venenosa.

La voz del teléfono susurró:

—Sé una cosa. Usted ha preguntado por mí, ¿no? Pues ahora me apetece... ahora puedo hablar.

De repente, Frølich se dio cuenta de que estaba harto de los caprichos de ella.

—¿Puede venir a mi casa? —le preguntó a Ekholt.

Eva-Britt echó la cabeza hacia atrás.

—No, es usted el que tiene que venir aquí —dijo la voz, que ahora era clara y firme.

«Qué liberación», pensó Frølich, y preguntó:

—¿Dónde está?

Ekholt soltó un silbido. El policía intentó averiguar qué otros ruidos oía, de dónde procedía el barullo. Como mínimo se oía otra voz más.

—¿Está usted en un bar? —preguntó.

—Escúcheme —dijo Ekholt—. Venga dentro de una hora, usted solo, a la ciudad.

Frank volvió a mirar a Eva-Britt, que meneaba la cabeza con unos movimientos pesados que no auguraban nada bueno.

—¡Es su única oportunidad! —Su voz ya no era la de un borracho o un desesperado, sino que había adoptado un tono frío y burocrático.

A Frølich le costaba trabajo adaptarse a tantos cambios de humor. Al otro lado de la línea se hizo el silencio: ni ruidos de fondo ni barullo ni nada.

—¿Y cómo sé yo que es usted quien dice ser?

—¿Tiene el número de mi móvil?

—Sí.

—Pues llámeme.

—Espere. —Frølich buscó el número en el bloc de notas que asomaba por el bolsillo de su chaqueta de piel, colgada del perchero—. Cuelgue —continuó—; ahora lo llamo.

—Un momento —dijo la voz, y Frølich oyó que tapaba el teléfono con una mano. «Hay algo que no quiere que oiga», pensó, intentando comprender qué sucedía.

—Tengo que saber quién es usted —repitió—. Cuelgue.

—¿No pensarás marcharte ahora? —le preguntó Eva-Britt con una voz peligrosamente dulce, cuando colgó.

—Sólo tengo que llamar a este número...

—He tardado tres horas en encontrar un canguro —dijo ella—. Hace semanas que no tenemos un rato para nosotros solos... para los dos. Y me he quedado sin blanca para conseguirlo. No irás a marcharte ahora, ¿no?

Frølich marcó el número.

—Sí, soy Richard Ekholt —dijo la voz.

Frank Frølich observó a Eva-Britt, que lo esperaba con los brazos cruzados.

—¿Dónde nos vemos? —preguntó, imperturbable.

Frølich dejó la rotonda y cruzó Europaveien rodeando Bjørvika. Pasó por la antigua dirección de la aduana y recorrió Langkaia. A esa hora, la zona estaba desierta y silenciosa. Eran las dos y tres minutos cuando se acercó a la glorieta de Revierkaia. Al no ver a nadie, notó cómo se apoderaba de él cierto cansancio y cierta resignación. Una duda lo corroía: ¿y si lo habían engañado?

Sacó el móvil del bolsillo. Al principio iba a dejarlo en el asiento del copiloto, pero luego cambió de idea y se lo guardó de nuevo. Al mismo tiempo, frenó y dejó rodar el coche hasta que este se detuvo por sí mismo, junto a la valla que separaba la calle del último tramo del muelle.

Después de permanecer un cuarto de hora sentado en el coche, bajó del vehículo. Con las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, retrocedió a pie hacia la rotonda. Se sentía como si estuviera en una película. Una farola bañaba el lugar de la cita con una luz pálida que, al mismo tiempo, creaba un muro transparente recortado contra la oscuridad de la noche. La iluminación de la calle se reflejaba en los cristales de las casetas en las que se sacaban los billetes para los ferries que iban a Dinamarca. El agua de Bjørvika se había congelado: hielo negro con vetas onduladas de nieve blanca. El hielo reflejaba la difusa luz del casco de la ciudad, tras la fachada del puerto. Otra vez hacía frío; como mínimo había veinte grados bajo cero. Frølich se estremeció y sopló en el interior de la bufanda, mientras intentaba acordarse de a qué película le recordaba ese juego de luces en la oscuridad. La iluminación de los edificios de Festningskaia se reflejaba en los techos de los coches que estaban

aparcados allí. Siguió andando de una farola a otra. El frío se le agarró a las piernas, los pies, las orejas y las manos. Se preguntó dónde habría metido los guantes. Probablemente se los hubiera dejado en el coche, en el asiento del copiloto. Giró la muñeca para mirar la hora. «Como mucho, esperaré cinco minutos más», pensó. Los únicos coches que se veían estaban un poco más allá, junto al semáforo de Festningskaia.

Aparte del ruido de los coches que entraban y salían del túnel, allí no se oía nada más. Con la cabeza encogida, sopló hacia la farola. Dentro del vaho y a contraluz, se dibujó un arco iris redondo. Volvió a soplar. Otro arco iris. Un juego de la infancia. Poco a poco, el frío iba penetrándole hasta las uñas de los dedos de los pies. Empezó a dar saltitos y a golpearse el cuerpo con los brazos. Ya habían pasado diez minutos desde la hora acordada. Con los dedos rígidos por el frío, sacó el móvil del bolsillo interior y marcó el número de Richard Ekholt. Aunque estaba tiritando, aguzó el oído al oír sonar un teléfono. Instintivamente, se agachó, se alejó de la luz de la farola e interrumpió la comunicación. Ahora, el silencio era igual de amenazador que los timbres del teléfono que acababa de oír.

Echó un vistazo a su alrededor. No se veía una alma. Una cosa estaba clara: si alguien hubiera querido darle una paliza, lo habría hecho hacía rato. Miró su teléfono e intentó acordarse de los timbres que acababan de sonar en mitad de la noche. Venían de lejos, pero ¿cómo de lejos? Alzó despacio el pulgar y lo posó sobre la tecla de rellamada. Pulsó la tecla y se detuvo a escuchar. Al poco rato volvieron a oírse los timbres a lo lejos. Frølich se puso en movimiento siguiendo el sonido. Apresuró el paso, se detuvo de nuevo, contuvo la respiración y se quedó escuchando. Aunque el sonido estaba ahora más próximo, seguía sin verse una alma. Atravesó la rotonda desierta. La voz de un contestador interrumpió la llamada de su propio teléfono informándole con un tono metálico de que en ese momento el abonado no podía atenderlo. Lanzó una rápida mirada a su móvil y pulsó la misma tecla otra vez. En la pantallita apareció el número al que llamaba. De nuevo se oyeron los timbres. Su mirada recayó en los coches aparcados en batería. Los timbres procedían de uno de ellos. El teléfono tenía que estar en el coche que ahora tenía más cerca. Colgó. El silencio le recordó que estaba solo y que acababa de cometer un error. Se imaginó escenas de películas norteamericanas en las que los coches explotaban en cuanto se daba el contacto. Ahuyentó sus fantasías para concentrarse en un hombre desconocido que dejaba el móvil en el asiento del copiloto, salía del coche y se dirigía hacia él. Pero ¿dónde se había metido ahora ese hombre? Por un momento, le cruzó por la mente la idea de llamar a Gunnarstranda. Pero cambió de idea y fue hacia el coche. Ya no sentía el frío; estaba sudando.

Era un Mercedes oscuro con portaesquí. «Un taxi —pensó Frank— al que le han desmontado el letrero de taxi». Se volvió hacia la izquierda y, trazando una amplia

curva, rodeó el vehículo, que ya no parecía anónimo y abandonado, sino imponente y peligroso. Se mantuvo a una distancia de unos cinco metros de él. Cuando se acercó hasta el vehículo, vio que la ventanilla lateral estaba rota. Lo que en un principio había creído que era hielo, era la propia ventanilla: un lienzo blanco de cristal astillado. El parabrisas también estaba hecho pedazos. Lo que le habían parecido trozos de hielo en el capó eran en realidad añicos de cristal. Siguió andando unos metros hasta que pudo ver mejor el capó. Encima había algo, pero estaba demasiado oscuro como para distinguir qué era. Se puso en cuclillas para ver mejor. Entonces reconoció lo que era: un pie. Alguien estaba sentado en el asiento del conductor, alguien que había dado una patada al parabrisas y todavía no había retirado el pie. Frølich se incorporó y llamó a la comisaría.

Un hombre y una mujer

Gunnarstranda le pidió al conductor que se detuviera junto a la valla, al lado de la rotonda. Cuando el taxi frenó, un policía uniformado se acercó al coche y llamó con los nudillos a la ventanilla de Gunnarstranda, que bajó el cristal.

—Soy yo —le dijo al policía, que asintió y se retiró.

Gunnarstranda subió de nuevo la ventanilla y se volvió hacia Tove Granaas.

—Lo siento de verdad —se disculpó.

—Déjalo ya, hombre —dijo ella, reprimiendo un bostezo—. He sido yo la que ha insistido en levantarse contigo. —Esbozó una sonrisa lánguida cuando el taxista la miró por el retrovisor—. Quiero decir, en venir contigo —se corrigió, y echó un vistazo al otro lado de la rotonda, donde dos coches de la policía lanzaban destellos azules hacia el cielo—. ¡Qué emocionante!

—Más emocionante habrá estado antes —dijo secamente Gunnarstranda, que se inclinó entre los dos asientos delanteros y le dio al taxista un billete de quinientas coronas—. Yo me bajo aquí, pero ella continúa hasta su casa —dijo, y se volvió de nuevo hacia Tove Granaas, que lo miró meneando la cabeza.

—Ay, qué anticuado eres...

—Gracias por esta maravillosa noche —dijo mirándola a los ojos.

Ella le cogió la mano.

—No, gracias a ti.

—Bueno, pues entonces me voy —dijo él, se volvió en el asiento y miró hacia afuera.

En ese instante se acercó otro coche con el piloto azul encendido.

—Aquí hay movida —dijo Gunnarstranda.

Ella volvió a apretarle la mano.

—Bueno, pues adiós —dijo él.

—Antes tendrás que abrir la puerta —indicó ella.

—Sí, tienes razón —asintió él, buscando la palanca.

Pero para entonces el taxista ya se había bajado y le estaba abriendo la puerta desde fuera.

Gunnarstranda se abrochó el abrigo y se quedó parado unos segundos viendo alejarse al taxi. Cuando por fin se dio la vuelta, divisó como mínimo a cinco hombres, que apartaron rápidamente la vista reprimiendo una sonrisa.

Frank Frølich destacaba entre los otros cuatro.

—Si llego a saber que tenías visita, habría esperado hasta mañana —dijo, comprensivo.

Gunnarstranda contestó con un gruñido.

—Pero como es Richard Ekholt el que la ha palmado, pensé que te gustaría ver el

lugar del crimen.

Otros dos policías se apartaron cuando ellos dos se acercaron al coche de los cristales rotos. Sobre una camilla había un cadáver cubierto.

—¿Estás seguro de que es Ekholt?

—Hay un noventa y nueve coma nueve por ciento de probabilidades.

—¿Y dices que ha sido estrangulado?

—Tiene toda la pinta. Alguien que estaba sentado en el asiento de atrás le ha rodeado el cuello con un cordel de nailon y lo ha apretado. Ekholt se ha puesto furioso y ha dado una patada al parabrisas, antes de morir.

—¿Y el letrero de taxi? —Gunnarstranda miró a través del cristal roto.

—Lo habían desmontado y estaba en el asiento trasero.

—¿Podría haberlo desmontado él mismo?

Frølich se encogió de hombros.

—Han desaparecido el monedero y el dinero —dijo Frølich—. Pero no el teléfono. Debajo de los pedales había un móvil. Posiblemente el asesino no lo haya visto.

—¿Cuándo te llamó a ti?

—Entre las doce y la una.

Gunnarstranda bostezó.

—Me habló del número de licencia —dijo Frølich—. Dijo «ciento noventa y cinco», partiéndose de risa.

—¿Ciento noventa y cinco?

—Sí.

—¿No diecinueve y cinco?

Frølich negó con la cabeza.

—¿Y a qué hora has encontrado el cadáver?

—Cinco minutos antes de llamarte. A las dos menos diez.

Gunnarstranda siguió rodeando el coche.

—Casi me da un ataque cuando ha respondido al teléfono una mujer en tu casa —dijo Frølich en tono dicharachero.

Gunnarstranda permaneció en silencio.

—Eso es bueno, hombre —añadió Frølich—. Además, parecía simpática.

—¿Te dio la impresión de que estaba solo cuando te llamó? —lo interrumpió Gunnarstranda.

—¿Ekholt? Se oían ruidos; pensé que estaría en un bar.

—¿Sabes si habló con alguien?

—Es posible. Creo que una vez tapó el auricular con la mano, sólo una vez.

Gunnarstranda asintió con la cabeza y bostezó.

—¿Es tu novia? —preguntó Frølich con precaución—. La del taxi, digo.

Gunnarstranda lo miró, impertérrito.

—¿Podría haber llamado desde aquí?

—¿Desde el coche? —Frølich reflexionó—. Creo que oí más ruido, ruidos de fondo, música tal vez.

—Pero ¿no podía ser un casete o la radio del coche lo que oíste?

—Ni idea.

—¿Cuánto has tardado en venir aquí?

—Unos cuarenta minutos. Estaba acompañado de Eva-Britt —añadió como disculpándose—, y desde luego no la entusiasmó la idea de tener que volver a su casa.

—Ya entiendo —dijo Gunnarstranda, pensativo.

—He estado aproximadamente un cuarto de hora sentado en el coche sin ver a nadie. —Frølich se paró a pensar—. Y diez minutos más tarde he encontrado el cadáver.

—Si era Ekholt con el que hablaste, entonces fue asesinado entre las doce y media y la una y veinticinco, ¿no?

—Sí, puede ser.

—Mañana tenemos una reunión con el fiscal Fristad —lo interrumpió Gunnarstranda mirando rápidamente la hora—. A las nueve. Aún faltan seis horas. —Alzó la vista al cielo. Luego miró a las personas que estaban haciendo su trabajo en el lugar del crimen—. Aquí sólo estorbamos. Ve a casa y procura echar un sueñecito.

Encrucijada

Gunnarstranda llegó a casa a las cinco de la madrugada. Durmió hasta las ocho y media, se levantó, se vistió y, a las nueve menos cinco, empezó a raspar el hielo de las ventanas de su coche. Faltaban cinco minutos para la cita con el fiscal Fristad. Repasó una vez más el caso mentalmente. Fristad era académico y tenía una idea pueril de su propia autoridad. Por eso llegaba siempre un cuarto de hora tarde.

Gunnarstranda encendió un cigarrillo mientras se calentaba el motor y mientras el ventilador desempañaba el cristal del parabrisas. Intentó repasar todos los puntos relacionados con Ekholt, pero se dio cuenta de que no era capaz de pensar con claridad, así que puso la radio del coche y oyó que en todas las vías de acceso reinaba el caos porque había una manifestación de taxistas. Sacó el móvil y llamó al despacho de Fristad para decir que se retrasaría. Al poco rato, apagó el motor, cerró el coche con llave y fue andando hacia Advokat Dehli Plass, para coger el primer autobús.

El fiscal Fristad, como siempre, permaneció sentado mientras señalaba con el brazo una silla azul que había junto a la mesa redonda. El comisario Gunnarstranda ordenó el montón de informes sobre la mesa, se puso las gafas rectangulares que había comprado a través de un catálogo de venta por correo y, sin más rodeos, empezó a relatar en voz baja:

—Al fallecido Reidar Folke Jespersen lo dejaron sentado en un sillón en el escaparate de su propia tienda de antigüedades. Fue asesinado en un despacho situado en la parte de atrás de la tienda. Allí desnudaron el cadáver, luego lo arrastraron por el suelo y lo colocaron en el escaparate. El asesino ató alrededor del cuello del cadáver un cordel de color rojo. El cuerpo fue descubierto el sábado, 14 de enero, a las siete horas treinta y seis minutos por una transeúnte, la repartidora de periódicos Helga Kvisvik. Es ama de casa y trabaja a tiempo parcial; sabemos que no tiene ninguna implicación en el crimen.

—¿No sufrió ningún *shock*? —Fristad mordió la patilla de sus gafas.

—No, no tenemos constancia —continuó fríamente Gunnarstranda—. En cuanto a las últimas acciones del fallecido, hemos conseguido sacar en claro lo siguiente: Reidar Folke Jespersen se levantó el viernes, 13 de enero, a la hora habitual. Salió de su casa a la hora habitual... aunque sin despedirse de su mujer, que en ese momento estaba en la ducha. Poco después, es decir, aproximadamente a las nueve de la mañana, fue a una cafetería de Jacob Aalls Gate, donde tomó café y agua mineral y leyó una serie de periódicos. El propietario del local, Glenn Moseng, ya lo había visto en otras ocasiones, pero no está seguro de cuándo. Folke Jespersen insistió en sentarse a la única mesa que había junto a la ventana, desde la que se veía la casa en la que vive Eyolf Strømsted, que es el amante de su mujer o, en todo caso, lo ha sido. El dueño del café no está seguro de a qué hora salió Folke Jespersen del café, pero

sabemos que estuvo allí bastante tiempo... varias horas. Unos minutos después de las doce apareció en casa de su hermano Arvid, donde también estaba su otro hermano Emmanuel. Asimismo estaba presente el matrimonio Kirkenær, que hizo una oferta para comprar el negocio de los tres hermanos.

El fiscal Fristad se meció en la silla de detrás del escritorio y entrelazó los dedos.

—¿Y qué pasaba mientras tanto en la tienda?

—Karsten Jespersen, el hijo del fallecido, abrió la tienda a las diez. No estaba solo, sino acompañado de su hijo Erich, que ese día no tenía guardería. Un poco más tarde bajó Ingrid Jespersen con una jarra de café y dos tazas. No había clientes en la tienda. Ambos estuvieron charlando hasta aproximadamente las once y cuarto, mientras el niño jugaba y dibujaba.

Fristad asintió con los ojos cerrados.

—¿A ese tal Karsten lo pone cachondo la viuda? Porque son de la misma edad, ¿no?

—Están a gusto juntos. Comparten una serie de intereses.

—¿Se la cepilla?

Gunnarstranda alzó la vista.

Fristad sonrió como disculpándose.

—He leído en alguna parte de tu informe que la víctima era impotente... ¿Sé cepilla el hijo a la viuda?

Gunnarstranda replicó, inexpresivo:

—No se lo he preguntado.

—¿Tú crees que sí?

—¿Qué tal si nos centramos en mi exposición de los hechos?

Fristad asintió.

—Exacto... —murmuró con énfasis—. Exacto... la viuda deja al hijo para acostarse con ese tío de nombre tan disparatado...

—Strømsted...

—Exacto... Y el pobre cornudo, a sus ochenta años, se sienta a esperar que su señora vaya a ver a un hombre para echar su polvo semanal...

Gunnarstranda miró fijamente a Fristad.

—Sigue, sigue —dijo el fiscal.

—Reidar Folke Jespersen, por su parte, se presentó en casa de su hermano...

—Sí, exacto...

Gunnarstranda alzó la vista en silencio.

Fristad le hizo un gesto impaciente con la mano para que continuara.

—Por lo que sabemos, el matrimonio Kirkenær aseguró que continuarían la obra de toda la vida de Folke Jespersen. Aparte de eso, hicieron una oferta concreta sobre las participaciones en el negocio, el nombre de la tienda y las existencias. Creo que a

eso se lo llama fondo de comercio...

—Sí, exacto, fondo de comercio...

—Pero eso no lo negociaron directamente. El matrimonio había hecho una especie de tasación de la tienda y allí expusieron sus propios planes antes de que los hermanos hablaran luego a solas. Entonces fue cuando Reidar se puso agresivo.

—¿Por qué se enfadó tanto?

—Creo que había mucho que barrer debajo de la alfombra. El hombre debería haberse jubilado hacía diez o doce años. Como era el hermano mayor, ejercía de jefe. Según su hermano Emmanuel, Reidar se tomó la iniciativa de vender el negocio como una confabulación contra él.

—Exacto... pero eso de su mujer y el amante, ¿puede haber desempeñado también algún papel?

—Sí, desde luego que es posible —admitió Gunnarstranda—. Según la declaración de los hermanos y de los interesados en la compra, Reidar Folke Jespersen ya había sido previamente informado del objetivo de la reunión. Pero es difícil juzgar qué le cabreó en concreto de las negociaciones. Sabemos, por ejemplo, que poco después de dejar a sus hermanos, llamó a su mujer a la casa del amante...

—Sí, eso he leído. Qué fuerte, ¿no? El marido desairado llama cuando los dos están dale que te pego... —Fristad soltó una risita con los labios húmedos.

—Pues sí; en cualquier caso, Folke Jespersen no inició ningún altercado ni insultó al amante de su mujer. Únicamente pidió hablar con su esposa para darle un ultimátum.

—¿Para que no volviera a follar?

—Exacto. Como muy tarde, a las 14.30 llamó luego a una actriz llamada Gro Hege Wyller para adelantar una cita con ella. Ese cambio de fechas es digno de mención. En realidad, iban a encontrarse el 23 de enero, pero él le pidió que se vieran ese mismo día, el viernes, 13.

—¿Una velada sentimental?

—Sí, Gro Hege Wyller se arregla y tiene que representar el papel de una mujer que posiblemente pertenezca al pasado de Folke Jespersen. La Wyller hace con Folke Jespersen un espectáculo privado... una especie de ritual con improvisación, jerez y Schubert.

—¿Sin sexo?

—No me he parado a pensar en eso.

Fristad sonrió burlonamente.

—¡Mira qué eres puritano, Gunnarstranda!

El comisario suspiró.

—Ingrid Jespersen ha confirmado que Reidar no era, como tú dices, sexualmente activo. Me da la impresión de que el anciano ya pasaba del tema.

—¿No había un frasquito de Viagra en el botiquín del abuelo? —Fristad volvió a esbozar una sonrisa húmeda.

El comisario de lo criminal respiró hondo.

—Lo siento —dijo Fristad.

—Ya he perdido el hilo —repuso Gunnarstranda, enojado.

—La foto —se apresuró a decir Fristad—. El modelo de Wyller. ¿Quién es la mujer de la foto?

—Se llamaba Amalie Bruun, pero su relación con Folke Jespersen no está clara.

—Pero probablemente estuviera enamorado de ella, ¿no?

—La relación no está clara. —Gunnarstranda se quitó las gafas con un gesto de cansancio.

—Bueno, pasemos al asesinato del taxista. Supongo que esa es la siguiente pista, ¿no? La increíble aventura nocturna de Frank Frølich en Bjervika...

Gunnarstranda miró distraído los papeles que tenía encima de la mesa.

—No —dijo—. Vayamos por partes. Antes de que la Wyller llegue a la oficina de la víctima, Folke Jespersen llama a su abogada y le pide que anule su testamento.

—¿Eso es relevante? —preguntó Fristad, interesado.

—Lo relevante es que Folke Jespersen se ocupara de repente, por alguna razón desconocida, de su propia muerte.

—Pero entonces los herederos...

Gunnarstranda alzó el brazo para frenar al otro.

—Un momento —dijo—. La doctora Grethe Lauritzen, la especialista en oncología del hospital Ulleval, dice que Folke Jespersen la llamó el día en cuestión. Ella le dio los resultados de una serie de pruebas, y así él se enteró de que tenía un tumor maligno, cosa que por otra parte han confirmado los forenses.

—Pero ¿qué consecuencias tiene la anulación del testamento?

—Apenas tiene consecuencias porque no hizo otro testamento nuevo. Según la abogada (y yo mismo he leído el testamento anulado), la última voluntad sólo afectaba a cuestiones de reparto, es decir, a qué cosas correspondían a cada uno *después* de que se hubiera repartido la herencia financiera. Sabemos que Karsten Jespersen está interesado en un armario concreto, pero me cuesta trabajo imaginar que matara a su padre por ese objeto.

—Qué raro —constató Fristad—. Es rarísimo —repitió con la mirada dirigida hacia la mesa.

—Hay dos grandes misterios relacionados con las últimas horas del hombre —declaró el policía—. La llamada a la Wyller y la llamada a la abogada.

—Pero si se había enterado de que iba a morir...

—Entonces podría haber hecho un testamento nuevo, después de haberse tomado la molestia de anular el antiguo. Pero no lo hizo.

Fristad se sacudió con el dorso de la mano la manga de su chaqueta.

—De acuerdo. Sigamos.

Gunnarstranda cogió aire.

—Tal y como se ha demostrado, la declaración de la Wyller es de suma importancia. Richard Ekholt vive en la misma casa que Gro Hege Wyller...

—Vivía —lo interrumpió Fristad.

—Ya sé que está muerto —repuso Gunnarstranda en voz peligrosamente baja—. ¿Quieres dejar de interrumpirme todo el rato?

Fristad alzó las manos en silencio.

—Bien. Ekholt era un conocido de la Wyller, y parece ser que se interesaba por ella... pero todavía no habían iniciado una relación. Ekholt llevó a Wyller hasta Ensjø. Allí, según la declaración de ella, la forzó sexualmente, pero sin consecuencias.

—¿Y tú te lo crees?

—No veo ninguna razón para que ella se inventara esa historia. Wyller huyó de Ekholt y cogió del buzón que había en la pared la llave del almacén; eso de la llave era algo convenido. A las 17.15 entró en la oficina de Folke Jespersen. Allí hizo su... trabajo... y al cabo de un poco más de una hora llamó a un taxi. Ese coche llegó a las 18.42; lo sabemos por el libro de ruta. Cuando subieron al taxi, Gro Hege Wyller vio a Ekholt, que aún seguía sentado en su coche, aparcado delante del edificio. Pero ella cogió el mismo taxi que Folke Jespersen.

—Exacto... —Fristad lo animó a proseguir con un gesto.

—Ekholt siguió al taxi en el que iban los dos. Gro Hege Wyller afirma que vio el coche de él cuando el taxi la dejó en su casa. También dice que, desde allí, Ekholt siguió al taxi de Folke Jespersen.

Gunnarstranda se levantó y se acercó al recipiente de agua de manantial IMSDAL que había junto al espejo.

—Se me queda la boca seca —murmuró, llenando un vaso de plástico.

—¿Y todas las declaraciones coinciden en que Folke Jespersen se fue a casa en el taxi... y llegó a Thomas Heftyes Gate a las 19.15?

Gunnarstranda bebió otro trago de agua y, a continuación, se quedó mirando pensativo el vaso vacío.

—En eso coinciden todos.

—Y allí lo esperaba ese hombre de los bosques... Jonny Stokmo, ¿no?

—Sí.

—Lo conocemos desde hace tiempo, ¿verdad?

—Pues sí. Ha estado unas cuantas veces en chirona por encubrimiento y por venta de artículos de contrabando.

—¿Y qué cuenta pendiente tenían los dos?

Gunnarstranda volvió a sentarse.

—A Stokmo lo interrogó Frølich. Pero sólo dio respuestas vagas y evasivas acerca de las diferencias que había entre él y el asesinado. Lo único que ha reconocido Stokmo es que se trataba de dinero. Y sabemos que los dos hablaron entre sí antes de que Folke Jespersen entrara en su casa.

—¿Y has hablado con el hijo?

—Stokmo junior me ha contado media historia de la familia. La relación de Jespersen con Jonny Stokmo se remonta a Harry, el padre de Jonny, al que Reidar Folke Jespersen debió de estafarle mucho dinero. Durante la guerra, Harry Stokmo era traficante de fuga y... recibió los denominados *regalos* de los judíos — Gunnarstranda dibujó comillas en el aire—, a los que introducía en Suecia. Da toda la impresión de que Folke Jespersen consideraba que se trataba de un producto robado, porque después de la guerra Harry Stokmo no se atrevió a poner a la venta los artículos. Folke Jespersen hizo de encubridor, pero no le dio dinero a Stokmo por la mercancía. Parece ser que esto lo ha averiguado Jonny Stokmo hace poco... a través de alguna factura antigua y cosas por el estilo, y de ahí que le exigiera a Reidar Folke Jespersen algún tipo de indemnización por su difunto padre.

—¿Crees a Stokmo junior?

Gunnarstranda sonrió con un gesto de cansancio.

—¿Por qué no? Si algo se deduce de esta historia es que Jonny Stokmo tenía un móvil, lo que para nosotros sería una buena pista. ¿Por qué iba a atribuirle Karl Erich Stokmo a su padre un móvil? De todos modos, tenemos que volver a interrogar a Jonny. De lo contrario, la declaración del hijo no tendría más valor que un rumor.

—Exacto... Anótalo —dijo Fristad.

—¿El qué?

—Que revisemos esa historia.

Gunnarstranda lo miró fijamente.

—¿Vas a hacer tú mi trabajo?

Fristad carraspeó. Se hizo un silencio embarazoso.

—¿Y qué más? —dijo Fristad al cabo de unos segundos con una tos forzada.

Gunnarstranda respiró profundamente y se pasó la mano por el pelo.

—Folke Jespersen fue a continuación a la cena familiar que estaba planeada.

—¿Y Stokmo?

—Esa noche fue a visitar a una prostituta llamada Carina. Ella está libre de sospecha. Stokmo dejó a esa mujer aproximadamente una hora antes de la medianoche. El propio Stokmo asegura que se dirigió a Torshov y que, hacia las 23.00 horas, se acostó en un cuarto trasero del taller de su hijo, sin hablar con nadie y sin que nadie lo viera. Y era viernes.

—En otras palabras: miente.

—Contentémonos con decir que Stokmo podría haber llegado a Thomas Heftyes Gate poco después de que Ingrid Jespersen se fue sola a la cama. Es decir, que ese tipo no tiene coartada para la hora del crimen.

De nuevo intercambiaron una mirada. Fristad soltó una carcajada.

—Ya entiendo a qué te refieres. Ese tal Stokmo es bastante interesante.

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—Y arriba, en casa de Folke Jespersen, ¿hubo alguna discusión durante la cena?

—No.

—¿Después de cenar tampoco? ¿Se pelearon Jespersen y su mujer?

—Según la declaración de la viuda, no. Asegura que se acostó como todos los días, pero sola. Se tomó un somnífero y se despertó en mitad de la noche sin saber por qué.

—Si ha matado a su marido, no ha sido especialmente creativa a la hora de buscarse una coartada.

—Examinemos el crimen como tal —lo interrumpió Gunnarstranda—. Es muy probable que el asesinado Reidar Folke Jespersen conociera al autor del crimen. O bien Jespersen se citó con él en la tienda, o bien estaba en la tienda por otros motivos cuando llegó el asesino. Pero lo más probable es que la víctima se hubiera citado con el asesino en la tienda.

Gunnarstranda alzó la vista. El fiscal Fristad tenía los ojos cerrados, como si estuviera meditando.

—Pudieron quedar por teléfono. Sabemos que Folke Jespersen, tanto a lo largo de la tarde como en el transcurso de la noche, hizo una serie de llamadas telefónicas. Pero no hemos podido comprobar con quién habló por teléfono. El único que admite haberlo llamado esa noche es su hermano, Emmanuel. Dice que lo llamó tarde, por la noche, pero que Reidar no quiso hablar con él.

Fristad asintió como para sus adentros; se le cayeron las gafas al pecho y se las volvió a colocar en la nariz.

—¿Nadie más?

—Según el hombre interesado en la compra, Kirkenær, Arvid le había prometido llamar a su hermano «para resolver una pequeña complicación».

—¿Y lo hizo?

—¿El qué? ¿Lamarlo o resolver la complicación? —preguntó Gunnarstranda en tono arisco—. No; según su propia declaración, Arvid intentó llamar a su hermano mayor, Reidar, pero nadie cogió el teléfono.

Ambos permanecieron sentados mirándose con gesto pensativo, hasta que Gunnarstranda continuó:

—Reidar Folke Jespersen fue apuñalado una sola vez con una bayoneta antigua que estaba a la venta en la tienda. La elección del arma hace suponer que el asesinato

no fue cometido con premeditación. A no ser que el asesino conociera la bayoneta y tuviera planeado usarla para el crimen. En cualquier caso, hemos de suponer que la puñalada la dio una persona fuerte, porque la hoja de acero penetró profundamente en el cuerpo del hombre; puncionó un pulmón y afectó algunos vasos sanguíneos importantes. Los forenses sospechan que el asesino tuvo fuertemente agarradas a la víctima y la bayoneta hasta que se cercioró de que la víctima estaba muerta. No hubo, por tanto, forcejeo. Una vez que le clavó la bayoneta sosteniéndolo de pie, lo más probable es que lo tumbara con cuidado en el suelo. Porque el cuerpo del hombre no presenta indicios de que fuera arrojado violentamente al suelo. Hay otro punto esencial para la toma de las huellas: había poca sangre en el suelo, lo que significa que el autor del crimen tuvo que ponerse perdido de sangre.

Fristad asintió, y otra vez se le resbalaron las gafas por la nariz.

—Karsten Jespersen ha repasado la lista de los objetos registrados en la tienda y echa de menos un uniforme. Al parecer, el uniforme fue enviado de forma anónima a la tienda unos días antes del asesinato. El viernes en que fue asesinado Jespersen todavía estaba guardado en una caja de cartón. Si Karsten Jespersen dice la verdad (sólo sabemos de la existencia de ese uniforme por su declaración), entonces es posible que el asesino se pusiera el uniforme, metiera su propia ropa manchada de sangre en la caja y se marchara con ella. Si tenemos en cuenta la desaparición de ese uniforme, todo indica un asesinato premeditado; en ese caso, el asesino envió el uniforme para tener en la tienda ropa preparada para cambiarse.

—¿No te parece eso sumamente complicado?

—Los asesinatos con premeditación son siempre complicados.

Fristad asintió.

—Pero ¿no crees que un soldado llamaría mucho la atención por la calle?

—Fuera hacía mucho frío. El asesino podría haber ocultado fácilmente el uniforme debajo de un abrigo.

—En cualquier caso, el uniforme sería una explicación lógica de por qué ningún testigo vio a un hombre con manchas de sangre en la ropa —constató Fristad como para sí mismo—. ¿Puede Karsten demostrar la existencia del uniforme? ¿Tiene algún resguardo de correos?

Gunnarstranda alzó la vista.

—¿Sería admitido por el tribunal?

Fristad se encogió de hombros.

Gunnarstranda siguió hablando:

—A continuación, el asesino desnudó al cadáver.

—¿Y la bayoneta?

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—Como ya he dicho, estaba a la venta en la tienda... como arma complementaria

de un fusil del ejército inglés de las guerras napoleónicas. Los hemos examinado, pero ni el fusil ni la bayoneta tienen huellas dactilares. En el momento del asesinato, la tienda estaba a oscuras, como cualquier otra noche. Por otra parte, hemos encontrado un rotulador... uno corriente y moliente, como los que venden en cualquier papelería. Suponemos que el asesino lo llevaba consigo para escribirle a la víctima ese extraño mensaje en el pecho. Ese mensaje asimismo apunta a que el asesinato estaba planeado: si un criminal lleva un rotulador para garabatear algo en el cadáver, eso indica premeditación. De todos modos, en el rotulador tampoco había huellas dactilares.

—¿Y ese mensaje es el famoso J de Jonas, 195?

—J de san Juan. 19,5.

—Pero también tenemos el número del taxi.

—Vayamos por orden.

—Vale. ¿Hora del crimen?

—Entre las once y media de la noche y las tres de la madrugada.

—¿Y el cadáver no tenía llaves en el bolsillo?

—No, ninguna llave. Cigarrillos sí, y un mechero y calderilla, pero llaves no.

—Y supongo que ningún testigo conoce esa circunstancia, ¿no?

—Sólo tú, Frølich y yo sabemos que faltan las llaves.

—He leído que la viuda declaró que, al despertarse, había nieve en el suelo del dormitorio.

—Sí... Suponiendo que diga la verdad, pudo ocurrir que el asesino le cogiera las llaves al cadáver, subiera la escalera, abriera la casa de Folke Jespersen, entrara en el dormitorio y desapareciera de nuevo.

—¿O bien?

—Yo más bien opino que la nieve del suelo la había dejado Reidar después de darse un paseo por la noche, antes de ser asesinado.

—¿Por qué crees eso?

—Porque el criminal no podía seguir teniendo nieve en los zapatos después de haberse puesto el uniforme y de haberse tomado la molestia de arrastrar el cadáver hasta el escaparate. Aparte de eso, el asesinato llevaba unas suelas bastante gruesas.

—Pero si el asesino cogió las llaves, ¿por qué lo hizo, si luego no las utilizó?

—O bien las llaves en realidad no han desaparecido y están en alguna parte del piso, o bien el asesino se proponía alguna otra cosa cuando las robó.

—¿Tú no crees que el asesino estuviera en el piso?

—Si un extraño entró en la habitación de Ingrid Jespersen, fue sólo para ver si estaba dormida y desaparecer de nuevo... o para coger algo de lo que ella no sabía nada y que, por tanto, no ha echado de menos porque probablemente perteneciera a su marido. Dicho brevemente: desde un punto de vista lógico, la nieve del suelo

podría ser de Folke Jespersen, que entró un momento en la habitación para ver a su mujer.

Fristad soltó una tosecilla y fue a preguntar algo, pero Gunnarstranda lo interrumpió:

—Esa es una posibilidad. La segunda es que Ingrid Jespersen se haya inventado toda la historia de la nieve en el suelo.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Quién sabe? Quizá para respaldar ante nosotros la teoría de que el asesino le quitó las llaves al cadáver.

Cruzaron una mirada.

—Por otra parte —argumentó Fristad—, si la viuda se ha inventado la historia de la nieve en el suelo... —Dejó la frase en el aire.

Gunnarstranda hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces es muy probable que se inventara la historia del robo porque fue ella la que mató a su marido —concluyó el fiscal.

—Esa conclusión es aceptable, pero el argumento como tal me parece poco relevante —comentó el comisario—. Yo tiendo a pensar que la nieve del suelo procedía del marido.

El fiscal y el comisario se miraron otra vez a través de la mesa.

—Gunnarstranda, ¿qué te dice tu instinto? ¿Se cargó la viuda a su marido?

—¿Con qué móvil? —quiso saber Gunnarstranda.

—Dinero, sexo, afecto. Una mujer joven se casa con un hombre mucho mayor. Este rechaza y desprecia la oferta de venta de los Kirkenær y de sus hermanos; por si fuera poco, le prohíbe a la mujer que siga acostándose con su amante. Esos dos factores desencadenan una pelea. ¡La viuda tiene móviles en cantidad!

—¿Y la oportunidad? —preguntó Gunnarstranda.

—Ella es la única que tuvo en todo momento la oportunidad de matar a su marido.

—¿Sola o con alguien?

—Con su amante; él lo apuñala mientras ella lo sujeta.

—El amante tiene una coartada.

—Mierda —susurró Fristad con la voz ronca—. ¿Qué clase de coartada?

—Vive con un hombre, Sjur Flateby, que afirma que Strømsted no salió de la cama en toda la noche.

—Si me lo preguntas, te diré que esa coartada no se sostiene. La declaración de un compañero es como la de un cónyuge: carece por completo de valor.

—Comparto tu opinión, pero prefiero que el compañero nos confiese su mentira en una declaración, antes de que lo dejes como un trapo en la sala de audiencia.

—¿Sabe ese tío que Strømsted se folla a la viuda?

El comisario se encogió de hombros.

—Posiblemente intuya algo... ahora que lo hemos interrogado por las actividades de Strømsted la noche del asesinato.

—Cuéntale a ese hombre que su compañero le ha sido infiel, y ya veremos cuánto le dura a Strømsted su coartada. Aparte de eso, la viuda también podría haberlo hecho ella sola.

—Es posible. Pero no debemos olvidar a los demás. Jonny Stokmo tampoco tiene coartada.

—Pero ¿cuál sería su móvil? —quiso saber Fristad—. En realidad, no ha desaparecido dinero, sólo ese dichoso uniforme, y sólo sabemos de su existencia por la palabra de Karsten Jespersen. Si Stokmo fue el autor del crimen...

Gunnarstranda asintió.

—El problema de Stokmo es que no gana nada con la muerte de Folke Jespersen. Ni obtiene dinero ni su padre recupera la reputación. Si Stokmo ha matado a Folke Jespersen, ha tenido que ser en un arrebato de ira, o bien es que tenía otro motivo aparte de esa historia del honor perdido de su padre, el traficante de fuga. Problema número dos: el «escenario» de Stokmo no encaja con la teoría de que el asesinato estuviera planeado. Si Stokmo hubiera planeado el crimen, ¿por qué no planeó también su objetivo de rehabilitar al padre?

—Entiendo —dijo Fristad.

—Aparte de eso, tenemos a los dos hermanos —dijo Gunnarstranda—, que tienen motivos a montones.

—Pero ¿tienen una posibilidad? Quiero decir que he leído en alguna parte que están enfermos, con sobrepeso, y que apenas se sostienen en pie.

—Los dos tienen enormes posibilidades —objetó Gunnarstranda—. Son viejos y de pelo blanco, como la víctima. Junto con su hermano, son los propietarios del negocio. Pueden moverse por la tienda sin que a nadie les llame la atención. Tienen las llaves de la tienda. Pudieron entrar y esperar a que bajara Reidar. Tampoco tienen una coartada a prueba de bomba: los dos afirman que estaban durmiendo solos.

—¿Son capaces de hacer una cosa así?

—¿Qué cosa?

—Matar a su hermano.

—Ahora te has pasado a hacer valoraciones morales, Fristad. La regla es que nos atengamos a los hechos, los móviles y las posibilidades.

—Vale, pues sigue.

—Según los interesados en la compra, Kirkenær y Varas, Arvid les había dicho antes de que fuera asesinado Jespersen que... —Gunnarstranda volvió a dibujar unas comillas en el aire— que tenía que resolver una complicación que había surgido.

Fristad sonrió.

—Suenan a conspiración.

—Desde luego.

—Bien. Podrían haberlo hecho los hermanos —concluyó Fristad.

—La viuda llamó a Karsten cuando se despertó por la noche. Pero Susanne Jespersen aseguró que su marido no estaba en casa.

—¿Significa eso que el hijo estaba un piso más abajo y que mató a su padre? —preguntó Fristad con la frente arrugada.

—La abreviatura y el *grafitti* del cadáver sólo tienen sentido si el hijo es el asesino.

Fristad meneó la cabeza.

—Si tienes razón en que la abreviatura alude al Evangelio de san Juan... sí..., entonces quizá podamos llegar a esa conclusión. Pero olvidas que en la calle había un taxi al ralentí.

Gunnarstranda suspiró.

—No lo olvido. El problema es que no sabemos si el coche que fue observado era siempre el mismo. Un testigo vio en ese lugar un taxi aparcado... pero eso fue, como mínimo, cuatro horas antes del asesinato.

—Pero el taxi tiene el número de licencia 195.

—Eso no lo ha afirmado el testigo.

—¿Qué intentas decir, Gunnarstranda?

El comisario carraspeó.

—Sabemos que Richard Ekholt conducía el taxi número A 195. Pero el testigo que vio ese ominoso taxi en Thomas Heftyes Gate lo único que vio fue un taxi, no necesariamente el coche de Ekholt. Y no sabemos si Richard Ekholt había aparcado en Thomas Heftyes Gate...

—Pero sabemos que Ekholt siguió con su taxi a Folke Jespersen la noche del asesinato.

—Exacto. —Gunnarstranda sonrió al fiscal porque sabía lo poco que le gustaba contar sólo con indicios—. El hecho de que Ekholt siguiera en su coche a la víctima es un *indicio* de que era el coche de Ekholt el que estaba aparcado una hora después en Thomas Heftyes Gate. El que Ekholt intentara ligar con Gro Hege Wyller y posiblemente estuviera esa noche celoso de Folke Jespersen puede ser el *indicio* de un móvil. Así pues, que Ekholt siguiera a Jespersen puede ser un *indicio* de que Ekholt está implicado en el crimen; en especial, el número de licencia de Ekholt sería un *indicio* de alguna relación con los números garabateados en el pecho del asesinado, puesto que las cifras son idénticas. El mayor *indicio* de que Ekholt esté implicado en el crimen estriba en el hecho de que anoche Ekholt llamó a Frank Frølich y utilizó el número *ciento noventa y cinco* como una especie de contraseña, para que Frølich lo tomara en serio. Pero lamentablemente ahora Ekholt está muerto.

Para averiguar si estuvo implicado en el asesinato, tenemos que buscar nuevos testigos que lo aclaren. Tenemos un montón de *indicios*, pero...

Gunnarstranda alzó los brazos y, en un gesto de generosidad, dejó que Fristad pronunciara las últimas palabras:

—Pero no tenemos ni una maldita prueba —concluyó Fristad con semblante hosco.

—Te gustaría que ese taxista estuviera metido en el asunto, ¿no? —preguntó el comisario, y se encendió un cigarrillo que había aparecido entre sus labios como por arte de magia.

—Por favor, aquí dentro no se fuma —dijo Fristad.

Gunnarstranda dio una calada, abrió la caja de cerillas y la sostuvo sobre la mano abierta.

—Sí, y sigo creyendo que ese taxista está implicado. Si no apagas el cigarrillo, recibirás una amonestación por escrito.

Gunnarstranda volvió a inhalar y echó un poco de ceniza en la caja de cerillas.

—Supongamos que existe una conexión —dijo—. Imaginemos un móvil: Ekholt se figura que Gro Hege Wyller es su novia, y le da un patatús cuando sospecha que ella puede tener algo con el viejo. Ekholt se siente rechazado y humillado, y sigue al viejo para cantarle las cuarenta. ¿Es eso más o menos lo que imaginamos? —Dio otra calada—. Si nuestra suposición es acertada, si Ekholt acechó al viejo cuando este estaba solo en la tienda, ¿por qué iba a sentar al hombre en el escaparate y escribirle su número de licencia en el pecho?

—Sigo sin tener ni puta idea —dijo Fristad encogiéndose de hombros—. ¡Eres tú quien debería saberlo! Me estás poniendo nervioso con tu descarado de atufar mi despacho con el humo de tu tabaco. ¿Sabes que tengo una secretaria que puede coger dos semanas de baja por ser alérgica?

—Cálmate —dijo el comisario, metió el cigarrillo fumado a medias en la caja de cerillas y la cerró—. Si queremos averiguar si Ekholt pudo matar a Folke Jespersen, no debemos olvidar nuestras cartas de triunfo. En primer lugar, que el asesinato fue planeado y, en segundo lugar, que Folke Jespersen tuvo que haber dejado pasar voluntariamente al asesino y que, por tanto, seguramente lo conociera. Dudo de que Folke Jespersen conociera al taxista Ekholt.

—Pero si Ekholt llamó con los nudillos desde fuera del cristal, Folke Jespersen podría haberlo dejado entrar —objetó Fristad—. Ekholt era taxista, seguro que iba de uniforme, y podría haber hecho como que quería preguntar por un cliente o...

—Tú eres el que mejor sabes lo que vas a utilizar en tu alegato —replicó Gunnarstranda alzando los brazos—. Y de los motivos del hijo todavía no hemos hablado. Lo que me gustaría discutir con él son los signos escritos con rotulador...

En ese momento fueron interrumpidos porque Frank Frølich abrió la puerta.

Frølich llegaba histérico porque se había cruzado con una carrera de baquetas entre periodistas de los tabloides. Entrar en el despacho del fiscal le supuso el mismo alivio que cuando uno se refugia debajo de un árbol de copa ancha en pleno chaparrón. Allí, se encontró con Fristad y Gunnarstranda, que estaban pensativos y callados en sus azules sillas giratorias.

—Aquí huele a humo —comentó Frølich, olfateando.

—¿Lo ves? —dijo Fristad en tono de reproche, meneando enfadado la cabeza en dirección a Gunnarstranda—. ¿Lo ves? Verás la que se va a armar.

—Maldita sea —suspiró Frølich—. Todos los periódicos están que trinan con el asesinato del taxista.

Gunnarstranda hizo girar su silla hacia Frølich.

—En la radio han dicho que los taxistas de la ciudad han perdido los nervios —murmuró—. Es la vieja cantinela: una situación insostenible y falta de seguridad para los taxistas. Esta mañana había cientos de taxis tocando el claxon en Storting. Todos los oficinistas de la ciudad han llegado tarde al trabajo... también aquí, y en el Ministerio de Justicia. El atasco llegaba hasta Gardermoen. Ese asesinato podría guardar relación con nuestro caso —añadió—. Aunque no necesariamente.

—El teléfono móvil debajo de los pedales —dijo Fristad—, la llamada a Frølich y la contraseña «ciento noventa y cinco»...

Gunnarstranda se encogió de hombros.

—La licencia del taxi o el pasaje de la Biblia. Tú eliges.

Fristad detuvo el giro de su silla giratoria y pateó nervioso el suelo.

—Pero llamó y dijo el número. El taxista con el número de licencia...

—Está bien —lo interrumpió Gunnarstranda, impaciente—. Pero no debes olvidar que Frølich se pasó todo el día buscando al taxista que llevaba el coche número 195. Pudo decir el número sólo para darse a conocer. —Se volvió hacia Frølich—. ¿Dijo el hombre algo de los *grafitti* en el cadáver?

—No —explicó Frølich—. Sólo dijo el número 195.

—¿Nada más?

—No, salvo que...

—¿Salvo qué?

—Lo que te he dicho. Que sabía algo. De todos modos, creo que no estaba solo cuando me llamó.

Los otros dos miraron fijamente a Frølich, que sonrió como pidiendo disculpas.

—Es posible que estuviera en un bar o en un restaurante. Se oían ruidos de fondo. Y alguna vez me pareció que cubría el auricular con la mano.

—Es posible que Ekholt estuviera hablando con alguien cuando llamó —le explicó Gunnarstranda al fiscal, que hizo una mueca elocuente.

Frølich se encogió de hombros.

—No lo sé seguro. Pero algo así me pareció.

—¿Y con quién? —preguntó Fristad—. ¿Acaso con Gro Hege Wyller?

Frølich negó con la cabeza.

—De ser alguien, era un hombre.

—¿Eso es relevante? —preguntó Fristad.

—Puesto que una hora más tarde fue encontrado muerto, sí es relevante —contestó Gunnarstranda.

—Pero ¿cómo se explica que Ekholt fuera asesinado después de haber hablado con Frølich? —bramó Fristad.

—Ni idea —dijo Gunnarstranda.

—¡Este asesinato tiene que estar relacionado con el de la tienda de antigüedades!

—¿Necesariamente?

—¡El hombre dijo que sabía algo!

—Todo el mundo sabe algo. Tú y yo también.

—¡Pero sería de tontos no pensar que los dos asesinatos guardan relación entre sí! Gunnarstranda se encogió de hombros.

—Ajá.

—Eso tienes que verlo tú también —continuó Fristad, un poco más moderado.

—No necesariamente.

—¿No necesariamente? El hombre conduce el taxi número 195. La cifra aparece escrita en el pecho del cadáver y, por si fuera poco, llama a la policía y se parte de risa al mencionar el número.

—Más vale que intentes describir lo que ha pasado —sugirió Gunnarstranda, aburrido.

—¿Lo que ha pasado? Pues que a Ekholt lo dejaron entrar en la tienda, agarró la bayoneta y se la clavó al hombre porque pensaba que el viejo putero se follaba a su amiga.

Gunnarstranda y Frølich miraban atentamente a Fristad, que se había levantado y no hacía más que abrir y cerrar rápidamente las manos.

—¿Y bien? —dijo Gunnarstranda, impaciente.

—En fin, luego desnudó al viejo, le escribió el número en el pecho y lo sentó en un sillón en el escaparate.

—¿Porqué?

—¿Que por qué? ¡Yo qué sé por qué!

—¿Y luego?

—Y luego, ¿qué?

—Las llaves.

—Ah, sí —dijo Fristad, más calmado—. Cogió las llaves, subió al primer piso y...

Frølich sonrió con malicia.

Fristad se sentó con cara de aturdido.

—Una historia un tanto estrafalaria —dijo Frølich—. A mí me parece más lógico que fuera alguien que quisiera exhibir el cadáver. Y de ser así, creo que el número hace referencia a un pasaje de la Biblia.

—¿Pero por qué fue asesinado Ekholt? —preguntó Fristad, abatido.

—Podría haber sido atracado y asesinado por un cliente —dijo Gunnarstranda en voz baja.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Todos los taxistas de la ciudad lo creen.

—Pero nosotros creemos que su muerte está relacionada con el otro asesinato, ¿no?

—Si existe alguna relación entre el asesinato de Folke Jespersen y el de Ekholt —dijo el comisario levantándose y recogiendo sus papeles—, es porque Ekholt sabía algo del primer asesinato. Pero no tenemos ninguna prueba de que exista tal relación. Aparte de eso, ni Frølich ni yo nos explicamos el asesinato de Ekholt.

Frølich carraspeó y añadió:

—Yo apuesto a que Richard Ekholt fue asesinado porque había sido testigo del primer crimen.

—Tenemos todas las de perder si apostamos... —dijo Gunnarstranda, sonriendo.

Fristad alzó la vista.

—¿Ves como tú también crees que existe una relación?

—Yo no he dicho eso. Pero ese asesinato ha de ser esclarecido con independencia de todo lo demás. Así lo reclama todo un colectivo de la ciudad.

Fristad miró malhumorado a Gunnarstranda, que estaba guardando sus papeles.

—¿Entonces tú qué sugieres?

—Seguiré trabajando —dijo Gunnarstranda, distendido—. Voy ganando terreno en la vida y milagros de Folke Jespersen.

—¿Hasta dónde has llegado?

—Calculo que dentro de unas horas habré terminado con 1944 —dijo Gunnarstranda, que se quitó las gafas y se las guardó en el bolsillo del pecho.

Dicho y hecho

Frølich miró su reloj de pulsera: eran las tres y cuarto. Dirigió la vista hacia la puerta de entrada del almacén de Reidar Folke Jespersen, en Bertrand Narvesens Vei, luego apagó el motor, echó el freno de mano y bajó del coche. La puerta no estaba cerrada y había luz en el local.

—¡Hola! —gritó el policía una vez que la puerta se cerró a su espalda—. ¡Hola! —repitió, y recorrió el pasillo flanqueado por toda clase de objetos.

—Estoy aquí —respondió una voz conocida.

Gøril se hallaba de pie entre dos torres de sillas; en las manos sostenía un bloc enorme.

—¿Lo has conseguido? —preguntó Frølich.

—¿El qué? —Ella sonrió, extrañada.

—La visita.

—Ah, eso. —Asintió con la cabeza—. ¿Y tú?

—Yo también he hecho lo que quería, sí.

Se quedaron mirándose en silencio. A Gøril se le deslizó un rizo negro por la cara. Con dos dedos, se lo remitió detrás de la oreja.

—Pues sí, hombre, sí —dijo él, sintiéndose tonto.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Qué estás buscando aquí?

—Tengo que revisar los archivos, si es que hay alguno.

—Hay dos anuarios llenos.

—¿Dónde?

Ella señaló la escalera, que subía oblicuamente por la pared y daba a una puerta situada a media altura.

—Ahí arriba, en el primer piso. —Lo miró compasivamente—. Ahí está la oficina. Y hay un montón de papeles; se podría hacer una tesis doctoral con ellos.

Frølich suspiró y miró la hora.

—La noche es joven —dijo, esforzándose por ser irónico.

Ella respondió a su sonrisa.

—La noche todavía no ha empezado —repuso.

Hacía frío en el almacén. El aliento de sus bocas quedaba suspendido en el aire en forma de nube, y Frølich notó que ella tenía rojos de frío los dedos que sostenían el bolígrafo.

—¿Y tú? —preguntó él tímidamente.

Ella le mostró el bloc.

—Estoy confeccionando una lista.

—Me refiero a tu espalda. ¿Qué tal tienes la espalda?

—Bien. ¿Sabes lo que me alivia? Un masaje en los pies. Ayer estuve una hora

sentada en una silla mientras me los masajeban. Qué delicia. Al final me quedé dormida.

—Aquí hace un frío terrible —señaló él.

Ella asintió y se echó el aliento en las manos.

—Arriba hace calor. ¿Qué es lo que buscas?

Frølich se encogió de hombros.

—Ni idea.

Ella le guiñó un ojo.

—¿No sabes en lo que estás metido?

Frølich giró hacia la escalera e intentó ser ingenioso:

—Nunca sé en lo que me meto.

—A veces, sí —protestó ella con los ojos entornados.

Se miraron. Él notó que le ardían las mejillas.

—Bueno —suspiró, volviéndose del todo hacia la escalera—. Pues iré a buscar eso.

Frølich se detuvo al llegar al peldaño de más arriba. Gøril cerró la puerta de un armario y anotó algo. Cuando alzó la vista, era como si hubiera intuido la mirada de él. Sus ojos se encontraron.

El policía abrió la puerta que daba a la oficina de Folke Jespersen. Dentro hacía un calor asfixiante. Se quedó de pie con la espalda vuelta hacia la puerta y se maldijo a sí mismo por ser tan gordo y tan torpe, y por no ser capaz ni de sostener una conversación coherente. Había pensado en llamarla varias veces, y ahora que tropezaba inesperadamente con ella, no sabía qué decirle.

Con paso lento, se dirigió al archivador de Folke Jespersen y abrió el cajón de más arriba. Una apretada fila de archivos colgantes llenos de papeles amarillentos pugnaba por hacerse sitio dentro del cajón. Con movimientos mecánicos, Frølich sacó un brazo lleno de carpetas, las llevó al escritorio, se sentó y se dispuso a hojear los documentos. Le costaba trabajo concentrarse. Pensaba en que Garil estaba abajo, en el almacén. Pensaba en su incapacidad para relacionarse con la gente. Al cabo de media hora, se quitó la chaqueta y el jersey. De un montón había hecho dos; iba por la mitad de un cajón. Miró hacia la puerta preguntándose si debería bajar y hablar con ella. «No —se dijo a sí mismo—. Vas a quedar en ridículo».

Al cabo de un rato oyó un portazo. Miró la hora: ya eran más de las cuatro. Ella había dado por concluida su jornada laboral. Suspiró profundamente y de nuevo se reprochó no haber sabido aprovechar la oportunidad.

Se levantó, atravesó la pequeña cocina y se quedó ante el rellano de la escalera. El gran almacén estaba a oscuras. Al débil resplandor que entraba por los ventanucos de la parte alta de la pared, sólo se adivinaba la silueta de los armarios, las sillas y demás cachivaches indefinibles. Por primera vez desde hacía tiempo, sintió envidia de los

fumadores.

A las ocho y diez había revisado todos los papeles de seis de los ocho cajones. Hasta el momento, la búsqueda había sido infructuosa. Estaba agotado y tenía necesidad de respirar aire puro. Abrió una rendija de la ventana.

Desde la ventana abierta oyó que la puerta del almacén se cerraba de golpe. Se levantó, atravesó la oficina y se detuvo en el rellano de la escalera.

Era Gøril, que subía la escalera con un paquete de seis cervezas Frydenlund bajo el brazo. Alzó la vista y le tendió las botellas.

—Espero que esta noche no tengas ninguna cita importante.

Se repartieron las restantes carpetas y comenzaron a hablar de música de los setenta. Por turnos, iban sugiriendo bandas y canciones que el otro tenía que clasificar y fechar. Si uno de ellos no sabía la respuesta, no valía ayudarlo. Gøril estaba arrodillada en el suelo hojeando papeles y bebiendo cerveza.

—Edgar Broughton Band —dijo ella en el momento en que él encontró el papel que buscaba.

—¿Cómo dices que se llaman esos tíos?

Ella alzó la vista, convencida de que el otro no tenía ni idea.

—Edgar Broughton Band —repitió.

Frølich examinó el documento que había encontrado.

—Una vez fui a un concierto de Edgar Broughton en el Chateau Neuf; en el setenta y dos o el setenta y tres. Estaba en octavo.

—Pruebas —reclamó ella.

—*Inside out* —dijo él—. LP del setenta y dos. —Agitó el papel en el aire—. Hemos terminado —anunció.

Cuando él le preguntó si quería ir a su casa a escuchar sus discos, ella —gracias a Dios— estaba de espaldas. Mientras contemplaba la Luna desde la ventana, dejó la respuesta en el aire. Al cerrar la puerta tras de sí, Frølich no cogió el coche, sino que se dirigieron a pie hacia la estación de tranvías charlando de todo un poco.

Fue ella la que se dio cuenta de que se habían equivocado de andén.

—¿Cómo que nos hemos equivocado? —preguntó Frølich.

—Si queremos ir a la ciudad, tenemos que cruzar al de enfrente.

—Si queremos ir a mi casa, tenemos que coger el tranvía que viene por ahí —dijo él, señalando el tranvía que llegaba atronando por el túnel.

Cuando se aparearon, echaron a andar muy serios, en silencio. Pero al quedarse solos en el ascensor, él probó sus labios. Ella le rodeó el cuello con las manos. Así permanecieron unos instantes, soñando, y no se soltaron hasta que el ascensor volvió a bajar.

Mientras se amaban, escucharon *Heartattack & Wine*, de Tom Waits. A continuación, él se durmió, pero volvió a despertarse cuando Gøril los cubrió a ambos

con el edredón. Allí se quedaron desnudos, mirando al cielo, completamente despejado, a través del ventanal del dormitorio de Frølich. Una especie de papel secante rojo cubría casi por completo la Luna.

—Qué locura —dijo él.

—Eclipse de Luna —señaló ella con una voz apenas audible.

—¿De verdad? —Él la atrajo hacia sí y apoyó la barbilla en sus hombros redondeados.

—Qué barba tan suave. Nunca hubiera imaginado que tu barba fuera tan suave.

—Nunca había visto un eclipse lunar —susurró él.

—Probablemente no vuelvas a verlo con tanta claridad —dijo ella—. Esta noche, las condiciones atmosféricas son óptimas. Dentro de poco, el eclipse será total.

Entrelazaron los dedos de sus manos.

—En realldadt ahora tendría que estar en Tryvannet para verlo a través del telescopio —dijo ella—. Había quedado con un montón de amigos de la facultad.

—¿Te reúnes con amigos de la universidad para ver eclipses?

—Tenemos astronomía como asignatura optativa.

—Si quieres cogemos un taxi.

—Desde aquí lo veo divinamente.

Se echaron a reír estrechamente abrazados: la espalda de ella contra su pecho, los muslos de ella contra sus muslos. Ella movía delicadamente los pies, como un gato cuando ronronea, pensó él oliéndole el pelo con la mirada perdida en el cielo. Tras el papel secante de color rojo pálido, todavía se veía un pedazo diminuto de amarillo.

A Frølich le daba la impresión de que también él tenía que hablar en susurros.

—Es la sombra de la Tierra, ¿no? ¿Por qué es roja y no negra?

—La refracción de la luz en la atmósfera; el rojo es el color que menos se refracta.

—Qué bonito.

—Ahora en Tryvannet habrá un montón de gente, y además también se puede ver por televisión. El país entero sale a la calle para mirar al cielo. A todos nosotros, pequeñas criaturas de este mundo, nos embelesa lo que ocurre por encima de nuestras cabezas.

—No me extraña —dijo él—. La sombra de la Tierra, luego el Sol que ilumina la Tierra, mientras la sombra tapa la Luna... Es algo que impone.

—Es Dios, que se mueve —susurró ella, apretando la mejilla contra su mano.

Hablando de mujeres

El comisario Gunnarstranda pasó otra vez por las atildadas casas en hilera de las afueras, en Haslum, para hacer una nueva visita al hermano Emmanuel. En esta ocasión, no le había anunciado que iría, por eso tardaron tanto en abrir cuando llamó al timbre de la puerta. El policía miró hacia el gélido cielo azul, que presagiaba otra bajada de las temperaturas. Después de respirar profundamente, oyó por fin el ruido de un anciano que se arrastraba lentamente hacia la puerta.

—Usted otra vez —dijo Emmanuel Folke Jespersen cuando abrió la puerta—. ¿Es que nunca se cansa?

Dio media vuelta y entró de nuevo en casa por delante del comisario. Respirando con dificultad, se dirigió al cuarto de estar mientras Gunnarstranda se quitaba las botas.

Emmanuel Folke Jespersen se sentó en su ancho sillón y miró a su alrededor.

—No tengo café —murmuró—, ni pastas.

Cogió un mando a distancia de la mesa del sofá y subió el volumen de la música.

—Tendremos que conformarnos con Schubert.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Gunnarstranda cuando la habitación empezó a inundarse de los melodiosos tonos de un violín—. ¿Lo sabe?

—¿Quiénes? —preguntó Emmanuel, extrañado.

—Amalie y su marido Klaus Fromm.

Emmanuel Folke Jespersen se encogió de hombros.

—Maldita sea; tiene usted una manera de trabajar de lo más perseverante y eficaz. —Suspiró hondo—. Klaus Fromm, se llamaba, es cierto, y Amalie...

—Me cabrea que nos oculte esa clase de información —lo interrumpió Gunnarstranda.

Emmanuel negó con la cabeza.

—¿Ocultar? No. No sé casi nada de Fromm. Hasta el nombre se me había borrado completamente de la memoria. Sobre Amalie sé algo más. Fue un amor de juventud de Reidar.

Apuntó con el mando a distancia al equipo de música y bajó un poco el volumen.

—Reidar y Amalie estaban siempre juntos, desde niños. Tenían la misma edad y no vivían muy lejos el uno del otro... en St. Hanshaugen. Arvid, Reidar y yo vivíamos encima de una tienda, en Geitmyrsveien, al lado de esa curva tan cerrada, ya sabe, un poco más arriba del Hogar de las Diaconisas. La familia de Amalie vivía en una casa que quedaba un poco más allá, en dirección a Ulleval. Y en algún momento se enamoraron. —Emmanuel alzó los brazos con dificultad—. Esas cosas también pasan hoy en día, pero no sé si se sigue utilizando esa expresión: enamorarse. Las cosas cambian con el tiempo. Reidar pasaba más tiempo con Amalie

que con sus amigos... eso seguro. Amalie fue el gran amor de Reidar. Eran inseparables. Como dos imanes que se atraen entre sí sin poder remediarlo. — Emmanuel cruzó las manos encima de la tripa y se reclinó—. La última vez que vino usted, después de irse, me pregunté si debería contarle lo que le estoy contando ahora. Pero decidí que primero averiguara algo más de su marido. Si lo que le estoy contando resulta ser relevante para su caso, entonces usted debería demostrar que realmente es importante. Aunque quizá no sea posible demostrar que es relevante. Pero usted al menos ha demostrado su testarudez. No puedo contarle mucho acerca del matrimonio de Amalie, pero sé cómo se conocieron. La familia de Amalie tenía vínculos con Alemania. Posiblemente su padre hubiera estudiado allí; quizá tuvieran allí algún pariente lejano. Ni idea. Nuestra familia iba en verano siempre a Tjøme. Amalie y su familia veraneaban en Alemania. En el verano del 38 o el 39 conoció a su futuro marido. Era un hombre maduro, mucho mayor que ella. Como podrá imaginar, Fromm sin duda tenía más que ofrecerle que Reidar. Y después de ese verano, la relación entre Reidar y Amalie cambió. Ella puso punto final. Sin embargo, ese magnetismo seguía existiendo entre ambos, pese a que ella se hubiera prometido con otro hombre en un país extranjero.

—¿Con Klaus Fromm?

—Naturalmente. El amor entre Amalie y ese hombre fue el gran sufrimiento de mi hermano durante sus años de juventud.

Gunnarstranda se incorporó en su sillón.

—¿Y de eso no me va a contar nada?

El viejo miró despectivamente al comisario y continuó:

—Cuando ella volvió de las vacaciones de verano... creo que era en el 38... Amalie y Reidar, en cierto modo, seguían siendo una pareja; eso era lo más triste, ¿comprende? Ella no acababa de dejarlo y, al mismo tiempo, ya nada era igual que antes. Ella incluso llevaba un anillo... ¡figúrese! Prometida con un hombre mayor que vivía en Alemania. Qué quiere que le diga. La atracción que había entre ambos lo echó todo a perder: lo que antes era una pareja luego se convirtió en un trío.

—Esa mujer denunció a su hermano y se prometió con un alemán, con el que más tarde se casó. Pero su hermano puso su vida en juego luchando contra Alemania...

—Así es a veces la vida —respondió diplomáticamente Emmanuel.

—Es incomprendible.

—Mozart murió siendo pobre. Hay muchas cosas incomprendibles, comisario.

—Pero también hay cosas que precisan una explicación.

—¿Como por ejemplo?

—Ayer encargué a una persona que revisara el archivo de Bertrand Narvesens Vei. Encontró un documento curioso: una factura de 1953 con cargo a la redacción de un periódico de Buenos Aires y a nombre de Klaus Fromm.

Emmanuel frunció el ceño.

—¿Por qué le parece tan incomprensible?

El comisario cogió aire.

—No puedo comprender que después de la guerra su hermano hiciera negocios con el marido de Amalie.

El viejo respiró fatigosamente.

—No hay nada que comprender. Reidar era muy pragmático. ¡No era ningún Hamlet... ni ningún teniente Glahn^[1] que se lamía sus viejas heridas! Era Reidar Folke Jespersen. La guerra había terminado. Ya no había nadie a quien matar ni nada que temer. ¿De qué habría servido estar enemistados, sobre todo con Klaus Fromm? ¿Por qué mantener una rivalidad después de la guerra?

—No entiendo la lógica de su argumento —lo interrumpió Gunnarstranda, irritado.

Emmanuel apretó los labios.

—¿Y por qué no?

—Klaus Fromm no era uno cualquiera. Pertenecía a la administración del Reich alemán en Noruega. Dictó sentencias de muerte contra inocentes, entre otras cosas, como reacción ante conductas como la de su hermano. Ese hombre era el objeto de odio de los patriotas noruegos, y Amalie lo eligió a él. Para su hermano debió de ser una ofensa.

—¿Cómo puede afirmar eso?

—Porque es obvio. Ella dejó a su hermano y, en su lugar, escogió a un hombre que representaba todo lo contrario de aquello por lo que él había luchado, todo lo que él quería destruir, aun a riesgo de su vida. Ella no podría haberle hecho nada peor.

—¿Y cómo se permite emitir un juicio al respecto? —Los ojos de Folke Jespersen lanzaron un destello—. ¿Cómo puede erigirse en juez del amor de dos personas que no ha conocido?

Gunnarstranda se cruzó de piernas y procuró calmarse.

—¿Acaso me equivoco? —preguntó en un tono más suave—. Fue eso lo que pasó, ¿no? Amalie decidió casarse con Klaus Fromm. ¿Y acaso este no fue durante la guerra juez en la odiada Casa de Noruega, junto a Mallergata, 19?

—Así es —asintió el anciano—. Todo eso es cierto. Pero ¿significa eso que usted tenga derecho a condenar a Amalie?

—Tal vez yo no, pero su hermano debió de sentirse con derecho a hacerlo.

Emmanuel dirigió una mirada ausente al comisario.

—Se olvida de que Amalie y Klaus Fromm se amaban —objetó—. ¿Qué otra cosa podía hacer ella?

Gunnarstranda guardó silencio.

—¿Elegir a mi hermano aunque amara a otro? ¿Se ha parado alguna vez a pensar

en qué imagen del ser humano está usted defendiendo? ¿Acaso Amalie Bruun debería haber vivido sola o haberse retirado a un convento sólo porque amaba a un alemán, a un hombre que había tenido la desgracia de nacer en Alemania?

—Klaus Fromm era un asesino.

—No, no era un asesino. —Emmanuel meneó enérgicamente la cabeza—. Mi hermano sí era un asesino. Klaus Fromm era un soldado alemán que desempeñaba una función administrativa.

—Era juez, no oficinista, y podría haber escogido otro trabajo.

—¿Usted cree? Había obtenido un puesto en Noruega, un puesto que ocupó para estar cerca de la mujer a la que amaba y con la que estaba prometido. —Emmanuel Folke Jespersen se apoyó con fuerza en la mesa—. Entiendo su frustración. Pero el mundo no siempre es fácil de comprender. A veces ocurre sencillamente lo que tiene que ocurrir. El matrimonio de Amalie y Fromm habría carecido por completo de dramatismo si no hubiera habido una guerra. Golpes de la fortuna y dramas amorosos como el de Amalie, Fromm y Reidar los hay a cientos todos los días, en cualquier lugar del mundo. Pero por aquel entonces las cosas se torcieron. La guerra destruyó todo lo que había entre ellos. No se puede responsabilizar a ninguno de los dos. En el amor no hay culpables. Las personas que se aman son inocentes, independientemente de a quién se ame y por qué.

Gunnarstranda apretó indignado los dientes antes de interrumpir al anciano:

—Usted dice que Amalie conoció a Fromm en 1938. Por aquel entonces, Klaus Fromm ya llevaba cuatro años siendo miembro del NSDAP. En cualquier caso, sé que sus acciones con las SS se remontan a 1934. La imagen de color de rosa que usted me pinta no es cierta. Amalie Bruun no tenía más que diecisiete o dieciocho años cuando se conocieron, pero se lanzó en brazos de un hombre que probablemente, ya entonces, fuera un asesino o, al menos, un fascista declarado.

—¿Pretende reprocharle eso a una chica tan joven? —Emmanuel levantó resignado las manos—. Hasta Chamberlain tenía una imagen ingenua de los nazis alemanes. Pero, claro, Chamberlain era presidente de una nación. ¿Por qué exige que tenga conciencia política una mujer enamorada... una adolescente... cuando al mismo tiempo aquí, en Noruega, había una prensa, y no sólo eso, toda una opinión pública, que se negaba a reconocer la esencia de la agresiva expansión de los nazis y su reivindicación de un *espacio vital* en los años treinta? Amalie, al fin y al cabo, sólo era una joven que se había enamorado de un hombre. ¿Qué espera usted de una adolescente? Ya sabe que Reidar inició la lucha por la resistencia imprimiendo un periódico ilegal... abajo, en el viejo Hammersborg..., ¿no? Bien, ¿y sabe también quién escribía para ese periódico? —Emmanuel hizo una pausa efectista—. Eso no lo sabe —dijo, triunfante—. ¿No sabe quién aporreaba la máquina de escribir redactando artículos sobre las proclamas del rey, sobre las noticias procedentes de

Londres... quién bajaba allí todas las noches y se jugaba la vida para escribir en aquel periodicucho? ¿No lo sabe? ¡Amalie Bruun! Trabajaba en la administración alemana, aunque era una patriota y arriesgaba la vida por la patria. ¡Pero, maldita sea, ella no tenía la culpa de haberse enamorado de otro hombre que no era mi hermano!

Emmanuel dio un puñetazo en la mesa y se quedó sin aire.

El comisario Gunnarstranda miró pensativo a aquel hombre corpulento que se apoyaba en la mesa del comedor mientras se enjugaba el sudor de la frente.

—Bien, lo admito —dijo—. Seguro que tiene razón, y lo que sentían el uno por el otro, Amalie Bruun y el alemán, no puede juzgarlo ni yo ni nadie. Pero yo sé que su hermano nunca pudo olvidarla a ella.

—Nadie podría olvidar a Amalie Bruun. Yo tampoco la he olvidado, pese a que no tenía una estrecha relación con ella. Hay una cosa que tiene que saber —dijo Folke Jespersen despacio—. Amalie era una mujer extraordinaria tanto por su belleza como por su inteligencia. No es tan raro echarla de menos, ¿no cree? ¿Y usted? He oído que perdió a su mujer, que es viudo. ¿No la echa de menos?

—No he venido aquí para hablar de mí —le espetó Gunnarstranda.

Emmanuel meneó lentamente la cabeza.

—En fin —dijo—. Dado que usted no es lo suficientemente maduro en este aspecto, tomemos un ejemplo del drama de mi propia vida: el 4 de octubre de 1951 me crucé con una belleza de pelo oscuro en la estación del Este... en la vía número cuatro. Crucé a su andén y, durante unos cinco segundos, establecimos contacto visual. Desde entonces no ha pasado ni una semana de los últimos cincuenta años en que no haya pensado en esa mujer, la de la vía cuatro de la estación del Este, pero no la he vuelto a ver nunca más. El recuerdo de la bella morena es uno de los muchos ejemplos de que he obrado mal y me he dejado extraviar por el destino. Lo siento, Gunnarstranda. Que mi hermano siguiera sintiendo añoranza por Amalie Bruun no significa nada. Es irrelevante.

—La última vez me dijo que su hermano estaba obsesionado con poseer.

—Sí, pero cosas, no personas.

—¿Cree usted que era capaz de diferenciarlo?

—Sí.

—Creo que me oculta algo.

—Querido comisario, ¿ha oído alguna vez la expresión «más vale no reabrir viejas heridas»?

—¡Sé que me oculta algo esencial!

Folke Jespersen volvió a limpiarse el sudor de la frente.

—Yo no oculto nada.

—Sí lo hace. La evolución de ese triángulo amoroso tuvo que ser algo muy especial. Fromm llega en 1940 a Noruega. Reidar Folke Jespersen es denunciado en

1943 y huye del país. Amalie y Fromm se casan en el otoño de 1944. Entre los años 1943 y 1949 se desarrolla el triángulo amoroso, un drama que usted despacha con la misma indiferencia con la que eliminaría una mancha de mantequilla. Sin embargo, usted insinúa ingredientes como los celos, la mentira, el rencor, la envidia, maquinaciones ilegales, silencio, tapujos, engaño... un drama sentimental en plena efervescencia que, según usted, deja de borbotear en cuanto reina la paz. Para mí, eso es completamente incomprensible. Pero ¿por qué de repente no me entra en la cabeza? —El comisario se tocó la frente y se dio a sí mismo la respuesta—: Porque me da la sensación de que falta información, la información que necesito para comprender lo que pasó en realidad. Al fin y al cabo, usted estaba presente. Usted los vio. Habló con ellos. Y hay algo que no dice; algo que usted sabe y yo no.

—¿Por qué está usted tan endiabladamente seguro?

—Lo intuyo.

—Eso no es nada.

—Tiene que ser algo.

—La guerra, en el mejor de los casos, es algo surrealista. Es imposible entender la guerra desde la perspectiva de la paz.

—Bien —dijo el comisario inclinándose hacia adelante—. Puedo aceptar la historia del amor de verano de Amalie hacia finales de los años treinta. Conoció a un hombre viril, mayor que ella, con mucho mundo, encantador, inteligente e influyente; esa historia me la trago. Puedo entender por qué se enamoró de él y dejó a Reidar, de su misma edad, del que para entonces seguramente estuviera ya un poco harta. Al mismo tiempo, entiendo a su hermano y siento simpatía por su desengaño amoroso. Comprendo que le resultara difícil soportar esa fatalidad. Incluso puedo entender que ella se sintiera atraída por los dos hombres. Sé que esas cosas pasan: dos hombres ocupan frentes enemigos, y en medio hay una mujer. También soy capaz de reconocer la desgracia de Amalie Bruun, el irresoluble conflicto entre el amor hacia su marido y la lealtad a su patria. Pero después surge para mí un enigma inexplicable: ¿por qué su hermano mantuvo el contacto con Klaus Fromm después de la guerra?

—Klaus Fromm era redactor y poseía un periódico. Le compraba papel a Reidar, que a su vez compraba el papel sobrante de los periódicos noruegos, como por ejemplo...

—Esa historia ya la conozco —lo interrumpió Gunnarstranda.

Emmanuel lo miró, desconcertado.

—También sé del encubrimiento de productos robados por un traficante de fuga llamado Stokmo; encubrimiento del que algunos afirman ser los cimientos del negocio del que han vivido su hermano y ustedes. —Gunnarstranda alzó la mano para impedir que el otro hiciera una objeción—. Puede ahorrárselo —dijo fríamente—. De todos modos, el asunto ya ha prescrito. Entiendo que su mala conciencia lo vuelva

precavido cuando llega un viejo poli como yo y hurga en su pasado. Lo entiendo, pero no lo acepto. No estoy apelando a su moral. Sólo le pido respeto. Sé que no puede haber sido una casualidad que se mantuviera la relación entre Fromm y su hermano. En este juego hay una carta que usted me oculta.

Emmanuel Folke Jespersen se llevó la mano al pecho.

—Le doy mi palabra de honor, Gunnarstranda. No hay nada de esta historia que yo oculte conscientemente.

El comisario contempló a aquel hombre sudoroso, disneico y con cara de enfermo.

—En caso... —empezó— en caso de que me haya contado todo lo que sabe, tiene que haber algo, cualquier cosa, en lo que usted no haya reparado. Algo importante.

—No hay nada. Está sonando su teléfono...

Gunnarstranda se sobresaltó y sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta.

—Vengo de ver al compañero sentimental de Eyolf Strømsted —le informó Frank Frølich—. Sjur Flateby. ¿Sabes a qué se dedica? Es veterinario.

—Bueno, ¿y qué?

—Deberías haber visto a la clientela. Cuando he llegado, había en la sala de espera dos papagayos, un conejillo de Indias y un gato montes al que le habían mordido la cola.

Gunnarstranda se levantó y miró a Emmanuel Folke Jespersen con un gesto de disculpa. Luego salió al pasillo para poder hablar sin que lo molestaran.

—¿Qué tal ha ido?

—No ha soltado prenda.

—¿Le has contado que su compañero sentimental se tira desde hace tres años una vez por semana a la viuda Jespersen?

—Sí, claro, pero ni por esas. Eyolf y él estuvieron el viernes, día 13, follando hasta muy entrada la noche. Luego, hacia las seis de la mañana, se durmieron, rendidos.

—¿Crees que miente?

—Ni idea. No las tengo todas conmigo. También le he dicho que su testimonio no sería utilizado, pero eso tampoco ha servido de nada.

—¿No se ha quedado boquiabierto cuando le has hablado de la vida sexual de la viuda?

—En absoluto. Por eso no estoy nada seguro. En su opinión, Eyolf y él tienen total libertad en esas cuestiones. Llevan un año viviendo juntos. Y él siempre ha sabido que Eyolf tenía una amante. Dice que los dos estaban intentando encontrarse a sí mismos. Luego me ha soltado un rollo acerca de la búsqueda de la identidad sexual; dice que ese es el gran problema de Eyolf. Si me lo preguntas, te diré que se ha mostrado un tanto escurridizo.

—Vale —dijo Gunnarstranda, y quiso dar por concluida la conversación.

—Hay otra cosa más —se apresuró a decir Frølich.

—Dispara.

—Alguien ha roto el precinto del negocio.

—¿De qué negocio?

—De la tienda de antigüedades, en Thomas Heftyes Gate. El precinto está roto.

—¿Un robo?

—No; sencillamente alguien tenía una llave. Han desaparecido nuestras tiras de plástico y el precinto.

—Te veo allí a las... —Gunnarstranda miró el reloj—. Dentro de media hora —dijo, e interrumpió la comunicación.

La gata de Emmanuel Folke Jespersen se había adueñado de su sitio en el sillón.

—¿Qué fue de Amalie Bruun después de la guerra? —preguntó el comisario desde la puerta.

—No tengo ni idea.

—Klaus Fromm estuvo arrestado aquí en Noruega después de la guerra. ¿Qué hizo su mujer?

—No lo sé.

—Pues es muy raro... sabiendo como sabe tanto de la historia.

Emmanuel meneó lentamente la cabeza.

—Los principios de la paz fueron una época feliz, pero reinaba el caos. Después de la guerra no pensé mucho en Amalie. Creo que no le había dedicado ni un solo pensamiento hasta que usted me enseñó su foto.

—De nuevo tengo la impresión de que nos movemos en un terreno en el que usted considera oportuno ocultar las respuestas adecuadas.

—No tengo ni idea de lo que ha sido de ella. Si me lo pregunta ante el tribunal, obtendrá la misma respuesta.

—¿La ha visto alguna vez desde entonces?

—No. No la he visto ni a ella ni a Fromm desde el 8 de mayo de 1945.

Falta de personal

Gunnarstranda atravesó Drammensveien en dirección al centro. No fue una buena decisión: se metió en un atasco. Aunque se desvió por Skøyen, el tráfico seguía siendo lento. Subiendo por Bygdøy Allé, permaneció detrás de un autobús que, cada vez que frenaba, echaba una buena dosis de gases de escape negros del motor diesel. Se iba haciendo de noche. Por la acera pasaba algún que otro transeúnte encogido de frío. A cierta distancia, el comisario fue capaz de distinguir unas cuantas siluetas oscuras que esperaban en la parada. Llegaba con veinte minutos de retraso, cuando dobló por Thomas Heftyes Gate y aparcó ante el escaparate de la tienda de antigüedades. Bajó y le hizo una seña a Frølich, que ya se acercaba a su coche.

Gunnarstranda miró a ver si había más policías de la brigada de investigación criminal.

—¡Maldita sea! —murmuró.

—¿Qué pasa? —preguntó Frølich, nervioso.

Gunnarstranda paseó la mirada por la calle a oscuras.

—¿Qué buscas?

—¿Y tú me lo preguntas? Ves exactamente igual que yo lo que pasa. No ha venido ninguno de los nuestros.

Frølich se movió, inquieto.

—Hum... —dijo—. Puede que tengas razón.

—No ha venido nadie —constató Gunnarstranda.

—Pero tiene que haber...

—Estás viendo que no hay nadie; así que cierra el pico —gruñó el comisario, buscando el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

—¿A quién vas a llamar?

Gunnarstranda no respondió.

Había coches aparcados a ambos lados de la calle. Algunos jóvenes que se atrevían a asomarse por los bares del barrio se quedaban en el escalón, tiritando de frío. Gunnarstranda dejó sonar el teléfono un rato largo.

—¿Sí? —contestó finalmente Yttergjerde al otro lado de la línea.

—No hay nadie delante de la casa de Ingrid Jespersen —dijo escuetamente Gunnarstranda.

—Sabía que llamarías —dijo Yttergjerde.

—¿Por qué no hay nadie?

—Órdenes —dijo brevemente Yttergjerde.

—¿De quién?

—De muy arriba. Al parecer, hay nuevas prioridades.

—¿Qué tenéis que hacer?

—Ocuparnos del asesinato del taxista.

Gunnarstranda interrumpió la comunicación.

—Tú lo sabías —le dijo a Frølich.

—¿Yo?

Gunnarstranda lo observó en silencio.

—Claro que lo sabía, pero también sabe todo el mundo que te paseas por ahí con una foto de una tía de los tiempos de la guerra. Así no resulta fácil sostener que necesitamos a alguien que vigile a Ingrid Jespersen.

—¿Te lo ha preguntado alguien?

—No.

—Entonces, ¿cómo lo sabes?

—Me han dicho que podemos vigilarla nosotros mismos.

—¿Para qué necesitan a esa gente? —lo interrumpió Gunnarstranda mirando al infinito.

—Para los interrogatorios; a todos nuestros testigos les van a preguntar por las actividades de Richard Ekholt.

Gunnarstranda examinó minuciosamente la puerta de entrada de la tienda.

—Aquí el precinto está intacto —murmuró, y se adelantó a Frølich para entrar en el portal de la vivienda.

La puerta que conducía a la escalera no estaba cerrada. Se detuvieron ante la puerta que daba a la tienda. Habían arrancado el precinto de la policía de Oslo. También las cintas de plástico con las que se había obstruido la entrada.

—Por lo menos, el precinto no se ha estropeado —constató Frølich.

—¿Quién ha dado el aviso?

—Aslaug Holmgren, la señora mayor que vive arriba del todo. Había llamado a Karsten Jespersen para preguntarle si la tienda no iba a volver a abrir, ahora que la policía había quitado su... —Frølich dibujó unas comillas en el aire— su «obstrucción», ha dicho. Luego Karsten Jespersen me ha llamado a mí, he venido para acá y me he encontrado con esto.

—¿Tú qué crees?

—Creo que es la típica gamberrada de unos niños de clase alta —respondió Frølich.

—¿No crees que Karsten Jespersen haya abierto la tienda de su padre?

—Ni Ingrid ni Karsten Jespersen han estado ahí dentro; eso afirman los dos.

—¿Tú has entrado?

—Todavía no. —Frølich buscó varias llaves en el bolsillo—. Quería esperar a que llegaras.

Abrió la puerta.

La habitación estaba a oscuras. Entraron y Frølich encendió la luz. La tienda

estaba exactamente igual que la última vez, sólo que no había ningún técnico ni nadie del aseguramiento de huellas. Gunnarstranda permaneció junto a la puerta y siguió con la mirada a Frølich, que abrió la puerta del despacho, echó un vistazo al interior y continuó su agitado paseo por la tienda. Miró debajo de las mesas, detrás de las sillas, se asomó al escaparate y, finalmente, se metió las manos en los bolsillos y se volvió hacia su jefe.

—No parece que nadie haya estado aquí dentro —concluyó, circunspecto—. Apuesto a que han sido unos cuantos chavales que se han permitido gastar una broma.

Gunnarstranda se quedó reflexionando.

—¿Cuándo han retirado de aquí a los nuestros?

—Supongo que ayer.

—¿No lo sabes?

—Estoy casi seguro de que fue ayer.

Gunnarstranda siguió pensando.

—Me queda mucho papeleo pendiente —dijo Frølich, a la espera.

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—Pues vete, si quieres —dijo—. Yo tengo que pensar un poco.

Una vez que se marchó Frølich, apagó la luz de la tienda y entró en el pequeño despacho. Desde la puerta examinó el escritorio, con su anticuada máquina de escribir negra, una radio pequeña y un hornillo sencillo que había sobre una vieja pila de mármol para lavar.

Detrás del escritorio había una antigua silla giratoria de madera. Se sentó. Junto a la máquina de escribir vio una bonita copa de vino con una serie de dibujos grabados. Gunnarstranda sacó un paquete de guantes de plástico de la cartera y se puso uno antes de coger la copa y hacerla girar entre los dedos. Los grabados mostraban animales: un zorro y una liebre. «La ilustración de un cuento», pensó; dejó la copa, se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en el tablero de la mesa y reposó la cabeza entre las manos. Mientras meditaba con los ojos entornados, paseaba la mirada de una pared a otra: la vieja pila de lavar, la máquina de escribir, el teléfono, el tintero, el hornillo con su anticuado cable recubierto de tela... Siguió el cable con la mirada. Abajo del todo, en la pared, algo le llamó la atención. Debajo del enchufe vio algo que brillaba.

Gunnarstranda se levantó y rodeó el escritorio. Luego se arrodilló para ver mejor. Era un trozo de vidrio. Lo recogió y lo puso contra la luz. Era un fragmento de cristal en el que se reconocían con claridad unas líneas grabadas. Examinó la copa del escritorio y se agachó para comparar el grabado.

El resultado era inequívoco: alguien había estado allí; alguien que tenía llave y había abierto la puerta. Esa misma persona había roto una de las dos valiosas copas.

El eslabón perdido

A última hora de la tarde, alguien llamó a la puerta del despacho de Gunnarstranda: era Yttergjerde.

—He visto que había luz y... —dijo, dubitativo.

Gunnarstranda giró en su silla.

—¿Sacas tiempo para venir a verme y todo? —preguntó mordazmente—. Creí que estabas muy ocupado con el asesinato del taxista.

Yttergjerde agitó unos papeles en el aire.

—¿Qué demonios crees que es esto?

—¿La liquidación de las horas extraordinarias? —preguntó Gunnarstranda, irritado.

—La lista de las llamadas telefónicas del móvil de Ekholt.

Gunnarstranda asintió con la cabeza.

—Así que ahora ya sabéis que llamó a Frølich, ¿no?

—Sí.

—Y que Frølich lo llamó a él.

—Sí —dijo Yttergjerde.

—Pues vaya novedad —gruñó Frølich desde el sofá, donde estaba sentado leyendo el último número del Pato Donald.

Gunnarstranda bostezó.

—No hagas como que no te interesa esta lista —dijo sonriente Yttergjerde, cotejando los documentos—. Ha llamado un montón de veces a una dama que al parecer vive en Hermanns Gate...

—Gro Hege Wyller —dijo Gunnarstranda—. No hace falta que lo digas. Sabemos que ella no le ha devuelto las llamadas.

—Es cierto —dijo Yttergjerde con una sonrisa—. ¿Quieres una copia? —añadió agitando los papeles.

Gunnarstranda los cogió y examinó la lista.

—Este número lo conozco —murmuró, alargó la mano para descolgar el teléfono y marcó un número.

Los otros dos lo miraron, interesados. Gunnarstranda se sobresaltó cuando alguien le respondió. Colgó de golpe, como si alguien le hubiera dado una descarga de corriente eléctrica en su escuálido cuerpo. El hombre cansado que hacía poco estaba al teléfono se había convertido de repente en un manojito de nervios. Se levantó de la silla de un salto. Ahora, el semblante hosco de Gunnarstranda irradiaba una sonrisa deslumbrante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Yttergjerde con precaución.

—Me he equivocado de número.

—¿A quién has llamado? —le preguntó Frølich.

Gunnarstranda comenzó a dar vueltas a su alrededor.

—¿Vienes conmigo? —preguntó.

—¿Adónde?

—Al archivo nacional.

Frølich lo miró, extrañado.

—¿Has llamado al archivo nacional?

Gunnarstranda sonrió, negando con la cabeza.

—No. Pero seguramente tengamos que llamarlos. Ahora estará cerrado.

Frølich se calzó sus botas militares.

—Pero ¿a quién has llamado? —preguntó cogiendo su chaqueta de piel.

—Al hotel Continental.

Tardaron un buen rato en conseguir que los dejaran pasar a esas horas de la noche. El bibliotecario al que les había remitido el consejero ministerial se negaba a entender que la visita no pudiera esperar hasta el día siguiente. Parecía el típico burócrata; antes de recibirlos, lo había consultado con su superior. Era pelirrojo y tenía la piel llena de pecas. Encima del pantalón del pijama de rayas llevaba un abrigo tres cuartos. Llegó en un Ford Sierra con portaesquíes en el techo y dejó el motor en marcha mientras les abría la puerta y les mostraba el camino hacia la biblioteca, donde encontrarían los aparatos para leer el microfilm. Era casi medianoche.

Aún tardaron hora y media en encontrar el microfilm que buscaban.

Frølich tenía hambre. Cuando Gunnarstranda le anunció que podían practicar una detención, como primera reacción se sintió decepcionado. Una detención significaba retrasar más aún la cena. Frølich se rascó la barba y se quedó pensando dónde estaría el McDonald's más próximo.

—Mira —dijo Gunnarstranda, incorporándose.

Frølich se inclinó sobre el aparato lector y se quedó mirando un documento con una letra antigua e ilegible.

—¿Qué quieres que lea ahí?

—Es una partida de matrimonio.

—Eso ya lo veo. Pero ¿de quién?

—De los padres de Amalie Bruun.

—¿Y con eso quieres que comprobemos la culpabilidad de alguien? ¿Estás loco?

—Espero que no. —Gunnarstranda esbozó una sonrisita—. Ahora tengo ganas de fumarme un cigarrillo, Frølich.

—Y yo tengo ganas de comer algo.

—¿Por qué no empiezas a fumar, Frølich? Así te olvidarías de la comida.

—Tú siempre tienes ganas de fumar. Pero ahora haz el favor de entrar en razón y

dime qué pone en ese papelucho que pueda ser motivo de una detención.

—Mira —dijo Gunnarstranda, sonriente.

—Ya miro todo lo que puedo. Pero ¿qué tengo que mirar?

—El nombre de soltera de la novia. La madre de Amalie Bruun.

Tercera parte
(El águila en la mano)

El despertar

«No debo despertarme —pensó—. Quiero dormir hasta por la mañana». Nada más pensar esto, supo que se despertaría porque esa noche era diferente de las demás. Estaba rígida y con los ojos cerrados debajo del edredón. Lo peor de todo era despertarse sola en medio de la noche, en medio del silencio.

Cuando por fin se atrevió a abrir los ojos, miró directamente al suelo, donde una franja de luz amarilla procedente del cuarto de al lado recorría el parquet y la pared como un rayo láser. No movió ni un músculo. Poco a poco, intentó respirar con calma y regularidad, mientras se acordaba de la última vez que se había despertado de esa manera.

Ahora lo principal era permanecer muy quieta, sin que se oyera el crujido del edredón. «¿Por qué no? —pensó—. Porque... no hay ningún porqué». Simplemente tenía que permanecer quieta y relajada, procurando hacer las cosas como es debido, para que le entrara el sueño y pudiera volver a dormirse y no enterarse de esas terribles horas ni sentir esa angustiada soledad... allí desamparada, en la habitación, sin Reidar en la cama.

Cada vez que pensaba en Reidar, le venía a la memoria su blanco cuerpo sin vida que ya no era Reidar, sino un muerto. Una vaina vacía. Un envoltorio de aquel hombre agotado, rígido y vanidoso, de aquella coraza inaccesible. Reidar se había convertido en un hombre al que a ella le horrorizaba contarle la verdad, pues nunca habría aceptado la verdad que ella sostenía. Al final, él la trataba como a una niña pequeña. Ingrid Jespersen, a sus cincuenta y cuatro años... una niña pequeña.

Sin darse cuenta, se le escapó un suspiro de autocompasión. Pero cuando lo oyó, se quedó petrificada por haber hecho ruido.

«Soy una fracasada —pensó—. Con más de cincuenta años, viuda, y compadeciéndome a mí misma como una niña. Pero no por vivir sola, sino porque nunca he sabido vivir mi propia vida. No debería haberme esforzado tanto por satisfacer a los demás. Podría haber sido yo misma. No debería haber tenido miedo. Tienes demasiado miedo —se dijo— y has creído que Reidar podría protegerte. Y ahora ya lo ves. ¿Puede Reidar seguir protegiéndote? Ese miedo que mantenías a raya por la presencia de él ha vuelto a apoderarse de ti. Ahora eres prisionera del miedo, y nunca te librarás de él».

Ingrid Jespersen permaneció inmóvil, sabiendo que tenía razón. Se había casado con Reidar porque le daba seguridad. Y ahora estaba atrapada en el mismo miedo del que había huido.

Había sido un error casarse con Reidar. Debería haber elegido a un hombre más joven, vivir feliz y traer hijos al mundo.

«Ahora ya es demasiado tarde. Ya no puedo quedarme embarazada», pensó.

Nunca has querido tener hijos.

«No, tal vez nunca haya querido tener hijos. Pero, de todas formas, debería haberlos tenido; alguien debería haberme obligado a tenerlos. Una mujer que dice que no quiere tener niños es porque ella misma es una niña. Le falta la capacidad de hacerse adulta. Mírate a ti misma: un cuerpo envejecido que los hombres besan por cortesía y compasión. Siempre he sido como un trofeo. Soy una americana con el pelo azul. Soy una cigüeña, un pájaro sin las proporciones de un pájaro, una mujer que no sabe llevar su edad con dignidad... porque nunca he descubierto cómo es eso de envejecer. Las mujeres jóvenes desprecian a las que son como yo, y los hombres jóvenes se avergüenzan de mí porque procuro por todos los medios mantenerme joven, lo que significa renegar de mí misma. A los ojos de los demás, no tengo dignidad».

Otro ruido la paralizó.

Tumbada de lado con los ojos abiertos de par en par, clavó la vista en el suelo y en la franja de luz amarilla.

No estaba sola.

La certeza de no estar sola hizo que se le pusiera la carne de gallina. Al mismo tiempo, notó que se le erizaban los pelos de la nuca, mientras el frío le penetraba por la piel y se le metía hasta los huesos. Era una sensación que partía de los riñones y se propagaba por todo el cuerpo, dejándola angustiosamente paralizada, sin fuerza en las piernas ni en los brazos. Tenía las pupilas dilatadas y le costaba respirar.

Fue capaz de mover despacio el dedo índice, arriba y abajo. Pero el resto del cuerpo, sobre todo la tripa, no lo sentía. Lo único que notaba era el zumbido de la sangre en sus venas. Sentía cómo el corazón bombeaba sangre por un cuerpo petrificado de terror.

En el momento en que oyó una respiración rítmica, se dio cuenta de que el que respiraba sabía que estaba tensa... escuchando.

Otra vez oyó el ruido.

Alguien carraspeó. El miedo la hizo, acurrucarse en la cama como un gato, con las piernas encogidas y los brazos rodeándole el cuerpo. No lo hacía conscientemente. Lo único que veía era la imagen de sí misma, huyendo, saltando hacia la puerta, en busca de libertad. Se preparó para huir. La sangre se le agolpó en la cabeza y apenas le dejó oír lo que pasó a continuación: que alguien hablaba.

—Evidentemente, estás despierta —dijo una voz—. Ya era hora.

Habitación 306

Era de noche. El frío retenía en casa incluso a los noctámbulos más recalcitrantes.

—A mí también se me hizo raro —dijo Frølich reprimiendo un bostezo, cuando Gunnarstranda se desvió de Parkveien y dobló hacia Drammensveien, en dirección al centro—. Eso de que vivieran así.

—¿Te citaste con ellos en el Continental?

Frølich asintió con la cabeza.

—Iban a mirar casas. Viven fuera.

—¿Y no te dieron ninguna dirección?

—Sí, en Tønsberg, pero yo no sabía...

Para no quedarse encima de las vías del tranvía, el comisario Gunnarstranda estacionó el vehículo sobre la acera, junto al Teatro Nacional.

—No, claro —murmuró, mirando las ventanas a oscuras del hotel Continental.

Luego abrió la puerta del coche y se bajó. Durante un momento respiró el aire frío de la noche. A su espalda oyó el ruido sordo de la puerta del copiloto que se cerraba. Tenían frío en las orejas, y el aliento de ambos se helaba en forma de nube. Un coche patrulla atravesó Karl Johans Gate y recorrió despacio Universitetsgata. En contra de las normas, encendió el piloto azul al detenerse ante el semáforo en rojo de Stortingsgate. Giró hacia la izquierda y desapareció por la curva del edificio del Parlamento.

Gunnarstranda miró la entrada del hotel Continental, que irradiaba una cálida y acogedora luz en medio de la oscuridad.

—¿Listo? —preguntó Frølich.

Gunnarstranda asintió.

—Yo ya estoy.

—¿Vamos?

Cruzaron la calle. Frølich se quedó esperando en recepción, mientras su superior cogía el ascensor y subía al tercer piso. A los tres minutos llegó al estrecho pasillo.

En la habitación no se oía ningún ruido. Alzó el brazo para mirar la hora. Al cabo de otros tres minutos, llamó a la puerta con los nudillos. Al mismo tiempo, oyó cómo dentro sonaba el teléfono.

Tardaron un rato en contestar a la llamada de Frølich. Luego se abrió una rendija de la puerta. La mujer que abrió llevaba puestos los pantalones de un chándal y una camiseta ajada.

—Hermann no está —declaró, parpadeando con ojos de sueño ante la estridente luz del pasillo.

—No importa —dijo Gunnarstranda respirando hondo—. He venido a hablar con usted.

—¿Conmigo? —preguntó ella con una mirada de incredulidad y llevándose al pecho una mano bronceada por el sol.

Gunnarstranda respiró otra vez profundamente.

—Tenemos que hablar acerca de su marido —suspiró—. Sobre su marido, su pasado y, especialmente, sobre su relación con los taxistas.

El pasamontañas

—¿Dónde? —preguntó él.

Ingrid Folke Jespersen estaba incorporada en la cama. Vagamente, reconocía los contornos de una figura oscura sentada en el sillón situado junto a la ventana. Una cabeza y un tronco destacaban en la oscuridad de la noche. Era un hombre. Ingrid se ciñó el edredón al cuerpo. Quiso decir algo, pero no le salían las palabras.

—¿Dónde está?

Lo único que fue capaz de hacer Ingrid fue negar con la cabeza.

—¿Dónde está? —repitió el hombre, se levantó y recorrió la habitación a paso lento.

«Me va a atacar», pensó ella.

El hombre encendió la lámpara del techo y la luz la cegó. Entornó los ojos y pudo percibir que el individuo llevaba puesto un pasamontañas con unos agujeros para los ojos y la boca; parecía un atracador de bancos. En la mano derecha sostenía una enorme navaja cuya hoja lanzaba destellos.

—¿Dónde la has escondido? —dijeron los labios por debajo del pasamontañas de lana, mientras el hombre se apoyaba perezosamente en la pared.

—¿Quién es usted? —acertó a preguntar ella.

Bajo el pasamontañas, los labios sonrieron.

—¿Dónde la has metido?

Ella permaneció sentada en la cama, apretando el edredón contra su cuerpo.

El hombre dio dos pasos al frente. La mano que sostenía la navaja colgaba junto a su pierna. Lentamente, se acercó a la cama. Olía mucho a desodorante.

Ella vio cómo brillaba la hoja de la navaja, echó la cabeza hacia atrás y se dio con la nuca contra la cabecera de la cama. La navaja le hizo un rasguño en el cuello, y la mujer notó que le quemaba la herida. Echó todo lo que pudo la cabeza hacia atrás, y se clavó en la nuca el canto de la cabecera. Tenía la punta de la navaja pegada al cuello.

—Tenga cuidado —susurró.

—Por supuesto —dijo el hombre.

Ella intentaba no mirar sus labios rojos, sino a los ojos. «Esto lo pone cachondo», pensó, sin atreverse a mover un músculo.

—Sólo quiero saber dónde está —dijo él.

Luego agarró el edredón y tiró de él, mientras ella lo sujetaba.

—Suéltalo, suéltalo —susurró él.

Lo soltó.

El hombre tiró el edredón al suelo de un manotazo. A Ingrid el camisón se le había subido hasta la cintura. Cerró los ojos, avergonzada. El individuo le deslizó la

punta de la navaja por el cuello.

—Vaya, vaya —dijo él pasándole la navaja por los pechos—. Erase una vez un ratón que buscaba su rincón... —susurró, apretándole la punta de la navaja contra la tripa—. Aquí no está —murmuró.

—Por favor —susurró ella.

Le pasó la navaja por las caderas.

—Aquí tampoco...

Le hizo un rasguño con la punta de la navaja en el vientre. De repente, se volvió de espaldas.

Ella echó mano del edredón.

—Estate quieta —le ordenó él.

Ingrid tenía dolor de tripa. Quería marcharse.

Él se acercó a la ventana.

Dijo algo con la espalda todavía vuelta.

Ella intentó recuperar la voz.

El hombre dijo otra vez algo.

—¿Qué quiere usted...?

—¿Dónde está? —preguntó él dándose la vuelta.

Ella sólo veía sus ojos brillantes. Intentó estirarse el camisón para taparse los muslos.

—¡Responde!

—No entiendo a qué se refiere.

Él la miró en silencio, mientras ella procuraba no clavar la vista en los agujeros de la máscara. Tenía unas pestañas grises y tiesas. De repente se acercó a la cama y la agarró por la muñeca. La hoja de la navaja fulguraba a la luz de la lámpara del techo. En el momento en que le retorció la muñeca, sintió una punzada en la palma de la mano.

—¿Esto lo entiendes? —preguntó él, furioso.

La sangre le corría por los dedos y por la muñeca.

—Sí —susurró ella mirando fijamente la palma de su mano, que se iba llenando de sangre caliente.

Paralizada por lo que veía, se quedó observando cómo fluía la sangre hasta que reaccionó y se envolvió la mano con un extremo del edredón.

—No hagas gilipolleces —gritó él, tirándole de una pierna hasta sacarla de la cama.

Luego le soltó el tobillo, y ella cayó al suelo. Él la levantó agarrándola por el pelo. Se quedó de rodillas, pero volvió a caerse. Hizo un esfuerzo por seguirlo. Cuando entraron en el cuarto de baño, sólo notó la calefacción de suelo radiante.

—Esparadrapo —susurró él, aterrado—. ¿Dónde tienes las tiritas?

—Ahí —dijo ella señalando el botiquín que había junto al espejo.

—Pero antes tenemos que limpiar la herida —susurró él, metiéndole primero la cabeza en la cabina de la ducha.

Ingrid se dio con la frente contra los azulejos. Al segundo siguiente, le cayó por el cuerpo un chorro de agua helada. Se pegó a un rincón de la cabina y gritó. Durante un instante vio cómo la sangre se mezclaba con el agua y se iba por el desagüe. El dolor de la palma de la mano le subía por el brazo, mientras el agua fría le abrasaba la espalda. No podía respirar con regularidad. El hombre cerró por fin el grifo. Ingrid no podía levantarse. Tensó todos los músculos y se limitó a esperar el agua hirviendo que le quemaría el cuerpo. Pero no fue así. Al cabo de un rato que le pareció una eternidad, abrió los ojos y vio que el hombre le daba la espalda y rebuscaba en el botiquín. Se hincó de rodillas.

Tenía el fino camisón empapado y pegado a la tripa, los muslos y el pecho. Intentó sostenerse. En la mampara de cristal de la cabina, la muñeca de Ingrid dejó unas manchas rojas de sangre. Sollozó quitándose con la mano sana los mocos de la cara.

—Te he dicho que no hagas gilipolleces —dijo él, volviéndose—. ¡Madre mía, qué buena estás! —susurró, relamiéndose sus rojos labios. Cogió una toalla y se la pasó—. Toma, sécate la cara.

Ella obedeció.

Al cabo de unos instantes, le puso una gasa en la mano y la fijó con una tirita. Como ella miraba al suelo, él la cogió por la barbilla y la obligó a levantar la cabeza. Ingrid cerró los ojos.

—¡Mírame! —le ordenó.

Al ver los ojos de color azul claro, casi grises, del hombre, se estremeció. Anteriormente había visto esos ojos en alguna parte.

El hombre se echó a reír. Ingrid, ya sin fuerzas, se limitó a mirarlo.

Él cerró abruptamente la boca y luego insistió:

—¿Dónde está?

Ella no pudo contenerse y rompió a llorar. En ese momento sonó el teléfono.

Debate

Eran las 3.30 horas cuando Gunnarstranda llamó por primera vez sin que nadie contestara. A las 3.56, el jefe de la unidad móvil pudo constatar que había gente en el piso. Habían identificado una voz de hombre y otra de mujer. A las 4.04, la brigada móvil tenía a sus hombres apostados. A las 4.10, un policía vio a un individuo detrás de una de las ventanas; el hombre llevaba una máscara. A continuación, el principal responsable de la operación, Frølich, mandó dibujar la planta del piso. A las 4.18, Gunnarstranda llamó por segunda vez.

Habían emplazado la central de la brigada móvil en Friszners Gate. Gunnarstranda estaba sentado en un coche aparcado en el bordillo de la acera de Bygdøy Allé. En el coche de al lado había dos hombres, uno de los cuales era el jefe de la unidad móvil, encargado de seguir la conversación. Fuera reinaba una completa oscuridad.

Gunnarstranda contó dieciocho timbres hasta que se puso al teléfono Ingrid Jespersen.

—¿Sí? —dijo, vacilante.

—Soy el comisario de la brigada de investigación criminal Gunnarstranda.

—Es tardísimo.

—Tenemos motivos para suponer que Hermann Kirkenær se encuentra en su piso —declaró Gunnarstranda, que tenía los pies helados por el frío que se colaba por la puerta del coche.

Ella no respondió.

—Tenemos motivos para suponer que se encuentra en una situación peligrosa.

—¿Yo?

—¿Le importaría asomarse a una ventana que dé a Thomas Heftyes Gate para que podamos verla?

Durante unos segundos se hizo el silencio, antes de que ella contestara:

—Todavía estoy en la cama.

—Puedo esperar a que se haya vestido.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Señora Jespersen, respóndame, por favor, a la siguiente pregunta: ¿está usted sola o hay alguien en su casa?

Ella carraspeó.

—Estoy sola.

—¿Puedo hablar con el hombre que está en su casa?

—¿No me cree? Estoy sola.

—Bien, señora Jespersen. Entonces vamos a subir y a llamar a la puerta. Confiamos en que nos abra para que podamos inspeccionar el piso.

—No —se apresuró a decir ella.

—¿Por qué no?

—Es imposible.

—Tenemos motivos para suponer que la persona a la que buscamos está escondida en su casa. Puedo asegurarle que nosotros...

—No pueden hacer eso —lo interrumpió ella.

Gunnarstranda volvió la cabeza hacia la izquierda e intercambió una mirada con el hombre que también escuchaba la conversación. Este hizo una mueca, y el comisario vio que decía algo tras la ventanilla del coche.

—Vale, creo que lo mejor será que me deje hablar con Kirkenær —dijo Gunnarstranda en tono pausado.

Esta vez, el silencio duró un poco más. Los pocos ruidos que se oían delataban que alguien tapaba el auricular con la mano.

—Está durmiendo —dijo ella, de nuevo al aparato.

Gunnarstranda lanzó una mirada a los dos del otro coche, que sonrieron maliciosamente ante la respuesta de ella.

—Pues despiértelo —indicó tranquilamente el policía.

—Un momento.

—Hola —dijo al poco rato una voz de hombre.

El sonido de la voz del individuo provocó una actividad desenfrenada en el coche de al lado.

—Soy el comisario Gunnarstranda, de la brigada de homicidios. Estoy al frente de la investigación sobre el caso de asesinato de Folke Jespersen —dijo Gunnarstranda, y luego continuó—: Es importante que sepa que no poseo plena autoridad sobre la situación en la que usted mismo se ha metido. Pero si sigue mis instrucciones, podemos arreglar el asunto de una manera aceptable.

—Si no tiene nada más que decir, no veo ninguna razón para continuar esta conversación —dijo Kirkenær pausadamente.

—Sé que el apellido de su abuela era Kirkenær —dijo Gunnarstranda—. Sé que su madre se llamaba o se llama Amalie Bruun. Sé que usted ha adoptado el apellido de su abuela.

Hermann Kirkenær se aclaró la garganta.

—Me está poniendo en una situación muy difícil.

—Su situación es muy sencilla: deje libre a Ingrid Jespersen y salga con las manos en alto.

—Un momento —dijo Kirkenær.

Gunnarstranda intercambió una mirada rápida con el jefe de la unidad móvil del coche de al lado. El hombre le hizo señas de que continuara.

—Hola —dijo Gunnarstranda.

Ingrid Jespersen se puso otra vez al aparato.

—Hola —respondió muy tensa—. Estamos bien; no debería molestarnos. Yo he invitado a venir a este hombre a mi casa.

—Señora Jespersen, tiene que abandonar el edificio. Es la única manera de que no entremos en acción. Si no sale, las consecuencias serán graves y serias, sobre todo para el hombre que está con usted.

De nuevo se hizo el silencio.

Luego habló Kirkenær:

—Ingrid está bien aquí conmigo —dijo—. ¿Por qué no vuelve a llamarnos mañana?

Gunnarstranda miró a un policía de la brigada de lo criminal que quitaba el seguro de su arma con movimientos lentos.

—Déjela marchar —ordenó.

—No puedo satisfacer su deseo —replicó Kirkenær.

Gunnarstranda siguió con la mirada al policía armado. Este pasó junto al coche del jefe de la unidad móvil, que seguía escuchando y gesticulando.

—Acompáñela a salir de la casa.

—No puedo satisfacer su deseo —repitió Kirkenær.

—Se lo diré una vez más —dijo Gunnarstranda, mientras intentaba desesperadamente que se le ocurriera alguna idea astuta—, o sale con las manos en alto, o deja que Ingrid Jespersen se marche. Tiene diez minutos. De lo contrario, abandono el caso. Cuando los sospechosos toman rehenes, el caso pasa automáticamente a otro departamento.

—Yo no he cogido a ningún rehén.

—Lo más inteligente que puede hacer es seguir mis instrucciones; eso nos ahorrará un montón de disgustos, estrés y emociones innecesarias.

Kirkenær rio por lo bajo.

—Emociones... Me cae usted bien, Gunnarstranda.

—Ingrid Jespersen ya ha sufrido bastante. Déjela marchar.

—Lo siento. —Kirkenær suspiró—. Esta señora es mi pasaje hacia la libertad.

—Ella es inocente.

—¡No es inocente! —ladró Kirkenær, enfurecido.

—Su marido no tenía culpa alguna.

—Fue culpable hasta la muerte.

—Hubo un testigo que lo vio a usted la noche del asesinato —declaró Gunnarstranda.

—Está echándose un farol.

—No. Hubo un testigo.

A Kirkenær se le aceleró la respiración.

—¿Quién?

—Un taxista llamado Ekholt.

Kirkenær tragó saliva.

—Ese hombre está muerto; lo he oído por la radio.

—Pero usted no necesitaba leerlo ni oírlo —replicó Gunnarstranda—. Sabemos que fue usted quien lo mató. Tenemos pruebas.

—Me está usted aburriendo, señor comisario.

—Se olvidó de llevarse el móvil del taxista. Estaba en su coche, donde fue hallado muerto. A través del móvil hemos sabido todo lo que nos habría contado Ekholt si ahora siguiera con vida. ¿Por qué cree que estoy aquí? Lo tenemos rodeado, Kirkenær. Hemos ensamblado cuidadosamente todas las piezas del rompecabezas. Tengo una lista de las llamadas telefónicas de Ekholt que demuestra que usted mantuvo contacto con él, y él con usted... y también sabemos cuándo exactamente. Sé que Ekholt lo estuvo observando esa noche. Supongo que intentó hacer algo contra usted, algo que más le habría valido no hacer...

—Cada vez me está poniendo en una situación más difícil, Gunnarstranda.

—No. Usted mismo se ha metido en esa situación.

—¡Cierre el pico!

—Se acabó, Kirkenær. Salga de ahí. Ingrid Jespersen es inocente.

—Hay diferentes puntos de vista sobre la culpa, Gunnarstranda. Usted, como policía, probablemente esté acostumbrado a pensar en términos racionales, ¿no es cierto?

—Sí, puede ser, pero usted...

Kirkenær lo interrumpió.

—¿No ha caído nunca en la cuenta de que pensar no es otra cosa que estar todo el rato a vueltas con los sueños? ¿No se le ha ocurrido que nunca acaba de comprender del todo en qué estado se encuentra realmente?

Gunnarstranda miró a su alrededor. Junto a los dos coches pasaban hombres uniformados. Un taxi se había detenido y había aparcado sobre el bordillo de la acera. El conductor se quedó mirando la escena con curiosidad.

—Aunque no es así como veo mi situación, puedo comprender el curso de sus ideas —dijo Gunnarstranda al teléfono.

—Supongamos lo contrario. Lo único que quieren algunas personas es sentir. Su problema es que, como únicamente sienten, sólo se ocupan de lo que sucede y nunca de por qué sucede. ¿Me sigue, Gunnarstranda?

—Lo sigo.

—Algunos dirán que lo lógico es pensar primero y luego sentir. Pero si se piensa antes de sentir, entonces se tergiversa la realidad con arreglo a los propios sueños, en lugar de convertir los sueños y los pensamientos en realidades... ¿no es cierto?

Gunnarstranda sacó una colilla del cenicero del coche y apretó el encendedor. Con la colilla en la boca, no pudo responder inmediatamente.

—¿No es cierto? —chilló Kirkenær.

—Sí, claro.

Gunnarstranda sacó el mechero y encendió la colilla. Por el rabillo del ojo vio cómo el jefe de la unidad móvil torcía el gesto.

—De ahí que usted y yo debamos elegir la cuarta vía: primero sentir y luego pensar. Observar, indagar y utilizar lo que se siente para las propias decisiones racionales.

—Sin duda tiene razón —asintió Gunnarstranda secamente, y dio una fuerte calada—. Pero no creo que coja rehenes para dar charlas de filosofía, ¿verdad?

Kirkenær rio en voz baja.

—¿Lo ve, Gunnarstranda? Es usted prisionero del método. Escucha mi explicación, piensa en lo que he dicho y en lo que sabe de mí, y luego llega a una conclusión. —Kirkenær continuó—: No espero que me entienda. Pero si compartiera mis experiencias, sabría que estoy haciendo lo correcto.

—¿Ah, sí? —preguntó el comisario con sorna. Ahora en el otro coche había dos hombres haciéndole señas—. ¿Se refiere al asesinato de Folke Jespersen o al del taxista que lo había visto?

Kirkenær volvió a reír por lo bajo.

—No se haga el tonto. Si sigue así, le colgaré.

—Pero ¿por qué tanta parafernalia? Primero la compra planeada del negocio, luego el uniforme de las SS y, por último, el cadáver en el escaparate...

—Quería destruirlo, palmo a palmo, y que él reconociera de quién partía la venganza.

—Sin embargo, podría haberse limitado a esperarlo delante de la tienda y haberlo atropellado.

—Quería destruirlo, no matarlo.

—¿Por qué lo colocó en el escaparate?

—Para que otros pudieran juzgar su culpa.

—¿Por qué lo asesinó?

—Yo no lo asesiné.

—Pero está muerto.

—Su muerte queda fuera de mi zona de influencia.

—¿Por qué vino aquí realmente?

—Para vengarme.

—¿Y lo ha conseguido?

—No, pero ahora...

—Le repito que Ingrid Folke Jespersen no tiene nada que ver con el asunto —

insistió Gunnarstranda.

—¿Y usted qué sabe? ¿En qué se basa?

—Tiene que fiarse de mí —dijo lentamente el policía—. Si no me deja que...

—Llevaba mucho tiempo deseando la muerte de Reidar Folke Jespersen —lo interrumpió Kirkenær—. Tanto tiempo que ese sueño se había convertido en algo rutinario. Cuando por fin murió, no sentí absolutamente nada.

—¿Ve cómo...?

—Por eso quiero llevar a término lo que he empezado —lo interrumpió Kirkenær.

—Más le vale no llevar nada a término —objetó Gunnarstranda.

Lanzó una mirada al otro coche. Uno de los hombres lo animó con un gesto y señaló su reloj.

—Bien —dijo el comisario, cansado—, escuche una cosa: usted no tiene ningún derecho a quitarle la vida a la gente, independientemente de lo intenso que sea el dolor que se esconde tras esa decisión.

El comisario quería continuar, pero Kirkenær lo interrumpió:

—No hablamos el mismo idioma. La ética, en cuyo portavoz se erige usted, no significa nada para mí, como tampoco el aparato del poder o el sistema que usted representa.

—Habrá algo que para usted signifique algo.

—¿Por ejemplo?

—Una madre y un padre.

—Folke Jespersen era mi padre.

Gunnarstranda se quedó sin habla.

—¿No lo sabía? —preguntó Kirkenær.

—Esa era una de las hipótesis que barajábamos y por la que ahora estoy aquí. ¿Pero no se le ha ocurrido nunca pensar que tal vez eso no sea cierto?

—¿Por qué iba a mentirme mi madre?

—¿Qué le hace estar tan seguro de que no lo hizo? ¿Por qué se casó entonces con Klaus Fromm?

Al otro lado de la línea, se hizo el silencio.

Gunnarstranda, presa del pánico, se paró a reflexionar. Miró hacia la izquierda y se encontró con dos caras petrificadas.

—El viernes usted se mostró ante Reidar Folke Jespersen —dijo Gunnarstranda—. Él lo reconoció. Sabía que usted era su hijo. Poco después, anuló a escondidas su testamento y quedó con su madre...

—Mi madre está muerta —lo interrumpió Kirkenær, enfadado—. ¿Por qué trata de dejar mal a mi madre?

—Santo cielo, nunca se me ocurriría hablar mal de ella —repuso el policía para tranquilizarlo—. Estoy seguro de que era una mujer excepcional. Creo que Reidar

Folke Jespersen amó a su madre durante toda su vida.

Kirkenær suspiró hondo.

—¿He dicho algo que lo haya molestado? —preguntó el funcionario de la brigada de investigación criminal.

Durante unos segundos, se hizo el silencio al otro lado de la línea telefónica. Gunnarstranda miró inquieto el auricular. Pero de repente oyó que Kirkenær decía con una voz cortante:

—El 8 de mayo de 1945, Reidar Folke Jespersen, después de derribar la puerta de una patada, sacó a mi madre de la cama de madrugada. Debido al traspaso de poder, su marido había sido destituido y estaba en la cárcel. Yo tenía dos años y dormía en una cuna, en el mismo cuarto. Pero los héroes noruegos me dejaron allí. A las cuatro de la madrugada, Reidar Folke Jespersen y otros cinco hombres sacaron a mi madre de la ciudad y la llevaron a una área de descanso de Maridalen. Allí le cortaron el pelo. Mi madre me lo ha descrito más de una vez. Eran seis hombres. Tres de ellos la violaron uno tras otro. Dos la sujetaban mientras uno... ya se imagina quién... miraba lo que hacían los demás. Más tarde, con el camisón destrozado y la cabeza rapada, tuvo que volver sola a la ciudad. Tenía un niño que se había quedado solo en una casa vacía y saqueada, en el centro de Oslo. Fueron casi diez kilómetros de marcha a pie. Y cada vez que se cruzaba con alguien, le daban un golpe en la espalda o le escupían a la cara. Pero ella se mantuvo firme. Con el bajo vientre sangrando, el cuerpo lleno de esperma de unos hombres desconocidos y heridas por todas partes, regresó a pie a la ciudad con la cabeza bien alta, porque se negaba a aceptar lo que le había sucedido. Su amor fue definido como traición a la patria. Durante la época de la ocupación alemana, había faltado como mujer a su deber nacional, por haber entregado su amor y su cuerpo a un soldado alemán. Como había ofendido a la patria, los ofendidos se arrogaron el derecho de apalear, escupir, deshonar y humillar a mi madre.

—Entiendo tanto sus sentimientos como los de su madre —empezó Gunnarstranda cuando Kirkenær terminó de hablar.

—Gracias, pero es imposible que lo entienda —lo interrumpió de nuevo él—. Los hechos históricos tienen dos caras. Hasta la chusma tenía entonces su sentido del honor. No todas las personas eran iguales. Se hacía la distinción entre casadas y «queridas». Las mujeres que se habían casado con alemanes y tenían hijos eran expatriadas y enviadas a Alemania. Mi madre nunca recibió esa protección. ¿Por qué no? Pues por culpa de Reidar Folke Jespersen. Él podría haberla ayudado, podría incluso haber aprovechado su influencia para protegernos a mi madre y a mí. Al fin y al cabo, su marido estaba en la cárcel.

—¿No cree que Folke Jespersen recibió su castigo al enterarse de que usted era su hijo?

—Veo que no entiende nada, Gunnarstranda. No fueron unos desconocidos anónimos, embriagados por las banderas de la libertad, los que humillaron a mi madre. Fue Reidar Folke Jespersen, el héroe de la guerra, que llegó a casa y se encontró con que el objeto de sus deseos había sido ocupado por las fuerzas militares. Para él, ganar la guerra no era suficiente. Tenía que destruir también a mi madre; para él, la guerra no terminó hasta que murió mi madre, estigmatizada ante todo el mundo.

—Pero él no la mató, ¿no?

—Lo hizo ella misma, cuando yo tenía doce años. Los médicos que la trataban llamaban a su enfermedad psicosis. Pero no sabían lo que yo sé. A mi madre se la llevaron el 8 de mayo de 1945 y con eso la mataron. El responsable, Reidar Folke Jespersen, está ahora muerto y, por tanto, ha dejado de ser culpable.

—¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó el comisario, preocupado.

—Voy a terminar lo que he empezado. Pienso vengarme.

—Eso no se lo puedo consentir.

—Usted no tiene ninguna autoridad sobre mí.

—Olvida que sus actos no sólo le afectan a usted.

Kirkenær guardó silencio, y Gunnarstranda continuó:

—Si estoy aquí es porque he hablado con su mujer, con Iselin. Acabo de estar con ella. En cualquier caso, ella es inocente. No le ocasione más sufrimientos. Le ruego que al menos tenga consideración con ella. Por última vez, le pido que salga de la casa con las manos en alto. —Gunnarstranda miró otra vez hacia la izquierda. El jefe de la unidad móvil se había bajado del coche. Ya había oído bastante. Apoyado en la puerta del coche, daba instrucciones a través de un aparato de radio—. De lo contrario, tendrá que hablar con otra persona —suspiró Gunnarstranda, agotado.

Pero Kirkenær ya había cortado la comunicación.

Postludium

El comisario Gunnarstranda estaba increíblemente cansado cuando aparcó en la entrada de coches de la casa de Tove, en Sæter. Una mujer desconocida envuelta en un albornoz azul le abrió la puerta del portal cuando llamó al timbre. Se lo quedó mirando con cara de perplejidad. Él pasó por su lado y subió por la escalera hasta el primer piso, pero se detuvo porque se sentía observado. Cuando se volvió, la mujer del albornoz desapareció por un rincón. Gunnarstranda oyó abajo cuchicheos mientras abría la puerta del piso de Tove, que no estaba cerrada con llave.

Con la espalda apoyada en la puerta, permaneció de pie en el pasillo y se encontró con la mirada de Tove, que, sentada en un sillón, dejó caer lentamente sobre su regazo el libro que estaba leyendo.

—¿No estabas dormida? —preguntó él, mirando la hora.

Ella se levantó.

—No. Estaba escuchando la radio.

Él asintió con la cabeza y colgó el abrigo.

—¿No has querido asistir? —le preguntó ella.

—No —dijo él frotándose la cara con las dos manos—. Los actos terroristas y las armas de fuego no son lo mío.

—En la radio han dicho... —empezó Tove.

—Sí —la interrumpió él—. Ya lo he oído. Le han disparado.

Tove lo observó en silencio.

Gunnarstranda se desplomó en el sofá bajo que estaba situado junto a la ventana y se lio un cigarrillo.

Tove Granaas se acercó a la rinconera que había junto a la puerta de entrada; era un mueble viejo pintado de marrón, con unas puertas muy pequeñas. Sacó una botella de whisky.

—Necesitas un trago —dijo; llenó un vaso y se lo pasó.

—¿Tienes que irte a trabajar? —preguntó él.

Antes de servirse ella también, miró el reloj.

—Dentro de dos horas.

Gunnarstranda dio un sorbo a su vaso.

—Cuéntame —dijo ella.

Con el cigarrillo en la mano, Gunnarstranda empezó a relatar:

—Kirkenær envió por correo a Reidar Folke Jespersen el uniforme de su padrastro; probablemente como advertencia, o quizá para asustarlo. Para conjurar el fantasma de su padrastro, Klaus Fromm. El uniforme de Fromm llegó con un remitente desconocido. Pero Kirkenær tuvo la mala suerte de que el paquete no lo abriera Reidar Folke Jespersen, sino su hijo Karsten. El siguiente paso era darse a

conocer a su padre biológico. Mostrarse a sí mismo, representar el papel de Némesis. Y eso debió de salir con arreglo a lo planeado. Reidar debía de saber que el hijo de Amalie Bruun era también hijo suyo, pero creía que el chico no sabía quién era su padre. El reencuentro de ese viernes salió, pues, según lo planeado. Folke Jespersen reconoció a su hijo. Esa es la única explicación de por qué adelantó la cita con la doble de Amalie para esa misma tarde. Y eso explica también que llamara a su abogada para anular el testamento: había notado que Kirkenær estaba enterado y que, por tanto, debía contar con otro heredero. Eso explica asimismo por qué quería impedir la venta del negocio y por qué aceptó de buenas a primeras encontrarse con Hermann Kirkenær esa misma noche. Kirkenær tenía por delante el tercer y definitivo encuentro: el enfrentamiento cara a cara. El viernes por la noche regresó el hijo pródigo. Se encontraron abajo, en la tienda, y la venganza siguió su curso.

—¿Venganza de qué?

—De su propia y miserable vida.

—¿De su vida?

—Al comienzo de la paz, Folke Jespersen cometió abusos deshonestos contra su madre. Como consecuencia de esos abusos, la madre sufrió varias depresiones y, pocos años después, se suicidó. Kirkenær se convirtió en un niño alemán sin patria, sin padre ni madre. —Gunnarstranda permaneció con la mirada perdida—. Creo que no me apetece fumarme este cigarrillo —dijo dejándolo sobre la mesa.

—¿Ha confesado?

Gunnarstranda alzó la cabeza.

—No. —Reflexionó unos instantes—. Después de matar a su padre biológico, debió de ponerse el uniforme del padrastro y meter en la caja su propia ropa manchada de sangre. A continuación, le quitó las llaves a Folke Jespersen y subió al piso... —Gunnarstranda hizo una pausa.

—¿Por qué ha entrado esta noche en casa de Ingrid Jespersen, después de tanto tiempo?

El policía se paró a pensar.

—Él mismo ha dicho que quería vengarse, pero no entiendo por qué no estaba satisfecho. Si me hago algún reproche es por no haberle sonsacado más cosas sobre ese punto.

—¿No ha dicho por qué?

—No exactamente.

—¿Quería lesionarla?

—Todo ha sido mucho más pomposo. «Quiero vengarme», ha dicho. Pero no ha dicho de qué, aparte de por el suicidio de su madre. Lo raro es que no se contentara con haber matado a su padre. Ingrid Jespersen no tiene nada que ver con la suerte que corrió su madre. ¿Qué clase de venganza sería infligirle algún daño a ella?

—Ojo por ojo, diente por diente —sugirió Tove.

Gunnarstranda suspiró.

—Pero una vez muerto el viejo, ya había llevado a cabo su venganza.

—¿Dónde ha estado ese tal Kirkenær todos esos años, después de la guerra? —preguntó Tove.

—Después de la guerra, Fromm se fue a Paraguay, como tantos otros nazis destacados de Alemania. Allí era propietario de un periódico.

—¿Y Amalie y el niño?

—Según Iselin Varas, la mujer de Hermann Kirkenær, su marido se crió en parte en Paraguay, en parte en Alemania y en parte en Noruega.

—¿En Noruega?

—Sí, la madre de Amalie era de Tønsberg... la familia Kirkenær.

El móvil de Gunnarstranda sonó desde el bolsillo del abrigo, que estaba colgado en el perchero de la entrada.

El policía se levantó de mala gana. Cuando sacó el teléfono, intercambió una mirada con Tove.

—Sé breve —dijo, bostezando.

—Hermann Kirkenær sobrevivirá —le informó Frølich—. Su estado es estable y está fuera de peligro.

—Pues enhorabuena.

—¿Crees que es nuestro hombre, jefe?

—Esperemos que sí. ¿Por qué?

—Porque después de que contaron por la radio el drama del rehén, ha llamado un testigo diciendo que quiere revisar su declaración.

Rorschach

Frølich estaba sentado ante el ordenador viendo un DVD de *Heat*: la larga secuencia en la que Val Kilmer y Robert de Niro escapan de la trampa policial, mientras Al Pacino, el poli, los persigue como una cabra tullida disparando con una metralleta. Cada vez que veía esa película, le sucedía lo mismo: no podía remediar que Al Pacino le disgustara porque, en comparación con De Niro y Kilmer, no era un tipo lo bastante duro. Aparte de eso, a Frølich le cabreaba que cada vez que veía la película se pusiera de parte de los malos. En realidad, debería estar escribiendo un informe sobre el interrogatorio de Sjur Flateby y de los demás testigos, pero le daba pereza. Y como en las siguientes horas no podía marcharse todavía a casa, había decidido entretenerse un rato con el reproductor de DVD del ordenador.

De repente, notó algo en el aire que le hizo levantar la cabeza: junto a la puerta estaba Gunnarstranda. Frølich puso «Pausa», retrocedió con la silla y se apartó de la mesa del ordenador.

—Luz al final del túnel, Frølich.

Su compañero no contestó.

—Ingrid Jespersen dice que Kirkenær buscaba algo.

—¿En su casa? ¿Qué?

—Tengo una sospecha —dijo Gunnarstranda en voz baja—. Pero nos puede llevar unas cuantas horas confirmarla —continuó—. Necesitamos un escáner y un buen programa de manipulación gráfica.

French se levantó.

—Esta foto —dijo Gunnarstranda, enseñándole a Frølich la fotografía que había sido sacada en una fiesta alemana, a finales de la guerra—. La primera vez que vi esta foto me pareció reconocer algo.

—¿Un rostro?

—Tal vez. Hay algo en esta fotografía que me dice que tengo que mirarla con más detenimiento.

Al cabo de dos horas, Frølich había escaneado la foto de la fiesta alemana en la «Brydevilla» durante la guerra, la había imprimido y había sacado varias copias. En la pantalla la había invertido, aclarado, oscurecido, le había aplicado más contraste y había ampliado algunas partes de la imagen.

—Veo que es la misma mujer —dijo Frølich, señalando a Amalie Bruun—. ¿Pero qué quieres que haga?

Gunnarstranda tardó en contestar. Estaba inclinado sobre el original de la foto, que mostraba a un Klaus Fromm uniformado y sentado en un sofá charlando distendidamente con una persona desconocida.

—Quiero que la amplíes más todavía.

—¿Para que salga más nítida la mujer?

—Todos. Quiero mirar más detenidamente a los hombres —le explicó Gunnarstranda mordiéndose el labio inferior—. Sobre todo, a este —añadió, señalando a Fromm.

Al cabo de otra hora habían acumulado un montón de papeles. Las copias impresas presentaban cierta similitud con las pinturas no figurativas y con el arte experimental; los tonos grises y negros alternaban con superficies blancas llenas de diminutos puntos negros.

—Me recuerda al «test de Rorschach» —dijo Frølich.

—Hum —murmuró Gunnarstranda, pensativo.

—Son esas manchas de tinta que los psiquiatras judiciales muestran a sus pacientes. Les enseñan una mancha de tinta de esas, y si el tío dice que se parece al órgano sexual de la reina Isabel, entonces es que tiene sus facultades mentales mermadas y se libra de la condena.

—Ajá —asintió Gunnarstranda, distraído.

—Se le llama «test de Rorschach» por un suizo, creo...

—Este —dijo Gunnarstranda, señalando otra vez a Klaus Fromm—. Quiero que amplíes más a este tío, y con el máximo contraste posible.

—¿A qué nos puede conducir eso? Sólo se ve una especie de neblina con manchas.

—Inténtalo, de todos modos.

—Lo aumentaré diez veces más —dijo Frølich, moviendo el ratón por encima de la imagen de Fromm.

—¡Alto! —exclamó Gunnarstranda—. Retrocede.

—¿Qué pasa?

—Retrocede lentamente.

Frølich obedeció. El contorno de los zapatos del hombre, las perneras del pantalón y las manos, que reposaban sobre su regazo, se veían como si fueran observados a través de un aparato de rayos X.

—¡Ahí está! —dijo Gunnarstranda.

Frølich no entendía nada. Lo que estaban mirando era un cuadrado gris con sombras oscuras.

—¿Puedes ampliarlo un poco más?

—Lo intentaré.

El reloj de arena de Windows permaneció un rato en la pantalla, hasta que apareció otra vez el cuadrado gris y negro de contornos indefinibles.

—¡Ya está! —susurró Gunnarstranda, emocionado. Le temblaban las manos; fue a encender un cigarrillo y casi se le cayó el mechero—. Mira —dijo señalando la pantalla con la cabeza.

—No veo nada.

—Sí, hombre.

—¿Qué tengo que mirar?

—La imagen. —Gunnarstranda señaló con un índice tembloroso uno de los puntos oscuros de la imagen—. Esto es lo que tienes que mirar, la medalla. ¿No recuerdas haberla visto en otra ocasión?

—No.

—Mira atentamente.

Frølich clavó la vista en la pantalla.

—Me rindo —dijo finalmente.

Gunnarstranda esbozó una sonrisa radiante.

—Tan cerca y, sin embargo, tan lejos —dijo con cierta arrogancia—. En cualquier caso, imprime todo lo que tenemos en la pantalla.

Su subordinado obedeció.

Gunnarstranda se levantó y permaneció esperando al lado de la impresora, que lentamente iba arrojando el papel.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Frølich.

Gunnarstranda puso cara de pícaro.

—¿No te pica la curiosidad?

Frølich asintió, dubitativo.

—Si te apetece y crees que tienes tiempo, puedes venir conmigo.

—¿Adónde?

—A buscar el tesoro del final del arco iris.

El chico, el perro y las avispas

—El chico corría. A su lado pasó un coche derrapando. El chico no podía detenerse ni darse la vuelta. El coche lo rodeó y le cerró el paso. La puerta del asiento del copiloto se abrió. Un joven soldado sonriente se apeó del vehículo. En las manos sostenía una ametralladora. Sonrió al apuntar. Sonrió al disparar. El chico oyó los proyectiles una centésima de segundo antes del fragor de los disparos. Para entonces, ya se había arrojado a un lado. Rodó por el terraplén. Sabía que no le habían dado. Las piedras puntiagudas le rasgaron el anorak y lo hicieron sangrar por la espalda. Tras él oyó al soldado y a un perro que ladraba. Se metió en un zarzal. Cuando las espinas le arañaron la cara y las manos, sintió que le quemaban. Se quedó tumbado boca abajo detrás de una maraña casi impenetrable de ramas espinosas. El corazón le latía con fuerza. Oía los latidos en las orejas. El perro bajó por el terraplén meneando la cola. Era un perro pastor. Se puso a olisquear, a jadear y a dar vueltas sobre sí mismo. Luego empezó a escarbar con las patas delanteras. Pero de pronto se estremeció y soltó un aullido acompañado de gruñidos. Las hojas susurraban. Guijos y piedras caían rodando por la pendiente. Detrás de las zarzas apareció la silueta del soldado. El chico contuvo la respiración. El perro se tumbó y soltó un aullido lastimero. El soldado de la ametralladora se volvió y miró directamente al zarzal tras el que se ocultaba el chico. El perro cayó de costado. El soldado apuntó con la ametralladora. El cañón se movía despacio a derecha e izquierda. El soldado le gritó algo al perro, que, como respuesta, soltó un leve gemido. El soldado se dio la vuelta y corrió hacia el perro echando pestes. Una nube de insectos rodeó al perro. Salían de un agujero del suelo, como un chorro de agua de una fuente subterránea. En ese mismo momento, el chico notó el primer picotazo de una avispa en la cara. El dolor era punzante, le abrasaba. Apretó los dientes para no hacer ruido. El soldado retrocedió tres pasos desde el perro y soltó un taco. Apuntó con la ametralladora al animal y disparó con un ruido atronador. El cuerpo del perro dio un respingo. Al chico le entraron náuseas. Las avispas le cosquilleaban por la cara, sobre todo por los labios y los párpados. Abrió un segundo los ojos. Un enjambre de avispas picoteaban, rabiosas, las mangas de su anorak. El soldado movió el brazo que tenía libre para espantar a las avispas.

»La siguiente avispa le picó al chico en el cuello. Le hizo tanto daño que se le escapó un grito sofocado. Instantáneamente, el soldado aguzó el oído. El chico respiraba con la boca abierta. Una avispa se le metió en la boca y la masticó con los dientes. El cañón de la ametralladora se movía de arbusto en arbusto. De repente, el soldado maldijo en voz alta y se llevó la mano a la mejilla. Las avispas atacaron al soldado, que disparó al aire y subió corriendo por el terraplén. El chico aprovechó para salir gateando. Al ahuyentar a las avispas, sintió otro picotazo en el cuello.

Cojeaba de dolor. Tenía las manos llenas de avispas que lo acribillaban. Iba cortándose con las piedras afiladas. Le dolía todo el cuerpo. Fue abriéndose paso por debajo de las ramas, para evitar los insectos. Pero arriba, en alguna parte, estaba el soldado. Él y los demás. Todos añoraban sus camas. Cuanto antes lo mataran, antes podrían dormir, comer y fumar. Lo odiaban. No, no lo odiaban. Pero los molestaba. El hecho de que estuviera vivo los ponía furiosos.

Karsten Jespersen hizo una pausa. Era un buen momento de la historia para hacer una pausa. Erich lo miraba con sus ojazos mientras estrujaba a su pequeña jirafa de peluche y se metía la cola del muñeco en la boca. Erich esperaba la continuación. Pero la mayor tensión ya había pasado, y ahora Karsten tenía un pequeño problema para seguir relatando.

«¿Por qué?», pensó, y formuló mentalmente una respuesta. Su historia trataba de algo neutral, del *chico*. Sin embargo, el chico era un hombre joven, porque en realidad la historia trataba de su padre, de Reidar Folke Jespersen.

Por aquel entonces, el joven había escapado de los soldados huyendo por los cenagales y los arbustos de arándanos, hasta que encontró entre los árboles un pequeño cortijo en el que vivía un joven leñador de su misma edad: Harry Stokmo, el que luego ayudaría a Reidar Folke Jespersen a cruzar la frontera de Suecia. Esa huida, en sí misma, podía dar lugar a una historia de lo más emocionante, pero a Karsten le interesaba más permitirse unas cuantas licencias literarias. Tenía intención de meter a varios personajes desesperados cruzando la frontera sueca con la ayuda del leñador Harry Stokmo. Un grupo de gente que oía crujir las ramas entre los árboles y que se escondía procurando evitar que los niños tosieran o sollozaran. Y al final resultaría que no era una patrulla la que hacía crujir las ramas, sino el chico pequeño, que salía a gatas de entre la maleza.

A Karsten le parecía que, al elegir a un niño pequeño como protagonista, la historia adquiriría un tono intemporal de validez universal. Pensaba que de ese modo avivaría más la imaginación de Erich. No hacía falta que la historia guardara relación con la guerra de Noruega de 1940 a 1945, sino que podía igualmente tratarse de una guerra moderna, como por ejemplo la de Kosovo, o de una película. Podía incluso ser un episodio interesante del propio mundo imaginativo de Erich.

Karsten confiaba en que Erich se viera a sí mismo en el papel del chico escondido tras los arbustos, del mismo modo que el propio Karsten se había visto a sí mismo tras los arbustos, a unos pocos metros del husmeante perro pastor, cuando le habían contado la historia por primera vez. Sin embargo, ahora, en esos instantes en que se produjeron las asociaciones con el primer acto de la historia, Karsten Jespersen se sintió inseguro porque recordó que su padre le había contado la historia en primera persona. Pero también se acordó de su propia identificación con el chico. El hecho de que hubiera disfrutado tanto con la historia pese a que su padre la había contado en

primera persona, lo dejó pensativo. En esos segundos, mientras su mirada paternal recaía sobre su embelesado y expectante hijo, se dio cuenta de que la modificación de la historia no sólo era innecesaria, sino incluso un poco sospechosa. Pensó que bajo esa transformación tenía que subyacer un motivo psicológico más profundo, que había ocultado conscientemente el papel de su padre en la historia. Naturalmente, llegaría un momento en que Erich comprendiera que el protagonista de esa apasionante historia tenía que ser su propio abuelo. Y cuando lo reconociera, se preguntaría por qué su padre se lo había ocultado. Erich se preguntaría qué motivos habría tenido Karsten Jespersen para no revelar la verdad. Y, tarde o temprano, Erich encontraría la respuesta. Posiblemente no hallaría la respuesta que Karsten Jespersen consideraba correcta, es decir, que había cambiado la historia para otorgarle a esta un peso literario. Lo más probable era que Erich diera con otras respuestas, como, por ejemplo, que Karsten había modificado la historia porque quería ocultar conscientemente la verdad. Quizá Erich creyera que su padre no consideraba a su abuelo capaz de protagonizar un relato tan heroico. Mientras Erich aguardaba la continuación, Karsten Jespersen había entrado en un trance bochornoso. Y no salió de él hasta que el pequeño se removió inquieto en la cama. Entonces, su padre, con el rostro desfigurado, volvió a verse junto a la cama.

—Papá —lloriqueó Erich, impaciente—, sigue contándome.

Karsten Jespersen se sobresaltó.

—Es tarde —dijo, y se levantó.

Las cortinas de la ventana se iluminaron por los faros de un coche que giraba hacia la entrada de la casa. Karsten se acercó a la ventana y miró hacia afuera. Las luces lo cegaron como una mirada maligna, cuando el coche se detuvo a pocos metros de la casa y se apagaron los faros. Aún sentía la mirada maligna de las dos luces en la retina cuando vio que se abrían las puertas del coche. Los letreros de las puertas eran inconfundibles. Cuando leyó la palabra «Policía», tuvo una sensación de *déjà vu*: le recordó a algo que había soñado. «Vienen —pensó, oyendo a su espalda la respiración ligeramente acatarrada de Erich y contemplando las dos siluetas oscuras que se acercaban a la puerta de la casa—. Vienen a por mí».

Divide y vencerás

Frølich aparcó el coche y los dos policías permanecieron un rato sentados mirando hacia las ventanas del piso de Ingrid Folke Jespersen.

—La tercera por la izquierda —dijo Frølich—. Ahí está el agujero del cristal.

—No veo nada —repuso Gunnarstranda.

—Un único disparo. Un agujero redondo en el cristal. ¡Qué puntería tiene esa gente!

—¿Y qué hay de ella?

—Tuvieron que suturarle la mano. Cinco puntos.

Gunnarstranda señaló la casa con un movimiento de la cabeza.

—Ahí están.

Ingrid Folke Jespersen y Eyolf Strømsted salieron por la puerta y se dirigieron al Opel Omega de color marrón que estaba aparcado al otro lado de la calle. Mientras ella arrancaba el vehículo, Strømsted se sentó en el asiento del copiloto. Ingrid volvió a bajar con un rascador de hielo en la mano y, con el motor en marcha, empezó a quitar el hielo del parabrisas. Utilizaba la mano izquierda; la otra la tenía vendada.

Los dos policías se apearon.

—Hola... —dijo ella al verlos.

—¿Tiene cinco minutos? —le preguntó Frølich.

La mujer miró la hora.

—No tardaremos nada —añadió el policía.

La puerta del copiloto se abrió y Strømsted asomó su cabeza de pelo rizado.

—Quédese tranquilamente sentado —se apresuró a decir Gunnarstranda—. Sólo queremos hablar un momento con la señora.

—¿Aquí? —dijo ella.

Frølich señaló el coche patrulla.

Gunnarstranda le abrió la puerta de atrás y luego él subió por el otro lado para sentarse junto a ella. Frølich ocupó el asiento del conductor. La gente que pasaba por la acera cuchicheaba al verlos. Al otro lado de la calle estaba el Opel con el motor en marcha. Eyolf Strømsted tenía la vista al frente.

—Eso no ha estado muy bien que digamos —dijo ella.

—¿El qué?

—Meterme de esta manera en el coche policial. ¿Qué dirán los vecinos? —Señaló hacia dos mujeres de mediana edad que se habían parado en la acera y no le quitaban ojo al vehículo—. Espero que sepan lo que están haciendo.

—¿Tiene alguna razón para ponerlo en duda?

—No...

—Aún quedan unos cuantos puntos oscuros —dijo Gunnarstranda—. Se trata de

la sucesión de los acontecimientos que tuvieron lugar la noche en que fue asesinado su marido.

—Yo no tengo nada que añadir —dijo ella con gesto displicente.

—No hemos conseguido que Hermann Kirkenær haga una declaración.

—¿Ah, no?

—Está en coma.

—Ya me he enterado.

—¿Le contó él algo acerca de los sucesos de aquella noche?

—Absolutamente nada. Si no les importa...

—Hemos hablado con su mujer, Iselin Varas —la interrumpió Gunnarstranda—. Dice que Kirkenær abandonó el hotel Continental entre la una y la una y media. Como muy tarde, regresó al hotel a las tres con un uniforme metido en una caja de cartón, lo que demuestra que la noche del crimen estuvo en la tienda y se llevó el uniforme.

Guardó silencio para que ella digiriera sus palabras.

—Eso es suficiente prueba, ¿no? —preguntó ella al cabo de un rato.

—Hay dos factores que no acaban de encajar —dijo Gunnarstranda, y se dirigió a Frølich—: ¿No puedes arrancar el motor para que haga un poco más de calor?

Frølich obedeció. Pisó el acelerador con fuerza.

La cabeza de pelo rizado del Opel del otro lado de la calle miraba inquieta hacia el coche de la policía.

—¿Qué factores? —preguntó Ingrid Jespersen, muy rígida.

—En fin, pues que Hermann Kirkenær llegara a casa con el uniforme metido en la caja.

—Ajá. ¿Y qué tiene eso de extraño?

—Verá, nuestra teoría se basaba en que Hermann Kirkenær había matado a su marido y que, por tanto, su ropa estaba manchada de sangre. Como no podía salir así a la calle, partimos de la base de que se puso el uniforme, que previsiblemente había enviado antes a la tienda, y guardó su propia ropa en la caja en la que había estado el uniforme. Pero eso no concuerda con que Kirkenær llegara a casa con la ropa limpia y un uniforme limpio metido en una caja.

—¿Por qué cree todo lo que le dice esa mujer? Lo natural es que quiera proteger a su marido.

—Claro, sólo que Iselin Varas no sabía nada acerca del estrecho vínculo de su marido con el difunto. Pero puede confiar en nosotros; hemos confiscado la caja, el uniforme y la ropa. Nadie sería más afortunado que nosotros si encontráramos restos de sangre de su marido en esos objetos. El siguiente problema es esa dichosa medalla.

—¿Qué medalla?

—La que Hermann Kirkenær fue a buscar a su casa la noche en que la policía le

disparó.

—¿Buscaba una medalla?

—Sí.

—No entendí a qué se refería. De todos modos, en mi casa no encontró ninguna medalla.

—No, porque la tengo yo —dijo Gunnarstranda, y sacó del bolsillo de la chaqueta una bolsita de plástico con un broche bronceado—. Con esto estuvo jugando Erich, el hijo de Karsten Jespersen, la mañana en que su marido fue hallado muerto.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque nosotros, Frølich, el señor Jespersen y yo, lo vimos. Él mismo nos mostró la medalla.

Se hizo el silencio en el coche.

—Frølich —dijo Gunnarstranda.

Su compañero se volvió lentamente desde el asiento del conductor.

—¿Te importaría cruzar la calle y tomarle declaración a nuestro amigo?

—En absoluto —dijo Frølich; bajó del coche y cerró la puerta.

Los dos contemplaron su figura robusta desde el asiento trasero. Vieron cómo dejaba pasar a dos coches antes de cruzar la calle, cómo le pedía a Eyolf Strømsted que bajara del asiento del copiloto y se sentara en el de atrás, y cómo él se sentaba a su lado.

—¡Pero bueno! —exclamó Ingrid Jespersen, indignada.

—Será emocionante leer lo que tenga que decir —dijo Gunnarstranda.

—Qué apretados estamos aquí —dijo Eyolf Strømsted, nervioso.

Se inclinó hacia adelante y miró el coche de la policía, a través de cuya ventana se reconocía el perfil de Ingrid Jespersen. La calefacción y el ventilador estaban al máximo. Por un óvalo desempañado del parabrisas ya se veía con claridad.

—¿Qué está haciendo aquí, en realidad? —preguntó Strømsted.

—Vamos a tomarle una nueva declaración —respondió Frølich lacónicamente.

—¿Y por qué?

—¿Su nombre completo?

—Eyolf Strømsted.

—¿Fecha de nacimiento?

—El 4 de abril del 68.

—¿Estado civil?

—¿Qué categorías tiene?

—Casado, soltero, en pareja de hecho.

—En pareja de hecho.

—¿Dirección?

—Jacob Aalls Gate, 11 B.

—¿Es cierto que vive con Sjur Flateby, nacido el 11 de septiembre del 58?

—Sí.

Eyolf Strømsted echó otro vistazo al coche de la policía, desde el que Ingrid Jespersen los miraba con la cara pálida.

—Sjur Flateby ha revisado su anterior declaración.

—¿Cómo dice?

Frølich rebuscó en los bolsillos, sacó unas cuantas hojas dobladas de tamaño A4 y se las pasó a Strømsted.

—Esta es la nueva declaración de su compañero. ¿Le importaría leerla?

Eyolf Strømsted cogió las hojas; parecía desconcertado.

—Abajo del todo, en la página dos —dijo Frølich, pasando páginas y enseñándole los renglones—. Aquí está lo que difiere de su anterior declaración: Sjur Flateby jura que la noche del viernes, 13 de enero, usted desapareció de la vivienda que comparten y no volvió hasta las cinco de la madrugada. —Frølich miró seriamente la encantadora cabeza de pelo rizado—. Antes —continuó mientras carraspeaba—, antes los dos habían asegurado que estuvieron hasta la una viendo tranquilamente la televisión, que luego se acostaron en la misma cama y que estuvieron despiertos hasta las cinco y media. ¿Qué tiene que decir ahora que se ha quedado sin coartada para la hora del crimen?

—Volvamos a la medalla que buscaba Hermann Kirkenær —dijo Gunnarstranda.

—¿Qué pasa con la medalla?

—Mírela bien.

Gunnarstranda le dio el broche a Ingrid Jespersen.

—Tiene adornos nazis —dijo ella, observando la medalla detenidamente.

—Adivine dónde la encontró el chico —le dijo el comisario.

Ella negó con la cabeza.

Gunnarstranda señaló el escaparate de la tienda de antigüedades.

—La encontró en la tienda. El viernes, día 13, Erich vino con su padre al trabajo. Eso seguramente ya lo sabe, puesto que ha declarado que Karsten Jespersen y usted estuvieron tomando café en la tienda hasta poco antes de las once. Mientras tanto, el niño estuvo pintando sentado en el suelo. Anoche me contó que metió la mano en una caja en la que había un uniforme y cogió esto a escondidas.

Ambos se quedaron mirándose.

—¿Y qué más? —preguntó finalmente la mujer.

—Su marido no llevaba llaves en los bolsillos cuando fue descubierto —dijo Gunnarstranda.

—¿Y bien?

—Nos parece extraño, porque esa noche tuvo que haber abierto necesariamente la tienda.

—Suenan lógico —asintió ella.

—Sabemos que Hermann Kirkenær fue a la tienda el viernes, día 13, por la noche para encontrarse con su marido. Nuestra teoría era que su esposo dejó entrar a Kirkenær y que luego este lo mató. Creíamos que después le había quitado las llaves.

—¿Y no fue así?

—Sí, le quitó las llaves.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—El problema es que el robo de las llaves es completamente ilógico.

Ingrid Jaspersen miró fijamente al comisario.

—¿Pretende afirmar... —empezó ella, agarrotada, y repitió—: Pretende afirmar que el hombre que irrumpió anoche en mi casa y me rajó la mano estaba en plenas facultades y era capaz de pensar con lógica? —Alzó la mano herida.

—Habíamos supuesto —dijo Gunnarstranda de manera imperturbable— que Kirkenær entró en su piso, probablemente dejando un rastro de nieve en el suelo, y perdió la medalla que iba prendida del uniforme. Sin embargo, dado que su nieto encontró la medalla antes de que su marido fuera asesinado, Kirkenær no pudo perder la medalla.

Ingrid Jaspersen no apartaba la mirada de él.

—De ahí se deducen dos preguntas: si Kirkenær no había perdido nada en el piso, ¿por qué vino más tarde a su casa en busca de algo? ¿Y por qué le quitó las llaves a su marido, si no las usó?

»La primera pregunta sólo tiene una única respuesta lógica: Kirkenær sacó el uniforme de la tienda para borrar los rastros de su vínculo personal con su marido. De que faltaba la medalla no se dio cuenta hasta mucho más tarde. Cuando lo descubrió, supo que a través de esa medalla podríamos seguir la pista hasta la guerra y, por tanto, hasta él. Le resultaba práctico tener las llaves de su marido. Con ellas podía entrar sin problemas en la tienda y buscar la medalla. Pero la respuesta a la segunda pregunta sigue siendo problemática. ¿Por qué cogió las llaves si no podía saber si las iba a usar?

»¿Recuerda que quitaron el precinto de la puerta de la tienda? El precinto había desaparecido, pero la puerta no había sido forzada. Entré en la tienda y encontré los restos de una copa de vino rota. Sin embargo, después del asesinato, los nuestros habían registrado esa copa como intacta. Así pues, alguien tuvo que haber estado después en la tienda y haber tenido la mala suerte de romper la copa. Yo creo que Hermann Kirkenær ha buscado dos veces la medalla. Primero miró inútilmente por todo el local; con las prisas, rompió una copa que había sobre el escritorio. La noche siguiente regresó. Esta vez entró en su piso. Pero ¿por qué lo hizo, si no podía sospechar que la medalla estuviera en su casa? Podía estar en cualquier parte, incluso en el fondo de la dársena del puerto.

Guardó silencio. Ella miraba hacia afuera.

Ninguno de los dos dijo nada. Al otro lado de la calle, Frølich y Strømsted se encontraban en medio de una acalorada discusión. Strømsted gesticulaba como un loco.

—¿Cree usted que no buscaba la medalla?

—Creo que sí la buscaba, pero que en realidad quería otra cosa que para él era más importante todavía. Creo que tenía alguna razón muy especial para quitarle las llaves a su marido. La medalla era algo secundario.

Ella se aclaró la voz.

—Estaba loco —dijo—. Quería matarme.

—Precisamente —asintió Gunnarstranda a la ligera.

—¿Precisamente? ¿Qué quiere decir con eso?

—¿No lo ha captado todavía? La única explicación lógica de que Kirkenær le robara las llaves a su marido es que quería vengarse. Quería herir o matar a alguien muy cercano a su marido: quería herirla o matarla *a usted*. Y por eso tenía que procurarse acceso a su vivienda. Por eso robó las llaves.

—En ese caso, estamos de acuerdo —dijo ella, insegura, mirando de reojo hacia el Opel—. Ese hombre está loco.

—No —repuso Gunnarstranda, sonriendo.

—¿No?

—Él no quería matarla porque esté loco, sino porque le habían arrebatado la posibilidad de matar a su marido. Llevaba años planeando su asesinato... —Gunnarstranda fue interrumpido por la llamada de su móvil—. ¿Sí? —dijo brevemente.

—Strømsted se niega a hacer una declaración antes de haber hablado con su abogado —le informó Frølich—. ¿Qué hago ahora?

—Arréstalo —ordenó Gunnarstranda—. Yo pediré un coche.

Una vez que cortó la comunicación, se inclinó hacia adelante y cogió un aparato de radio que estaba metido entre los respaldos de los asientos.

—Su amigo, el que está ahí enfrente, acaba de confesar que la noche en que fue asesinado su marido estaba aquí con usted, en su casa —le dijo Gunnarstranda a Ingrid Jespersen—. Me da la impresión de que va a tener que darnos usted una tercera versión de los hechos de la noche del asesinato.

La mujer lo agarró del brazo.

—No me quite aún más cosas —susurró sin mover los labios.

Gunnarstranda se irguió y la miró directamente a los ojos.

—¿Por qué no se atreve a decir la verdad? —preguntó con suavidad—. Sabemos que Kirkenær estuvo aquí la noche anterior al sábado, día 14. Sabemos que se encontró el portal de la casa abierto. Sabemos que también se encontró abierta la

puerta de la tienda que da a la escalera. Sabemos que Kirkenær tenía un solo motivo para venir aquí: quería matar a su marido. Pero no pudo hacerlo. No fue él.

—¿Por qué está usted tan seguro?

—¡Porque su marido ya estaba muerto! Hermann Kirkenær se encontró a su marido muerto en el suelo; de ahí que sólo pudiera ultrajar el cadáver. Desnudó al muerto y lo arrastró hasta el escaparate. Hubo un testigo.

—¿Un testigo?

—Sí.

Ingrid Jespersen abrió la boca en silencio y luego volvió a cerrarla.

Gunnarstranda sonrió como un zorro que husmea un buen bocado a través de la puerta entreabierta de un establo.

—Si el uniforme que había en la tienda no se utilizó para ocultar los rastros de sangre, ¿cómo pudo entonces el criminal disimular las manchas de su ropa y de su cuerpo? —La miró fijamente a los ojos—. Yo conozco la respuesta —aseguró—. Y usted también.

El silencio que se instaló a continuación duró hasta que Gunnarstranda carraspeó.

—Acabo de pedirle a Frank Frølich que detenga a Eyolf Strømsted por asesinato. ¿Realmente quiere ser acusada de colaboración?

—Eran casi las tres —dijo ella con voz monótona—. Aterrada, llamé a casa de Susanne y Karsten. Después oí pasos en la escalera. Llamaron al timbre: era Eyolf.

Guardó silencio. Gunnarstranda se aclaró de nuevo la voz y miró hacia la fachada de la casa, de cuya contemplación ya estaba bastante harto a esas alturas.

—Tenía un aspecto horrible —continuó ella, apretando convulsivamente los dedos.

—¿Sangre?

—Sí.

—¿Y qué más?

—¡La sangre de Reidar!

—¿Y qué más?

—Se desnudó y se duchó. Metí su ropa en la lavadora. —Respiró hondo—. Como no quedó limpia del todo, al irse cogió unas cuantas prendas de Reidar.

—¿Qué ha hecho con la ropa que no quedó limpia?

—La he quemado en la chimenea.

Gunnarstranda miró una vez más al coche en el que estaba sentado Eyolf Strømsted en compañía de Frølich. La mirada que le lanzó Strømsted era de angustia, como la de un animal acosado.

—Creo que se ha dado cuenta de que usted ha desembuchado —dijo, volviéndose hacia ella.

—No quiero verlo —dijo ella.

—¿Por qué asesinó a su marido?

—Él me dijo que no había querido hacerlo.

—¿Qué hicieron mientras la ropa estaba en la lavadora?

—Nada.

—¿A qué hora se marchó él?

—Hacia las cinco.

—¿Pasaron dos horas durante las cuales no hicieron nada?

—Estuvimos hablando.

—¿De qué? ¿De lo que iban a contarle a la policía?

—Me dijo que bajara y «descubriera» a Reidar en cuanto amaneciera. Que, por lo demás, me atuviera a la verdad. Pero no me dio tiempo a descubrirlo. Antes de que amaneciera, ya había llegado la policía.

—El cadáver fue descubierto porque Kirkenær lo puso en el escaparate —dijo Gunnarstranda—. ¿Qué pensó usted cuando vio que su marido muerto estaba expuesto en el escaparate, y no tumbado en el suelo de la tienda como le había dicho Strømsted?

—Pensé que Eyolf me había mentado. Pensé que era él quien lo había colocado en el escaparate. Y Eyolf pensaba que lo había hecho yo. Creía que yo tenía mis propios planes y que lo había utilizado. Por eso le ha contado a su ayudante que Reidar lo llamó el viernes a su casa, cuando yo estaba con él. Quería castigarme, y yo quería castigarlo a él. Los dos nos equivocamos. Fue ese loco el que expuso a Reidar en el escaparate. Pero eso no podíamos saberlo.

Relax

—¿Me creería si le dijera que él mismo tuvo la culpa? —preguntó Eyolf Strømsted.

—Probablemente, no.

—Y si le dijera que no quise hacerlo, ¿me creería?

—Naturalmente.

—¿Sin réplica?

—Por regla general, no suele ser intencionado.

—¿Y si le dijera que fue un accidente?

—Resulta más difícil de creer, pero no le niego que el argumento de un accidente también es razonable —respondió Gunnarstranda—. Un accidente con consecuencia de muerte es aceptable para el Estado y nos ayuda a mantener la fe en la bondad del ser humano. Pero yo le aconsejaría que se atuviera únicamente a la verdad. Deje las reflexiones jurídicas en manos de quienes entienden algo de eso.

—Me llamó por teléfono para quedar conmigo —dijo Strømsted.

—¿Cuándo?

—Un poco antes de medianoche, hacia las once y media, creo. Insistió en que fuera inmediatamente a su casa.

—¿Por qué aceptó?

—Por Ingrid. Después de que llamó su marido mientras ella estaba en mi casa, estuvo toda la tarde preocupadísima. Por eso me puse una chaqueta y salí zumbando. La puerta que da a la escalera estaba abierta, y él ya me estaba esperando. Entramos en la tienda. Empezó a hablarme de mi responsabilidad para con Ingrid. Me preguntó si estaba dispuesto a casarme con ella. Yo le pregunté si quería divorciarse, y entonces se echó a reír. «Voy a morir —dijo, y siguió hablando de Ingrid como si fuera una niña pequeña—. Es importante que cuide de ella cuando yo haya muerto». Le pregunté dónde estaba Ingrid, y me dijo que debía de estar durmiendo en el piso de arriba. Por lo visto, acababa de entrar en el dormitorio para verla. «Lo más sencillo es que usted me mate», dijo soltando una risotada. «¿Por qué cree que va a morir?», le pregunté. A eso no me respondió. «¿Por qué?», insistí. «Porque por fin ha venido a buscarme la muerte». Dijo eso y luego me dio la bayoneta.

—No sé cómo llegué a cogerla, pero recuerdo que no podía apartar la vista de ella. Mientras me hablaba de la cantidad de gente que había matado en la guerra y me contaba con pelos y señales las convulsiones que tenía la gente poco antes de morir, estuve todo el rato mirando el acero negro. Recuerdo que me fijé en su elegante diseño, y pensé en cómo una finalidad tan destructiva y sanguinaria había adoptado la forma de un objeto tan bello. Me contó que no tenía miedo a morir. Creo que me preguntó si tendría la amabilidad de matarlo. No estoy seguro, pero me parece que

me negué. No lo recuerdo bien porque no podía apartar la vista de la hoja.

—Para cuando quise darme cuenta, se había hecho el silencio. Pero ya era demasiado tarde. Lo miré. Algo les había pasado a sus ojos. Nunca había visto nada parecido. «Demuéstrelo», dijo de repente, y se abalanzó sobre la bayoneta.

Strømsted alzó la vista.

—¿Eso fue todo? —preguntó Gunnarstranda.

Strømsted sonrió sin ganas.

—¿Cómo que si eso fue todo? No me quedó otra opción. Yo estaba apoyado en la pared del pequeño despacho, cuando de pronto se abalanzó con todo su peso sobre el arma. Noté cómo se le clavaba el acero en la carne. Me agarró con los dos brazos; le temblaba todo el cuerpo. Los dos resbalamos por la pared. Él se quedó tumbado encima de mí mientras pataleaba y sangraba a borbotones. La sangre me roció la cara, el pelo y el cuello y me impregnó el jersey. Y usted va y me pregunta si eso fue todo.

—¿Sostenía usted la bayoneta?

—Claro que la sostenía. Pero hay algo completamente incomprensible para mí. No puedo acordarme de cómo pasó de sus manos a las mías.

—¿Y qué hizo después?

—Sólo recuerdo que en algún momento logré zafarme de él.

—¿En el despacho?

—Sí, cuando por fin se quedó quieto. Entonces fui rodando hacia la puerta.

—¿Había luz en la tienda?

—No, sólo en el despacho.

—¿Y qué pasó después?

—Recuerdo que me quedé con la bayoneta en la mano y miré al suelo. El viejo estaba muerto, de eso no había duda. Tenía la cara muy blanca y la boca abierta de par en par. Me sentí fatal; notaba la sangre caliente por debajo de la ropa y tenía un aspecto horroroso. Ya no me acuerdo de lo que pensé, pero me puse a limpiar todos los objetos que había tocado. Luego subí a casa de Ingrid y llamé al timbre.

—¿Le abrió?

—Sí. Le conté lo que había pasado.

—¿Y luego?

—Me duché mientras ella me lavaba la ropa. Después la metimos en la secadora.

—¿Cuánto tiempo estuvo en su casa?

—Hasta las cinco.

—¿Y luego?

—Luego me fui a mi casa.

—¿Barajó la posibilidad de llamar a la policía?

—Sí.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Nos pusimos de acuerdo en que más valía dejar las cosas como estaban.

—¿Con quién se puso de acuerdo?

—Bueno, lo decidí yo.

—¿Porqué?

—Mis amigos y otras personas estaban enterados del episodio del viernes por la tarde, cuando me llamó Reidar mientras estaba con Ingrid en la cama. Se lo conté a Sjur como un chiste, porque era gracioso. Sabía que él se lo contaría a otra gente. Esa llamada se había convertido ya en una buena anécdota en nuestro círculo de amistades. Tenía claro que, tarde o temprano, la policía acabaría enterándose. Pero cuando murió el marido de Ingrid, la cosa ya no tenía tanta gracia. De repente, me costaba trabajo imaginar que fueran a creerme... pero, como le digo, fue un accidente.

—¿Bajó otra vez a la tienda?

—No, habíamos quedado en que Ingrid «encontraría» el cadáver cuando amaneciera. Y luego llamaríamos a la policía.

—¿Rebuscó en los bolsillos del muerto?

—No.

—¿Le llamó la atención algo cuando se marchó?

—¿Como por ejemplo?

—Como, por ejemplo, el escaparate.

—No.

—¿Dónde estaba el muerto cuando usted lo dejó?

—Tumbado boca abajo en la puerta que comunica el despacho con la tienda.

—¿Y la puerta de entrada estaba abierta cuando llegó?

—Sí.

—¿Cuándo fue eso aproximadamente?

—Yo diría que hacia las doce y media, o más bien hacia la una.

—¿Y a qué hora murió?

—Tal vez a la una y media.

—¿Y Kirkenær? —preguntó Gunnarstranda cuando Frølich entró en la oficina.

—Sigue en coma.

—Qué lástima.

—¿Lo van a dejar en libertad?

El comisario negó con la cabeza.

—Ultrajó el cadáver —dijo—. Estuvo allí esa noche; Iselin Varas nos lo ha asegurado. Se encontró al muerto, le quitó toda la ropa, lo pintó con el rotulador y colocó el cadáver en el escaparate después de quitarle las llaves. Sólo eso, robo y profanación del cadáver, basta para una acusación.

—¿Nos vamos a conformar con eso?

—No —respondió Gunnarstranda encendiéndose un cigarrillo—. Lo trincaremos por asesinato.

Agitó en el aire la lista impresa de las llamadas telefónicas del móvil de Ekholt. Frølich lo observó con el ceño fruncido.

Gunnarstranda logró que le saliera un aro de humo perfecto.

—Ekholt estaba sentado en el coche y vio todo lo que pasaba en el escaparate. No vio el asesinato, puesto que tuvo lugar en el cuarto de atrás, y además la tienda estaba a oscuras. Pero vio quién sentó al cadáver en un sillón y lo colocó en el escaparate. Entonces se equivocó en la deducción: creyó haber visto al asesino. Iselin Varas me ha contado que esa noche Hermann Kirkenær llegó en taxi a casa. Ella no sospechaba nada, pero le entró miedo cuando empezaron a recibir una y otra vez llamadas de un hombre que decía ser taxista. Kirkenær se negaba a hablar con él. ¿Qué taxista podría haber sido, sino Ekholt? Kirkenær creía que había parado a un taxi normal y corriente con un taxista normal y corriente, y no a un testigo. Ekholt, por su parte, creía que Kirkenær había asesinado al hombre, e hizo todo lo posible por que Kirkenær cogiera su taxi. Según Iselin Varas, su marido se mostraba nervioso e irritable cada vez que llamaba ese hombre desconocido. Pero siempre le colgaba. Excepto una vez. Su mujer me contó que una noche Kirkenær se dejó convencer para encontrarse con el hombre, y que al poco rato se marchó. Pensé que sería interesante saber de qué noche se trataba. —Gunnarstranda agitó de nuevo el papel—. Le enseñé a su mujer esta lista del móvil de Ekholt. Las llamadas del hombre desconocido coincidían completamente con esta lista.

—Kirkenær se encontró con Ekholt la misma noche en que Ekholt me había llamado a mí —dijo Frølich en voz baja.

Gunnarstranda sacudió la ceniza del cigarrillo.

—Probablemente el único objetivo de Ekholt fuera sobornar a Kirkenær. La llamada que te hizo a ti era para que Kirkenær supiera que su amenaza de contar todo lo que sabía iba en serio. Únicamente no tuvo en cuenta que Kirkenær era peligroso. —El comisario Gunnarstranda aplastó el cigarrillo en la suela del zapato, y su cara se iluminó con una sonrisa radiante—. Cuando Hermann Kirkenær salga del coma, lo primero que verá será tu cara —dijo sonriendo irónicamente—. Y tú lo arrestarás por el asesinato de Richard Ekholt.



KJELL OLA DAHL. Noruega (Gjovik, 1958).

Estudió Sociología, Derecho y Administración de Empresas. Realizó trabajos muy diversos hasta que en 1993 comenzó a escribir. Debutó ese mismo año con la novela policíaca *Dødens investeringer*, en la que encontramos por primera vez a los personajes Gunnarstranda y Frølich, que, rápidamente, se han convertido en los policías de ficción más conocidos de Noruega.

Ha sido galardonado con los cuatro premios más importantes de novela negra que se otorgan en los países nórdicos.

Su obra se enmarca dentro de la novela policíaca, con grandes dosis de suspense. Están muy bien documentadas y con argumentos sólidamente contruidos y gran realismo, dotadas de gotas de sarcasmo.

Dahl está casado y tiene tres hijos, vive en la granja familiar Torgunrud.

Serie: Gunnarstranda y Frølich

Dødens investeringer. (1993).

En liten gyllen ring. (2000). (*La muerte en una noche de verano*).

Mannen i vinduet. (2001). (*Un muerto en el escaparate*).

Lille tambur. (2003).

Den fjerde raneren. (2005). (*Un paso en falso*).

Svart engel. (2007).

Kvinnen i plast. (2010).

Isbaderen. (2011).

Otras Novelas

Seksognitti. (1994).

Miniatyren. (1996).

Siste skygge av tvil. (1998).

Gjensynsgleder. (2002).

Venezia - forfatterens guide. (2004).

Lindeman & Sachs. (2006).

Lindemans tivoli. (2008).

Notas

[1] Protagonista de *Pan*, novela del autor noruego Knut Hamsun (1859-1952). (*N. de la T.*) <<